CRISTINA ALEIXANDRE

EL ASCENSOR Y OTROS DESASTRES AMOROSOS



Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Agradecimientos

Biografía de la autora

Créditos

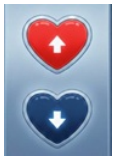
EL ASCENSOR Y OTROS DESASTRES AMOROSOS

Cristina Aleixandre

Click
EDICIONES

A papá y mamá
por su lucha incansable

Introducción

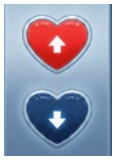


Digamos que, después de un día estresante y horrible en el que solo te ha faltado que te salpique un coche al pasar por un charco de barro estratégicamente colocado junto a la acera, como en las comedias románticas de Hollywood, lo único que necesitas es encontrarte con que tu ex ha vuelto al edificio, sí, el que te dejó para «vivir nuevas aventuras». Y si aquel silencio perturbador, en el que rezabas a todos los dioses que conocías para que aquello acabara rápido y de forma indolora, no era suficiente…, el ascensor vuelve a parar. Y entra tu otro ex. Bueno, no ex, el tío con el que te acostabas hasta que decidió joderlo con palabras de amor.

¿Alguien da más?

No, universo, no es un reto.

Capítulo 1



Qué día.

Habían sido una serie de pequeños desastres tras otros, insignificantes, ni siquiera dignos de mencionar, pero que repasaría con saña una vez que estuviera metida en la cama. Esos pequeños inconvenientes que te iban estropeando el día, la blusa manchada después de que mi compañero tirara el café recién salido de la cafetera directo a mi prenda de color blanco, un zapato que no había soportado la jornada, un *e-mail* con la nonagésima tarea que me quedaba pendiente y para la que no tenía tiempo…, ¿o era una reunión? Esperaba que no, porque entonces había faltado y no tenía ninguna excusa. Después de visitar y permanecer en el fondo del pozo de la miseria todo el día, me hubiera encantado recurrir a mi inseparable escuadrón de batallar para poner algo de humor sarcástico a aquella cadena de desgracias, pero resultó que, de un momento a otro, en el que no me habían avisado, todos se habían vuelto adultos y estaban demasiado ocupados para una quedada espontánea. Suspirando, o más bien, refunfuñando, me paré en mitad de la calle, cavilando qué pesaba más: seguir caminando con un zapato roto o parecer una cenicienta moderna y arriesgarme a coger una hepatitis por pisar algo en la calle. Miré el zapato roto unos segundos, como si fuera a darme la respuesta. La verdad,

acabar el día con una visita a urgencias y un doloroso pinchazo para evitar el tétanos era lo último que me apetecía, pero como tenía esa manía de hacer todo lo contrario a lo que sería mejor para mí, en una especie de boicot constante, me quité el zapato. Eso sí, sin perder ojo de por dónde pisaba. Solo en un par de ocasiones miré al cielo, por si me caía un rayo o se abría en dos y me absorbía, lo cual, en ese momento, no me parecía tan malo.

Caminé sin vergüenza alguna por las calles céntricas de Madrid, desafiante, esperando que algún transeúnte hiciera algún gesto revelador o algún comentario para lanzarme a su cuello, pero no pasó en todo el trayecto. Abrí el portal y, literalmente, quemé el botón del ascensor, como si de esa manera fuera a llegar antes. Tanto me empeñé en mi tarea de atraer el ascensor a base de apretar el botón con violencia y con la fuerza de mi mente que no me percaté de que un vecino que había estado trasteando en los buzones estaba detrás de mí. Mi cabeza ya tenía el objetivo de encerrarme en casa y arreglar mis problemas como normalmente hacía: durmiendo o haciendo yoga. Hoy, la primera opción ganaba por goleada, y lo del vecino de detrás me parecía lo menos importante. Sin embargo, sí que lo era. Joder, sí lo era. Deseaba de verdad que el cielo se abriera, porque estaba a punto de recibir el golpe con más efecto del día. Una hostia en la cara, de toda la vida. Tuve que esperar hasta que llegara el ascensor y el misterioso vecino de sudadera negra entrara y se posicionara a mi derecha.

No puede ser.

De la impresión, no me caí contra el espejo que forraba la pared interior del ascensor porque Dios no quiso. Álex, el mismísimo Álex, estaba conmigo en aquel cubículo de pocos metros cuadrados, y para más inri, cuando yo tenía un zapato en la mano y la dignidad muy lejos de allí. Levanté la vista mientras mi mente se inundaba de

pensamientos catastrofistas, solo para asegurarme de que el infarto que me estaba dando no era en vano. Y no, no era una visión.

No podía ser de otra manera en un día como hoy.

Álex estaba delante de mis narices y, más allá de que el cabrón ni siquiera me había mirado o hecho el mínimo esfuerzo por saludarme, estaba el hecho de ¿qué cojones hacía Álex aquí? ¿En mi país? ¿En mi ciudad? ¿En mi edificio y en el mismo jodido ascensor? Se me olvidó respirar por un segundo, pero eso no me impidió mirarle de arriba abajo. Ahí estaba, tan tranquilo; mi puto ex estaba ahí, y sin esforzarse por hablar del tiempo, como en los ascensores del resto del planeta.

No podía ser peor. Pero al universo no le gusta ese tipo de pensamientos, es más, le gusta jugar de vez en cuando con sus marionetas, y yo parecía estar en el centro del espectáculo. Era el bufón de la corte. Así que el maldito ascensor volvió a abrirse en la planta baja, porque, al parecer, aunque para mí habían pasado veinte años bisiestos, solo habían transcurrido unos pocos segundos y todavía faltaba una pieza más en el tablero, una que había llegado en el último momento y había conseguido parar las puertas a unos pocos centímetros de cerrarse. También te digo: aquel ascensor parecía más lento que el caballo del malo de una película del Oeste. Bueno, serviría para aligerar el ambiente, pensé inocentemente, olvidando el papel de payaso de circo que me había tocado ese día.

Oh, oh.

Un consejo: nunca pienses que las cosas no se pueden poner peor, porque el universo se lo toma como un reto. Y lo supera. Joder si lo supera.

¿Podía estar entrando Lucas en ese puto cubículo? ¿El chico con el que me acostaba hasta hace pocos meses? Sí, podía. Y, por cómo me miró, no me había echado nada de menos. Más bien, me había

echado de más. Agarré fuerte el zapato y miré al frente, sin decir absolutamente nada, notando el aire más denso que el mismísimo barro.

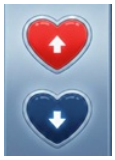
Cristo del gran poder, si me sacas de esta, voy a verte todos los años de rodillas.

Lucas se bajó al llegar al quinto piso, donde vivía un amigo suyo, el mismo por el que nos habíamos conocido. Ni siquiera suspiré de alivio, porque mi tortura aún no había acabado. En mi cabeza solo resonaba la canción «Highway to hell», cuya letra podía entender perfectamente en ese momento mientras sufrí un poco más hasta llegar al séptimo. Salí con toda la dignidad que pude, coja e intentando que aquello pareciera normal. Álex no se bajó, y aunque por un segundo me pudo parecer un alivio, nada más salir me hice la pregunta que me había hecho desde el principio: «¿Qué demonios hace Álex aquí?».

Pese a la curiosidad, estaba decidida a no mirar atrás y, aunque me contuve todo lo que pude, eché un vistazo justo antes de que se cerraran las puertas del ascensor, que ya no me parecía tan lento. Solo pude ver parte de Álex, que, una vez más, no hizo nada por romper aquella tensión, así que, con el corazón en la garganta, terminé de abrir mi puerta y me quité el otro zapato, prometiéndome a mí misma que haría como si nada hubiera pasado.

Promesa que, por supuesto, no cumplí.

Capítulo 2



Estaba muy tranquila, o eso me repetía una y otra vez. Era sábado y había quedado con Mario y Julia para un *brunch.* En mi caso, ese día era una excusa para tomarme una copa a las doce de la mañana de un sábado sin rastro de culpabilidad. Podría decir que había cumplido mi promesa, que no tenía ojeras de oso panda de pensar en lo mismo y que no me había planteado llamar piso por piso hasta averiguar qué hacía allí y dónde estaba Álex. Incluso había barajado la teoría de que fuera un hermano gemelo malvado desconocido, lo cual descarté enseguida, ya que, si hubiera un hermano malvado, ese sería Álex, sin ninguna duda. Podría decir muchas cosas. La realidad era que, hacía unos minutos, cuando tuve que subirme en el ascensor, el cual me parecía ahora un lugar siniestro y maldito, pulsé el botón prometiéndome tranquilidad, pero cuando empecé a escuchar los engranajes de la máquina, cada vez más cercanos, me asusté tanto que acabé huyendo por las escaleras. Huyendo de una máquina vacía que el hombre había creado para facilitar las tediosas tareas de la humanidad. Si eso no era ridículo y aterrador al mismo tiempo, que baje Dios y lo vea.

Mirémoslo por el lado positivo: si ahora tengo que subir y bajar siete pisos por las escaleras, se me va a poner el culo como una piedra. Voy a ser la hermana perdida de las Kardashian.

Cuando llegué al lugar acordado, Mario ya se estaba sentando a la mesa, en silencio sepulcral. Le ofrecí una sonrisa tirante a mi amigo, que estaba demasiado ocupado contestando mensajes, y acosé al primer camarero que vi para pedir algo de beber. Mentalmente, me estaba mordiendo las uñas, porque no sabía cómo contar los últimos acontecimientos sin darles importancia. Porque no la tenían. Pero conocía lo suficiente a los comensales para saber dos cosas: que ellos sí que le darían importancia y que tardarían menos de lo que me duraba una mimosa en saber que estaba mintiendo como una bellaca. ¿Cómo demonios no iban a darle importancia? Para cuando llegó Julia, Mario ya había dejado el móvil sobre la mesa, y yo ya le había dado el primer trago a mi mimosa. Era el cóctel perfecto, estaba justificado bebérsela en un *brunch* aun siendo temprano, no como el *gin-tonic* que le apetecía a una tomarse. Mario, que parecía recién conectado con la realidad, me miró directamente, intentando adivinar por qué me había saltado mi tradicional café.

—¿Hoy no tomas café, Lara? —me preguntó.

—Me lo tomé en casa —respondí, interrumpiendo el trayecto de la copa de nuevo.

—¿Y desde cuándo eso es un motivo para no tomárselo?

En realidad, me había tomado tres, porque no podía dormir desde bien temprano, pero, al mismo tiempo, tenía más sueño que un recién nacido. Sin percatarme, hice lo que ellos llamaban mi gesto más revelador, el más común cuando estaba nerviosa, intentaba mentir o cualquier cosa que implicara no ser mi verdadera yo: bruta, directa y transparente. Me mordí el labio inferior de una forma que, al parecer, no eran tan disimulada como creía. Julia, siempre observadora y ya acomodada en su lugar, achinó los ojos en mi dirección:

—A ti te pasa algo.

¿Por qué demonios tenía tanta facilidad para delatarme a mí misma? O ellos me conocían demasiado bien. Tal vez, ambas.

Julia era una de esas pocas personas en las que su apariencia decía todo de ella. Era una chica mona, bajita y con aspecto de tímida. Y exactamente así era: su timidez le había impedido hacer muchas cosas, demasiadas, para mi gusto. Con el paso de los años, muchas habían sido las ocasiones en las que había querido empujarla al vacío, solo para ver qué pasaba. Con el tiempo, también había aprendido que ella era así y yo no tenía derecho a interferir. Se cerraba en banda cuando tenía que conocer a alguien fuera de su estrechísimo círculo social: incluso con ellos había temas que era mejor no tocar si no querías que se fuera con una excusa barata, como pasear al gato que ni siquiera tenía. A veces, te podía sorprender con alguna contestación, pero en general era reservada, tímida y casi invisible. Nada sería un obstáculo si no fuera porque yo sabía que eso había sido un problema en algunas ocasiones. Había dejado pasar momentos y personas solo por no haber sido capaz. Solo tuvo un novio una vez, que le duró un par de años. Tiempo después, me preguntaba si duró tanto porque le quiso de verdad o porque su timidez e incapacidad para hacer daño a los demás le había impedido terminar antes. Desde entonces, nada, ni siquiera una sola vez, la había oído hablar sobre alguien que le gustara, que hubiera conocido o que le llamara la atención. Bueno, miento, sí había uno, pero ese tema era mejor no tocarlo, porque ni ella misma se había atrevido a confesarlo, a pesar de lo evidente que había sido siempre para mí. De todas formas, pertenecía al pasado, o eso creía yo, y si no, al menos había kilómetros y kilómetros de distancia.

Años de amistad habían hecho que Julia, la chica de melena por los hombros y ojos castaños claros, con sonrisa perfectamente alineada de ortodoncia, se sintiera cómoda con ellos, pero aún no

lograba que saliera su lista de traumas. Para mí, estaba claro cuál era el punto número uno de esa lista, y tenía nombre y apellido. Y el segundo: lanzarse a la aventura por una vez en su vida. Tomar una decisión sin estar segura de ella, saltar a la incertidumbre por una vez.

Me atraganté con el zumo con alcohol.

—¿A mí?

Intenté ganar tiempo, porque ni siquiera fui capaz de pronunciar la palabra «no». Ya sabía lo que vendría después de esa negación: un interrogatorio. Y no podía con ello ahora mismo.

—Sí, a ti. Puedo decirlo nada más verte.

Mario no tuvo duda alguna en apoyar a Julia, que, de tan observadora que era, casi siempre daba en el clavo. Dio un sorbo al café y me miró con esa superioridad de alguien que te conoce demasiado para tu propio bien. Mario tenía el pelo oscuro, más corto en los lados que en la parte de arriba, donde dejaba ver lo ondulado que era. De tez morena y ojos marrones y algo caídos, que le daban una expresión de tristeza perpetua que, esta vez sí, no tenía nada que ver con él. Me sacaba una cabeza de altura, y una y media a Julia, y siempre parecía estar preparado para lo que le deparara la vida, aunque —alerta, *spoiler*— nunca lo estaba.

—Te conozco desde antes de que nacieras, así que suéltalo. ¿Qué has hecho esta vez?

Rodé los ojos. Ese día había tenido tanta prisa que apenas si me había peinado decentemente, y, como cada vez que tenía la intención de mentir, parecía que iba a explotar. Como si hubiera sido criada en una escuela del más extremo Opus Dei, resoplé y me froté la cara, porque mi labio ya no daba para más nervios.

—No he hecho nada. El universo me lo ha hecho a mí.

—Eso es muy místico. ¿Puedes especificar más? —exigió Mario, disfrazándolo de pregunta.

Suspiré una vez más antes de pronunciar las dos palabras que le martirizaban:

—El ascensor. ¡El jodido ascensor!

—¿Se ha estropeado y tienes que subir siete pisos a pie?

Negué.

—El viernes tuve un día horrible, no porque pasara algo terrible, sino porque pasaron un millón de pequeñas cosas que te van jodiendo el día, y al final acabé volviendo a casa con un zapato menos, de mis favoritos además, porque lo metí en una alcantarilla, como en las comedias americanas. Estaba en mi peor versión, y no veía el momento de llegar a casa y meterme debajo de una manta durante un mes cuando entré en el maldito ascensor. ¿Y quién se metió conmigo? ¿Eh?

—Adivino que Jason Momoa no fue —dijo Mario con una risita de maldad.

—¡Álex! ¡El maldito Álex!

Como ya he dicho, Mario podía parecer seguro y preparado, pero nunca lo estaba, y aquello también le pilló de sorpresa. Lo que menos esperaban es que ese nombre volviera a salir de mi boca, y, muchísimo menos, para decir que le había visto.

—¿Álex? ¿Álex? —preguntó Julia.

—¿Alexander? —reiteró Mario.

—¡Sí! Álex, Álex, Alexander —imité—, el fotógrafo-artista-bohemio-soñador que me dejó tirada por la fauna y la flora del mundo. —Mario intentó no reírse ante tal resumen, aunque, además de ser muy cierto, era gracioso. No me molesté ni en insultarle—. ¿Desde cuándo está aquí? ¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere? ¿Por qué ha venido? ¿A qué huelen las nubes? Preguntas para las que nunca

tendremos respuesta. Espera, que hay más, ¿quién más entró en el ascensor?

—¿Cuánta gente cabe en ese ascensor? —bromeó Julia.

—Al parecer, todos mis demonios —dramaticé—. ¡Lucas! ¿Por qué el mundo me odia de esta manera? ¿No hay más ascensores, ni más edificios, ni más…?

—Bueno, lo de Lucas es más lógico —intervino Mario—, os conocisteis porque un amigo suyo vive allí, ¿no?

Asentí.

—Hacía tiempo que no me lo cruzaba, y las cosas no acabaron muy allá.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Julia inocentemente. A veces me preguntaba si escuchaba todos sus sermones, que, para ser justos, eran muchos y exagerados.

—Es una ligera sensación —ironicé—. No sé, pero el hecho de que me bloqueara en todas partes de un día para otro y me lo encontrara de frente con otra tía me dijo algo.

Mario volvió a reír, esta vez acompañado de Julia.

—Para ser justos, no teníais nada serio. Tú no querías nada serio.

—Ya, pero tampoco creo que eso justifique que un tío de treinta y pico añazos se comporte como un niñato rencoroso. En fin, que fueron los siete pisos más tensos de mi vida. Intenté salir con dignidad, pero el zapato en la mano no ayudaba mucho.

—Lo que no te pase a ti… —murmuró Julia.

Comí en silencio mientras Julia y Mario ponían sus teorías sobre la mesa. Cuando debatían sobre la tercera teoría, decidí que había sitio en mi cuerpo para otro cóctel con alcohol.

—Quizás Álex está de visita. No parecía querer volver cuando se marchó.

—O tal vez ese edificio es un agujero negro del que tengo que salir —dije.

—A ver, espera.

Mario sacó su móvil y entró en Instagram.

—¿Qué haces?

—Mirar su Instagram, a ver si ha subido algo. —Le dio un buen repaso. Yo no quise ni mirar—. No, nada. Solo fotos de fauna y flora. Fotos buenas, por cierto.

Como siempre, rompí mi propósito y no pude contener las ganas de echar un vistazo al móvil de Mario, aunque fuera por satisfacer mi enfermiza curiosidad. Chasqueé la lengua.

—Bueno, por lo menos ha hecho algo bueno con su tiempo —farfullé—. Le valió la pena dejarme tirada.

Mario se inclinó hacia delante en la mesa, mirándome fijamente.

—Uy, uy…, aún se nota el rencor, ¿eh? ¿Qué pasa? ¿Se te movió algo por ahí dentro al verle?

—¿O con Lucas? —añadió Julia.

Lo pensé un momento. No tanto la respuesta, que ya la sabía, sino la forma de escabullirme para no darla.

—Sí. La bilis del estómago, que se me subió a la garganta, eso es lo que se me movió.

No era verdad del todo, pero sí parte de ella.

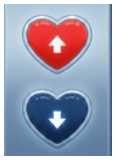
—Mentira —sentenció Mario con una sonrisa de maldad—, te estás mordiendo el labio.

Dejé de hacerlo al momento, pero fue demasiado tarde, ya no podría negarlo aunque quisiera. Así que, en lugar de meterme más en el barro, di un último trago a mi mimosa y procedí a comer en silencio.

—Ya confesarás —murmulló Mario, a lo que Julia, casi como si fuera una amenaza, añadió:

—Y estaremos aquí esperándote.

Capítulo 3



Cuando me estresaba, hacía yoga o dormía mucho. Siempre pensaba que iba a funcionar aunque lo hiciera una sola vez cada mucho tiempo. Tal vez, más de un día seguido, si el estrés era demasiado. *Spoiler:* nunca funcionaba. Era incapaz de dejar la mente en blanco; como mucho, solo reemplazaba los pensamientos que me agobiaban cuando estaba en alguna posición que parecía que iba a romperme como una rama seca. Tenía la misma elasticidad que un tablón de madera, y eso se traducía en que mis sesiones de yoga eran más bien para mantenerlas en privado. Muy en privado. Esa vez, la crisis era gorda, por lo que intenté hacer una sesión intensa de YouTube. No habían pasado ni cinco minutos en el reloj cuando ya estaba renegando de todo, con la espalda en el suelo y las piernas sobre la pared, mirando al techo grisáceo que una vez fue blanco e ignorando la voz suave y calmada de la instructora que me estaba poniendo de los nervios. El jodido Álex podía haberse quedado donde estuviera, o al menos haberse ido a otro edificio. O Lucas, oh, Lucas…, ¿era realmente necesario comportarse de forma tan infantil tras una ruptura? Siempre me había parecido que el tema del *ghosting* era algo demasiado inmaduro para ser cierto…, y él parecía todo lo contrario a una persona a la que le falta madurez. Me lo pasaba bien con él, pero yo quería ir despacio. Él pareció

entenderlo hasta que dejó de hacerlo. Cuando todo acabó, me quedé con la duda de si fue por mi negativa a formalizar lo que teníamos o porque había algo sobre mí o sobre nosotros que no le terminaba de convencer. En cualquier caso, podría haberse ido de una manera más pacífica.

Inevitablemente, repasé con saña todo aquello que me carcomía, ignorando lo incómodo de mi posición. Estaba sumida en mi miseria cuando llamaron a la puerta. Di buena cuenta de mi agilidad para deshacerme de esa posición, y dudé de llegar a tiempo para atender a quien fuera que estuviera al otro lado, porque parecía una mujer jubilada que nunca hubiera hecho un mínimo de ejercicio. Cuando llegué, deseé que hubiera sido así.

Álex estaba tras la puerta, a punto de desaparecer por el pasillo. Si hubiera tardado un poco más, me hubiera ahorrado un nuevo mal trago. Debido a él y sus idas y venidas, pagaría la segunda residencia de algún psicólogo afortunado. Álex se asomó al interior de mi apartamento con poco disimulo, fijando su vista en la parafernalia que había montado para hacer exactamente cuatro minutos de yoga. Y mal hecho. Siempre que empezaba me convencía de que lo haría bien, de que haría la sesión entera, concentrada y olvidándome de lo demás. Así que tendía la esterilla, me ponía ropa adecuada, dejaba una luz tenue, encendía velas aromáticas y ponía música relajante. Es decir, que tardaba más en preparar la sesión que lo que realmente hacía.

Miré a mi espalda y supe exactamente lo que había visto y por qué parecía estar aguantándose la risa. Nuestra relación había dado para mucho, tanto en el buen como en el mal sentido, y eso implicaba que había pocos secretos que él ya no supiera.

—¿Cuánto has durado esta vez?

Ignoré la ira que me corroía al constatar que me conocía tan bien y que me haría replantearme de nuevo esa sesión de yoga que era tan necesaria después de su visita.

—Más que la última —respondí muy orgullosa, para después murmurar—: que ni siquiera empecé.

Escuchar su risa fue la señal que necesitaba para que se encendiera algo en mí. Una ira mucho más intensa que la anterior, como si me quemara. Quería que se fuera. Quería dejar de sentir esa sensación de que nos conocíamos demasiado bien, que la conexión seguía intacta y tan fuerte como siempre. Respiré hondo para calmarme e intenté retomar el control. No quería que alguien que me había hecho tanto daño volviera a mi vida como si nada, pensando que el espacio que él ocupaba seguía estando ahí. Porque no lo estaba, y si no podía romper esa conexión, al menos se lo haría saber. Sería escueta y simple, natural, y le echaría en cuanto pudiera.

—¿Querías algo?

Tal y como lo recordaba antaño, sin ningún titubeo ni signo de vacilación, me respondió. El problema fue que nunca creí que escucharía eso de su boca. O que no serían esas las primeras palabras después de tanto espacio en blanco.

Supuse que, incluso aunque sonara contradictorio conmigo misma, se intentaría justificar de alguna manera, o se disculparía por lo que me causó. Por el terremoto que supuso su entrada y su salida en mi vida, que me dejó llorando y en ruinas. Sin embargo, Álex siempre estaba dispuesto a poner el último clavo, y por mucho —o más bien poco— autocontrol que yo tuviera, él tenía la capacidad de sacarme de mis casillas sin despeinarse.

—¿Tienes sal?

Ladeé la cabeza como si no hubiera escuchado bien, porque realmente no lo había hecho, ¿verdad? No estaba mi ex en la puerta, el causante de una nueva sesión de yoga abortada, pidiéndome sal, ¿cierto? Era un mal sueño.

—¿Sal?

—Sí, ¿tienes? —repitió sin rastro de duda.

Llámame loca. Al verle en la puerta pensé que tal vez, solo tal vez, le había afectado verme después de tanto tiempo y se había dado cuenta de que me merecía una explicación. ¿O qué? ¿Acaso era yo la única que esperaba eso? ¿Qué era lo más lógico? Aunque no la quisiera. Pues no. Al parecer, en su mundo de fauna y flora silvestre, lo más lógico era aparecer de la nada y pedir un puto puñado de sal. Me vi a mí misma desde fuera, preparada para explotar como si me hubieran metido en un microondas. En lugar de eso, apreté bien los dientes, desaparecí y, aunque lo normal hubiera sido meter un poco en un tarro —no había tiempo para tomar tal lógica decisión—, cogí el paquete entero y se lo entregué.

Álex me miró raro durante unos segundos.

—¿Tú no la necesitas?

—No.

Y cerré la puerta, porque si hubiera seguido en esa absurda conversación, acabaría haciendo lo que más me apetecía: meterle el paquete de sal por el culo y abrir todos los telediarios esa misma noche con la noticia. Miré las velas aromáticas, supuestamente relajantes, apagadas probablemente por el portazo que había dado.

Ahora sí que es el momento de volver a encender esas putas velas.

Por primera vez en mucho tiempo terminé esa sesión de yoga —y eso decía mucho de mi estado mental—, tomé una ducha y traté de relajarme. Aunque, la verdad, ni un camión cisterna de tila y

pasiflora hubiera logrado aquello. El timbre volvió a sonar. Me juré a mí misma que, si era él otra vez pidiendo azúcar o cualquier otra estupidez, sí que haría algo por salir en los telediarios.

Afortunadamente, no era Álex. Era Julia, quien parecía haber oído una voz de alarma en su cabeza diciéndole que debía venir.

—Hola, te he puesto de excusa para no ir a un plan con los colegas del curro, y al final he decidido venir. ¿Te apetece tomar algo?

A veces agradecía que fuera tan antisocial, lo suficiente para que no tuviera plan en un día como hoy. Decidimos irnos de tapas, y acabamos tomándonos una cerveza en la primera terraza libre que encontramos.

—¿Y Mario? ¿Sabes algo de él? —pregunté.

—Estaba liado con una boda. Por lo visto, el novio es un poco quisquilloso, o gilipollas, como él dice, y le tiene cambiando tonterías hasta las tantas.

Ser *wedding planner* fue un giro de guion en su vida que nunca me esperé y que le iba bien. Fuera de su vida personal era un tipo organizado, creativo y metódico que tenía bastante éxito dentro de su empresa. Eso sí, no tengo ni pajolera idea de cómo llegó a ese trabajo. Aunque solo llevaba un par de años, era como si llevara toda la vida haciéndolo.

—Últimamente ha tenido unos cuantos así. A ver si nos está tomando el pelo y tiene una amante —conspiré, a lo que Julia se encogió de hombros.

—¿Y tú qué? ¿Algún encuentro aterrador? —Hice un gesto de disgusto—. ¿Más tríos en ascensores?

—Ha venido a mi casa.

—¿Quién? ¿Lucas?

Hasta a Julia le parecía más esperable que apareciera Lucas antes que Álex. A mí, en cambio, no me parecía normal que viniera ninguno de los dos.

—Álex. Quería sal.

Julia arrugó el ceño, como si se hubiera abierto una alcantarilla justo a su lado.

—¿Sal?

Sal para echársela a mis heridas, supongo.

—Sí, sal.

—¿Nada más? ¿Estás segura de que no terminaste la conversación antes de tiempo? Quizás era solo una excusa.

Asentí. Esa posibilidad pasó por mi mente como una estrella fugaz, muy rápido y sin dejar huella de su paso. Carraspeé.

—La verdad es que le cerré la puerta en las narices. Para mi justificación, diré que no envió ninguna señal de querer entablar una conversación.

—A ver si fuiste demasiado rápida y no le diste la oportunidad…

—No importa, porque, de todas formas, le hubiera rechazado. ¿De qué hay que hablar? ¿No ha habido tiempo para eso? —Julia resopló —. Esto parece la *remake* de un mal culebrón, qué horror.

—Sí, lo es, y estoy deseando ver el próximo capítulo.

Estuve un buen rato de lloriqueo, lamentándome aquí y allá, y, aunque mi humor y lamentaciones mejoraron ligeramente a medida que la noche avanzaba, para cuando acabamos el cuento, Julia decidió que, en vista de la crisis, dormiría conmigo esa noche. Por la crisis y porque no le apetecía coger el metro. Me empujó a dar una vuelta más larga y comprar un helado. «¿Por qué?», había preguntado yo; «Porque el helado no lo va a solucionar, pero tampoco empeorar». Y le daría la razón si no fuera porque me estaba costando la dignidad. Se derretía tan rápido que ya me había

guarreado las manos y, a juzgar por las risas de Julia cada vez que me miraba, la cara también. Nada más cruzar el portal, ahí estaba la próxima escena que se merecería una banda sonora. Aún no tenía muy claro si una ridícula o más propia de un *thriller.* Lucas estaba bajando majestuosamente por las escaleras. Tan elegante y despreocupado al mismo tiempo que solo le faltaba hacerlo a cámara lenta. De hecho, yo le veía a cámara lenta. Con pasos largos y decididos, vestido de manera informal y mirando a todas partes menos a mí, me pregunté: ¿qué vi de malo en él para no formalizar nada? Porque que él desapareciera sé que fue por mi falta de compromiso. Eso quise creer de entre las opciones que rondaban en mi cabeza. Sentí un cosquilleo en la boca del estómago, parecido a esas primeras sensaciones cuando ves al que crees que va a ser el amor de tu vida del próximo mes.

No me vio hasta que estuvo a unos pocos pasos de mí, y le cambió totalmente la cara. Algo tenso. Mi adolescente interior paró de dar saltitos un momento, pero ese grito agudo, como si estuviera parada frente a Miguel Ángel Silvestre, no paró. ¿Por qué la mente te juega esas malas pasadas? De pronto ves aquello que en otro momento no, borras lo malo y te quedas solo con lo que te hace vibrar, idealizando de nuevo a una persona que, probablemente, solo está en tu cabeza.

Julia carraspeó, sintiéndose la violinista de la escena. Me pregunté mentalmente por qué se había parado. Por un lado, esperaba alguna explicación, y por otro, mi adolescente interior quería que sacara un ramo de flores, como si nada hubiera pasado.

Ni siquiera me gustan las flores.

—¿Me dejas pasar?

¿Su voz había sonado como una melodía a piano, o era cosa mía? Para mi vergüenza, no es que estuviera planeando sacar veinticuatro

rosas del interior de su chaqueta, sino que yo me había quedado clavada en la puerta, bloqueándola.

—Sí, claro, perdona —dije, quitándome tan bruscamente que solté la puerta e intenté atraparla de nuevo en un gesto de lo más ridículo.

Por cierto, no conseguí alcanzarla y me moví por el *hall* lo más dignamente posible. Intuí una sonrisa en el gesto de Lucas mientras Julia se reía con la boca cerrada, intentando disimular con menos éxito que Ciudadanos en la última campaña electoral. Contuve mi impulso de dar una carrera y no parar hasta estar debajo de una manta y con la mente borrada. No volví a mirar atrás y me puse delante de la puerta del ascensor, pulsando el botón mil veces. Cuando oí la puerta de la entrada cerrarse, respiré tranquila. Más o menos. Las risas de Julia solo se hicieron notar más cuando dije con todo el drama del mundo:

—Este edificio es un agujero negro, un boquete, una zanja. Me tengo que mudar. Al campo. O a la montaña. O al bosque. Algún lugar sin portales ni ascensores.

—Bueno, mujer, piensa que siempre te puedes caer por el ascensor y olvidar esa última escena.

Fruncí el ceño, y justo cuando oí el ruido del ascensor que llegaba, continuó la tragedia, que parecía no quererme soltar. Noté unos toques en mi hombro al tiempo que pronunciaban mi nombre.

—Se te han caído las llaves.

Tardé cinco segundos en comprender que Lucas lo había oído.

—Gracias —pronuncié, mirando a otro lado.

Julia ya se había metido en el ascensor y estaba bloqueando la puerta mientras yo andaba de espaldas, despacio, como si así Lucas no viera que me estaba yendo.

—Tienes algo en la cara.

Dios mío, el puto helado. Sonrió. Joder, sonrió, y las mariposas volvieron con mucha fuerza. Le echaría la culpa al alcohol, pero estaba más sobria que un abstemio.

—¿Qué tal estás? —preguntó mientras yo ponía un talón dentro del ascensor, con las ganas de morirme escalando a pasos agigantados—. La última vez que te vi no estaba teniendo un buen día, lo siento.

Asentí. De hecho, ese día ha entrado directo al *ranking* de los más mierdas de todos los tiempos.

—Bien, supongo… Eh, normal. Sí, bien. ¿Y tú?

Yo creo que la idea de «bien» le había quedado claro. Sonrió más ampliamente.

—Supongo que también.

Nos quedamos unos segundos enganchados, como si no hubiera otra cosa que mirar. Fue un momento intenso, acorde con la situación.

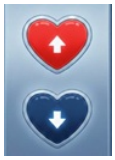
—Bueno, tengo que irme. Me ha gustado verte, aunque sea… así. —Me señaló con una mano, refiriéndose a mis pintas, imagino, mientras reía—. ¿Nos vemos pronto?

¡¿Pronto?! ¡¿Qué quería decir eso?! El grito agudo y los saltitos volvieron a mi interior.

—Sí, claro. Nos vemos pronto.

Y me metí en el ascensor, viendo cómo me daba la espalda y habiendo hecho una «promesa» que no sabía si se iba a cumplir.

Capítulo 4



No había nada que deseara más en el mundo que llegar a casa. Tal vez un euromillón premiado o algo así. Ahora mismo, dentro de mi ambición de clase media, solo quería llegar a casa. Tranquilidad. Velas encendidas, tal vez. Una cena decente. Silencio…

—Vosotros, ¿qué hacéis aquí?

Casi los estaba echando. Bueno, sin el casi. Literalmente, los quería echar. Julia y Mario estaban sentados en el suelo, al lado de la puerta de mi casa, como si les debiera dinero. Ambos se levantaron al mismo tiempo, ignorando mi tono, pero no mi pregunta.

—Julia me ha dicho que tienes novedades de tu serie de tragicomedia. Y quiero saberlas. A ver si porque esté un día ocupado me voy a quedar atrás —dijo Mario, sacudiéndose un polvo inexistente.

Me limité a abrir la puerta mientras él seguía.

—Por cierto, hemos estado hablando en tu ausencia. Y hemos decidido que, si algún día vendes los derechos de tu vida, tendremos derecho a un porcentaje. O al menos a las fiestas pijas y demás. Y a los beneficios, sí —insistió. Puse los ojos en blanco—. Y para que no nos digas que no, te hemos traído la cena, un japonés.

—¿Japonés? Me apetecía una ducha y meterme en la cama.

—Mala suerte. Te jodes —siguió.

Suspiré. A ellos dos no hacía falta que les invitara a sentarse, porque antes de que me deshiciera del bolso, ya estaban más que acomodados. Sin más opciones, me senté con ellos, renunciando a mi ansiada tranquilidad. Mario, como buena persona detallista y creativa que era, me hizo decirle hasta de qué color era el jersey que Álex llevaba puesto el día que no se le ocurrió una mejor idea que venir a trastocar mi mundo, o, como decían el resto de los mortales, «a pedir sal», y hasta si el helado que me comí previamente al encuentro con Lucas, y que supuso un nuevo traspié por los manchurrones que me dejó, estaba bueno o no. A pesar de que varias veces le pedí clemencia, él seguía en sus trece.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Yo? Pues nada, qué voy a hacer. Buscarme otro sitio para vivir. ¿Vosotros sabéis como va lo de las plataformas petrolíferas? ¿Podría trabajar y vivir allí? Aislada. Sin ascensores.

Julia resopló, y Mario enarcó las cejas.

—¿Vas a quedar con Lucas? A mí me gustaba, era majo —dijo Julia, ignorándome—. Y ese «¿nos vemos pronto?» suena a algo más.

Rodé los ojos al cielo.

—Sí, suena a no saber qué decir en una situación incómoda, o a culpabilidad por haber hecho bomba de humo. O, como dicen ahora, *ghosting.*

—Entonces, ¿no sentiste nada?

Recordé las mariposas en el estómago, la sensación de nerviosismo, la emoción de mi adolescente anterior, y cómo creí que caminaba a cámara lenta y con banda sonora incluida. Borré todas esas imágenes absurdas de la cabeza y respondí tajantemente:

—Claro que no.

—¿Y con el vecino de arriba? —insistió, refiriéndose al que le faltaba la sal. Y alguna neurona que otra, empezaba a pensar yo.

—Tampoco —sentencié—. Forman parte del pasado, y no me afecta nada que ambos estén aquí.

Se partieron de risa al escucharlo.

—Claro, claro, y yo acabo de pasar un *casting* para una película de Christopher Nolan —ironizó Mario.

—Pues enhorabuena —me burlé—, pero a mí me da igual que esos dos estén por aquí.

Siguió un poco más, haciéndome sufrir por mis descaradas mentiras, y cuando tuvo suficiente y yo estaba a punto de echarme a llorar para darle pena, cambió de tema y se puso a hablar de su trabajo.

—El novio es un poco prepotente y mandón. Me preguntó si era gay por trabajar en esto de las bodas… Un gilipollas, vamos. Y ella es un encanto, un encanto que está hipnotizada por ese gañán de la prehistoria. —Se le dibujó una sonrisa que no me pasó desapercibida, y por cómo me miraba Julia, supe que a ella tampoco.

Esperé que fueran ideas mías, pero llevaba tiempo liado con esa boda, y no era la primera vez que ese tipo de «señales» ocurrían cuando hablaba de esa novia en concreto. Tal vez eran películas que me montaba en mi cabeza, o tal vez conocía demasiado a Mario para su propio bien, pero sabía cómo hablaba él de las chicas cuando le gustaba una, y esto me daba tan mala espina… Por otro lado, me sorprendía que alguien tan profesional como Mario cayera en una historia que parecía sacada de una serie para adolescentes, una americana, de las que tienen taquillas en el instituto y un verano mejor del que yo tendré en ninguna de las estaciones que me quedan por vivir. Mario era pasional, bromista, extrovertido…, pero

fuera de su trabajo. Cuando de este se trataba, era de lo más formal. Atendía amablemente, y utilizaba su carisma para hacer sentir cómoda a la gente, pero nunca pasaba de ello. Ni cuando hablaba de su trabajo solía hacerlo de parejas concretas, sino de las tonterías y horteradas que le pedían.

Julia carraspeó y cambió de tema, distrayéndonos a ambas de aquel pensamiento que nos enturbiaba un poco. Estaba hablando de esto y aquello, temas sin mucha importancia, cuando desconecté al notar la vibración de mi móvil: era Nacho, mi hermano mayor.

—Mañana voy a estar en tu ciudad, ¿quedamos? Tengo cosas que contarte.

—¿Y eso? ¿Vienes por trabajo?

—Mañana te cuento.

Mi hermano seguía igual de gilipollas, por mucho tiempo que pasara.

—¿Dónde nos vemos?

Cuando dejé el móvil de lado y levanté la vista, mis contertulios me esperaban con suspicacia.

—¿A quién le hace falta sal? —preguntó Mario, a lo que yo me reí irónicamente.

—¿Vamos a dejar ya el temita u os tengo que echar de mi casa? Es mi hermano. Resulta que va a aparecer por aquí mañana, pero no me quiere decir por qué.

En cuanto pronuncié el nombre de mi hermano, Julia se atragantó con la bebida. Se puso hasta roja, aunque no sabría decir si era por la noticia o por el intento de atragantamiento. Porque Nacho y Julia…, ay. Era una de esas cosas que no tienen buen puerto o, mejor dicho, nunca llegan a puerto. En realidad, mi hermano, como buen imbécil que era, nunca se había dado cuenta de lo que pasaba. Julia y yo somos amigas desde pequeñas, desde la infancia. Una de esas amistades que perduran a través del tiempo. Prácticamente, lo hemos vivido todo juntas, el primer día de instituto y el último, los veranos jugando en las calles y saliendo cuando teníamos edad. Nuestro primer maquillaje juntas, la primera vez que probamos el alcohol, la universidad, incluso nos mudamos juntas a Madrid en busca de nuevos horizontes. Y, por supuesto, también los primeros amores y desamores. En el caso de Julia, ese tenía nombre y apellido, y era el de mi hermano. Desde su más tierna edad, cada vez que Nacho entraba en escena, había dos opciones: un nerviosismo desenfrenado o se volvía una piedra. Yo sabía de primera mano que Nacho le tenía mucho cariño a Julia, porque había pasado más tardes con la familia que él mismo, pero nunca pasó de ese amor fraternal que, suponía, enfermaba a mi amiga. Nunca mostró señales de darse cuenta. Y eso que, para el resto de los mortales, era obvio. Hasta para mis padres.

Sin embargo, era un tema tabú para ella. No es que hablara de él con naturalidad o fingiendo que le daba igual, es que directamente no hablaba de él. Aún recuerdo cuando mi hermano se echaba una novia. Julia no opinaba, pero tampoco aparecía por casa hasta que mi hermano la cagaba y lo dejaban, y aun así tardaba un tiempo. Eran señales tan obvias que solo le faltaba escribírselo en la frente. Aun así, su amor por mi hermano era algo no oficial.

—¿Y se va a quedar mucho tiempo? —preguntó Julia, con los últimos resquicios de la tos en su voz.

Supuse que estaba preparando una escapada a la Antártida para no cruzárselo.

—Ni idea, no me ha querido decir nada.

—Bueno, pues a ver si se queda unos días y lo vemos —dijo Mario inocentemente, ajeno a su imprudencia. Julia la fulminó con la mirada—. ¿Qué? ¿Es que te cae mal? ¿O te vas al Camino de Santiago o algo?

—No, nada de eso —dijo ella seria, como si le acabaran de dar una notificación de Hacienda. Miró su reloj—. Es muy tarde, me voy.

—¿Ya? Solo son las once —se quejó Mario.

—Sí, mañana tengo que trabajar y… me voy.

Antes de que nos diéramos cuenta, estaba cogiendo sus cosas. Mario me miró sin entender y movió ligeramente la cabeza, como preguntándome «¿qué pasa?». Me encogí de hombros, y él se levantó inmediatamente.

—Espera, que te acompaño.

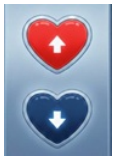
Ambos se encaminaron a la puerta, ignorándome tranquilamente.

—Adiós, ¿eh?

Y sin recibir contestación cerraron la puerta.

Este culebrón ya tenía otra protagonista, además de mí.

Capítulo 5



El clima de abril era demasiado bueno para ir directa a casa, así que decidí hacer tiempo en una cafetería cercana hasta que llegara la hora de ver a Nacho y sus misterios. Estaba pensando en cómo Julia esquivaría la situación. De momento no había dicho una sola palabra por el grupo de WhatsApp que teníamos los tres cuando mi más reciente demonio apareció para torturarme. Con toda la naturalidad del mundo, Álex apareció delante de mí con un café, y se sentó en la silla libre. Mi primera reacción fue mirar a mi alrededor, esperando un ramo de flores y un presentador diciendo que había sido víctima de una cámara oculta. Lamentablemente, aquello era muy real. Fue tal la impresión que mantuvimos el silencio extendido en el tiempo, mientras él daba un sorbo al café tranquilamente.

—Hola —dijo.

—Te advierto que la sal que llevo en el bolso es para mí. Además, es malísima para la tensión, ¿sabes? Ya tienes una edad, y retiene líquido. Deberías alejarla de tu dieta —dije en una verborrea sin fin.

Él frunció los labios para no reírse.

—¿Llevas sal en el bolso?

—Qué remedio. He tenido que comprar después de dártela —contesté resoplando.

Desvió la mirada, no porque le impusiera, sino porque estaba tratando de no reírse en mi cara.

—Estuve a punto de devolvértela varias veces, pero visto como me cerraste la puerta antes de que te pudiera decir que no necesitaba tanta, pensé que era mejor no hacerlo.

—¿Y ves mucho más natural sentarte a mi mesa sin decírmelo?

—¿Tú no? —replicó, haciendo alarde de su buen humor.

Dejé de hablar y me centré en mi café, si es que se puede una centrar en esa situación. Intenté imaginarme que estaba en otro lugar, en otro momento, poniendo en práctica las técnicas de visualización que había leído del yoga y la meditación, y que empleaba cuando tenía un mal día en el trabajo.

«Tú no estás aquí, estás flotando en una playa paradisíaca de Hawái, y luego te irás a un hotelazo donde te espera una bañera rodeada de velas y un empotrador en la cama. Tú no estás aquí…».

Lo repetí varias veces, como un mantra, intentando visualizarlo…

Esto es lo más inútil que he hecho en la vida.

—Tienes cara de concentración —habló de pronto—, ¿en qué estás pensando?

—Estoy tratando de imaginarme que no estoy aquí, sino en una playa paradisíaca y desierta.

Se rio.

—¿Funciona?

—No, para nada —reconocí.

Se distrajo con algo de la calle. Parecía de lo más relajado, sentado en su silla, café en mano, vestido de manera informal y algo despeinado, como si no me estuviera jodiendo el día cada segundo que permanecía ahí.

—Bueno, ¿quieres empezar por lo fácil o por lo difícil? —Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Lo he estado meditando, y creo que te mereces saber…

Mi cara bailó entre el asombro y el pánico más absoluto. ¡Una explicación! ¡Una explicación que no quería escuchar!

Por favor, que alguien llame a la policía, esto tiene que estar tipificado en el Código Penal por lo menos.

—Bueno, mejor empezamos por lo fácil, creo que no estás preparada.

Odiaba, por encima de todas las cosas, que me conociera tan bien. Sobre todas las cosas.

—No es que no esté preparada —me defendí de un ataque imaginario—, es que no entiendo a qué viene esto a estas alturas.

Suspiró disimuladamente y continuó sin querer entrar al trapo.

—Lo dicho, mejor empezamos por lo fácil: ¿cómo estás?

Enarqué una ceja.

—¿Eso es lo fácil? —Se carcajeó, asintiendo.

Pues, con el mundo al revés, esperando una señal de la Virgen María para confirmarme que todo esto me pasa porque me van a declarar la nueva mártir de este siglo.

Pero no le iba a dar el gusto de contarle mis penurias, esas las guardaba para mi círculo de confianza. Me sentí atrapada, porque estaba segura de que me conocía demasiado bien para mentirle tan descaradamente y a tan poca distancia. Decidí tirar por la típica conversación de ascensor:

—Eh… ¿Bien? —Sonó como una interrogativa y me di un golpe mental por ello—. ¿Y tú?

Casado y con tres hijos. Dos de ellos, mellizos.

Con un juicio pendiente por plagio.

Arruinado y viviendo de la caridad.

Me han otorgado un premio por ser el mejor fotógrafo de vida salvaje, y tengo una mansión en Marbella.

Me imaginé todas las respuestas, y ninguna de ellas me gustó. Le oí murmurar algo de lo que solo llegué a entender «… burbuja». Me contuve para no preguntar. Cuando no estás preparada para escuchar la respuesta, lo mejor es no hacer la pregunta. Creo.

—Bien. Acabo de volver, y la verdad es que me ha ido bastante bien en el ámbito laboral; tengo varios proyectos.

No sabía si su intención era presumir, pero me estaban entrando ganas de arrancarle la cabeza allí mismo.

—No sabía si te encontraría aquí, ¿sabes?

—¿En una cafetería?

Sonrió, y me martiricé por ello.

—En el mismo lugar, ya sabes, donde vivimos juntos.

Eso sí me pilló de sorpresa. ¿Dónde pretendía encontrarme?, si es que era su intención. ¿Y por qué mis ganas de arrancarle la cabeza iban en aumento?

—¿Y qué esperabas? ¿Verme en un monasterio? ¿De misionera?

Lejos de tomárselo mal, se rio.

—Viniendo de ti, tampoco me hubiera sorprendido tanto.

—Te fuiste tú —dije, como si no fuera obvio. Salió de mi boca como un reproche, aunque no pretendía echarle nada en cara. Estaba en el pasado. Él y todo lo que implicara nuestra historia. Carraspeé, intentando cambiar de tema. Fue peor, porque hice una de esas preguntas que no debes hacer—: ¿Por eso volviste al mismo lugar? ¿No esperabas encontrarme allí?

Cambió el peso de su cuerpo de un lado a otro, claramente incómodo.

—Más o menos —murmuró para sí, y, aunque no quise reconocerlo porque ya no debía afectarme, me hirió. Solo un poco.

Lo justo para querer salir corriendo—. Iba a volver a Madrid, y ya sabes que me gusta mucho esta zona.

¿Y tenía que ser el mismo edificio?

—Ya, prácticamente la elegiste tú. —Hablé en tono neutro, para que no pudiera ver que me había dolido.

Ambos nos quedamos en silencio, y yo me estaba enfriando más que el café que había sobre la mesa. Me sentía desinflada, como si el cansancio del día me hubiera golpeado justo en ese momento.

—Me alegro de que estés bien, Álex, de verdad. —Me levanté y recogí mis cosas—. Tengo que irme, voy a recoger a mi hermano en la estación.

Vislumbré un suspiro, como si estuviera cansado también.

—Hablaremos alguna vez de verdad, ¿no?

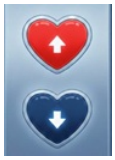
Le miré fijamente, pensando si quería o no hacerlo. Y sí, me moría de ganas de escucharle, aunque eso sería volver a un capítulo anterior que no quería cerrar, sino hacer una hoguera con él.

—Hay cosas que es mejor dejarlas tal y como están.

Y, cuando había dado un par de pasos, le oí susurrar:

—Pues a mí no me está funcionando.

Capítulo 6



Nacho seguía exactamente igual que siempre, y lo primero que hizo cuando llegamos a casa desde la estación fue abrirse una cerveza de mi nevera, aunque tuvo la decencia de «invitarme» a una. Venía tal y como él era: hablador, pero al mismo tiempo no soltaba prenda. Insistía en que todo estaba bien en el pueblo. No había parado de hablarme de cosas triviales en el trayecto, lo cual se me había hecho más pesado que de costumbre, ya que con la tontería de Álex había estado esperándolo en la estación más de una hora, tiempo más que suficiente para cocinar mi mezcla de tristeza y mal humor.

Había una cosa, entre todas, que me chirriaba más que nada, y es que venía cargado de equipaje. Cargado para lo que normalmente iba él, que echaba ropa interior de milagro.

—Y Julia, ¿qué tal está? Hace mucho que no la veo.

Dio un trago al botellín. Nacho preguntaba con toda naturalidad, porque, por supuesto, como buen idiota que era, ignoraba que mi amiga de toda la vida estaría ahora mismo escondida en el rincón más recóndito de Madrid para evitar cruzárselo, inventando posibles excusas para no acudir a un hipotético encuentro.

—Bien, con sus cosas.

Asintió. Se distrajo mirando mi piso, buscando algo nuevo, que no creía que encontrara hasta que atraje su atención con la delicadeza

que me caracteriza.

—¿Y tú me vas a decir a qué has venido? ¿O tengo que llamar al FBI?

Frunció el ceño con humor. Di un trago a la cerveza, que escupí inmediatamente al escuchar su respuesta.

—Me vengo a vivir aquí. ¡Ay, qué asco, cuidado!

—¿Que te vienes a vivir aquí? ¿Desde cuándo?

—Desde hoy —dijo como si fuera lo más normal—. Mañana entro en el piso nuevo, que está a diez minutos de aquí, y el lunes empiezo en el curro nuevo.

Demasiadas noticias de golpe. No es que no me gustara la idea, es que… era raro. Nacho ya vivió una temporada en Madrid cuando yo era una adolescente, cuando nuestro pueblo leonés se le quedó pequeño. La idea solo le duró unos meses, porque le resultó tan agobiante que volvió. Recuerdo el día que se marchó, y que Julia desapareció de mi vida durante días, porque ella funcionaba así: cuando la herían, se ocultaba a lamer sus heridas. Pensé en cómo se tomaría aquella noticia. Aunque en otro tiempo le hubiera gustado, dudaba que ahora fuera así.

Bueno, Madrid es grande, y Julia es buena con las excusas. No se tienen por qué ver muy a menudo…, ¿no?

—¿Por qué? A ti no te gusta Madrid. En los años que llevo viviendo aquí, ¿qué habrás venido? ¿Un par de veces? Y obligado.

—Ya, bueno…, he cambiado de opinión.

Si Nacho y yo teníamos algo en común, es que ninguno de los dos sabíamos mentir. Yo me destrozaba los labios en el intento, y mi hermano se rompía el cuello. Empezaba sutilmente a mirar a un lado, y acababa retorciéndose como una serpiente. Todo progresivo, dependiendo del tiempo que durara el silencio. Y eso justamente

hizo. Además, estaba… ¿sonrojado? Oh, no. No, no, no. Por favor, no.

—¿Por…? —insistí de nuevo.

—Creo que puede haber buenas oportunidades aquí —dijo, insistiendo en ir por el camino del pecado y la mentira—. Y hay otra cosa… Conocí a alguien.

No, no, no, no, no.

—No estamos saliendo formalmente ni nada de eso, pero me gusta. Ella vive en Madrid y…, bueno, pensé ¿por qué no?

¡¿Que por qué no?! Pues, no sé, tal vez porque sonaba a historia romántica barata que solo salía bien en los cines, quizás porque le iba a romper el corazón a mi amiga de nuevo. Tal vez porque mi hermano no era así. Podía llegar a ser impulsivo en su día a día, el tipo de persona que un día te propone salir a tomar algo, y al siguiente ha mirado un viaje a alguna isla recóndita para la siguiente semana; pero desde luego no era así de decidido ni de atrevido cuando de las chicas se trataba. Nacho no era impulsivo en el sentido de romántico, sino más bien un kamikaze sin control.

—¿Una chica? —Intenté no sonar como una madre preocupada y controladora, sino como una hermana interesada—. ¿Desde cuándo la conoces?

Nacho, con una sonrisa de bobalicón y un sonrojo que no se le terminaba de ir, me contó la historia de Alba. Se habían conocido en la Costa Brava, donde veraneaban con sus amigos el pasado periodo estival. Era una chica guapa y risueña con la que tuvo química desde el primer momento en el que se conocieron, en un chiringuito cualquiera. Pasaron el resto de los días juntos, más que con sus respectivos amigos; siguieron hablando, se vieron alguna vez más en algún punto intermedio, sin decirse nada, pero prometiéndose todo.

Ahí fue cuando él, sin previo aviso, había decidido tirar la casa por la ventana y dejarlo todo para venirse a Madrid.

Una historia preciosa, digna de una historia romántica que pasaría a los anales de la historia del cine y la literatura juvenil y con la que yo estaría dando saltitos de adolescente si no fuera porque no paraba de pensar en dos cosas:

1. Era mi hermano y le conocía. Y había hecho todo eso por una chica de la que apenas sabía nada.
2. La de días y días que estaría sin ver a Julia hasta que se recuperara del varapalo.

Me quedé unos segundos en silencio, sin saber qué decir para no cagarla. En el fondo, siempre esperé que mi hermano y Julia tuvieran ese típico final que todos esperamos alguna vez del amor de nuestra adolescencia, pero, con más de treinta años que cargaba mi hermano, cada vez tenía más claro que eso no iba a pasar.

—Nacho, ¿no crees que esto es un poco precip…? —Me callé, porque pude ver que no quería escuchar nada. Él ya lo sabía, era un adulto y, por muy idiota que me pareciera, no era gilipollas y sabía que era una locura—. Está bien, perdona. Me alegro por ti —conseguí decir—, y espero de verdad que salga bien y poder conocerla pronto, ¿no?

Aunque estaba tenso, se fue relajando un poco.

No dije nada, porque imaginé que ya lo habría escuchado una y mil veces antes de plantar sus maletas, y porque, aunque yo misma le llamaba tonto a la menor oportunidad, no lo era. Ya era adulto, capaz de tomar sus propias decisiones. Tanto si se estrellaba como si lo celebraba al final del camino, las consecuencias serían solo suyas, y no hay nada mejor que eso.

—Bueno, ¿me invitas a cenar o qué?

—Cocinas tú.

Mi hermano era un gran cocinero. De hecho, su sueño de toda la vida era abrir su propio restaurante, sueño del que, según él, estaba a años luz. Se levantó y fue hacia la cocina.

—A ver qué puedo hacer. Pero no me pidas milagros, que seguro que tienes cuatro mierdas y un limón pocho.

—Más o menos, pero hay cerveza.

La conversación se tornó en un relajado y típico pique entre hermanos. Pensé contarle los últimos acontecimientos de mi vida; preferí callármelo para no estropear la noche. Nacho había conseguido que me olvidara de aquella tarde tan nefasta, y no quería volver a atormentarme. Me habló sobre Alba, sobre su nuevo trabajo y, para qué negarlo, saliera bien o mal, estaba entusiasmando con ambas cosas y parecía realmente estar disfrutando del camino. Y, cuando no conoces el final, el viaje parece ser lo único que importa.

* * *

Salí del trabajo sabiendo que no me esperaban unos días demasiado excitantes, de hecho, crucé la puerta de mi piso a desgana. Había prometido a Nacho ayudarle con la mudanza. Para mi sorpresa, cuando llegué, ya se lo había llevado todo y solo estaba él allí con una mochila.

—¿No quedamos en que te iba a ayudar?

—Sí, pero sé que lo dijiste porque te hice la cena, así que lo he hecho esta mañana. Aun así, te he esperado por si quieres tomar un café por ahí y te enseño el piso. —Se acomodó la mochila al hombro sin esperar que yo aceptara—. ¿Crees que Julia vendrá? Bueno, y tu otro amigo ese del que hablas tanto…, ¿cómo se llamaba?

—Mario —respondí mientras cerraba la puerta.

Me sentí mal, porque mientras él hablaba, yo ya estaba cavilando posibles excusas para decirle que no iba a escribir a Julia.

—Eso, Mario. Bueno, a Julia la he escrito yo, que tengo su número, pero no me ha respondido. ¿Sabía que iba a venir?

—Eh…, sí. Estaba conmigo cuando me escribiste.

Ay, Nacho, si abrieras un poco más los ojos…

Me mordí la lengua para no decirle que probablemente no lo haría, o lo haría más tarde con un típico «No me había dado cuenta de tu mensaje» o «He estado trabajando hasta tarde». Tal vez incluso se atrevería con algo más descabellado, del tipo «Ha caído una bomba atómica y el paso está cortado. Nos vemos si sobrevivimos». De todas formas, me ahorré la molestia de decir nada, porque, en cuanto salimos del ascensor, mi desgracia número uno volvió a aparecer como un mal augurio.

—¿Álex? ¡Tío! ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has…? —Me miró de reojo, con una mezcla de sorpresa y reproche—. ¿Cuándo has vuelto?

Le estrechó la mano y acabaron dándose un abrazo, como si fueran dos viejos amigos de la universidad. Yo me quise esconder detrás de un seto de plástico del portal.

—¡Nacho! Acabo de volver. —Otro que me miraba fugazmente, mientras yo calculaba cuánto me costaría levantar una parte del suelo y enterrarme debajo—. ¿Estás de visita?

—Una visita larga. Me he venido a vivir aquí —aclaró.

—Vaya, ¿en serio? —Realmente parecía sorprendido—. Entonces, podemos vernos alguna vez, ¿no?

—Claro, ¿no, Lara? —Sonreí incómodamente, pero no dije nada—. ¿Y vives aquí?

—En el octavo.

—Genial. Pues quedamos… no sé, algún día. Creo que tengo tu número. Te puedo avisar cuando venga a molestar a Lara; ahora vendré mucho por aquí.

—Sí, así me puedes contar qué ha sido de ti en este tiempo.

Yo estaba más incómoda que haciendo un *streptease* en una iglesia, pero ninguno de los dos parecía tener compasión. Álex me miraba directamente mientras hablaba, como si esperara una aprobación por mi parte que, obviamente, no iba a llegar.

—Bueno, ¿nos vamos? —intervine antes de que llegaran las lágrimas ante tan emocionante reencuentro, cuya protagonista era reunir todas mis miserias—. Vamos a llegar tarde.

Nacho, lejos de echarme una mano, me echó tierra encima.

—¿Tarde? ¿Adónde? ¿No íbamos a por un café? ¿Va a cerrar la cafetería?

A veces pensaba que era tonto, pero otras sabía que la tonta era yo por esperar algo de él. Álex sonrió. Afortunadamente, no tuve que decir nada. Nacho miró su móvil y siguió hablando.

—Ah, pues sí, tienes razón. Vamos a llegar tarde. Julia me acaba de contestar: que nos espera donde siempre, que tú sabrás dónde es.

Espera…, ¿qué? ¿Que Julia viene? O yo estaba muy desconectada del mundo y todo me pillaba por sorpresa o había algo en el agua de Madrid que era contagioso, porque ya no entendía nada.

—Ea, pues vamos, vamos.

Le di un empujón y comenzó a caminar.

—Hasta luego, Álex. ¡Nos vemos, eh!

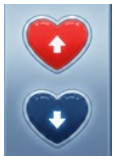
—Avísame cuando quieras. Adiós, Lara.

Lamentablemente, yo no fui tan educada y me fui sin decir una palabra, haciéndome la loca.

De camino al lugar, tras un incómodo silencio, dijo:

—¿Me vas a explicar…?
—Mejor no. Otro día.
—Vale.
Y no dijimos una palabra más hasta que llegamos a la mesa.

Capítulo 7



—Mario va a venir. Espero que no os importe que le haya avisado.

—¿Está liado con la pareja de siempre?

Asintió.

Como he dicho, debía haber algo en el agua que había contagiado a todo el mundo menos a mí, porque allí la única que estaba tensa era yo. Julia parecía incluso animada, natural, sin rastro de drama. Al parecer, lo había robado para quedármelo todo yo.

—¿Y qué tal estás? —preguntó mi hermano—. Hacía muchísimo que no te veía. Estás muy guapa.

Julia se sonrojó. Podía decir orgullosamente que actuó como cualquier otra persona piropeada, porque, al ser tímida por naturaleza, se sonrojaba con cualquier cosa. Sorprendentemente, no había habido ese rojo fuego que predominaba cada vez que aparecía el tontorrón de mi hermano. De todas formas, la pregunta era: ¿qué demonios me había perdido y por qué nadie me lo había contado?

—Gracias. Estoy bien, me gusta vivir aquí, aunque no te voy a negar que echo de menos el pueblo. A veces, Madrid se me hace demasiado grande.

Exhibió una sonrisa preciosa, cargada de nostalgia.

—Bueno, ahora que estoy aquí, lo harás un poco menos: un trocito más de Astorga en Madrid.

Giré el cuello 180 grados bruscamente, como si quisiera matarlo. Era un comentario inocente por su parte, pero no quería que diera pie a ninguna confusión o a ninguna otra cosa que hiciera daño a Julia. Por supuesto, él no se dio cuenta de mi amenaza no verbal. Julia volvió a tomárselo con calma y naturalidad.

—Es cierto.

No sé cómo Nacho no se enamoraba de esa sonrisa llena de ternura que ella le dedicaba cada vez que aparecía. Ni él ni yo hemos sido un ejemplo nunca de tomar buenas decisiones. Tampoco le culpaba: si no podía verla de esa manera, ¿qué iba a hacer? Lo que sí me molestaba, aunque tampoco podría responsabilizarle por ello, es que le había hecho daño de manera indirecta muchas veces, por no darse cuenta de lo que pasaba.

Julia dio un sorbo a su bebida mientras miraba distraídamente a un lado y a otro, cuando hizo la pregunta que me temía.

—¿Y cómo es que has decidido venirte? Es un poco repentino, ¿no?

Dios, ahí va. Lo iba a decir. Lo iba a decir, porque mi hermano era como un niño de 5 años borracho: decía la verdad por multiplicado. Y si te quedabas en *shock,* te lo decía otra vez por si no habías procesado la información. Apreté el culo y miré fijamente a Julia, esperando ver el menor atisbo en su reacción. Mi hermano dio un trago a su bebida y se rascó la cabeza, ligeramente avergonzado.

—Bueno, supongo que no le di la oportunidad que merecía esta ciudad. Estuve poco tiempo, y ahora me ha vuelto a picar la curiosidad.

Julia asintió con tranquilidad, y yo pateé a mi hermano debajo de la mesa. Primero, porque estaba sorprendida, y segundo, porque si algo se merecía Julia es que mi hermano le dijera la verdad, aunque escociera. Ni siquiera sé por qué no lo hizo desde el principio. Desde

luego, aunque me pesaba la posible reacción de Julia, no estaba dispuesta a quedarme entre dos aguas, con el papelón de dudar si contárselo a Julia o no, sabiendo que le estaba ocultando algo. ¿Por qué demonios no lo decía? Él era incapaz de guardar un secreto, lo soltaba todo a los cuatro vientos. Luego lo hablaría con él. Ahora se trataba de Julia.

Nacho me miró de soslayo y emitió un pequeño suspiro antes de hablar de nuevo.

—También…, eh…, conocí a una chica que vive aquí. No es que vayamos a vivir juntos ni nada de eso. No sé, he tenido el impulso de hacerlo.

Conocía lo suficiente a mi amiga para saber que, en ese momento, se le paró el tiempo y dejó de escuchar el sonido ambiente. Se quedó mirando fijamente a mi hermano, con la taza suspendida en el aire. Hasta que consiguió continuar con el trayecto y hablar. Y lo que dijo, y como lo dijo, no me lo esperaba.

—Qué bien, Nacho. Me alegro de que hayas conocido a alguien, y ojalá te salga bien.

Podría decir que lo fingió, que se le trabó la voz, o que no puso esa tímida pero sincera sonrisa tan característica de ella, pero la verdad es que habló sin vacilar y sin rastro alguno de mentira.

—Gracias —respondió él, soltando los nervios.

Seguimos hablando con naturalidad, con Nacho y Julia poniéndose al día. Por mucho que lo intenté, no vi ni rastro de aquella chica que desaparecía cada vez que Nacho anunciaba una nueva relación. Y, sinceramente, me sentí tan orgullosa que no cabía en la silla.

—¡Ya estoy aquí!

Mario llegó como un terremoto, tropezándose con una silla, repartiendo sus carpetas y archivadores de trabajo por todas partes y, en definitiva, interrumpiendo toda armonía; como un elefante

entrando en una tienda de porcelana, pero ayudó a relajar el ambiente o, al menos, a relajarme a mí, que parecía ser la única que lo notaba. Aunque Nacho no pudo evitar hacer una mueca al principio ante tal explosión de energía —porque yo siempre me había metido con él por ser poco más que una ameba, un rey del yoga y la meditación sin practicarlo—, entraron en sintonía con rapidez. Mario tenía ese don, tal vez porque su trabajo de cara al público le había concedido la capacidad de caer bien a todo el mundo, incluso cuando a él no le caía bien ni un uno por ciento de la población. El día iba muy bien, toda tensión se había ido drenando cuando, sin comerlo ni beberlo, me vinieron los siete males. Todos juntos.

—Mira, me acaba de escribir Álex para quedar y ponernos al día —dijo mi hermano inocentemente.

En realidad, muchas veces dudaba de que fuera tan inocente. Las miradas se centraron en mí, y pesaban como si me hubieran puesto cemento encima.

—¿Qué dices? ¿Quedamos un día? —me propuso Nacho con toda naturalidad.

Como si Álex fuera una persona más en el mundo y no el desalmado que me dejó atrás sin pestañear dos veces y con el corazón destrozado. Si supiera lo que me costó reunir las piezas de nuevo…, y ni siquiera estaba segura de tenerlas todas. Si supiera que aún había alguna que no había conseguido recomponer y que, probablemente, tendría él.

—Claaaro —dije irónicamente, envalentonada por la mitad del cóctel que me había bebido—, podemos invitarle a mi casa, y os hago la cena. O, mejor, podemos traerle todas las tardes.

—¿Tú, la cena? No, mejor yo.

Le miré como si un platillo volante hubiera aterrizado justo a su lado.

—¿En serio? De mi maravilloso despliegue de ironía, ¿eso es con lo que te quedas?

Julia ocultó su sonrisa con la taza casi vacía.

—¿Por qué no? Yo creía que, a estas alturas, ya te habrías curado.

Sabia elección de palabras. ¿Alguna vez se curaba una de que el que creía que era el amor de su vida le arrancara el corazón de cuajo y se lo llevara de recuerdo?

—Que ya lo habrías superado —insistió.

Oh, no. Eso sí que no. ¿Superado? ¡Superadísimo! No había una persona en este mundo que lo hubiera superado más que yo. Tal vez, porque era la única, pero eso no tenía nada que ver. Estaba superado. Es más, era el evento traumático que más había superado en toda mi vida. La «superadora», me llamaban; habían inventado la palabra solo para mí.

Mario se removió en la silla, soltando el botellín de cerveza sobre la mesa.

—Oh, amigo, déjalo ahí. Ese tema es su criptonita.

—¿Perdón?

—Siempre dice que lo tiene superado, pero sería capaz de tirarse por el hueco del ascensor con tal de no coincidir con él diez segundos.

—¿Hola? ¿Me he vuelto invisible? Estoy aquí.

—Por no hablar de Lucas —intervino Julia con una sonrisa socarrona.

—¿Quién es Lucas? —preguntó Nacho.

Yo, de verdad, estaba empezando a pensar que me había tragado un agujero negro y que realmente no me estaban viendo.

—Es su otro ex —aclaró Mario—. Bueno, ex… Un tío con el que se liaba y con el que no quería compromiso, porque aún estaba escocida por lo de Álex, así que la acabó dejando tirada. Su mejor amigo vive en el edificio, así que va mucho por allí.

Mi hermano asintió con algo de sorpresa.

—¡Eh! Que estoy aquí —volví a quejarme. Esta vez me miraron como si acabara de llegar—. ¿Podemos dejar ya de hablar de mí?

—Me tendré que poner al día, ¿no? —respondió Nacho.

—Ya te pondrá Álex —dije con rencor, aunque mi respuesta no tenía mucho sentido.

Intentó disimular, pero sé que rodó los ojos, gesto que solo hacía cuando le exasperaba. Y para desesperar a mi hermano… había que trabajárselo mucho. Tanteó varias veces el botellín con la yema de los dedos, cavilando algo que acabó guardándose para él.

—Pues yo voy a quedar con él. —Esta vez, la que puso los ojos en blanco fui yo—. ¿Y tú, Julia? ¿Algún trauma con los hombres que compartir?

Aquello debía de ser una cámara oculta, y yo no me había enterado. Literalmente, para Julia, el segundo nombre de mi hermano era «Trauma», y tenía que ser justo él quien lo preguntara. Contra todo pronóstico, Julia reaccionó con naturalidad.

—La verdad es que no. Los traumas con el sexo opuesto los dejo para estos dos.

Nacho sonrió, y tras ese incómodo momento todo volvió a fluir. Menos yo, que me había anclado a la misma piedra. La misma en la que llevaba años aferrada como una rana.

Aquella extraña cita a cuatro en la que la única tensa era yo fue un preludio de los siguientes días: una falsa alarma de sosiego y tranquilidad. Mi hermano parecía estar adaptándose, Julia no había desaparecido, Mario no hablaba de esa novia que le quitaba el

sueño, yo no había tenido más encuentros dignos de *Expediente X.* Todo estaba bien. Incluso mi trabajo como diseñadora gráfica, que normalmente consideraba excitante, estaba siendo aburrido, pues estaba en mitad de un proyecto que podía catalogarse como el más soso de todos los tiempos. Aun así, prefería eso a más sobresaltos que mi cuerpo de octogenaria no pudiera soportar.

Estaba llegando a casa, con más hambre que el que se comió un caracol por primera vez, cuando me fijé en algo que me causó un *shock* demasiado exagerado para mi propio bien. Tanto que tenía que cruzar por el paso de cebra y lo pasé de largo, quedándome en mitad de la acera, como si me hubiera olvidado de dónde tenía que ir.

—Está en verde, ¿eh?

—¿Lucas? ¿Qué haces aquí?

—De camino a casa. ¿Y tú?

—Yo… también.

Mi estómago hizo un ruido tan sonoro que ni el tráfico lo disimuló. Me sonrió. Tenía una sonrisa infantil preciosa.

—¿Tienes prisa o comemos algo? No sé, ¿allí por ejemplo?

Y sí, señaló justo el lugar. Y sí, me estaba invitando a comer. Tan disimuladamente como el día que me dijo de vernos. Era una mala idea. Ya me dejó tirada una vez por mi falta de compromiso, desapareciendo de un día para otro, así que, ¿por qué querría volver? ¿Para qué querría hacerlo yo?

Era una mala idea, una pésima, horrible y…

—Vale. Pero nos ponemos en la última mesa, la más esquinada.

Asintió con la misma sonrisa. Cruzamos el paso de cebra mientras yo miraba el mismo punto que me había hecho pararme. Era Julia. Pero no solo Julia. Era Julia con un guapo desconocido. Desconocido para mí, no para ella, que parecía de lo más familiarizada. ¿Sería por

eso por lo que estaba tan normal el otro día con mi hermano? ¿Había encontrado a alguien y no me lo había dicho?

Cogimos la mesa de la terraza que le pedí, con la pareja bien lejos y Julia dándome la espalda. Lucas fue un momento al baño, y cuando volvió, lo primero que dijo fue:

—Oye, ¿esa de ahí dentro no es Julia? No me ha visto, y me ha dado cosa saludarla porque no estaba muy seguro.

—Sí, sí, es ella.

—No sabía que tenía novio…, y, por tu actitud, creo que tú tampoco. Solo te falta coger un periódico con agujeros para los ojos, como en las películas. —Me avergoncé, pero solo un poco, no lo suficiente para pedirle que fuéramos a otro sitio donde pudiera recuperar mi dignidad—. ¿Por eso has aceptado venir conmigo?

Esa pregunta fue el clic que necesitaba para volver al mundo real y aceptar que, de hecho, estaba sentada en un bar con el buenazo de Lucas. Bueno, eso creía antes de que desapareciera de la faz de la tierra por mi «falta de compromiso», porque, claro, hablar las cosas y cerrar los capítulos parecía demasiado pedir para mí. Me martiricé a mí misma mientras pensaba cómo había acabado allí. Lucas me miraba de la misma forma que siempre recordaba: transparente, como si no pretendiera ocultar nada, con ese aire inocente que tanto me llamó la atención en un primer momento. Me sentí tentada de pensar en cómo éramos unos meses atrás y en el no tan agradable recuerdo de por qué nunca pude comprometerme con él de la forma en que me pidió. Nunca le dije que no tenía nada que ver con él, sino conmigo, mis miedos e inseguridades. Y ni siquiera estaba segura de poder haberle dado nunca una respuesta clara.

Tragué saliva. Allí estaba, y ya no había escapatoria.

—¿La verdad? Me has pillado un poco fuera de juego. Estaba mirando a Julia, que no es que sea raro que esté ahí, a unos metros, tonteando claramente con un desconocido… —Me fui desviando del tema mientras miraba la espalda de mi amiga—. Lo que quiero decir es que, sinceramente, sí, me has pillado fuera de juego y he aceptado. No sé si lo hubiera hecho si lo hubiera pensado mejor.

Fuera de todo lo que me esperaba, sonrió.

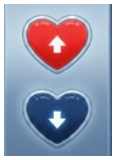
—Siempre logras sorprenderme con tu sinceridad. ¿Estás incómoda? ¿Quieres que nos vayamos? No quiero que…

—No, no. Comamos algo, ya que te he arrastrado hasta aquí…

Te vas a arrepentir de decir eso.

Y no sabía si ese pensamiento era mío, o era el universo.

Capítulo 8



—¿Cómo te va en el trabajo?

Reconozco que me esperaba algo mejor que empezar una conversación como podrías hacerlo en tu descanso para comer con un compañero que apenas conocía. Quizás era mejor así. Una conversación fluida, normal, sin tensiones ni silencios incómodos.

—Bien, sin demasiadas novedades en el frente… En el trabajo, claro —murmuré la última parte.

—¿Algo más interesante en la vida personal? —Paré el trayecto del tenedor a mi boca menos de un segundo, lo suficiente para que se diera cuenta—. Si no me quieres contest…

—Mi hermano se ha mudado aquí. Así, de repente. Al parecer, está poseído por alguna comedia romántica rollo *Love Actually.* Ha conocido a una chica a la que ha visto un par de veces, y se ha lanzado a la piscina.

—¿Y no te parece bien?

Lo dijo de un modo que me recordó las conversaciones sobre nuestra relación, en las que él siempre parecía estar dispuesto a entregarse al cien por cien, mientras que yo iba pisando el freno, con miedo, como si me pidiera algo que yo no podía darle. Desvié la vista, incómoda con la sensación. Prefería las insulsas conversaciones de vecinos. ¿Es que no podía seguir preguntando por

el trabajo y hablándome del clima, como todo el mundo? ¿Tenía que entrar en materia antes de que me acabara las patatas bravas? ¿Tenía que ser tan transparente con sus pensamientos y tener tan pocos complejos al expresar lo que sentía? ¿Tenía yo que estar más cerrada que una almeja pocha?

—Es su vida, supongo. Solo espero que la piscina a la que se está lanzando tenga al menos un par de centímetros de agua.

Resopló entre risas para murmurar un «no tienes remedio» bastante audible que me tomé bastante personal. Solté los cubiertos y me pasé una servilleta por la boca. Envalentonándome y deshaciéndome de aquello que no me dejaba hablar claramente, dije algo que ni yo misma esperaba:

—Ya sé que a ti te parezco el anticristo en temas de romanticismo, pero que no estuviera preparada para ponerle una etiqueta a lo que teníamos no cambiaba las cosas. No para mí.

—¿Y qué teníamos? ¿Ahora sí puedes decirlo?

Yo solita me había puesto entre la espada y la pared, así que no tenía derecho a quejarme por la situación que había creado, pero lo hacía, claro que lo hacía. Y me eché atrás, y mezclé una parte de echar balones fuera y otra de verdad.

—Teníamos… Yo estaba muy bien contigo, me gustabas de verdad, y creía estar demostrándotelo, pero me presionabas, y cuando me di cuenta, te habías largado. *Ghosting* se dice ahora, ¿no?

Se revolvió un poco en su asiento, incómodo, y yo disimulé mis propias emociones metiéndome el tenedor en la boca. Estaba expectante, intentando prever si sería tan transparente como de costumbre o si se saldría por la tangente cuando una escena en segundo plano se llevó toda mi atención. Era Julia, levantándose a cámara lenta, entregándole la cuenta al camarero y recogiendo sus

cosas. El pánico a que me viera allí, espiándola, o peor, con Lucas, y sacara conclusiones precipitadas hizo que me olvidara completamente de que estaba esperando una respuesta por su parte.

—Bueno, quizás me precip…

—Vámonos —dije sin mirarle ni escucharle siquiera.

—¿Qué?

—Corre, ¡corre!

Me las apañé para recoger mis cosas y tirar de él hasta levantarle y dar una carrerilla hasta entrar en una calle perpendicular que nos cubría de la vista de Julia. Había sido *in extremis.* Cualquier guionista de películas de acción estaría orgulloso. Y yo lo estaba, y mucho. Escudriñé atentamente la escena de cómo Julia se ajustaba la ropa y se acomodaba su bolso mientras el desconocido número uno le colocaba un mechón detrás de la oreja y ella sonreía tímidamente. Dios mío, ¿es una canción de Ed Sheeran lo que suena de fondo, o solo está en mi trastornada cabeza? Para mí, la escena tenía hasta banda sonora. En realidad, solo se oía el bullicio de Madrid. ¿Sería ese chico la razón por la que Julia pasó de parecer que se había cagado encima cuando le dije que Nacho venía, a actuar con toda la naturalidad del mundo cuando se encontraron?

A mi lado, Lucas carraspeó.

—Sé que estás muy ocupada haciendo tu trabajo para *Equipo de investigación,* pero no sé si te has dado cuenta de que nos hemos ido sin pagar.

Parpadeé un par de veces.

—¿Acabamos de hacer un *simpa*? Dios mío, somos delincuentes. No podré volver a pasar por esta calle, y me pilla de camino todos los días.

—Qué exagerada. Como mucho, te tirarán alguna piedra cuando pases —se burló.

Julia y su acompañante ya se habían encaminado en dirección contraria a la nuestra, así que nos fuimos, con la consternación de saber que ahora era una delincuente más.

El camino fue bastante tenso, de hecho, apenas cruzamos algunas pocas palabras en el trayecto, que se me hizo más largo que un paseo por el desierto sin un sorbo de agua. Estábamos en el portal, calibrando ese incómodo momento que el resto de la humanidad llama «despedida». ¿Le daba dos besos? ¿Me iba sin mirar atrás? ¿Hacía un triple mortal hacia atrás y me iba con una cortinilla de estrellas? Estuve a punto. Me lo ahorré, porque, por supuesto, un día como aquel, en el que parecía que había entrado en un multiverso en el que Lucas no era capaz de responder a cosas que yo sí, Julia estaba quedando con un tío y no sé cuántas idioteces más, no podía terminar sin que Álex apareciera en ese momento, dispuesto a entrar también. No pareció tenernos muy en cuenta. Casi ni nos miró; sí se molestó en preguntar educadamente.

—¿Entras o…?

—Sí, entro —contesté apresuradamente—. Hasta luego, Lucas.

Y no, juro que no fue un chiste ni un intento de homenajear a Chiquito de la Calzada. Por la cara que puso, supe que lo pensó. A pesar de que Álex iba un par de pasos por delante de mí, por cómo temblaba su espalda, supe que se estaba riendo. Y de qué.

—¿Eso era un chiste?

Me metí en el ascensor con toda la pereza del mundo, por tener que aguantar otra conversación.

—Silencio —le pedí, roja como un británico después de unas horas en La Malagueta—. No lo era.

—Vaya cara se le ha quedado.

Mientras se cerraba la puerta, pulsé el botón de mi piso como quince veces mientras escuchaba residuos de sus risitas. Por fin llegó el silencio, y la maquinaria del ascensor funcionando me pareció lo más maravilloso del mundo. No duró demasiado.

—¿Tu…?

—Ni se te ocurra preguntar.

No sé por qué, lo primero que se me ocurrió fue que preguntaría sobre si Lucas y yo éramos algo, aun a sabiendas de que le importaba bien poco. Y no me gustó.

—Solo iba a decirte algo de tu hermano. Acabo de estar con él.

—Oh —me avergoncé.

—Y después pensaba preguntarte, sí.

—Vete a la mierda —le espeté, volviéndome a él, que no paraba de intentar ocultar lo que se estaba divirtiendo—. ¿Es que no tienes ningún bicho al que fotografiar? ¿Ya tienes retratos de todos?

—Tengo uno justo delan…

—Cállate.

El ascensor llegó a mi destino y salí como si hubiera un incendio, pero manteniendo la dignidad. Y esta vez no tuve ninguna duda de que no habría despedida.

—Buenas noches —dijo cuando las puertas del ascensor se estaban cerrando.

En un acto más infantil que otra cosa, le saqué el dedo corazón sin mirarle siquiera. Como respuesta, solo escuché una carcajada mientras cerraba mi propia puerta.

Mañana sería otro día. Si iba a ser mejor o peor, prefería no saberlo.

* * *

El sol brillaba lo justo para calentarte sin asfixiarte, la melodía de tráfico y bullicio que solía acompañar seguía igual. No había tenido más encontronazos, el trabajo había ido bien, y estaba cruzando la puerta de un local para pasar un rato con Julia y Mario. Una tarde relajada y tranquila. Bueno, relajada relajada no estaba. Más bien estaba haciendo mi propio psicoanálisis a Julia, midiendo sus palabras, atendiendo a cada gesto, a cualquier mínima diferencia en ella…, y saqué cero conclusiones. Nada. ¿Es que la tórrida y romántica cita que vi la otra noche había ocurrido solo en mi imaginación? Era más que probable. Porque Julia estaba exactamente igual que siempre. Incluso me fijé en su maquillaje, por si estaba ocultando algún chupetón o alguna marca de alguna noche de pasión oculta, pero nada. Dudaba que pudiera ocultarlo cuando era tan inútil como yo en ese tema.

Tan enfrascada estaba con Julia que no había notado que, en realidad, era la única que estaba realmente relajada en aquella cita a tres. Mario estaba tan tenso que parecía que le habían metido un palo por el culo. Literalmente, me di cuenta cuando se derrumbó. Hundió los hombros, bajó la vista a su bebida aún sin tocar, suspiró y se humedeció los labios antes de decir:

—Tengo que contaros algo.

Lo dijo con tanta seriedad que, mentalmente, estaba repasando mi armario para comprobar que tenía algo disponible para un funeral próximo. Algo catastrófico por mi parte, pero es que, de un momento a otro, parecía que a Mario le habían embargado la nómina de por vida por una deuda desconocida. Julia y yo nos incorporamos casi a la vez, nos intercambiamos una mirada de preocupación y nos dispusimos a escucharle.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, visiblemente ansiosa.

Yo, para no perder la costumbre, tiré de humor sin gracia.

—Oye, si vas a confesar tu doble vida como *striper* o algo, no pasa nada, ¿eh? —Ambos me miraron con ganas de matarme, así que evité decir nada más—. Perdón. Es que se me dan fatal las situaciones tensas.

—Ya, ya… —murmuró Julia—. Cuéntanos, ¿estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

—¿Os acordáis de Mara?

Mara. Claro que me acordaba de ella, y aunque preferiría que fuera alguna exnovia no superada, no, no era nada de eso. Era mucho peor. Mucho peor.

—¿Mara? —preguntó Julia, algo despistada.

Siempre habíamos sabido que Julia, para las caras y los nombres, era un caso perdido. Y en este asunto era más justificable su falta de memoria, porque la chica, cuyo nombre se diferenciaba tan solo una letra del mío, era nada más y nada menos conocida en este pequeño grupo como «la novia». Sí, la novia de la que no paraba de hablar. Antes de que dijera nada, yo ya sabía que aquel nombre iba a suponer noches de vino, tardes de drama e infinidad de conversaciones en WhatsApp que se contestarían con *stickers* de gatos llorando.

Estaba ya visualizando esos días mientras aclaraba a Julia con voz automática:

—La novia.

Abrió los ojos con sorpresa un par de segundos para contestar un escueto «Oh».

—Sí, oh. Cuéntalo ya antes de que me coma las uñas, ¿quieres?

—Es un poco complicado.

—Haznos un resumen —exigí—. Bueno, un resumen no, quiero una conferencia sobre ello. Con todos los detalles.

—¿Es que ha cancelado la boda o algo así? —intervino Julia con la esperanza de que nuestro buen amigo no la hubiera cagado a lo grande, que era exactamente lo que sospechábamos.

Mario negó, pero no abrió la boca. Aguanté unos segundos más de tirante tensión hasta que estallé.

—Te la has tirado.

—¿Qué dices? ¿Cómo va, Mario…? —No terminó la frase, porque vio la culpabilidad en Mario, que tenía cara de cachorrito al que acababan de pillar una meada en el salón—. Joder, te la has tirado. Tío, ¿se te ha ido la cabeza?

—¿Tú has oído alguna vez «donde tengas la olla, no metas la polla»?

—A ver, a ver, parad —nos pidió—. Es que, dicho así… Joder, nos llevamos muy bien. Ella me gusta, y no está precisamente contenta con la relación. Está muy estresada con la boda, y parece que no está en su mejor momento con su novio, y…

—¿Lo dices en serio? —le pregunté sin poder evitarlo—. Si estuviera tan mal, no estaría planeando una jodida boda —le reñí—. Además, ¿qué es eso de que está estresada? ¿Así la ayudas a relajarse? No sabía que ofrecías servicios tan completos.

—Oye, no te pases tampoco, eh, Lara.

—Lo siento, Mario, pero Lara tiene razón en esto. ¿Cómo se te ha ocurrido? ¡Te lo estás jugando todo por un polvo!

Los tres nos tomamos un respiro y nos quedamos en silencio. Tiempo más que suficiente para que Mario comenzara a narrar la historia como él la veía. Mara era una chica inteligente, trabajadora, simpática y guapa, de esas que caían bien porque no parecían tener ni un mínimo atisbo de oscuridad en su persona, de esas que conquistan incluso sin quererlo. Entablaron una buena relación desde el inicio, y ella se implicaba muchísimo. Parecía ilusionada, y

deseando empezar su vida de casada. Y, al parecer, Emilio era más bien despegado. Con un carácter más frío, y prácticamente desmarcándose de toda responsabilidad de la boda. ¿Quién sabía? Quizás era así, lo que no significaba que no la quisiera. Mario utilizaba el comportamiento de un tipo que no conocía de nada para justificar que se hubiera acostado con una clienta, una pareja que le había buscado y contratado para ayudarles con la boda. No quería juzgarle, pero, visto desde fuera, era bastante complicado no hacerlo. Mario continuó. Un par de semanas antes de que todo estallara, Mara parecía más triste y empezó a utilizar su vínculo profesional con Mario para contarle sus problemas: que se sentía sola, que no veía a su novio ilusionado y que empezaba a sospechar que se estaba viendo con otra. De nuevo, solo conjeturas. Tras charlas tan inapropiadas como íntimas, en algún momento traspasaron la línea, acabando en un hotel.

—¡¿En un hotel?! —estalló Julia—. Entonces, ¿lo planeasteis? ¿Ni siquiera fue un aquí te pillo, aquí te mato?

—Mara no es de esas, no lo haría así.

—Claro, dónde va a parar. Es mucho mejor quedar con un tío en un hotel. Te quita mucho más peso de encima.

Mario me miró mal; no por eso me callé.

—Mirad, yo solo sé que ella tiene muchas dudas, y yo hace mucho tiempo que no me siento así con nadie, así que…

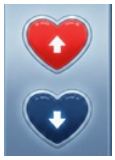
—Así que ¿qué? —insistió Julia.

Se quedó callado, y esa respuesta fue mucho más clarificadora que si hubiera utilizado palabras. No pensaba parar. Me mordí la lengua para no seguir soltando lo que me pasaba por la mente, aunque sí hubo una cosa que no me callé, un consejo, una predicción, llámalo como quieras.

—Sal de ahí, Mario: no vas a salir bien parado.

Ojalá me hubiera hecho caso.

Capítulo 9



El mismo día de la gran revelación de Mario, Nacho decidió venir a mi casa, excusándose en que todavía no se sentía del todo cómodo en su piso y que apenas se estaba instalando. Mi cabeza no daba para otra cosa que no fuera mi amigo y el lío que había montado, así que no pensé nada raro sobre Nacho. Pensé que solo querría hablar, porque, por poco que se mencione y por muy adulto que seas, siempre es duro marcharse del que consideras tu lugar, de tu casa.

Mientras me hacía la cena, era todo oídos. Porque, aunque yo me apañaba bien en la cocina, él lo hacía mucho mejor. Sabía en qué terrenos debía reconocer mi derrota. A pesar de que tenía la cabeza lejos de allí, no tardé en darme cuenta de que mi hermano estaba sorprendentemente hablador esa noche; demasiado para alguien que normalmente no era así, lo que significaba que estaba largándome todo aquello para no decirme lo que realmente quería. Le conocía casi tan bien como él a mí. Mientras él trasteaba aquí y allá, yo le escuchaba atentamente desde la mesa de la cocina, viéndole moverse como una culebra. Incluso fue a toda velocidad hacia la puerta en cuanto sonó el timbre. Ni siquiera me dio tiempo a sorprenderme de recibir una —otra— visita más a esas horas. Y cuando vi quién era, tuve la duda de si Nacho había reaccionado tan rápido por acto reflejo o porque ya sabía que iba a venir. Mientras yo

tenía que contener la mandíbula para que no rozara el suelo, él no parecía en absoluto sorprendido.

—¡Alexanderrrrrr! —Mi hermano alargó la «r» en un chiste más viejo que el hilo negro y que yo nunca había entendido. Aun así, Álex se rio. Parecían amigos de toda la vida que se habían reencontrado en una reunión de antiguos alumnos, y lo curioso era que los presenté yo—. ¿Qué haces aquí?

—Te dejaste esto el otro día cuando nos vimos, así que pensé en dársela a Lara. —Ladeó el cuello, buscándome—. Hola, Lara.

Le hice un gesto con la mano, disimulando muy poco las ganas de verle que tenía, y sonrió. Charlaron un poco más, y volví a mi sitio en la cocina, abstrayéndome con lo limpia que estaba la mesa, ya que mirar a un punto fijo en ella me parecía mucho más interesante. Sin embargo, algo de la incesante conversación atrajo mi atención.

—… ¿Por qué no te quedas? Estoy cocinando yo, y hay de sobra.

Ahí me levanté veloz, como si me hubieran dado un calambrazo, y me apresuré a reunirme con ellos en la puerta.

—Seguro que tiene cosas que hacer, Nacho, no seas pesado.

—Oh, venga ya. El otro día nos quedamos cuando fuiste al desierto de Atacama; quiero saber qué sigue.

¿Había dicho Atacama? Sí. Y eso hizo aflorar un recuerdo doloroso, una promesa dolorosa más bien. Miré a Álex, y cuando vi que tenía intención de devolverme la mirada, me deshice del vínculo inmediatamente, como si me hubiera quemado. Nada que tuviera que ver con Álex, con Atacama, o con Álex en Atacama podía acabar bien.

—Eso lo podemos terminar otro día —sugirió Álex, dándome ligeras esperanzas de que rechazaría la oferta—, pero a cenar sí me quedaría, si no os importa.

En cuanto abrí la boca para hablar, Nacho se me adelantó.

—¡Para nada, pasa, pasa! Como si estuvieras en tu casa. Bueno, qué digo, si esta era tu casa hasta hace relativamente poco.

Me atraganté con mi propia saliva. Nacho era el rey de crear situaciones incómodas sin proponérselo. Como si tuviera un don. Un don de mierda que él no sufría, porque la mayoría de las veces no se daba ni cuenta. Álex sí lo hacía, de hecho, era algo más que comentado entre nosotros desde que se lo presenté. Y supo disimular ese momento mucho mejor que yo.

Nacho volvió un par de segundos después para darnos una cerveza abierta a cada uno, como si fuera el anfitrión y yo una mera invitada.

—¿Y qué tal estás? —pregunté sin mirarle. Me resultaba más incómodo el silencio que otra cosa.

—Bien, deseando contarte lo de Atacama. O preguntarte quién era el chico del otro día. —Se me tensaron músculos que no sabía que tenía—. Tranquila, era broma. No te creas que traigo un anillo en el bolsillo.

—Tranquilo, eso nunca lo creería —murmuré bajito.

Temía que lo hubiera oído. El compromiso, Atacama, la relación, mi vida actual, mi vida pasada, la forma en la que me dejó y otros muchos temas formaban la larga lista de conversaciones que no quería tener con él. Temas tabú. En realidad, eran todos menos hablar del tiempo, de lo bonita que estaba la fachada del edificio o de la última bajada de la bolsa de Nueva York.

—Nacho, ¿te queda mucho?

—¡Dos minutos! ¡Impaciente!

Álex se estiró hacia atrás, descontracturando la espalda y poniéndose cómodo, tal y como hubiera hecho cualquier día al llegar del estudio, que ahora me parecía tan lejano…, y que me hacía sentir tan nostálgica de lo que fuimos y de lo que ya nunca seremos.

Torcí el cuello con más ahínco, mirando en dirección a la cocina, aunque era una posición totalmente forzada. De repente noté un movimiento en el sofá y un ligero toque en el hombro.

—Oye, lo siento, no creía que te iba a molestar tanto que me quedara. —Alcé una ceja—. Quiero decir, sabía que te iba a molestar, y solo lo he hecho por divertirme un poco, pero si de verdad estás tan incómoda, puedo…

Tal vez, si no hubiera reaccionado tan rápido, me hubiera dado tiempo a pensar que, a pesar de que no escogió las mejores palabras, no quiso dar a entender lo que yo concluí con tanta rapidez.

—Divertirte, sí, eso es lo que siempre has hecho conmigo. Es muy fácil jugar con alguien cuando no pones tus sentimientos en juego.

Por la noche, cuando me fuera a dormir, rememoraría esas dos frases una y otra vez, y me arrepentiría de ponerme tan intensa en una situación tan desenfadada. Pero había empezado él con sus putos juegos y, por ver la cara que se le había quedado, el insomnio merecía la pena.

—Oye, ¿de dónde…?

—¡Ya está la cena!

Puse mi mejor y más falsa sonrisa. La verdad es que estaba buenísimo. Tenía mano hasta para hacerte un bocadillo, pero cuando se esmeraba, era mejor todavía. Me mantuve callada la mayor parte de la comida, contestando mensajes en el móvil e intercambiando la mirada entre la cerveza y el plato. Nacho insistió varias veces más en los viajes de Álex, y aunque era bastante interesante escucharle, me mantuve en mis trece. Evitó a toda costa y con mucha mano izquierda volver a mencionar el dichoso desierto. Por más que lo intentara disimular, me dio la sensación de que había algo distinto en él desde mi pequeño momento de sinceridad. Estaba más

¿incómodo?, ¿serio? No sabría decirlo exactamente, y tampoco me molesté en analizarlo, como normalmente haría.

Nacho aprovechó que Álex estaba allí para evitar sacar el tema que le estaba haciendo hablar por los codos esa noche. Era así: cuanto menos quería hablar de algo importante, más hablaba de chorradas varias. Solo hizo falta silencio y paciencia por mi parte, escuchando la incesante conversación, para que Álex hiciera el trabajo por mí.

—Bueno, ¿y tú qué? ¿Cómo va tu aventura en Madrid?

Algo casi imperceptible cambió en el gesto de Nacho.

—La verdad es que bastante bien. No tenía muy buenos recuerdos de mi primer intento, pero me gusta mucho la ciudad. Hay cosas que hacer, y estoy contento en el curro. Se trabaja a destajo, pero hay buen ambiente; frenético pero bueno. Eso es en todas las cocinas. —Álex asintió, satisfecho con la respuesta.

—¿Y con Alba?

—Eh… Bien, supongo. Bien.

—¿Habéis formalizado lo vuestro ya? —intervine. Ambos me miraron como si se acabaran de dar cuenta de que seguía allí.

—No…, no hemos tenido esa clase de conversación todavía. Creo que aún está en una especie de *shock* por la sorpresa de que yo haya venido a Madrid.

—¿Ella no sabía que venías? —seguí preguntando.

—Sí, pero se lo dije cuando ya lo tenía decidido. No es que solo me haya venido aquí exclusivamente por ella. —Fruncí los labios para no decir nada—: Madrid es una ciudad con muchas oportunidades, y yo quiero progresar.

Bebí agua, aunque no tenía ganas, para no decir lo que estaba pensando.

—Y eso es algo que os quería preguntar: ¿vosotros veis normal que aún no…? Quiero decir: nos hemos visto pocas veces estando aquí. Por móvil y tal está todo genial, pero cuando se trata de hacer cosas juntos, noto como si me esquivara, excusándose en que siempre está muy ocupada. O diciéndome que no puede enseñarme su piso porque vive con más gente. Yo también vivo con más gente, pero no tengo problema. Y eso me tiene un poco intranquilo. ¿Creéis que me estoy pasando, dándole vueltas, o tengo razón? No quiero presionarla…

—No creo que sea normal.

—Es totalmente normal.

Tanto Álex como yo respondimos al mismo tiempo, respuestas completamente opuestas, lo que hizo que nos mirásemos.

—¿Cómo va a ser normal eso? —me quejé.

—Quizás la chica es más libre y prefiere asentar las cosas bien antes de ponerle nombre a nada.

—¿Más libre? Claro, se me olvidaba cuánto sabes tú de libertad, que crees que el resto del mundo vivimos encadenados a la pata de una silla.

—El resto no sé, pero tú… —Aunque no acabó la frase, me indigné igual.

—¡Ha venido a Madrid por ella! No estoy diciendo, ni mucho menos, que la chica esté obligada a estar con él por eso, pero si alguien que a mí me gustara hiciera una locura así, venir por mí, al menos mostraría cierto interés.

—Ah, ¿sí? ¿Lo harías?

No me gustó para nada la forma en la que lo preguntó, como si lo hiciera de verdad, y no en un caso hipotético.

—Si me gustara, sí —confirmé. Y él pareció despertar de su ensoñación.

Carraspeó antes de iniciar la contrapartida.

—Bueno, puede que esté asustada —dijo, mirando a Nacho—, tal vez no lo haya asimilado. Es normal que aún no se haga a la idea del todo.

Mi hermano asintió, algo más tranquilo. Yo bufé, pero solo por llevarle la contraria, porque sabía que podía tener razón.

—De todas formas… —siguió Álex.

—Deberías hablar con ella.

—Deberías hablar con ella.

Y sí, de nuevo hablamos a la vez, como si fuéramos un coro. Esta vez, Álex se rio. Yo le retiré la mirada.

—Tal vez los dos tengáis razón —dijo Nacho, muy diplomático e intentando poner fin a la discusión—. Y sí, hablaré con ella. Seguramente solo está en mi cabeza.

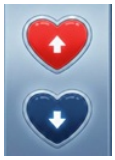
Después de aquel extraño debate, todo volvió a la relativa normalidad. Excepto porque a mi hermano no le cambió el gesto de preocupación, yo seguí mirando mi plato, ya vacío, y Álex continuó en una calma tensa. Todo era normal, menos que tenía a mi ex en el piso, a mi hermano con mal de amores atrincherado allí, y yo con ganas de irme a la cama, a dormir un mes o dos.

El ambiente se relajó discretamente con la segunda cerveza, incluso alcé la cabeza del plato y me reí con alguna ocurrencia de Nacho, que no estaba acostumbrado a beber y tenía las mejillas encendidas y la lengua más suelta que de costumbre —si cabe—. Se levantó para ir al baño, dejándonos solos, aunque ya no me sentía tan tensa; tampoco relajada. Estaba en un estado intermedio mucho más tolerable. Hasta que Álex, sin mirarme, como si estuviera cavilando un pensamiento en voz alta, me dijo:

—Algún día te explicaré lo de Atacama.

Yo reiteré mis ganas de irme a dormir por unos meses. Aunque no sería tiempo suficiente.

Capítulo 10



En cuanto se fueron, me metí en la cama, creyendo que no llegaría ni a tocar el colchón antes de quedarme dormida. Sin embargo, estaba despierta como un animal nocturno. No podía dejar de pensar en lo extraño que era tener a Álex en mi casa, en la que fue nuestra, cenando con mi hermano, como si no arrastráramos todo lo que habíamos dejado atrás. Como si el pasado no pesara. Tal vez él no lo sentía, por eso podía tratarme con tanta naturalidad, como si fuera una vieja amiga a la que no das mucha importancia, pero que te alegras de ver de vez en cuando. Él podía hablar de las cosas que yo aún no podía ni verbalizar, porque solo de pensar en ellas notaba cómo se abría un agujero en mi pecho. Siempre había sido así. Él tenía una facilidad que yo no podía ni imaginar para mí. Era abierto…, y siempre pensé que era transparente, hasta que salió por la puerta para no volver. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo pudo hacerme eso? Mi hermano ni se había dado cuenta de que durante la cena había dicho ciertas cosas que era casi como clavarme pequeños puñales. Sacar a la luz recuerdos y rencillas del pasado. ¿Por qué seguía mencionándolos? ¿Acaso pensaba que aún recordaba aquellas cosas? ¿Que aún les daba importancia? Como si yo hubiera estado presente en su vida de alguna manera, como si le hubiera importado alguna vez.

No, si le importas a alguien, no hace eso, no te desecha como si fueras un producto de usar y tirar. No le dejas a tu espalda sin mirar atrás, sin tener en cuenta los años que hacía que nos conocíamos, como si no te importaran lo más mínimo sus sentimientos.

Hacía tiempo que había aceptado que no había significado lo mismo que él para mí. Me costó y me castigué mucho tiempo, como si fuera culpa mía por no ser suficiente, por no cumplir sus expectativas y amoldarme a cada decisión que tomaba sin tenerme en cuenta, con una sonrisa. Hasta que fui consciente de que era una verdadera estupidez, porque yo no podría cumplir nunca con lo que él tenía en su cabeza. Ni podría ni querría. Y acabé aceptando lo que con el tiempo se convirtió en un mantra: ninguno de los dos éramos culpables por no ser lo que esperábamos del otro. Simplemente, no pudimos ceder lo suficiente para encajar. Pero le quería. Y durante mucho tiempo lo intenté, porque le quería con una intensidad que se escapaba a mi control, y lo que quería es que fuéramos capaces de superar cada obstáculo hasta llegar a nuestro final feliz. Álex, por su lado, quiso una cosa totalmente distinta. Y me desgarraba pensar que, aunque yo siempre había creído que ese amor intenso era mutuo, solo lo era por mi parte, ya que él no se paró ni a titubear cuando se le presentó lo que llamó su «gran oportunidad». Me dio la sensación de que siempre quiso hacerme pensar que aquello «le había llegado», cuando yo sabía que llevaba mucho tiempo intentando deshacerse de su trabajo y emprender algo nuevo. Entendí, de verdad que sí, que quisiera vivir una nueva aventura en aquello que le apasionaba, probar y deshacerse de aquella frustración. Lo que no sabía era que, entre toda aquella frustración que le hacía infeliz, también estaba yo. Cuando me comunicó que se iba con una agencia de fotografía a recorrer varios lugares y capturar la vida silvestre, no había ni rastro de duda en él. Le resultó

tan fácil tomar aquella decisión sin hacerme partícipe de ella que en un primer momento no supe qué decir. No fue hasta que me dijo que se iba sin saber cuándo iba a volver y que no quería atarme cuando comprendí por qué no me había dicho nada antes de aceptar la oferta. Yo no entraba en sus planes, y no le había resultado nada difícil decidir entre su trabajo y yo.

Cuatro años de relación que tiró a la basura en dos frases. Esa misma tarde estaba enviando cosas a la dirección de sus padres y empacando las pocas pertenencias que se iba a llevar. Con el tiempo, y como forma de superar el trauma, siempre dije que le habían dado a elegir entre fotografiar unos hierbajos o estar conmigo, y era algo con lo que yo nunca pude competir.

Joder, cómo dolió tener la certeza de que yo no era importante en su vida. Aun entonces, cuando lo pensaba, sentía el filo cortante de esa parte que se rompió en aquella tarde de abril. Nunca más había sabido nada de él, ni había intentado hablar con él, ni había preguntado. Y él tampoco se esforzó por hacerlo. Ni siquiera se despidió. Me miró fijamente unos segundos mientras yo estaba sentada en el sofá, con los ojos enrojecidos y una mínima esperanza de que se arrepintiera o de que, al menos, dijera algo para quitarme aquel mal recuerdo. No lo hizo. Solo me miró como si fuera un adorno más del salón y se marchó sin volverse ni una sola vez, en completo silencio.

Eran las tres de la mañana, y me pareció el momento perfecto para pensar en esas cosas. Retrocedí atrás en el tiempo, con recuerdos que venían a mí como *flashes* hasta llegar a cuando nos conocimos. Discusiones, momentos bonitos, planes que nunca pasaron a ser realidad y otros tantos que nunca fueron planeados y que sí pasaron. Cuando nos vimos la primera vez… La presión en mi

pecho subió lo suficiente para incorporarme en la cama sin pensarlo.

«Suficiente».

De un momento a otro estaba rebuscando en el fondo de un cajón, donde sabía que había algo que me prometí a mí misma que nunca más volvería a coger: un paquete de tabaco a medio terminar. Busqué un mechero en la cocina y salí a la terraza. Lo encendí sin pensármelo dos veces. ¿Cuándo había sido el último? ¿Tres años? Sí, creo que tres años, en la terraza de un bar, cuando me prometí que iba a ser el último. Y lo fue, hasta esa noche. Lo había echado de menos a ratos, y cuando le di la primera calada, tuve la sensación de que me desgarraba la garganta. Tosí un par de veces y dejé escapar el humo como pude. Me senté en la terraza y disfruté del extraño silencio. Eran más de las tres de la mañana. Madrid es una ciudad ruidosa a todas horas. Esa calma no era muy habitual, y me dediqué a disfrutarla.

—¿No lo habías dejado?

Se me cayó el cigarro de las manos al tiempo que sufrí un microinfarto. Reconocí la voz del protagonista de mis desvelos, pero tardé un instante en comprender que venía de la terraza de arriba y que no me había dado un brote psicótico. Él estaba haciendo exactamente lo mismo. Me asomé, mirando hacia arriba, y vi sus manos apoyadas en la barandilla, sujetando un cigarrillo humeante. Hasta ese momento, ni siquiera me había fijado que vivía justo en el piso de arriba.

—¿Y tú?

No lo vi, pero pude intuir que sonreía.

—También. No recuerdo el último que me fumé.

—Yo tampoco —respondí en voz baja, aunque con el silencio de la noche se escuchó perfectamente.

—¿No te parece curioso?

—¿El qué?

—Puede ser la primera vez en toda nuestra vida que hayamos coincidido al tomar una decisión.

Lo pensé un momento, y la situación me resultó bastante irónica.

—Y es una mala decisión. Eso dice mucho de nosotros.

De nuevo, me lo imaginé sonriendo. A él siempre le había encantado burlarse de mí cuando creía que estaba enfadada o me ponía más seria de la cuenta. Nos quedamos en silencio de nuevo; yo, luchando contra la tentación de preguntarle qué hacía despierto a esas horas.

—No iba a ir a Atacama sin ti, pero…

—Creo que prefiero no saberlo —le interrumpí.

Chasqueó la lengua, molesto.

—Siempre me haces lo mismo. Cierras los ojos a la realidad, prefieres imaginarte tú misma tus teorías a escuchar lo que te digo.

Eso me ardió, porque había que tener mucha cara para exigirme que le escuchara después de haberse largado sin decir ni una sola palabra.

—Ya me dijiste todo lo que tenía que saber cuando te marchaste sin mirarme siquiera.

El momento era tan silencioso que le oí suspirar, como si la ciudad hubiera parado solo para nosotros dos.

—Siento mucho que tengas tan malos recuerdos sobre mí.

No todos son malos, pero no quiero repetir ninguno de ellos.

—Cuando te vi la primera vez, supe que no querías verme, pero ¿sabes? Yo tampoco esperaba encontrarte aquí. —Hizo una pausa. No dije nada—. No sé por qué imaginaba que te habías ido, como si no pudiera concebir que te hubieras quedado en el mismo lugar. Yo sí quería volver. Me hice a la idea de que quería hacerlo porque era

el único lugar en el que me había encontrado en casa, como si tuviera un hueco al que volver, aunque ya no existiera.

Le di otra calada al cigarro, aunque no me sentaba bien, debatiéndome entre irme o quedarme, solo por si había algo de lo que decía que no quería escuchar, que no tenía que escuchar.

—Creo que te digo esto porque sé que me estás escuchando, y porque no te tengo de frente. Si te tuviera delante, solo podría pensar que… —Se quedó en silencio y suspiró—. Tal vez algún día quieras escucharme de verdad. Y yo sea capaz de decírtelo.

«Decirme, ¿qué?», quise preguntar. No creía estar preparada para una respuesta.

—Para empezar, me gustaría que no estuvieras tan incómoda cuando estoy a tu alrededor. Actúas como si te fuera a contagiar algo, como si quisieras ser invisible a mis ojos. ¿No sabes que eso es imposible?

Obvié la pregunta y el cosquilleo que me produjo.

—No puedo evitarlo —me aventuré a contestar—, no puedo actuar como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera sentido nada.

—Siempre temí que pensaras eso, que tú eras la única que habías sentido.

Me agarré a la silla y, sinceramente, menos mal que estaba sentada. Me empecé a enfadar. Que quisiera tener aquella conversación sin mirarme a la cara, decir muchas cosas sin decir absolutamente nada… era para mear y no echar gota.

—¿Intentas decirme que tú también lo sentiste? ¿Lo más mínimo? Tú sabías cómo estaba en ese maldito sofá, ¿y aun así no dijiste nada?

Se quedó en silencio, y eso me quemó más aún. Respiré hondo y tiré el cigarro a medio fumar.

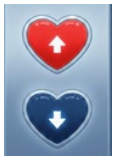
—Podías haber dicho cualquier cosa, hacer lo que quisieras, pero elegiste huir en silencio. Así que no puedes pedirme nada.

Me lo imaginé pasándose una mano por el pelo, despeinándose.

—Buenas noches, Álex.

Una vez más, no dijo nada, no se despidió, casi como si se estuviera burlando de nuevo.

Capítulo 11



Había sido una noche larga que se reflejaba a la perfección en las ojeras que no habría podido tapar aunque hubiera utilizado masilla debajo de los ojos. A pesar de eso, no me impidió tomar malas decisiones. Malas decisiones de alto nivel. Malas decisiones que venían caminando hacia mí con una sonrisa y con un plan tan original como absurdo. Porque, a ver, ¿alguien me podría explicar qué tiene de divertido pasar por chapa y pintura, una sesión dura, por cierto, para acabar tirando hachas a una diana? Lucas, el autor del plan, me miró sonriente desde su lugar. Acababa de ir a por algo de beber, y le tocaba tirar. Una de las cosas que más me gustaba de él es que podía tener la idea más absurda del mundo entre manos y te hablaba de tal manera que te convencía de que sería el mejor plan de la historia. Y, generalmente, tenía razón, porque era difícil no pasártelo bien cuando él estaba cerca. Era entusiasta hasta un punto infantil, no molesto, alegre y carismático. Todo lo que venía de él era inesperado; confiaba ciegamente en que acabaría en carcajadas, incluso esa misma mañana, cuando me desperté con la resaca emocional que arrastras de una conversación sin terminar; incluso cuando le escribí y me respondió que lo dejara en sus manos, confié en que sería algo divertido. Aunque lo de las hachas, de verdad, me había pillado desprevenida. Sinceramente, ¿me estaba divirtiendo?

Aunque Lucas no daba una, por mucho que el monitor se empeñara en darle indicaciones personalizadas, él no parecía en lo más mínimo avergonzado. Yo, sin embargo, parecía que estaba descubriendo una nueva vocación, porque se me daba genial y no perdí ni un segundo en vacilar. Y engullía los nachos y el refresco cuando le tocaba a él.

—Me lo he pasado bien —declaré cuando estábamos paseando por Madrid, una vez acabada su humillación.

—Sí, ya te he visto. Eres la reina de las hachas. Por la cara que pusiste cuando viste el local, no me lo esperaba.

—¿Es culpa mía poner caras raras? ¡No sabía ni que un lugar así existía!

—No me lo creo, no parecía tu primera vez.

—Es que no soportas la humillación —dije altiva.

Lucas rio. ¿Alguna vez paraba de sonreír?

—Quizás es el momento de hacer lo que siempre me dijiste que querías hacer.

—¿El qué? —pregunté confusa.

—Irte al bosque, a una cabaña, ahora que ya sabes utilizar las hachas. ¿No decías eso cada vez que estabas estresada?

Lo pensé un instante.

—Y cuando no lo estoy, también lo digo. Vivir en sociedad está muy sobrevalorado, ¿sabes? —Él rio con más ganas—. Bueno, me lo he pasado muy bien, gracias por…

—¿Ya te quieres ir?

—¿Aún hay más?

—¡Pues claro!

Seguí caminado, siguiéndolo inconscientemente. Aún se veían algunos claros del día.

—Miedo me da. No sé si estoy preparada para otra aventura absurda.

—Me lo agradecerás, ¿o qué le vas a contar a Julia y Mario después? ¿Que te encerraste en casa a ver la tele?

—No se sorprenderían. Mario y Julia están acostumbrados. —Reí, con él acompañándome de fondo.

Me dejé guiar por él a través del metro y de varias calles prácticamente desconocidas, alejándonos cada vez más del centro, rezando para que la próxima parada de la noche no fuera un simulacro de entrenamiento militar en el que acabara arrastrándome por el barro bajo unas trincheras mientras llovía a cántaros, tipo *Teniente O'Neill.* No tenía pinta de llover, pensé cuando volvimos a salir de la boca del metro. Iría yo despistada, hablando de esto y aquello, porque de pronto veo que se desvía un poco de su trayectoria y da la vuelta a un coche aparcado, poniéndose en el lado del conductor.

—¿Vamos a robar un coche? —pregunté mientras me paraba instintivamente—. ¿La siguiente aventura es pasar la noche en el calabozo?

Abrió la puerta y se colocó en el asiento, yo le seguí con toda naturalidad. Que yo supiera, Lucas no tenía coche. Alquilaba alguno en algunas ocasiones, cuando se iba a hacer rutas de senderismo o algún viaje improvisado.

—Me gusta que utilices el «vamos» para cometer un delito.

—No te vengas arriba. Diría que me has obligado antes de que me pongan las esposas.

—No sé yo si te creerían. No sabes mentir.

Por el camino me dijo que era el coche de su amigo, que había quedado en recogerlo después del trabajo. Estuve a punto de preguntarle varias veces dónde íbamos. De una forma o de otra, siempre conseguía despistarme con su conversación antes de que llegara a preguntarle realmente. Mientras, me entretenía

escuchándole y viendo como cada vez nos alejábamos más del centro de la ciudad. Era como estar con un amigo de toda la vida. Ni siquiera sabía cuáles eran sus intenciones cuando accedió a quedar conmigo de nuevo. Solo esperaba que no acabara como el rosario de la aurora. Simplemente había sido un impulso tras una noche larga y de pocas horas de sueño, me apetecía pasar un rato relajado, sin tener que analizar la situación o descubrir nada. Solo reírme, liberar tensiones…, y Lucas era perfecto para eso. Era la persona que traía paz a mi vida. A pesar de los sobresaltos, solo eran buenos. Me acusaba de no saber mentir, y era cierto. Él parecía que no sabía lo que era hacerlo, como si todo lo que pasaba por su mente lo dijera en un momento o en otro. Eso me tranquilizaba, era refrescante estar con alguien a quien no tenías que sacar nada porque él te lo decía todo, estuvieras preparada o no para escucharle. Y, aun así, conseguía hacerlo de una manera que no creaba situaciones tensas, todo fluía.

«¿Un autocine?».

Efectivamente, estábamos metiéndonos en una especie de descampado con aires de otra época, y Lucas estaba pagando las entradas para la película que daban esa noche. ¿Me había llevado a un maratón de *La jungla de cristal*? Sí, lo había hecho.

—Yo pago las entradas —me dijo, ya con el *ticket* en la mano.

Se iba a pasar el *stand* de las palomitas y me tiré literalmente encima, asustándolo.

—Yo pago las palomitas —dije—. ¿O qué? ¿Me vas a traer a ver *La jungla de cristal* y encima sin palomitas?

—¿Qué le pasa a la saga? Es un clásico.

—Uy, sí, está a punto de quitarle el sitio a *Lo que el viento se llevó* —me burlé, a lo que él se rio—. Pídelas grandes, y un refresco. Grande también.

Pagué, casi montándome encima de él, porque le veía las intenciones de sacar la cartera de nuevo.

—¿Ya estás contenta? —preguntó cuando me vio sonreír mirando el cubo de palomitas en mi regazo, que era exageradamente grande y que nos acabaríamos antes de que la película llegara a la mitad sin rechistar.

Asentí. Aparcó en cualquier sitio cerca de la pantalla. Vi que había varios coches aparcados, parejas, grupos de amigos… El lugar estaba oscuro, y en la pantalla daban algún consejo antes de empezar la película.

—El plan me gusta, nunca había venido a un autocine, pero ¿no había otra película? —me quejé.

—¿Qué dices? El plan es un coñazo, lo único bueno que tiene es la película.

Rodé los ojos y no dije nada más.

Más de cuatro horas después, tras la primera y segunda parte de la saga, salíamos del aparcamiento. Sinceramente, a mitad de la segunda estaba dando cabezazos al aire y a la ventanilla de mi lado. Las películas de acción nunca han sido lo mío. Lucas parecía de lo más emocionado, porque no paraba de hablar de ello. Incluso cuando, un buen rato después, llegamos a mi casa.

—¿Cuento contigo para ver la reposición entera? A ningún amigo le gusta demasiado la saga —preguntó cuando aparcó en segunda fila para dejarme.

—Será que tienen buen gusto —repliqué, a lo que él puso cara de cordero degollado—. Vaaale, avísame y haré un hueco en mi apretada agenda.

Estaba tan atontada que ni siquiera sentí el momento de tensión de la despedida, así que me desabroché el cinturón y llevé la mano a

la manilla de la puerta mientras le decía algunas palabras de adiós. Lucas puso su mano en mi brazo, parándome.

—No te voy a pedir que hablemos, porque dudo que tú puedas llegar a tu piso del sueño que tienes, y yo estoy mal aparcado…

—Es verdad, aquel guardia te está mirando mucho.

Lo del policía era cierto; también era lo suficientemente despistada para desviar la conversación sin intención. Lucas le miró y levantó una mano incómodamente, pidiéndole un minuto más. Me miró y suspiró, algo decepcionado.

—La próxima vez te llevaré de pícnic, o a un descampado, para que podamos hablar de verdad. Te he entretenido demasiado.

Sonreí ante su frustración.

—Ya me has llevado a un descampado.

—Pero la película era demasiado buena para despegar la mirada de la pantalla —iba a replicar cuando me calló—, digas lo que digas.

Miró hacia delante un poco y se le descompuso la cara. El guardia venía hacia aquí. Evité reírme, aunque no me faltaron ganas. Me incliné hacia él, dándole un beso en la cara que le pilló tan de improviso que casi me da un cabezazo.

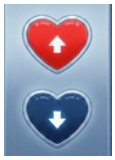
—Hablamos pronto, ¿vale?

No sé por qué prometí eso, pero mereció la pena cuando sonrió.

—Buenas noches —le oí decir cuando abrí la puerta—. Espero a que subas y me voy.

—Como quieras, pero no te pienso pagar la mitad de la multa.

Capítulo 12



No voy a mentir y decir que aquella promesa implícita no me había carcomido los siguientes días. Era curioso cómo, en vez de solucionar los problemas uno por uno, iba sustituyéndolos por otros hasta formar un colapso del que no sabía salir. Me había escrito con Lucas en algunas ocasiones, nada relevante, aunque, cada vez que su nombre saltaba en la pantalla, rezaba porque se le hubiera olvidado nuestra despedida por arte de magia, como si esperara un milagro divino que me librara de mis responsabilidades adultas. Al menos, por un rato, las iba a aparcar, porque Julia nos había invitado a cenar a casa a Mario y a mí. Cuando llegué, Mario no estaba. No le esperamos para abrir una cerveza.

—Huele bien. ¿Qué has cocinado?

—Lasaña —respondió, bien orgullosa.

—Algo ligero para irse a la cama…

—Te quejarás tú de mis cenas.

No, la verdad es que no había queja alguna. Julia estaba de lo más relajada, y yo seguía mordiéndome la lengua para no preguntar. Últimamente, cada reunión que tenía era una vil tortura. Julia se llevó el botellín a la boca y, como si no tuviera la más mínima importancia, preguntó:

—¿Cómo está Nacho? ¿Se está adaptando bien?

Me quedé ojiplática. Empezaba a preguntarme si era yo la exagerada reina del drama —que lo era— o había algo en el agua de Madrid que había afectado a todo el mundo menos a mí.

—¿Qué? —preguntó al ver que yo no movía un músculo.

—Julia, te lo voy a preguntar porque eres mi amiga. Y aunque llevo semanas mordiéndome la lengua, creo que me la voy a partir en dos si sigo así. ¿Lo tuyo con Nacho…? —Se tensó levemente antes de que hubiera formulado la pregunta que yo no sabía cómo terminar—. Es decir, bueno, él y tú…, en otra época, tú…

—Tú lo has dicho: en otra época. No eran más que cosas de críos. ¿Quieres saberlo? Sí, me gustaba tu hermano. Bueno, gustarme… Estaba hasta las trancas por tu hermano, aunque él parecía estar en la parra todo el tiempo. De hecho, nunca estuve demasiado segura si vivía en su planeta o simplemente se hacía el tonto para no complicarse la vida.

Su sinceridad fue apabullante. Era un tema que arrastrábamos desde hacía más años de los que podía recordar, y nunca había sido capaz de ponerlo en palabras.

—Yo también he dudado muchas veces —coincidí.

—El caso es que ya está. Pasé página. No creo que merezca el cielo solo por existir, pero, desde luego, algo más que ir rogando atención y amor a un chico que es incapaz de verlo. No creo que sea mal tío ni nada de eso, ¿eh? Supongo que ambos elegimos dejarlo estar, de una forma u otra. Ahora lo pienso y no sé qué hubiera sido más complicado: un rechazo o una relación. —Sonrió sinceramente —. Creo que hubiera sido un auténtico desastre.

Yo también lo creía, aunque no hice ningún gesto. Tampoco podía negar que muchas veces me los había imaginado juntos. ¿Había algo mejor que tu mejor amiga se convirtiera en familia? Aunque Julia no

necesitaba liarse con mi hermano para eso, ella ya lo era. Era parte de mi familia elegida, no de la que me había tocado.

—Aun así, cuando te dije que venía…

—Lo sé, reaccioné mal. Me pilló desprevenida, y además, cuando escuché sus razones para venir…, no te voy a mentir, me afectó, a pesar de que pensaba que era un tema que tenía enterrado muy hondo. No esperaba algo así de él, ver que hacía lo que yo hubiera querido que hiciera por mí, pero por otra chica… No sé explicarlo… Me jodió más saber que sí era capaz de hacer ese tipo de locura por alguien que no era yo, a que no fuera capaz de hacerlas en absoluto.

Imaginé que Álex hubiera vuelto por otra persona, y aunque sonara terriblemente egoísta, porque él era tan libre como yo de rehacer su vida como quisiera, me resultó más doloroso que pensar que no sería capaz de sacrificar sus proyectos personales por nadie. Y entendí lo que me quería decir. La sensación de haber perdido algo que nunca había sido tuyo, el que otra persona se llevara aquello que tú habías deseado con tanto ahínco, aunque tú ya no lo quisieras. Porque ya no le quería, ¿cierto? Ni Julia ni yo. Ya estábamos en otro capítulo. En otro libro. En otra saga.

—Ya pasó. Fue solo el momento, el *shock.* Así que me reitero: ¿cómo está Nacho?

Aquello me sacó de mi ensoñación y le sonreí, sin ocultar mi orgullo.

—Bien. Bueno, eso dice él. Esa chica…, no sé, no quiero prejuzgarla. Nos contó unas cosas la otra noche que no me dan muy buena espina.

Julia le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Seguro que son ideas tuyas. Siempre has tenido mucha imaginación, y eres demasiado protectora cuando se trata de

Nacho.

—Porque es como un niño grande —me justifiqué—. Pero sí, probablemente son cosas mías. Al fin y al cabo, él dice que está bien.

Julia se levantó un momento a echar un ojo a la lasaña.

—Oye, ¿y qué es eso de «nos»?

Su capacidad de observación hasta para lo más simple me seguía impresionando. No se le escapaba una.

—Nada importante, es que había quedado con Nacho y tuvimos un invitado no deseado. No deseado por mi parte, porque a Nacho le faltó ponerle alfombra roja. —Me miró, esperando una confirmación de lo que pasaba por la mente. Lo sabía por la sonrisa perversa que amenazaba con asomarse a sus labios—. Sí, era Álex. Al penco de mi hermano se le olvidó la chaqueta cuando quedaron o no sé qué, y quería traérmela. Y ya, de paso, se quedó a cenar.

—Vaya por Dios, ¿y no podía haberlo dejado para cuando se vieran otra vez?

—¡Eso digo yo!

En ese momento sonó la puerta. Julia fue derecha a abrirla sin mirar siquiera. Obviamente, era Mario, al que ignoró para no soltar el hueso que tenía tan bien agarrado.

—Menos mal que no era nada importante…

—No lo es —insistí.

—¡Eh, hola, eh!

Mario entró como si se estuviera desplomando. Se quitó la chaqueta a trompicones y se sentó casi arrastrándose. Como si hubiera estado en un maratón en el desierto del Sahara.

—Hola, hola —respondí para contentarle, con voz cansina.

—¿Qué es lo no importante, pero que sí lo es? ¿Por qué empezáis el *salseo* sin mí?

—Porque llegas tarde —se quejó Julia, poniéndole una cerveza abierta por delante.

A Mario se le descompuso la cara, y supe exactamente la razón. Había estado con ella, con Mara.

—Mejor no te voy a preguntar la razón, que con los disgustos que me va a dar Julia ya tengo bastante.

—¿Yo, por qué?

—Porque te veo venir, y me vas a sacar conversaciones que están ya más pasadas que las camisetas de licra.

Julia salió de la cocina solo para que le viera el ceño fruncido.

—Perdona, pero no he sido yo la que ha cenado con su ex.

—¡¿Qué?!

—Ni la que ha quedado con su otro ex —murmuré, pero me escucharon perfectamente.

—¡¿Qué?! —se volvió a oír. En esta ocasión, ambos a la vez.

Y supe que la noche iba a ser larga, aunque los tres tuviéramos que madrugar al día siguiente.

El único respiro que me dieron fueron los minutos en los que nos estábamos recreando en la cena de Julia, que había hecho lasaña para todo el edificio. Intenté estirar el momento todo lo que pude, pero, como había dicho anteriormente, eran como un perro con un hueso y no pensaban soltarlo hasta sacarle todo el jugo, que fue exactamente lo que pasó. De un momento a otro sonó mi móvil. Era un mensaje de trabajo que no me molesté en leer apropiadamente, y, aunque volví a bloquear el teléfono, aquel sonido fue suficiente para que se hiciera el silencio en la mesa. Inocentemente, los miré. No hacía falta que me dijeran lo que estaban pensando; con sus caras era más que suficiente. Aun así, lo hicieron para no dejar lugar a dudas.

—¿No vas a contestar? —preguntó Mario.

—¿Al trabajo? ¿En mi tiempo libre? No —respondí, haciéndome la desentendida.

—¿Trabajo? Sí, mucho trabajo tienes tú últimamente…

—¿Nos lo cuentas ya o qué? ¡No puedo más! —declaró Julia, y me hizo gracia, porque era raro verla sacar su parte intensa.

Y ahí sí, no tuve más opción. Me remonté al principio, cuando me encontré a Lucas casualmente y me fui a cenar con él. Obvié la parte de que Julia y su desconocido fue lo que me propició a hacerlo, y lo justifiqué con un impulso tras un día largo y pesado. También di todos los detalles de nuestra original… quedada, porque me negué a llamarlo «cita», y de nuestra última conversación, de la que me libré por el sueño acumulado y por una posible multa. Por supuesto, no faltó la cena con Álex y Nacho, en la que conté absolutamente lo que pasó, tanto que al final parecieron satisfechos y apenas me preguntaron nada. Obvié la parte en cómo me sentía hablando de eso y del bucle de ex y encuentros absurdos en que me había metido, lo acojonada que estaba por una posible conversación con Lucas, para la que seguía sin estar preparada, y el torbellino de emociones que me impidió pegar ojo más de dos horas la noche de la conversación con Álex de balcón a balcón. Obvié todo eso, pero ellos sabían que nada había pasado por mí sin hacerme sentir nada.

—¿Y has hablado con alguno de los dos? —preguntó Julia justo antes de meterse un trozo de lasaña en la boca. Yo ya había terminado.

—Con Lucas, sí, aunque nada relevante. Ojalá se haya olvidado de nuestra última conversación.

—Qué más quisieras —respondió Mario—. A ti lo que te pasa es que no tienes las cosas claras —soltó de pronto, sin dejar de mirar el botellín de cerveza.

Julia asintió con aprobación, lo que me indignó más todavía.

—¿En serio? ¿Ahora me vienes con esas?

—No me refiero a… Eres la clase de persona que necesitas estar siempre rodeada de alguien para hacer cosas. No digo que no tengas iniciativa o algo así, pero serías incapaz de ir sola ni a tomarte un café. Y esa persona puede ser un amigo, un compañero de trabajo o un novio.

Me quedé patidifusa, tanto que fui incapaz de defenderme, porque, aunque no lo hiciera con esa intención, para mí era un ataque directo a la imagen que yo me había formado de mí misma. Y no tardó en notarlo, porque Mario se apresuró a aclarármelo.

—No es algo malo, ¿eh? Solo creo que en ciertas… situaciones, cuando Julia y yo estamos más ocupados, tienes ese tipo de impulsos que te llevan a hacer tonterías. Julia es más independiente. Insisto, no es algo malo, pero sí creo que te crea problemas de vez en cuando. Si no, ¿qué ibas a hacer cenando con Álex a estas alturas?

—No fue culpa mía, ¿te crees que le invité?

—¿Le dejaste claro a Nacho que no quieres compartir tiempo con él? ¿O solo estás dejando la puerta abierta?

Miré a Julia, buscando ayuda. Enseguida supe que estaba de su parte. Pude haberles dicho muchas cosas sobre puertas abiertas que debían estar cerradas, y sacar muertos bien frescos del armario, los suficientes para que montáramos la fiesta de Halloween a destiempo. No me planteé sacar sus propios traumas, y me sentí poco menos que acorralada. La posibilidad de que tuvieran razón era más que viable, y me atormentaba un poco, porque no era la primera vez que lo oía. Lucas se cansó, literalmente, de intentar aclarar las cosas conmigo, acusándome siempre de lo mismo hasta que se marchó. Esa sensación me causaba cierto desasosiego. Yo siempre había tenido las cosas muy claras; podía dudar, pero al final

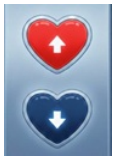
siempre vislumbraba aquello que quería, y lo hacía sin que me temblara el pulso. ¿Por qué ahora no? ¿Por qué no cerraba esas puertas si cada vez que se asomaban por ella acababa jodida?

—Y que conste que a mí no me caen mal ninguno de los dos, ¿eh? Yo, encantado de que volv… —No terminó la frase, porque tanto Julia como yo nos sincronizamos para matarlo con la mirada—. Bueno, que cuando cierres la puerta, nos des la llave a nosotros, que ya nos encargamos.

En contra de mi voluntad, me reí.

El resto de la noche hubo menos sobresaltos, porque Mario se negó abiertamente y en rotundo a hablar de su cadáver amoroso más fresco: Mara. No hacía falta decir que ella era la razón por la que había llegado tarde, ni si habían estado trabajando o trabajándose mutuamente. A pesar de nuestros redoblados esfuerzos, no hubo manera. Julia fingió que en su vida no pasaba nada nuevo, así que no tuve más remedio que hablar de temas menos importantes y soportar las pullas sobre mi desastrosa vida amorosa. Los quería, y sabía que no iban con maldad, así que los soportaba con cariño, aunque odiándolos cada día un poquito más.

Capítulo 13



Giré el móvil por última vez en mi oficina. Retocaba las últimas partes de un proyecto. Era Lucas, ya lo sabía. Llevaba escribiéndome esporádicamente todo el día, y yo dándole largas de forma sutil. No me importaba hablar con él, no me importaba verle, pero en algún momento saldría a la luz aquella conversación pendiente y, sinceramente, no sabía qué iba a decirle, o qué me iba a decir. El miedo a la decepción mutua me impedía responderle los mensajes en cuanto los veía; me tomaba el tiempo para inventar alguna excusa a una posible invitación antes de abrirlos.

La vida eran momentos, y últimamente los míos eran un circo del horror.

Además, ese día estaba un poco sensible y, si no fuera porque empezaba pensar que Mario tenía razón con aquello de que no sabía estar sola, hubiera comprado billetes a Alaska y me hubiera ido dejando una nota. El día anterior me propuse pararme en un café al salir del trabajo, yo sola, para probar. No me atreví a entrar; lo único que hice fue dar un paseo un poco más largo hasta llegar a casa. Lo disfruté, pero aún me quedaba mucho para poder gozar una cita conmigo misma. Además, estaba un poco preocupada, porque, por mucho que escribía a Nacho, no me contestaba. ¿Le pasaría algo?

Ver la lluvia desde el edificio de oficinas había sido el detonante de mi bajo ánimo; me gustaba la lluvia, pero cuando estaba en casa, calentita, no cuando me quedaba un camino por delante e iba a llegar hecha unos zorros. Lo curioso fue que, cuando más enfadada estaba por estar empapada, fue cuando me di cuenta de lo absurdo que era enfadarse por algo inevitable. Aun así, llegué a casa y dejé las cosas de mala gana.

La vibración del móvil me estaba volviendo loca, y no era solo Lucas, era una compañera de trabajo que no dejaba de dar la turra en un grupo que no sabía por qué no había silenciado. Era un grupo de WhatsApp, también estaba Lucas, pero no Nacho. Y ese runrún volvió de nuevo, porque al principio pensé inocentemente que estaría con Alba, pero… ¿no eran demasiados días? Además, no me decía prácticamente nada las pocas veces que me contestaba. Conocía a Nacho, y sabía que tenía sus épocas, épocas en las que era prácticamente asfixiante, y otras en las que para localizarlo tendrías que llamar al CSI. Esta vez tenía una sensación extraña.

Mis ojos se fueron al nombre de Lucas, y en una nueva huida al otro extremo, se me ocurrió la idea más estúpida del día, de la semana, del año. Peor incluso que aquella vez que decidí teñirme de rubia. El resultado fue espantoso; aún no me había recuperado del trauma, ni de las risas de mis amigos, a los que, literalmente, se les saltaban las lágrimas. Fue una época oscura de mi vida en la que no quiero volver a entrar. Es más, solo existían un par de fotos que mis amigos me hicieron a traición para sacarla a colación cuando quisieran chantajearme, y, creedme, pagaría por que nadie más las viera.

Subí un piso, justo encima del mío, dónde sabía que vivía el causante de algunas de las desgracias que habían sucedido en mi vida. Levanté la mano para tocar la puerta, y entonces tuve un

momento de iluminación. Fue como si se me apareciera la Virgen a decirme que la estaba cagando. *De nuevo.* Me di cuenta de que estaba entre dos aguas que tenían nombre y apellidos. Inconscientemente, cada vez que me agobiaba por el motivo que fuera con uno, acababa yendo en dirección contraria. Amontonar los problemas era mi estrategia de vida. Había visto el mensaje de Lucas, ni siquiera sabía qué me había dicho, y allí estaba, diez segundos después, en la puerta de Álex. Era mi forma de huir, aunque ellos no lo supieran, y, por supuesto, en vez de arreglar las cosas, solo me embarraba más y más en unas arenas movedizas que no parecían tener fin. También tenía que reconocer que, en momentos de agobio, cuando no sabía ni por dónde me daba el aire, podía ahogarme, aunque el barro solo me llegara al tobillo. Yo sería capaz de meter la cara y quejarme porque me había llegado al cuello.

Bajé la mano y respiré hondo. No iba a llamar, la luz divina tenía razón: no era la solución para nada. Bajaría, le escribiría a Nacho y dejaría que viniera a mí cuando se le pasara.

Ya está, sí eso har…

La puerta se abrió de golpe y me quedé más petrificada que si me hubieran pillado echando un polvo en mitad de una misa. Aunque el que estaba al otro lado de la puerta no parecía estar mucho menos sorprendido.

—¿Lara? ¿Qué haces aquí?

Balbuceé un poco antes de inventarme una excusa estúpida.

—Se me ha ido la luz. ¿Tú tienes?

Pregunta absurda, pues estaba viendo las luces encendidas. Como toda respuesta, él miró a su espalda, mostrando lo evidente.

—Será por la tormenta —justificó—. Si quieres, puedo ir a echarle un vistazo…

—No, no te preocupes, ya me voy —dije muy decidida.

Enarcó ambas cejas, mirándome divertido.

—¿Qué pasa? ¿Te acabas de acordar de que no has pagado la factura?

Me dio un ataque de vergüenza, porque sabía que su broma tenía fundamento. En los primeros meses viviendo juntos, cuando me había proclamado responsable de las facturas por mi falta de confianza en él, me olvidé de pagar la luz, con consecuencias desastrosas. Me mordí la cara interna del labio interior, en ese gesto inconsciente tan delatador. Esperé que no reparara en él.

—¡Eso solo fue una vez! —me defendí, y él rio.

—Bueno, ¿quieres que vaya abajo a echar un vistazo, o…?

—¿O?

Me arrepentí incluso antes de instarle a que continuara. Como en otras ocasiones, hundía la cara en el barro aunque me llegara por el tobillo.

—¿O me vas a decir lo que realmente pasa? —Me quedé asombrada un instante, lo suficiente para que él continuara—. Te vas a hacer una herida en la boca si sigues así.

—¿Por qué todo el mundo se fija en eso?

—Porque es muy obvio. Pasa, venga.

Nunca había entrado en su piso, y no estaba dispuesta a hacerlo. Le miré como si me hubiera propuesto una orgía en plena Gran Vía.

—Te lo puedo decir aquí.

—Te vas a congelar, vas a coger una pulmonía.

Caí en que no me había cambiado y, por lo tanto, era un perrito mojado pidiendo cobijo. Al ver que no decía nada, tiró de mi manga sin muchos miramientos.

—Venga, anda, te prometo que no hay cocodrilos.

Estaba él, que era mucho peor.

Lo que vi no me sorprendió demasiado. Los muebles no estaban mal, aunque sabía de sobra que no los habría escogido él. Por lo demás, apenas había nada que recordara que había alguien viviendo allí, que él vivía allí. Era un tanto… estéril; todo, excepto la mesa alta del comedor, que parecía haberla cogido de escritorio improvisado y estaba llena de fotografías, papeles, una cámara enorme y un portátil. Por lo demás, todo estaba limpio y ordenado, y el hecho de que no hubiera nada de él allí ya me decía mucho.

—Qué… vacío. Vacío de ti. Es como si aún no hubieras deshecho las cajas. Excepto por aquella mesa.

—Se llama minimalismo —se quejó.

—O pereza —le pinché yo, a lo que él negó con la cabeza, dándolo por perdido.

Se retiró para irse a la cocina, de donde apareció con dos cervezas abiertas.

—En realidad, no me voy a quedar.

—Pensaba que tal vez quisieras preguntarme lo que sea mientras nos tomábamos algo —se excusó.

Volvió a desaparecer, y regresó con un par de toallas y una sudadera vieja.

—El baño está en el pasillo, a la izquierda. Sécate y ponte la sudadera. Puedo dejarte también unos pantalones…

—¿Qué sentido tiene esto? Vivo en el piso de abajo —me quejé.

—Pues vamos, y así miro lo de la luz.

Me dio tanta vergüenza cuando volvió a sacar el tema que me fui a encerrarme en el baño, dejándole con la palabra en la boca. La verdad es que estaba mucho más cómoda cuando salí. Adoraba robar la ropa de Álex cuando estábamos juntos, y no porque, como señalaban muchos clichés en las películas, me quedara enorme y supersexy, sino porque era cómoda y práctica. De hecho, Álex era

más alto que yo, pero tampoco mucho más grande, así que podría pasar por una ropa que yo podría usar, con poca diferencia de talla.

—Esto me trae recuerdos —murmuró cuando me acerqué.

Supe que estaba pensando en lo mismo que yo.

—Pues destiérralos —le ordené, arrancándole una risa.

Di un sorbo a la cerveza y me acomodé en el sofá.

—Bueno, ¿vas a soltarlo ya? No es que me desagrade tu compañía, ni mucho menos, pero me preocupa que te haya pasado algo grave de verdad. Parecías una sin techo ahí afuera.

Aquella declaración me hizo incorporarme de un tirón en el sofá. ¿Qué demonios estaba haciendo yo allí, Dios mío? Si había recibido la iluminación divina y ahí estaba, cabeza abajo en diez centímetros de barro, y quejándome por lo desafortunada que era.

—Esto es innecesario. —Señalé la cerveza—. No se me ha ido la luz. Se me ocurrió una idea estúpida y vine. Cuando estaba en la puerta, decidí que, efectivamente, era un muy mal plan, y estaba por irme cuando abriste. ¿Por qué abriste, por cierto?

—Iba a… —carraspeó— comprobar que no hubiera nadie. Hiciste ruido —explicó, mirando a otro lado—. ¿Cuál es esa idea? ¿Acostarte conmigo, a lo mejor? Algo rápido y sin compromiso.

Sabía que estaba de broma, pero no oculté mis ganas de matarle igualmente.

—Sí, exactamente. Aunque pensaba proponerte tomarnos algo antes, por tantear el terreno —ironicé.

—Bueno, eso ya lo estamos haciendo.

—Cállate —espeté de mala leche—. Quería preguntarte por Nacho.

—¿Nacho? ¿Ha pasado algo?

Me encogí de hombros, dándole otro sorbo a la cerveza.

—No lo sé. Desde que vino a casa apenas me contesta los mensajes; tampoco me coge el teléfono. Iba a ir a su casa, pero no sé dónde vive. Me preguntaba si tú lo sabías. —Suspiré—. Si es una de sus épocas de desconexión y esas chorradas, me da igual, lo que quiero saber es si está bien. El otro día, no me lo parecía, por mucho que intentara fingir que sí.

—No he sabido mucho de él, y tampoco sé exactamente dónde vive, lo siento —me contestó—. Puede que solo esté trabajando de más.

—¿Y por qué no me lo dice? ¿Para qué tanto misterio con su hermana del alma? —No era broma, pero él sonrió—. Además, había algo raro la otra noche. Lo de esa chica, Alba… Ya sé que tú no lo ves así, porque quizás la chica es más libre que el pájaro que escapó de su prisión, y no sé qué historias dijiste…

Álex soltó una carcajada ante mi verborrea; a mí no me dio ninguna vergüenza. Ya estaba acostumbrado a mis tonterías.

—No dije eso, dije que tal vez está en *shock* o necesita espacio. Pero lo de vivir sin ataduras es…

—No vamos a sacar otra vez el tema de las ataduras, por favor te lo pido. Ya pediré cita con un *coach.*

—Si lo has sacado tú… —se quejó, con una sonrisa que no me paré a mirar para no perderme.

—Bueno —me levanté, dejando la cerveza a medias—, entonces, ¿no sabes nada, cierto? Pues me voy. ¿Prefieres que te deje la ropa aquí o te la lavo y te la subo otro día? —No esperé respuesta—. Bueno, mejor te la dejo, total, así no tengo que subir… Me voy. Gracias por la cerveza.

Ya me iba, y me iba de verdad cuando se incorporó y me agarró por el dobladillo de la sudadera, parando mi huida.

—¿Por qué no te quedas? Podemos cenar algo, tengo *pizza* de ayer.

—Tentador —murmuré yo, haciendo que se riera. Era como un chiste con piernas para él.

—Sé que te gusta, nunca puedes decir que no a una *pizza*. ¿Tienes mejor plan?

Suspiré, llevándome una mano al puente de la nariz.

—¿Quieres que sea totalmente sincera?

—Por favor —se burló.

—Aceptaría la *pizza*, pero no quiero hablar contigo. No quiero traer al presente cosas que ya no tiene caso hablar, porque… —«te fuiste»— no tiene sentido.

Pareció algo conmocionado, pero no tardó ni cinco segundos en volver a la normalidad. Dejó la cerveza en la mesa y levantó ambas manos en señal de paz.

—Vale. Puedes contarme algo sobre tu vida ahora —torcí el gesto —, o podemos ver una película. Nada de hablar. Ni una palabra.

Se llevó una mano al pecho, como si me lo estuviera jurando, y no tuve otra opción que dejar escapar una sonrisa.

—Tampoco puede ser una película romántica —bromeé.

—Eso no va a implicar ningún esfuerzo. Voy a encender el horno y te traigo otra cerveza.

La futura versión de mí me castigaría por ser tan débil de no poder resistirme a una *pizza* recalentada, y también por algo que no reconocería en voz alta, y es que me gustaba la compañía de Álex. Y no porque me recordara viejos tiempos, que también, sino porque él en sí me gustaba. Me agradaba.

Sin pedir perdón ni permiso, deambulé por el piso. Aproveché esos minutos para fijarme mejor, y no vi nada que me llamara la atención. Me acerqué a su improvisado escritorio y vi las fotos. No había nada

que no esperara ver: fotografías de fauna y flora salvaje. La verdad, algunas eran muy buenas. Siempre me había fascinado la forma que tenía de ver el mundo y cómo era capaz de expresarlo a través del objetivo. Era como si viera las cosas de una forma prohibida para el resto del mundo. Era bueno, y yo lo sabía, aunque no entendiera nada de fotografía. Me transmitía una sensación en el estómago que era casi como estar enamorada, un cosquilleo, mariposas revoloteando, como se quiera definir. Me fijé en unas pocas fotografías agrupadas en medio de todas, y reconocí el lugar como si hubiera estado allí: el desierto de Atacama. Inspiré profundamente y cogí una de ellas. En ese momento, Álex hizo ruido desde la cocina, lo que me hizo dar un traspié. Acabé con la mano en el teclado de su portátil para no caerme. Se iluminó la pantalla y entré en pánico, pensando que podía llegar en cualquier momento y pensaría que estaba cotilleando. La pantalla se apagó unos treinta segundos después, los suficientes para ver algo que me abrió una grieta en el pecho.

De fondo de pantalla tenía una foto de nosotros dos. Ni siquiera la tenía cuando estábamos juntos; siempre se había limitado a dejar la que le venía de serie. El momento de la foto lo reconocí perfectamente. Habíamos hecho una escapada a Grecia, y nos escapamos a la playa de Palaeokastritsa, también conocida por los mortales como Paradise Beach. Un rincón difícil de olvidar. Yo me había recogido el pelo en un moño después de un baño en la playa, y él estaba bebiéndose una cerveza. El sol me molestaba lo suficiente para no poder abrir los ojos cinco segundos seguidos para la foto, así que salí con los ojos entornados. Él me había pasado el brazo con el que sujetaba la cerveza por los hombros y me estaba dando un beso en la mejilla. Yo mostraba la sonrisa más amplia que podía y sujetaba el móvil para hacer la *selfie.* No era nuestra foto

más favorecedora, pero siempre había sido de sus favoritas, por mucho que me quejara. Se veían perfectamente todas mis imperfecciones en la piel, no iba bien peinada, pero él siempre insistía en que se nos veía tal y como éramos: con poco, pero felices. Me quedé mirando la pantalla negra unos segundos más, y me sentí vacía, como si en vez de tener el corazón en el pecho, él me lo hubiera arrancado y lo estuviera sujetando delante de mí.

—¿Cotilleando?

Álex había aparecido a unos pasos de mí. Se acercó para ofrecerme la cerveza ya abierta y sonrió.

—Solo bromeo. Ya sabes que nunca me ha importado que veas mi trabajo, incluso cuando no está preparado.

Eso era cierto. Nunca dejaba que lo viera nadie, y no me pedía opinión, salvo en raras ocasiones, pero siempre me dejaba disfrutar de él.

—¿Por qué esa cara? ¿Tan malo te parece?

Reaccioné.

—No, no, es bastante bueno. Se ve que has recorrido buena parte del mundo, y… que eres bueno. Tú ya lo sabes. Es genial, Álex. De verdad.

Sonrió transparente, feliz.

—Gracias.

Me fijé en el mismo grupo de fotos de antes, las de Atacama, y él siguió la dirección de mis ojos, clavándola en el mismo lugar.

—Eso es…

—¿Aún no está la *pizza*?

Frunció el ceño un segundo, y luego volvió a su expresión natural.

—De acuerdo, te dije que no íbamos a hablar, e intentaré aguantarme.

—No suena muy alentador.

—No lo es, pero haré mi mejor esfuerzo —dijo en voz baja.

Sabía que era una burla, y aun así mi cabeza empezó a trabajar a toda marcha inventándose excusas, hasta que llegué a la conclusión de que, llegado el caso, no necesitaría ninguna. Me iría, y punto.

—Venga, anda, que ya veo la maquinaria funcionando para decirme que te vas a ir. —Se rio, aunque no parecía hacerle mucha gracia.

Mientras cenábamos, me habló de cosas de lo más triviales, aunque, a veces, se me quedaba mirando de una forma extraña. No me incomodaba, pero, tan fácilmente como él sabía leerme a mí, yo también sabía cómo hacerlo con él, y eso me facilitaba la tarea. Sabía que cavilaba cuál sería mi reacción si sacaba un tema peliagudo. De lo que no estaba segura era de cuál escogería de la lista interminable que teníamos. Al final, siempre se daba por vencido, y yo no sabía si estaba aliviada o decepcionada. Tal vez, ambas cosas. Era muy cauteloso al hablar, aunque fingía bien la naturalidad. Hablábamos sin contarnos nada, ni del pasado, ni de los planes de futuro. Aun así, no me aburría, no sentía que fuera una conversación de ascensor.

—No me voy a quedar hasta muy tarde, que mañana tengo que trabajar.

Asintió sin mirarme, escogiendo atentamente la película.

Decidí hacer una pregunta estúpida antes de que la pusiera.

—¿Por qué has hecho esto? Lo de invitarme a cenar y esto —señalé la pantalla y la cena terminada sobre la mesa baja—, como si no hubiera pasado nada.

Se le tensó la espalda, como si le hubieran dado un calambrazo, pero no dejó de mirar la pantalla, a pesar de que ya había escogido la película. Estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y el control de la televisión en la mano.

—¿Por qué has aceptado tú?

Mi primer impulso fue contestarle que no valía responder a una pregunta con otra. Descarté esa posibilidad porque conduciría a un callejón sin salida.

—No lo sé, la verdad. Me habrás pillado con la guardia baja.

Suspiró antes de contestar.

—Vale, ahora me toca a mí. Yo sí sé por qué te he retenido en vez de ceñirme a responder a tu pregunta y aceptar que no tendrías que haber estado aquí más de treinta segundos, pero entonces tendríamos que tener una conversación para la que no pareces estar preparada.

Revisé a mi alrededor cada rincón, por si alguien había encendido velas y había un violinista en una esquina o el suelo estaba cubierto de pétalos de rosa. Traduciendo, que aquello había cogido una intensidad que me había pillado, de nuevo, subida a la parra, a la que me agarraba con tanta fuerza que daba vergüenza ajena.

No sé si Álex esperaba que yo dijera algo, pero no lo hice, así que con un suspiro le dio al *play* y se echó hacia atrás, acomodándose en el sofá. Nos rozábamos lo justo, y yo no hice nada por acercarnos o alejarnos, simplemente me quité los zapatos y subí las piernas al sofá. No me había mirado en ningún momento, aunque sí notaría cómo yo le intentaba abrir un agujero en la mejilla. Me rendí e hice lo propio: ver una película que ya sabía que no me iba a gustar.

—Eh, despierta. —Escuché. No me moví, apreté más los párpados, negándome a despertarme—. Venga, que como llegues tarde al trabajo me vas a echar la bronca, ¡arriba! —insistió esa voz que conocía tan bien, zarandeándome un poco.

Aún vagando entre el sueño y la cruel realidad, me sentí teletransportada al pasado. Álex siempre había sido el madrugador de los dos. A mí me costaba un poco más, así que siempre confiaba

en que él me despertaría, y siempre lo hacía, casi como si fuera un ritual. Era mucho más agradable que te despertara él, y no un cruel despertador. Tenía muchas formas de hacerlo; a veces era suave, romántico…, otras era como un padre o un hermano quinceañero molesto que quería joder sin más. Me froté la cara y me decidí a abrir los ojos, y ahí caí en la cuenta de varias cosas. Me dolía todo el cuerpo, como si hubiera dormido en una tabla, y noté el inicio de una contractura que rompería más tarde en mi cuello. Habíamos dormido en el sofá, yo encima de él, usando su pecho de almohada, con las piernas enredadas y, en general, en una posición jodidamente incómoda. Debía estar bastante cansada para haber caído tan profundamente. Álex no se quejaba, aunque no había ningún planeta o multiverso en el que pudiera estar cómodo conmigo encima. En las películas, todo aquel rollo se veía muy bien, pero la realidad era mucho más aplastante: era una mierda como una catedral. Y yo iba a pagar mi penitencia con dolor de cuello el resto del día. Álex me acariciaba la espalda muy tenuemente, por encima de la sudadera que llevaba, y tenía su otra mano libre tocando el suelo.

Me incorporé con un gruñido muy poco sexy, desenredándome de él y dejando los pies en el suelo.

—Espero no haberte babeado mucho. ¿Nos quedamos dormidos?

Aún estaba demasiado anestesiada para comprender la gravedad de la situación. Él se incorporó, imitando mi postura. Asintió como respuesta.

—No sé si llegaste a ver cuarenta y cinco minutos completos de la película. Era muy mala de todas formas. —«Sí, lo era»—. Iba a despertarte al terminar, pero yo también sucumbí. —Tenía la voz ronca, y se restregó la cara—. ¿Café?

Mientras preparaba la cafetera, el nerviosismo se fue instalando en mi estómago. Había dormido con mi puto ex, con Álex, en un jodido tresillo. Me sentí como si estuviera haciendo la croqueta en esos diez centímetros de barro que me cubrían los tobillos. Me llevé las manos a la cara, con una mezcla de sentimientos que no sabía por dónde iba a desbordarse, y no me destapé hasta que escuché el ruido de la taza de cerámica chocar contra la mesa de madera. El café estaba listo.

Miré a Álex, que se veía muy relajado con su taza en la mano. Me miraba como si estuviera esperando que hiciera un chiste. O como si yo fuera el chiste.

—Pareces una universitaria resacosa arrepentida de la noche anterior.

Farfullé un insulto.

—Si sustituyes «universitaria» por adulta irresponsable y «resacosa» por sentirme como si me hubieran atropellado después de haber dormido en el sofá, das bastante en el clavo. —Se rio sin disimulo.

—Mujer, no dramatices, aún tienes las bragas puestas.

Puse los ojos en blanco. No tenía ninguna vergüenza al hacerme ese tipo de bromas. Para él, la confianza no se había difuminado, a pesar del paso del tiempo, y yo tampoco me sentía incómoda. Era como si todo siguiera igual entre nosotros, yo también lo notaba.

Me terminé la taza de café y me fui rápidamente. Miré la sudadera, cavilando mis posibilidades.

—Definitivamente, te la lavo antes de devolvértela, ¿vale? —dije con una mano puesta en el pomo de la puerta.

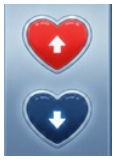
Se encogió de hombros.

—No tengo prisa, estoy acostumbrado a que me robes la ropa.

—Estabas, estabas —le corregí. Él no dejó de sonreír por mi intento de marcar distancia—. Avísame si sabes algo de Nacho, ¿vale? —Él asintió—. Adiós.

—Ten un buen día. —Le oí decir con la voz de recién levantado.

Capítulo 14



Salí por la puerta de la oficina con el teléfono pegado a la oreja. A Julia aún le quedaba una hora en la recepción del hotel donde trabajaba, pero me cogió el teléfono a los dos tonos.

—Nacho sigue sin decir nada coherente.

Ahora que podía hablar abiertamente de él con ella no me importaba.

—¿Qué quieres decir?

—¿No has leído mis mensajes? Está rarísimo desde que vino la última vez a casa. Antes lo tenía todo el día pegado, y ahora de repente… No sé si le pasa algo o es que está en una de esas épocas en las que solo el FBI podría encontrarle.

Oí un suspiro al otro lado de la línea.

—Yo no lo noto raro, de hecho, hemos quedado esta tarde.

Me paré en mitad de la calle.

—¿Qué?

—Sí, llevamos unos días hablando, y me va a recoger al trabajo para una cerveza rápida. ¿No será que le estás dando más vueltas de la cuenta? Tu hermano es adulto y…

—¿Y? —insistí.

—Y creo que tú te estás tomando más en serio que nunca el rol de sobreprotectora, porque quieres mantenerte ocupada para no

ocuparte de ti misma. De todo lo que te está pasando.

Fue mi turno de suspirar. ¿Quién necesitaba terapia con estos amigos? Yo no la necesitaba, definitivamente.

—Hablas como si estuviera en el ojo del huracán. Y no es para tanto. Estoy bien.

—¿Segura?

Tardé unos segundos en responder.

—Segura —mentí.

—Muy bien, espero que no te estés mordiendo el labio mientras me contestas. —Rodé los ojos. Y sí, lo estaba haciendo—. Ve a casa y relájate. O… no sé, quizás deberías tratar de conocer a alguien. Alguien nuevo, no sacado del baúl de los recuerdos.

Sí, lo que me faltaba.

Al ver que no contestaba, siguió.

—Te tengo que dejar, pero oye, te prometo que si noto algo raro en Nacho, te lo diré. Y si no, también. Luego te escribo.

Iba a preguntarle si no podíamos cenar más tarde. Antes de darme la oportunidad, se despidió y colgó. Me quedé mirando el móvil unos segundos antes de adentrarme en la boca del metro. No tenía ganas de caminar.

En cuanto llegué a casa, me di una ducha larga. Me había llevado algo de trabajo a casa por la falta de concentración, así que me planté en la mesa con el portátil. Dispuesta a hacerlo lo más rápido e indoloro posible. El móvil me estaba distrayendo, y no porque tuviera una cola de gente enviándome mensajes, sino porque no paraba de mirar memes absurdos, así que lo apagué. Aun así, seguía distrayéndome. El pensamiento intrusivo de aquel maldito fondo de pantalla en el portátil de Álex me seguía carcomiendo. ¿Por qué tenía que haberlo visto? ¿Para qué me quedé? ¿No había quedado suficientemente claro que no funcionábamos juntos? Tal vez no,

porque realmente nunca pensé que nos pasaba algo hasta que le vi yéndose por la puerta. Tampoco era tonta, ni cerraba los ojos a los problemas triviales que teníamos. En general, consideré que hacíamos un buen equipo; de hecho, yo no quería ni pensaba en tener otro compañero.

Cerré el portátil tras una hora en la que avancé a paso de caracol. Lo pagaría al día siguiente, porque esa noche no estaba para nada. Cogí una cerveza y me alegré de haber apagado el móvil. Ante tales pensamientos intrusivos sobre mi nuevo vecino, solo pensaba en correr en dirección a Lucas. Y eso me cabreaba. Era como poner un parche encima de otro continuamente. Intenté acallar mi cabeza, relajarme sacando mi esterilla de yoga, lo que solo significaba una cosa: la situación era crítica. Llevaba mucho menos tiempo del que creía, y menos de treinta segundos en la maldita posición del perro boca abajo cuando el timbre lo mandó todo al carajo. Era Mario, que parecía tener menos ganas de vivir que cuando te mandan a trabajar en fin de semana. Se asomó a la puerta y pasó sin saludar, dejando su chaqueta en la entrada.

—¿Tú también estás en crisis?

—Hombre, crisis, crisis…, pues no.

—Pues lo llevas escrito en la frente. —Puse los ojos en blanco—. Julia no va a venir, y sé que me va a matar, pero no podía más.

Ay, Dios mío, y yo que solo quería dormir como un recién nacido…

—¿Te han echado?

—No —respondió, poniéndose de morros.

—No, todavía —añadí yo—, anda que como se enteren tus jefes de lo que te traes entre manos… Dime, al menos, que ya forma parte del pasado.

—Bueno, si por pasado consideras un rato… —murmuró.

Me di un golpe en la frente, por no dárselo a él en toda la nuca, en forma de colleja que le hiciera despertar.

—¡Mario! —me quejé—. De verdad, pensaba que eras más listo, ¡qué puñetas! ¡Lo eres!

—Bueno, siempre hay una primera vez para perder la cabeza —explicó muy serio. Yo enarqué una ceja, no podía creer lo que decía —. Me gusta mucho, Lara, me gusta de verdad. Tú sabes lo que es eso.

Sí, claro que lo sabía, y también cómo dolía cuando acababa en desastre. La mente se te volvía un nudo que se extendía hasta el estómago y que no podías desenredar. Y si lo mío, que fue mucho más fácil desde el principio, había acabado así, no me quería imaginar cuál iba a ser el fin de estos dos.

Intentaba empatizar con él, entenderlo desde su piel, cuando me asomaba la vena de querer sobreprotegerlo de todos los disgustos que podía buscarse por ese camino.

—Vale, aceptemos que te has enamorado o enganchado, o el verbo que quieras poner, pero, Mario: ¡se va a casar! ¿Eso no te dice nada?

—No les va bien —se justificó como un niño de 5 años al que pillan pintando las paredes.

—Pero te siguen pidiendo arreglos florales, ¿no? —insistí.

Mario resopló. Él ya sabía lo que le estaba diciendo, pero, en su estado, me parecía que tenía que escucharlo, porque estaba callando esa vocecita interior razonable.

—Creo que necesito tiempo —dijo de pronto— para aclararme. No sé…

—¿No te puedes coger unos días libres?

—Imposible. Hay demasiado trabajo ahora.

—¿Y pasarle el cliente a otro compañero?

Se encogió de hombros. Esa sí que era una opción, pero no quería admitirla porque, simplemente, no quería hacerlo.

—No, creo que podré lidiar con ello. —Le miré con desconfianza—. De verdad —prometió.

Suspiré. No había nada que yo pudiera hacer para evitar el batacazo que se iba a dar.

—¿Podemos hablar ahora sobre ti? —Rodé los ojos.

Sabía lo que estaba haciendo, yo también lo hacía. Me pasaba la pelota para no tener que seguir hablando de su propio caos. No, amigo, esa noche no.

—No, gracias. Prefiero hablar de política internacional ahora mismo.

Se rio.

—¿Has quedado ya con Lucas?

—Aún no, aunque no creo que falte mucho para que venga con otro plan extravagante y ridículo.

—En el que te lo pasarás genial. —Asentí con una sonrisa. Tenía toda la razón—. ¿Por qué no le das una oportunidad? Tal vez no sea tan intenso o arrollador como lo que sentiste por Álex, pero también tienes que aceptar la posibilidad de que algo así no vuelva a ocurrir.

Sin saberlo, Mario me había clavado un puñal, porque sí, tal vez me había pasado los últimos dos años buscando a Álex en todas partes, a él, o a lo que sentía por él. Ponía mis expectativas altas, y Lucas no podía cumplirlas, y aunque yo no lo esperaba, siempre ponía distancia entre nosotros. Él no las cumplía, porque no era Álex, no tenía esa responsabilidad y, sobre todo, no tenía por qué cambiar un ápice de su encantadora persona. El problema era todo mío. Ni Álex ni Lucas ni yo éramos perfectos, pero el primero me había calado tan hondo que aún no había podido eliminarlo; por

mucho que me esforzaba, siempre acababa descubriendo que no era él, que ya se había ido. Hasta que se mudó al puto piso de arriba.

Era extraño: la situación me producía tanto rechazo como atracción.

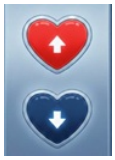
Carraspeé.

—No te tienes que poner tan filosófico para no hablar de ti, con decirlo es suficiente —le recriminé, a lo que él soltó una carcajada—. Sé que tienes razón, y que tengo la culpa. En ningún momento le recriminaría nada a Lucas, pero… no sé si estoy preparada. Creía que sí, pero, cada vez que se acerca la hora, tengo el impulso de mudarme a algún lugar desierto sin cobertura ni posibilidad de volver.

—Uy, el drama —bromeó Mario.

El resto de la noche fue bastante más relajada, tal vez porque ambos preferíamos cortarnos una pierna que hablar de los traumas que deberíamos tratar en terapia, y no presentándonos en la puerta del otro. Mario se marchó cuando las risas se habían apagado y yo ya estaba cabeceando en el sofá.

Capítulo 15



No había recibido noticias de Julia sobre su quedada con Nacho, y yo había estado demasiado ocupada para avasallarla por el móvil. Tampoco hizo falta, porque, cuando llegué a casa, con un dolor de cabeza de esos que definen tu día, Nacho estaba allí.

—¡Joder, Nacho! —grité al verle en mitad del salón—. La llave que te di es para emergencias o, en todo caso, para que me riegues las plantas que no tengo; no para provocarme un síncope prematuro.

Se encogió de hombros, fingiendo inocencia.

—Solo he venido porque estás muy pesada, porque Julia me dijo que no podías vivir sin saber de mí y, lo más importante, ¡porque es viernes! Date una ducha, que nos vamos.

—Sí, es viernes, un viernes desastroso, estoy muerta. ¿Dónde quieres ir?

—¡A quemar Madrid!

Puse una sonrisa burlona.

—¿Eso se sigue diciendo?

Volvió a encogerse de hombros, ni ligeramente ofendido.

—Cámbiate, que nos vamos a tomar algo. He llamado a Julia, y ella a Mario —dijo, empujándome hacia el baño.

—Oye, esa repentina exaltación de la amistad tuya con Julia…

—¡A la ducha! —gritó sin escucharme. O, más bien, ignorándome.

Tardé unos 20 o 25 minutos en ponerme algo decente, pero en el reloj de mi hermano pasaron 3 días y 24 noches, porque no paraba de quejarse.

No paraba de hablar. Parecía volver a ser el de siempre, y yo seguía con esa premonición que también podría llamarse obsesión sin fundamento. Le paré en medio de su verborrea, al tiempo que pulsaba el botón del ascensor.

—Nacho, entonces, ¿está todo bien? ¿Puedo estar segura de que lo estarás la próxima vez que desaparezcas y borrar el número del FBI de mi teléfono? —Esto último le tiró una sonrisa de la comisura derecha.

—Puedes. Está todo bien. Álex tenía razón: solo está un poco conmocionada. —Se rascó la cabeza, ligeramente incómodo.

Por supuesto, el ser divino caído del cielo vino para iluminarnos a todos. Y para oscurecerme a mí.

Y hablando del demonio, venía mirando su móvil tranquilamente y con la mochila al hombro. A esas alturas, estaba tan cansada y aburrida de los encuentros superamistosos entre Nacho y Álex que no presté atención a lo que decían. Saludé al vecino con un escueto «Hola» y me dediqué a pensar cuánto tardaría en poner una excusa para volver a casa.

—¿No te importa? —Escuché, pero no contesté—. Lara.

Cuando levanté la vista, deseé no haberlo hecho, porque Álex me miraba fijamente, con esos ojos que parecían atravesar muros.

—¿Qué?

—Que si no te importa que Álex se venga. —Resoplé disimuladamente mientras me rascaba una ceja. Era como una maldición—. Venga, vente, si le da igual.

Nacho se adelantó, ignorando las situaciones que creaba casi a diario.

—No parece que tengas a tu hermano muy informado —bromeó —. No te preocupes, que no voy.

—Más bien, Nacho vive en su mundo de luz y color. Ni siquiera me ha preguntado.

—¡Venga, chicos! —dijo, sujetando el portón—. ¡Las reconciliaciones, luego!

Resoplé, esta vez sin disimulo ninguno. Álex se aguantó la risa.

—¿Ves que es gilipollas?

—A mí me cae bien —replicó.

Álex insistió una vez más en irse, pero acabé por arrastrarle, porque ya sabía lo que tendría que aguantar si no. Nos guiaba Nacho, que se había adelantado un poco para hablar por teléfono mientras Álex y yo íbamos en completo silencio.

—¿Quieres que paremos en una farmacia?

—¿Por qué? ¿Vas a comprar condones? —Se rio.

—Nacho ha dicho antes que te dolía la cabeza. —Parpadeé un par de veces, sorprendida, y acabé negando con la cabeza—. Vale, de todas formas, no recuerdo que utilizáramos condones antes.

Mi primer impulso fue mirarle como si se hubiera teñido el pelo de azul, y el segundo, darle un puñetazo en el hombro mientras me ponía del color de la sandía. Farfullé un insulto y aceleré el paso hasta ponerme a la altura de Nacho, que había colgado el teléfono. Oí risitas a mi espalda.

—¿Habéis avisado a Julia y a Mario de que venía yo? —preguntó Álex, que jugueteaba con el tercio de cerveza.

Miré a Nacho. Supimos que ninguno de los dos había tenido la idea de hacerlo.

—Quizás debería escribirle, por si acaso.

—Qué detalle por tu parte, Nacho, ser tan considerado con mis amigos.

Remarqué cada palabra con tanta ironía que la hubiera detectado todo el bar, hasta el más borracho, pero mi hermano me miró sin entender. En la boca de Álex se asomó una sonrisilla. Él sí había captado mi mensaje entre líneas.

—Bueno, de todas formas, así va a ser más divertido. Y, por si acaso, que sepas que cuando me caiga charla, que me va a caer, te voy a culpar a ti de absolutamente todo. —Señalé a mi hermano con el dedo.

—¿A mí? ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

¿Qué hacía? ¿Le mataba ya o esperaba a que oscureciera un poco más para enterrar el cadáver tranquilamente? Apreté más el botellín. Álex se divertía de lo lindo. Él sabía perfectamente cómo funcionaba la extraña mecánica entre Julia, Mario y yo, y cómo pagaría aquel encuentro en forma de interrogatorio y conferencias sobre lo mal que se me daba gestionar la vida adulta. ¿Qué había más adulto que compartir mesa con el chico que te había sacado el corazón un tiempo antes? Es más, era superadulta, estaba un escalón por encima de la adultez.

—Mira, ya han llegado.

Ambos se habían quedado dramáticamente parados al lado de la puerta de salida, mirándonos fijamente.

—¿Crees que nos han visto? —preguntó Nacho en voz baja.

—Claro que nos han visto, ese es el problema. Igual deberíamos marcar alguno el número de emergencias, por si tienen un colapso.

En ese momento, ambos arrancaron sus pies del suelo y se aventuraron a la mesa.

—Hola, qué sorpresa. —Mario me miró fijamente mientras se sentaba, y Julia cambió su dirección varias veces entre Álex y yo.

—Cuánto tiempo, Álex. No sabía que venías —saludó Julia, y lo hizo mirándome a mí, no a él.

Después de la respuesta de cortesía de Álex, las miradas de mis amigos volvieron a concentrarse en mí. Yo tuve la sensación de que se podría cortar la tensión con un bisturí.

—Soy inocente —declaré, arrancando una risa a Álex.

Nacho seguía en su universo. Álex le explicó lo que pasó, y aunque no parecía que eso me fuera a librar de lo que se avecinaría después, también sirvió para que Nacho volviera a nuestro planeta y entendiera el porqué de mis comentarios.

—Ah, era eso. Mujer, haberlo dicho. Creía que no pasaba nada.

Le miré fijamente; podía oír las risas al otro lado.

—Cállate, Nacho, porque estoy a punto de romperte el botellín en la cabeza.

Por un tiempo, aquel extraño encuentro parecía de lo más relajado: un grupo de amigos tomando algo. La tensión se fue disipando, y no era efecto del alcohol, porque no estábamos bebiendo demasiado. Ya no teníamos edad para aguantar resacas. Mario estaba un poco más animado que la última vez que vino a casa, y Julia y Nacho tenían una sintonía que era difícil de definir. Siempre habían tenido conexión: la de dos personas que se llevan bien y que se conocen de toda la vida, pero ya no eran niños y tenían una química mucho más madura. No iba a mentir: yo siempre tuve la esperanza de que acabaran juntos, y ahora que los veía maduros —dentro de sus posibilidades—, y buscando fuera aquello que ya habían encontrado y ni siquiera lo sabían, me entristeció un poco.

No me iba a meter, ahí no. No pensaba hacer de celestina, ni de absolutamente nada. Me retiré para ir al baño, y a la vuelta fui a por la segunda ronda. Álex se paró a mi lado, con la misma intención, y algo de tensión volvió a mi cuerpo.

—Aún no me has devuelto mi ropa.

—No la he lavado todavía. Como me dijiste que no tenías prisa…

Volví la cara para que no me viera. Estaba mintiendo más que un político, porque la sudadera ya estaba lavada y bien doblada en algún rincón de mi habitación. Y no es que tuviera tentación de quedármela, es que no quería ir a su casa.

No dijo nada más. Nos sentamos a la mesa, que estaba algo más silenciosa que cuando me había ido.

—¿Qué pasa? —pregunté, incapaz de callarme.

—Nacho nos estaba contando vuestra cena —explicó Mario, con una sonrisa rara.

Suspiré y me dispuse a cambiar de tema.

—Nacho, ¿cómo es que no has invitado a Alba? Podríamos haberla conocido.

No me pasó desapercibido que, en cuanto acabé la pregunta, dio un rápido vistazo a Julia, que estaba distraída. ¿Qué había sido eso?

—No creí que fuera buena idea. No quiero agobiarla más de la cuenta.

Me parecía una excusa lícita y ridícula al mismo tiempo, teniendo en cuenta que se había venido aquí por ella. No quería más líos esa noche, así que forcé una sonrisa y respondí:

—Tienes razón, creo que necesitáis tiempo de pareja, conoceros a fondo y esas cosas.

Se escucharon risitas del fondo sur: Mario. Puse los ojos en blanco.

—No quería decir eso, quinceañero pajero —bromeé. Toda la mesa rio.

Cuando creía que la tensión se estaba disipando, mi hermano hizo todo lo contrario de ayudarme, aunque con toda la inocencia del mundo. Quería suponer.

—Entonces, vosotros dos… —nos señaló a Álex y a mí tímidamente—, ¿no estáis… bien?

Contuve el impulso de suspirar, porque, aunque la pregunta era totalmente estúpida, sabía que no había encontrado otra forma de formularla. Miré de reojo a Álex, quien tenía toda la intención de dejarme el marrón a mí.

—No hemos hablado.

—Porque ella no ha querido.

Me volví tan rápido que podía haberme dejado las vértebras por el camino.

—Estoy bien así —dije—. Tampoco sé qué pretendes hablar. ¿No te parece que el tema debería estar más que cerrado?

Me estaba enfadando por momentos, y empezaba a tener visión túnel, es decir, que no veía más allá de que mi jodido ex estaba sentado a la mesa, tan tranquilo y atreviéndose a culparme de no querer mantener una conversación.

—Nunca tuvimos una conversación.

Él aparentaba tranquilidad, pero le conocía demasiado bien para saber que estaba enfadado. Lo estaba, tanto o más que yo. Resoplé.

—Es difícil hacerlo cuando te largas sin decir nada.

Suspiró, cansado de que se lo reprochara, supongo.

—Ahora estoy aquí, ¿no?

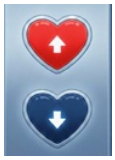
Claaaaaaro, eso lo arreglaba todo. Una desaparición inesperada se arreglaba con una aparición sin avisar. Tenía la sensación de que aquello estaba a punto de saltar por los aires, yo concretamente. Nacho trató de apaciguar los ánimos.

—Bueno, bueno —dijo, apoyando los antebrazos en la mesa—, eso ya no importa, ¿no? Yo me refería a si estabais bien así, juntos… — Se estaba poniendo nervioso a medida que hablaba, e iba a hacer lo

que ya sabía, decir una tontería—: De todas formas, Álex estuvo a punto de casarse con otra chica, la que llevaste al desierto de Atacama, y tú estás conociendo a alguien, me dijo Julia. Lucas, ¿no?

Creo que en ese momento lo vi todo de color rojo.

Capítulo 16



Por mucho que me esforcé y convertí la frase «No pasa nada. Álex es libre y podía haberse casado cinco veces y divorciarse seis» en el mantra que me repetía a mí misma una y otra vez, hubo un momento de la noche en la que me cansé de hacer el teatro, me despedí de todos y me metí en un taxi sin esperar la aprobación de nadie. Envié un mensaje para decir que había llegado bien y apagué el teléfono. Necesitaba respirar, tenía que procesarlo todo para no hacer un mundo de un grano de arena. Y para eso tenía que respirar. No huir, ni recurrir a Lucas, ni a Nacho, ni a Julia o Mario; necesitaba sacar todo lo que llevaba dentro. Me dediqué el fin de semana a mí misma, y no, no funcionó. El lunes por la mañana, antes de ir a trabajar, me pasé por casa de Álex y le dejé la sudadera en la puerta, metida en una bolsa. Pensé llamar, pero me acobardé en el último momento. Me asustaba decir cosas que luego no podría arreglar.

Álex es libre y puede haberse casado cinco veces y divorciarse otras seis. Punto.

Y con ese pensamiento me fui al trabajo. ¿He dicho alguna vez que Álex era reacio al matrimonio? Podía comprometerse con su trabajo en todo y sin preguntar, pero firmar un papel conmigo le daba urticaria. Yo tampoco le presionaba, ya que el matrimonio

nunca había sido una meta para mí. Él siempre decía que si, llegado el momento, conocía a alguien que le hiciera sentir algo lo suficientemente fuerte, lo haría, aunque no era indispensable; en ese sentido, yo era de un pensamiento parecido. Y tenía algo muy claro: Álex había sido ese alguien; sin embargo, no había sido mutuo. Y era lo que realmente me jodía. Había hecho todas esas cosas para las que decía no estar preparado, pero con otra. Para mí, él sí había sido esa persona.

Así de simple.

Así de doloroso.

No contesté ninguno de los mensajes que tenía cuando encendí el móvil. Dos días era demasiado poco para procesar aquel golpe. Aunque no debería serlo, no tenía manera de evitar sentirme como lo hacía. Me preguntaba qué habría pasado en esa parte de la noche en la que yo había estado intentando contenerme y ni siquiera había escuchado las conversaciones; qué había pasado después de que me fuera como si me estuvieran persiguiendo, y llegué a la conclusión de que era mejor no saberlo. Me fui a hacer cosas totalmente innecesarias después del trabajo: comprar una bebida con un precio inflado por ser de una franquicia, y cualquier cosa que se me ocurriera para ocupar la mente. Normalmente, habría ido a casa directa, pero ahora aquel lugar me parecía el menos seguro de todos. Y tenía toda la razón en pensarlo, porque en el portal, de camino al ascensor, me lo encontré de frente, saliendo a la calle. Le saludé como si fuera cualquier otra persona y esperé al ascensor. No miré atrás, pero el hecho de no oír la puerta cerrarse me inquietó demasiado para ignorarlo.

—Nacho me ha estado preguntando si te había visto el fin de semana. Decía que no sabían nada de ti.

¿Iniciar una conversación tan tranquilo después de toda la mierda que había salido el viernes? ¿Por qué no? Conté hasta diez antes de contestar.

—Apagué el móvil porque no me apetecía. Ya les hablaré.

Oí un suspiro lento a mi espalda.

—¿Dejarme la ropa en la puerta de esa forma significa que no tengo ninguna posibilidad de explicarme? Aunque no debería, porque…

Claro que no, ¿por qué Álex, el ser libre, independiente y semidios terrenal iba a tener que explicarse ante una simple mortal?

—Tienes razón, no debes. Eras y eres totalmente «libre» —enfaticé esa palabra, dándole una connotación negativa. Entré en el ascensor y pulsé el botón del piso, mirándole por primera vez. Apenas le veía, porque no había encendido la luz del portal, pero me fijé en lo que suponía que eran sus ojos—, de hecho, no creo que hayas dejado de serlo nunca, ni siquiera cuando me destrozaste por el camino.

No estaba segura de si lo había oído o si me había respondido. Las puertas del ascensor se cerraron y no le dieron oportunidad de réplica. Me masajeé el cuello. Estaba tensa. Siempre había tenido la sensación de que Álex confundía la libertad con arrollar absolutamente todo a su paso, con arrollarme a mí. Yo también había sido egoísta en muchas ocasiones y no le consideraba malo. También pensaba que una relación se basaba en pulirse el uno a otro, en ceder en algunos puntos. Nunca le pedí que lo hiciera por mí, no me sentía con ningún derecho a decidir su vida, y no lo hubiera hecho jamás, pero siempre me jodió que no contara conmigo para nada. Cuando se largó, su viaje no era definitivo, yo lo sabía, y él también, pero nunca se planteó ninguna otra opción que no fuera dejarlo. Una relación a distancia suponía demasiado

sacrificio, y Álex solo era capaz de hacerlo por él mismo o por su trabajo. Pensaría que yo era imbécil, porque mis aspiraciones no eran tan altas como las suyas. Yo estaba bien así. Me valía, era feliz. Y no consideraba que me estuviera conformando, es que mi felicidad era simple, por mucho que a él le pareciera poco. Era duro ver, saber, darse cuenta de que Álex nunca hizo nada por mí sin que saliera él beneficiado. Podía mentirse a sí mismo todo lo que quisiera, hacerse abanderado de la libertad. La verdad era que había sido un egoísta toda su vida, menos con él mismo y su trabajo. Bueno, y con la chica con la que se iba a casar. En mi afán de masoquismo, intenté imaginarme cómo sería ella físicamente, cómo era su carácter, si también era de esas que pensaban como él, si encajaban tan bien como para plantearse estar toda la vida juntos. Y joder, escocía. Mucho.

Tras aceptar que la noche no me iba a dar la paz ni las horas de sueño que necesitaba, cogí el paquete de tabaco de una de las bolsas que había traído y salí a la terraza. Era la una de la madrugada cuando me pareció el momento perfecto para escribir a Nacho y al grupo de Julia y Mario, más que nada para quitarme la espinita que tenía clavada. Puse los pies apoyados en la barandilla y me quedé así, mirando a la nada. Estaba tan enfadada que ni siquiera había llorado. Aunque no creía que mereciera la pena, sí que había tenido que contenerme en algún momento, a pesar de no saber identificar si era por tristeza o rabia.

—¿Lara?

Di tal respingo que se me cayó el cigarro encendido en la pierna, quemándome ligeramente.

—Mierda —murmuré.

—No sabía si ibas a venir hoy. Ya que nunca me dejas hablar cuando estamos el uno frente al otro, pensé que era una buena

opción. Es como un oasis en la guerra entre nosotros, ¿no crees?

Eché la cabeza hacia atrás y se me escapó una lágrima cuyo significado seguía sin conocer.

—Otra conversación a lo Romeo y Julieta no, por favor —dije. Él no dijo nada.

Me lo imaginé respirando pausadamente, tal vez con un cigarro encendido y mirando al mismo punto que yo: el cielo oscuro, en el que no se veía ni un solo punto de luz.

—He querido contártelo desde que llegué, pero no me has dejado. Ahora me arrepiento, porque siento mucho que te hayas enterado así. Ambos sabemos que Nacho siempre ha sido muy bocazas. —Hizo una pausa—. Entiendo, de verdad, que te haya afectado por nuestro pasado, por cómo era contigo cuando estábamos juntos, pero no entiendo que estés enfadada. Al fin y al cabo —me planteé seriamente la posibilidad de subir el tramo de escaleras que nos separaba para partirle las piernas si volvía a hacer alusión a su libertad o a cualquier chorrada que ya había oído mil veces—, tú también estabas saliendo con alguien. Y aún os veis, ¿no?

—Sí, y nos casamos este viernes —ironicé.

Me hubiera gustado tenerle delante para saber cómo expresaba lo que no decía.

—Yo ya lo sabía —continuó, ignorándome— la noche que te quedaste dormida en mi sofá: su nombre apareció en tu móvil varias veces. Y me lo imaginé. ¿Para qué ibas a estar esperándome?

Aquello me sacó de mis casillas: cada palabra era un clavo más en mi ataúd. O en el suyo, no estaba segura.

—¿Querías que lo hiciera? —Solté una risita histérica—. No me vengas con esas, Álex. Tú nunca, ni por asomo, pensaste en seguir adelante. De hecho, creo que, aunque tu viaje hubiera sido de un mes, y no sin fecha de vuelta, lo hubieras utilizado como excusa.

—¿Y qué querías? —preguntó en voz más alta—. ¿Que me quedara? ¿Querías venirte conmigo? ¿Esperarme? ¿Qué opción te parecía mejor? Nunca me lo dijiste, me lo pusiste difícil, dejaste que yo tomara la decisión por ambos.

Me levanté totalmente furiosa, como si lo tuviera delante.

—¿Tuve alguna oportunidad de decírtelo? Tal y como lo recuerdo, cuando me contaste que tenías una oportunidad laboral inigualable, ya tenías la maleta hecha, el vuelo reservado para la mañana siguiente, y muy pocas ganas de hablar. Dime, Álex, ¿debería haberme arrastrado a tus pies cuando estabas en la puerta para que pensaras, al menos diez segundos, en que me estabas dejando atrás? Ni siquiera me miraste, ni siquiera me dijiste adiós. Tiraste todo a la basura, y sí, tú tomaste la decisión, eso lo tengo bastante claro, pero no porque yo te hiciera responsable, sino porque siempre has funcionado de la misma manera. Siempre lo has hecho todo sin contar conmigo, y para más inri, eres lo bastante hipócrita para disfrazar todo de una supuesta libertad cuando tan solo es egoísmo. —Cuando terminé, estaba jadeando y me picaban los ojos. Menudo espectáculo para los vecinos que tuvieran insomnio—. Me alegro mucho de que te vaya tan bien, que hayas progresado y que no hayas tenido ni un minuto de tu maravillosa vida para pensar en mí. Por una vez te lo voy a poner fácil —dije, aludiendo a sus palabras— y voy a tomar yo la decisión por ti, por ambos. No quiero hablar contigo, no quiero que te presentes en cualquier lado como si fueras un amigo, porque para mí no lo eres. Puede que para ti yo sí lo sea, pero tú para mí no —reconocí angustiada—, y no quiero serlo. No quiero ser tu amiga ni que interfieras en mi vida de ninguna manera. Punto.

Escuché el principio de una frase que murió antes de que llegara a mis oídos, porque tiré el cigarro y cerré la terraza con tanta inquina

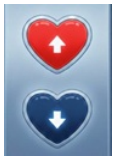
que creí que me cargaría la puerta.

Miré el móvil. A pesar de la hora, tanto Mario como Nacho y Julia se habían tomado su tiempo para avasallarme a preguntas que no iba a responder. Puse la televisión y traté de dejar la mente en blanco, que era lo único que quería.

Lo peor era que me sentía culpable. Una parte de mí seguía diciendo que podía haber hecho más y que tal vez él tenía razón al decir que se lo dejé todo a él. Yo no sentí que tuviera oportunidad de expresarme. Álex creía que no quise hacerlo. ¿Había alguna verdad en todo aquello? ¿Un punto intermedio? O el tiempo había difuminado la historia, ambos nos habíamos agarrado con uñas y dientes a nuestra verdad y, aunque ninguno mentía, tampoco éramos totalmente sinceros.

Si de algo sirvió aquel intenso encuentro sobre el que los vecinos estarían sacando conclusiones, era que el agotamiento había acabado conmigo, tanto que ni había llegado a apagar la televisión ni a pasarme a la cama.

Capítulo 17



Incluso reflejada en la pantalla del ordenador de la oficina, había podido intuir el terrible y nada disimulable aspecto que tenía al día siguiente de aquel drama. Había hablado con los chicos, que me habían amenazado con llamar a mi hermano para realizar una intervención. No sabía qué decir. ¿Qué derecho tenía yo a que me afectara aquello? Ninguno. ¿Podía evitar que lo hiciera? Definitivamente, no. Me sentía como una imbécil porque él no parecía tener ninguna dificultad en continuar después de mí, pero yo no quería ni encender el teléfono después de mi jornada laboral. Aún a riesgo de que los chicos llamaran a los antidisturbios para sacarme de casa, lo apagué y me recluí en casa.

Desde la terraza pude escuchar cómo llamaban a la puerta, y me preparé mentalmente para dos posibilidades: que los chicos cumplieran su amenaza de hacer una intervención o que Álex volviera a la carga. Me apresuré a abrir, porque si era la primera opción, Nacho no tardaría en sacar su llave. Para mi sorpresa y alivio, Lucas se presentaba ante mí con una sonrisa limpia y aniñada y vestido muy informalmente, con una sudadera y un vaquero.

—¿Te apuntas a unos bolos?

Por supuesto, otro plan inesperado.

—¿Y *La jungla de cristal*? —pregunté, a modo de burla.

—Aún nada —suspiró con decepción—. ¿Te vienes entonces?

Lo pensé durante tres segundos.

—Dame cinco minutos.

—Te puedo dar hasta diez —bromeó, tirándose en el sofá con poca delicadeza.

Quizás había un nuevo superpoder que Lucas tenía sobre mí: el de apagar todo a mi alrededor, incluso a mí misma. Mi mente, hecha un lío, paraba un segundo para disfrutar de su compañía; sentía como si recuperara mi energía sin esfuerzo y me olvidara de lo que estaba mal. Me divertía, me pegaba su entusiasmo, y solo le hacía falta aparecer. Incluso mis miedos relacionados con él se disipaban cuando estaba delante, aunque volvieran cuando me quedaba a solas.

—Has tardado un poco más, pero te lo perdono.

En cuanto entré en el lugar, me sentí como si hubiera viajado en el tiempo. Algo similar al autocine. Lucas no parecía ser la primera vez que estaba allí, porque sabía dirigirse perfectamente. Cogió una pista y volvió con unas bebidas.

—A ti te gustan los planes retro, ¿no?

—De vez en cuando sí. Es aburrido hacer siempre lo mismo.

—Ya, y tú no paras nunca, eres muy inquieto.

Se encogió de hombros, concentrado en lo que sea que estuviera analizando de las bolas que estaban delante de él. Las tocaba y sentía, casi como si estuviera realizando un ritual secreto.

—No te creas, también tengo mis ratos de quedarme sin batería, como todo el mundo. ¡Esta! ¡Esta es la buena! —Cogió una de color amarillo y la levantó—. Te voy a machacar.

—¿Esto se te da bien? —Asintió emocionado—. Pero ¿bien de verdad o bien como lanzar hachas?

Se volvió para asegurarse de que me llegaba el mensaje que transmitía su expresión.

—Ya lo verás cuando llores.

—No voy a llorar por una partida de bolos.

—Cuando te hunda, sí —insistió, y me reí.

Fue más de una partida, y aunque mi coordinación no era del todo mala —para ser la primera vez, no estuvo del todo mal—, debía reconocer que Lucas no mentía cuando decía que aquello se le daba bien. Me estaba dando una paliza, y me lo restregaba en cada tirada. Lloriqueé un poco para seguirle el rollo. Las luces eran algo molestas, pero la música de fondo, de la época de finales de los 90 y principios de los 2000, era agradable y no tan alta como para tapar una conversación. Pedí un descanso a Lucas, y fui a por unas bebidas y algo de picar.

—No puedes soportarlo más, ¿eh?

—Estoy a nada de echarme a llorar.

—No pasa nada, no eres tan mala; es que yo soy buenísimo.

Sonreí.

—A ti no te hace falta que nadie te eche flores, ¿no?

—No me gusta depender de eso: mi valor no oscila por lo que piensen los demás.

Le miré seria. Aunque yo bromeaba, él parecía estar muy lejos de ello.

—El tuyo tampoco —dijo alto y claro.

—¿Por qué crees que me pasa eso?

Se encogió de hombros.

—No estoy seguro —respondió bajito para, acto seguido, cambiar de tema—. ¿Cómo has estado estos días? He tenido la sensación de que has desaparecido, y no sabía si era solo conmigo…

—No sabías si inflarte el ego pensando que era por ti, ¿no? —Sonreí, dándole a entender que era broma, y él lo pilló enseguida.

—Así es. Entonces, ¿todo bien?

Suspiré. No, no había estado nada bien. ¿Se lo decía?

—No. No he estado bien.

—Sabía que lo de *La jungla de cristal* te había dejado tocada. —Me reí, era completamente idiota—. Ahora en serio, si me lo quieres contar…

—Es un poco largo, y ni siquiera sé si quiero compartirlo.

Nos miramos unos instantes, con él dudando entre insistir o dejarlo estar.

—¿Algo que tiene solución? —Fruncí el ceño, confundida.

—Supongo, aunque no sé cuál es.

De pronto sonrió, confundiéndome aún más.

—Entonces relájate, ya la encontrarás.

Elevó la mano para ponerme el pelo detrás de la oreja, sin perder la sonrisa. Pillándome más desprevenida aún, me dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura derecha, y se levantó tan rápido que no me dio tiempo a decir nada.

—Venga, deja de distraerme, que lo que quieres es que no sigamos para no irte llorando a casa.

Me eché atrás, exasperada.

—Y dale. Parece que soy una llorona.

—Lo eres —bromeó.

Me fascinó lo increíblemente rápido que era capaz de pasar de una emoción a otra y cambiar totalmente la atmósfera entre nosotros. Podía ser totalmente intenso un segundo y, al siguiente, estar bromeando como podría hacerlo con cualquiera. El resto de la noche se dedicó a hacerme reír como si fuera su único objetivo. No podía decir si lo intentaba con más ahínco que otros días; la verdad es que

lo consiguió. Lucas borraba las preocupaciones, la negatividad, todo, hasta que me centraba en él.

Me acompañó a casa, hasta el portal. Por el camino, me cogió la mano con toda naturalidad, y aunque yo le correspondí el gesto, no pude evitar una punzada de culpabilidad. Como si temiera engañarle a él, o a mí, haciendo cosas que no sentía. Pero me apetecía, me apetecía de verdad.

—¿Haces algo este fin de semana? —pregunté sin pensar, buscando distracción.

—Es probable que lo pase fuera. Había programado una ruta con unos amigos. ¿Y tú?

—Suena bien. No sé, supongo que les debo una quedada a los chicos.

—Estabas evitando a todo el mundo, ¿no?

—Sí, ya te dije que no inflaras tu ego. No es por la gente, es… por mí. Creo que necesito tiempo a solas. Para aclararme.

Habíamos llegado al portal, estábamos frente a frente, y aún no me había soltado la mano. Me acariciaba el dorso con el pulgar, haciéndome un cosquilleo.

—Cuéntamelo cuando quieras, ¿vale? No quiero presionarte, pero sí que sepas que estoy dispuesto a escucharte. No te voy a preguntar, porque supongo que o no has querido pensarlo o tiene algo que ver con nuestro tema pendiente… —Examinó mi cara, que supuse le dio la afirmación que necesitaba—. No me apartes, yo estoy dispuesto a darte el tiempo que quieras, sin presiones ni compromiso.

Intenté no sonreír.

—Creo que te portas demasiado bien conmigo, Lucas.

—Me porto demasiado bien en general, no te sientas especial —bromeó, intentando que me riera, y lo consiguió.

Solté su mano y elevé la mía un poco, buscando tocarle, sin hacerlo. Intentó adivinar mis intenciones. ¿Cómo iba a hacerlo si ni siquiera yo las sabía? Llevé mi mano hasta el cuello de su sudadera e intenté subirla hasta su mejilla. No sabía qué quería exactamente con ello…

Di un respingo, rompiendo el contacto incluso antes de que pasara. Álex salía de allí, y parecía tener bastante prisa, al paso que se colocaba la chaqueta oscura. ¿Dónde iba a esas horas?

—Lara —pronunció.

Nos miró alternativamente a ambos, y me dio la sensación de que se tensó aún más.

—Álex, eh…, ¿te pasa algo?

No pude evitar preguntar, porque sí me preocupaba, aunque no lo reconociera, y porque me había pillado desprevenida. Dejó de mirar a Lucas para centrarse en mí.

—Te estaba buscando. Tu hermano estaba tratando de localizarte, y me ha llamado.

Di un paso hacia él, asustada.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien?

—No lo sé. Iba de camino al hospital; parecía muy agobiado, y yo estaba medio dormido, así que no le he entendido bien —se disculpó.

La despedida fue más rápida de lo esperado. Lucas se ofreció a venir, pero rechacé la oferta. Ya iba a ser incómodo, y no tenía la cabeza para pensar en ese momento. Mi hermano estaba en el hospital, y no sabía muy bien por qué. El camino al hospital fue silencioso. Álex se llevaba una mano al puente de la nariz constantemente. Supuse que aún se estaba despertando, porque incluso tenía las marcas de la sábana a un lado de la cara y estaba

más despeinado de lo habitual, algo de lo cual me hubiera reído en otra situación.

—Va a estar bien —dijo, provocándome un respingo, pues no le estaba mirando en ese momento.

Cuando crucé la puerta de urgencias, Julia se acercó a mí, con unas pintas muy parecidas a las de Álex, recién salida de la cama. Dios mío, ¿qué hacía allí? ¿Tan grave era? Julia tenía cara de aburrimiento y parecía muy tranquila, lo cual me desconcertó un poco.

—¿A vosotros también os ha hecho venir?

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Álex preocupado, ignorando las señales que nos mandaba Julia.

A mi amiga no le dio tiempo a responder, porque Nacho apareció de la nada, o más bien de la parte en la que los acompañantes no podían pasar. No tenía mal aspecto, estaba bien vestido, lo único que se veía era que tenía una mano vendada hasta que se perdía por la manga.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté—. ¿Has tenido un accidente de coche? ¿Te has…? —Julia bufó, y Nacho le miró mal.

—Menos mal que habéis aparecido. Creía que iba a tener que pasar este mal trago e ir a casa solo. ¿Dónde estabas, por cierto? —me preguntó—. Me salía apagado todo el tiempo.

Me impacienté.

—¿Me vas a decir qué te ha pasado o qué?

Nacho se sonrojó un poco, ligeramente avergonzado, y se rascó la nuca.

—Se ha cortado —atajó Julia—. En el trabajo, se ha cortado la palma de la mano con un cuchillo.

Los miré a ambos, buscando algún rastro de mentira, pero no lo había.

—¿Que te has cortado? ¿En serio? —Bufé—. ¿Y crees que podrás superar este duro trance tú solo con nuestra inquebrantable ayuda, o quieres que llame al teléfono rojo de la Casa Blanca? Tal vez el presidente del Gobierno esté libre para llevarnos a casa…

—¡Oye, que sangraba mucho y me asusté! Me han puesto seis puntos; podía haber perdido la mano.

Quise matarle con tantas ganas que me alegré de estar en un hospital. Así podrían salvarle y yo podría matarle una segunda vez.

—¡Sí, y el brazo entero! ¿Y no podías llamar a uno, y ya está? —me quejé.

En el fondo, me alegraba que hubiera sido una tontería, pero podía haber encontrado otra forma de hacerme perder cinco años de vida que no fuera esta. Álex fue el primero en cortar la tensión, dejando escapar una risita. Julia le acompañó, y se fueron juntos hacia la puerta. Nacho y yo seguimos discutiendo sobre la mala combinación que era el dramatismo y la estupidez.

Nacho y Julia cogieron una línea de metro. Mi amiga optó por tomarse las cosas mucho mejor que yo; nosotros dos cogimos otra. Nacho intentó una y otra vez justificar que estaba nervioso y que cuando se dio cuenta de que había llamado a demasiada gente, ya era tarde. No había pensado en que los mortales tendríamos que estar en pie en pocas horas para volver a nuestras vidas mientras él dramatizaba. Cuando nos montamos en el metro, en un vagón en el que íbamos unos pocos desgraciados, yo seguía tan indignada que no era realmente consciente de que estaba con Álex. Después de aquella conversación. Solos. Después de que me hubiera visto con Lucas.

La vida era una sopa, y yo un tenedor.

—¿Te puedes creer que haya avisado a tres personas por un corte? Y no solo eso, sino que llame sin decir qué le ha pasado. Creí

que era algo grave. ¿Por qué no ha llamado a la UME? O a la ONU.

Álex se reía de mi indignación, sin hacer nada por pararme o animarme.

—Que podía haber perdido la mano, dice. Sí, ¡y la vida!

—Bueno, podría haber sido el primero —bromeó.

Le miré por primera vez.

—Eso es cierto, porque yo podría haberle matado perfectamente.

Tenía aspecto de no haber descansado ni tener tiempo para vestirse siquiera: los ojos oscurecidos por unas ojeras muy marcadas, y una media sonrisa cansada por mis comentarios.

—Mañana vamos a estar guapos —murmuré, pensando en que yo tendría el mismo aspecto. Como si me acabara de sacar de un vertedero.

Tras unos segundos, desvié la mirada involuntariamente, incapaz de soportársela. Solo se escuchaba el traqueteo del metro, que parecía estar dentro de mi cabeza. Miré varias veces de reojo a Álex, nerviosa como en una entrevista de trabajo. Una parte de mí sabía que no podía escapar de esta; la otra ponía todas sus esperanzas en que, si no había querido hablar en tanto tiempo, quizás ahora tampoco querría. Sí, así de absurda podía llegar a ser. Estuve tentada de ponerme los auriculares que tenía en el bolso, pero me parecía una actitud demasiado adolescente.

Miré el móvil, contesté el mensaje de mi hermano de que había llegado bien y, con el afán de mantenerme distraída y parecer ocupada, me puse a mirar lo más absurdo que tenía el teléfono, como el *spam* del correo electrónico y la aplicación del tiempo. ¿Por qué cuando una estaba evitativa, de repente aparecía la necesidad de saber el clima de los próximos días?

Bajé el teléfono más de la cuenta, cometiendo un error garrafal del que no me di cuenta hasta que escuché una risita detrás de mí.

¿Cuándo se había cambiado de sitio?

—¿Tienes algún plan por el que necesitas saber el clima con tantas ganas, o es tu forma de ignorarme?

No le miré, así me sería más fácil soltar la excusa que venía a continuación.

—Estoy pensando en ir a Valencia, a la playa: una escapada corta.

¿Por qué le había dicho eso a alguien que vivía en el piso de arriba y podía saber perfectamente si me iba o no? Solo mi retorcida mente lo sabría.

—¿A Valencia? —repitió sin desconfianza—. Genial. Y, dime, te vas con tus amigos o con el tío de…

Ahí estaba mi peor pesadilla. No había terminado la frase y ya estaba empezando a sudar.

—No me voy a Valencia —le corté—. Solo te estoy evitando.

Lejos de ofenderse, se rio. El respiro fue corto, pues insistió antes de lo que esperaba.

—El chico de antes es Lucas, ¿no? Cuando me lo contó Nacho, no caí en que ya habíamos coincidido en el edificio.

Dije un «sí» claro que fue cubierto por el ruido de las puertas del metro abriéndose. Habíamos llegado a la parada, y faltaban escasos minutos para que cada uno se fuera a su casa y Dios a la de todos. Me adelanté un poco, como si tuviera mucha prisa por llegar, que la tenía, aunque lo más importante es que no quería hablar. Estábamos en la calle donde vivíamos, a escasos metros del portal.

—¿Crees que porque mires la aplicación del tiempo o aligeres el paso vas a evitarme?

Pensé en hacer oídos sordos, pero mi boca fue más rápida.

—Hombre, no es para ofenderse, lo hago lo mejor que puedo.

Esta vez no se rio, sino que aceleró el paso para ponerse a mi lado justo antes de que metiera la llave en la cerradura. Estaba tan cerca… Aunque no me tocó, fue tan abrupto que me hizo parar.

—¿Esto va a funcionar así? ¿Tú sueltas todo cuando quieres y yo no tengo posibilidad de explicarme?

—Sí, así funciona.

Me di la vuelta y abrí la puerta.

—Oh, venga ya —le oí decir.

Pulsé el botón del ascensor unas cinco veces.

—Lara —me llamó, pero yo no le miré—. Yo también podré decirte lo que llevo dentro, ¿no?

Me metí en el ascensor y, aunque yo tenía la vista al frente, no conseguía mirarle a él.

—Bueno, por una vez que funcionen las cosas como quiero, no te va a pasar nada —ironicé.

Creí que iba a decir algo, pero apretó los labios y entró conmigo.

—Crees que para mí ha sido fácil porque fui yo el que se fue, pero no es así.

Me hubiera gustado saber qué se podía responder a eso, si es que había alguna manera de hacerlo. Como la iluminación no se encendió, no lo hice.

—Hubo muchas veces que pensé en llamarte o escribirte, pero…

—… No creías que iba a responder.

—¿Lo habrías hecho?

Lo pensé un momento, a pesar de que tenía perfectamente clara la respuesta.

—Sí —dije con sinceridad—. Quería escucharte, quería saber, en vez de sacar mis propias conclusiones.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque no le encuentro el sentido —murmuré.

El eterno viaje en el ascensor, que parecía que no iba a acabar nunca, llegó a su fin. No quería parecer ansiosa, y no creo que lo disimulara bien.

—¿Estás segura de eso? ¿O te da miedo que lo que diga no coincida con lo que has pensado todo este tiempo?

Me volví a mirarle, tirando de mi valentía y orgullo. Se había posicionado en la puerta del ascensor, impidiendo que se cerrara, aunque no parecía intentarlo. Era como si el tiempo se hubiera parado para ese momento. Las horas que llevábamos despiertos y las pocas que nos quedaban para volver a empezar el día habían dejado de tener importancia. Mi cuerpo había drenado cada emoción y sensación sobrantes, y había empezado a rebosar aquellas que llevaba tanto tiempo conteniendo. Temí que me conociera tan bien como para identificar cada una de ellas sin ningún esfuerzo, y que no había nada que pudiera hacer para esconderlo. Llevaba demasiado tiempo escondiendo las verdades debajo de la piel, enterrándolas en un lugar muy hondo para olvidarme de ellas. Sí, una parte de mí le había echado de menos; sí, esa misma parte aún quería oír lo que tenía que decir, con la esperanza de que fuera suficiente para calmar las heridas.

Me aclaré la garganta discretamente antes de decir lo que me pasaba por la mente, sin miedo a lo que pudiera desencadenar.

—Es que nunca sé qué puedo esperar de ti. Eres como una bomba.

—¿Frágil o explosivo?

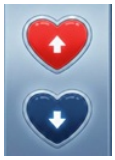
—Aún no lo he decidido. Sea lo que sea lo que hagas, siempre me acaba pillando cerca. Cuando te rompes, me cortas a mí; cuando detonas, allí estoy, recibiendo la onda expansiva. Después, tú sigues como si nada, y yo me quedo en mitad del desastre.

Rio sin muchas ganas, cansado, un cansancio que iba más allá de la hora intempestiva que era.

—Volvemos a lo mismo. Piensas que yo puedo seguir como si nada. No puedo cambiar eso si no me dejas.

No dijo nada más antes de apartarse de la puerta y pulsar el botón del piso de arriba, dejándome con la sensación que ya resultaba tan familiar cada vez que estábamos cerca: que dejábamos más cosas en el aire de las que decíamos.

Capítulo 18



—No entiendo por qué tiene que ponerme las cosas tan difíciles. Parece una carrera de obstáculos nivel *pro,* y yo no soy ni *amateur.*

Había aguantado una semana, casi una entera, sin decir nada de lo que había pasado. Sin hablar de Lucas. Ni de Álex. Ni de la tormenta perfecta que había en mi interior y que parecía no darme tregua. Una semana sin decirle nada a Julia y a Mario, intentando distraerme inútilmente. Ese día no había esperado ni a que la primera cerveza llegara a la mesa antes de vomitar mi drama y angustia sobre mis poco sorprendidos amigos, que me escuchaban sin un pestañeo.

—¿Has seguido haciendo yoga?

Mario se burlaba de mí claramente y sin compasión. Era bien conocido mi intermitente afición cuando estaba estresada.

—El yoga es una mierda pinchada en un palo, a mí solo me da agujetas. No puedo dejar la mente en blanco ni diez segundos seguidos.

Mario no se molestó en ocultar una sonrisa.

—Eso no es culpa del yoga, sino tuya, que eres una máquina de pensar. Te metes en tu particular rueda de hámster, y hala, hasta que te agotas o alguien rompe el círculo por ti.

Le miré mal por la metáfora, que me dejaba en bastante mal lugar.

—¿Has pensado que puedas ser tú la que te pones esos obstáculos? Tú misma te pones los palos en esa rueda que dice Mario…

—¿Podemos dejar la rueda en paz? —pedí, haciéndolos reír brevemente, aunque lo dije muy en serio.

—Lo que quiero decir —siguió Julia— es que ambos te lo están poniendo fácil. Tú eres la que se complica. —La miré anonadada, estupefacta, ojiplática y todos los adjetivos que se me ocurrieron en ese momento. No tuve fuerzas ni para protestar antes de que continuara—. ¿Lucas quiere salir contigo? ¿Qué tiene de malo? Tú misma le has definido varias veces como alguien que te hace las cosas fáciles y es encantador, te monta planes divertidos. Si él se está pillando o ya lo está, ¿no ves normal que quiera hablarlo contigo sin que tenga que acorralarte en lo alto de un rascacielos? —reflexionó—. Y respecto a Álex, te ha dicho varias veces que quiere hablar contigo, que quiere aclarar varias cosas, y tú no le dices ni que sí ni que no, solo dejas esa puerta semiabierta, como si no le quisieras, pero tampoco le dejas ir. Solo quiere hablar, no te está pidiendo matrimonio.

No, eso ya lo hizo con otra.

—¿No crees que ambos se merecen algo más que ir a medias constantemente?

Cuando Julia terminó, sentí como si hubiera puesto el último clavo a mi ataúd, dramáticamente hablando. Las reflexiones de mis amigos eran peligrosas. Eran de esos que te decían la verdad, no lo que querías oír, más o menos edulcorada. Esta vez la había notado muy amarga.

—Sé que también piensas que te mereces estar tranquila, pero… no lo vas a conseguir hasta que tengas las cosas claras.

—Yo no pedí nada de esto —susurré, sabiendo que no podía ganar.

—Nadie lo hace —intervino Mario—, las cosas vienen como vienen. Estás en tu derecho de no hacer nada al respecto. Teniendo en cuenta que tu edificio parece el hospital de *Anatomía de Grey,* con Álex como vecino y Lucas paseándose por allí un día sí y otro no, ¿de verdad prefieres tener encuentros incómodos todo el tiempo antes que dar un golpe en la mesa?

Suspiré y me eché hacia atrás en la silla.

—No hace falta que sigáis, ya habéis clavado la bandera de la victoria en la roca más alta, y yo he aceptado mi derrota.

Ambos sonrieron con maldad.

—Gracias —exhibió Julia—. Le quiero dedicar este indiscutible triunfo a mi familia, que siempre ha estado ahí, a mi amigo Mario, por guardarme las espaldas, y…

—Y al desconocido con el que te estás viendo, ¿no?

Si no salía el tema, me iba a dar un ictus. Lo gracioso fue que esas palabras no salieron de mi boca, sino de Mario, lo cual me sorprendió mucho más. ¿También lo sabía? ¿La gigantesca Madrid se había convertido en pueblo de cincuenta habitantes, y nadie me lo había dicho?

El silencio de cementerio que se instaló en la mesa solo fue interrumpido por mí y la forma más ruidosa del mundo de pelar uno de los cacahuetes que nos habían puesto. Fruto de los nervios, suponía. Mario me miró desairado por cortar la tensión de una forma tan tonta.

—Te han visto —siguió el chico del grupo—, paseando a la luz de la luna llena cogiditos de la mano como dos adolescentes.

—¿Quién me ha visto? ¿Tus espías internacionales que también trabajan para la CIA?

—No, la recepcionista de mi trabajo, que al parecer os cruzasteis por la calle.

—Y ella, ¿de qué me conoce?

—De una vez que viniste, y de verte en mi Instagram. Es muy cotilla, y se queda con todas las caras. El asunto me da un poco de miedo, la verdad, así que no le digo nada para no cabrearla —divagó —. El caso es que me lo comentó de casualidad, porque quería saber quién era el chico, que, según ella, es guapísimo. —Yo carraspeé, porque estaba yéndose por las ramas de nuevo. Me miró y continuó como si nada—: Eso no es lo importante aquí, sino que… ¡Ajá! ¡Es verdad! ¡Estás saliendo con alguien!

Julia se echó hacia atrás en la silla, derrotada.

—¿Cómo puedes habértelo callado? En esta mesa aguantamos hasta cuando Lara estaba estreñida y nos lo contaba todos los días, y ¡tú te callas eso!

—¡Oye!, que fueron cuatro días muy duros —me quejé— y, además, sí, el chico es guapo. Al menos, a mí me lo pareció.

—¿Tú también lo sabes? —preguntó Julia. Mario se indignó más aún, y despotricó porque no hubiera mencionado el tema antes.

Asentí.

—Y por fin puedo decirte algo: tú tienes la culpa de todo lo relacionado con Lucas, de tooooodo —le acusé.

—¿Yo?

Al fin le pude desvelar el verdadero motivo de la primera cena con Lucas después de que lo dejáramos, y del *simpa* que hicimos. Aquella historia, al menos, le sirvió para partirse de risa en mi cara. Mario nos siguió el rollo, y también fue el primero en cortarlo cuando salió el tertuliano que todos llevábamos dentro.

—Bueno, y ahora, lo del maromo. ¿Quién es?

Julia suspiró hondo antes de identificar al *desconocido número uno,* que se llamaba Toni y había llegado transferido de otro de los hoteles que el dueño tenía repartidos por España. Al parecer, la chispa fue casi instantánea, aunque ella se empeñó en ignorarla en un primer momento. Como Toni pertenecía al departamento económico del hotel y solo compartían algún descanso para el café esporádicamente, ambos tardaron un tiempo en empezar con los juegos previos antes de que Julia le pidiera una cita.

—¡Julia! ¿Que tú le pediste una cita a él? —pregunté tan sorprendida que me sentí como una cavernícola.

No era cuestión de estar chapada a la antigua, es que conocía lo suficiente a mi amiga para saber que su timidez no le había permitido hacer algo así fácilmente.

—Perdón, sigue.

Al parecer, Toni y ella llevaban varias semanas quedando de vez en cuando, hablando por mensajería y escribiendo sus nombres en sus carpetas, cual adolescentes. Bueno, eso último no, pero se entendía lo que quería decir.

—Vamos, que estáis saliendo —dijo Mario cuando consiguió que Julia escupiera cada detalle como si su vida dependiera de ello.

—Hombre, saliendo, saliendo…

Mario me miró con indignación cuando yo no había abierto la boca. Estaba demasiado ocupada paseando mentalmente por la calle de las flores y los unicornios de lo feliz que estaba por Julia.

—¿Qué problema tenéis las mujeres de este grupo en poner nombre a lo que hacéis?

—Hablas como si fuéramos cincuenta personas, y aquí solo estamos tres —me quejé.

—Nos estamos conociendo —interrumpió Julia—, tened en cuenta que no nos conocíamos de antes, así que…

—¿Y qué crees que hace la gente cuando sale y tiene citas? ¿Descuartizar personas? ¡Se conocen! ¡A eso se le llama salir!

A Mario no había quien le bajara de su indignación, porque su obsesión por poner nombre a las cosas contrastaba con la imperiosa necesidad de nosotras de no hacerlo. Julia rodó los ojos, sin dar su brazo a torcer, mientras que yo me mantuve en perpetuo silencio. Y ojalá ese mutismo mío hubiera durado mucho más, porque cuando hablé, subió el pan.

—Me alegro mucho, Julia. Claro, por eso no te afectó la vuelta de mi hermano…

Mi amiga me miró con ojos de pánico, porque, después de años y años de silencio y conversaciones que se quedaban a medias incluso entre nosotras, había soltado esa estupidez en ese momento.

Y el premio a la peor amiga del año es para…

—¿Qué es eso de tu hermano? —preguntó Mario, que ante nuestro silencio y miradas esquivas no dudó en chantajearnos dramáticamente—. ¡Esta amistad es una farsa! ¿Cuántas cosas me estáis ocultando?

—Nunca lo hemos mencionado, porque es una tontería —me justifiqué—. No tiene importancia.

Claro que no la tenía: que Julia hubiera vivido platónicamente enamorada y enterrada en la miseria día tras día desde sus años adolescentes por un chico que vivía agarrado a la parra con todas sus fuerzas cuando de ella se trataba no era digno de mención.

—¿Te recuerdo que nos contaste hasta aquella vez que se te olvidó lavarte los dientes?

Tardé unos segundos en encontrar algo que decir.

—Bueno, es que soy muy detallista y me gusta manteneros informados de mis pequeñeces del día a día. Básicamente, sois mi diario con piernas.

Mario resopló y no dejó de insistir hasta que Julia le contó todo. Y cuando digo todo, hablo de cosas que yo ni siquiera sabía con certeza, tan solo las intuía. Narró cómo se había enamorado de él en su temprana juventud, de manera natural, sin que hubiera ningún momento de iluminación o que mi hermano hiciera algo realmente para provocar esos sentimientos. Simplemente, surgió. Y por mucho que intentó deshacerse de ellos, nunca lo conseguía. Tampoco supo ni quiso explicar cuándo dejó todo aquello atrás, solo dijo que en algún momento, no muy atrás en el tiempo, decidió que nunca había ido ni iría a ninguna parte, por lo que lo dejó estar, dejando que el tiempo y la distancia lo terminara de apagar.

—Admito que cuando me enteré de que se venía aquí, y nada más y nada menos que por una chica que apenas conocía, me sentí… rara. No sé, ¿os ha pasado alguna vez que veis que lo que habéis deseado durante mucho tiempo se hace realidad, pero con otra persona?

Sí.

Mario tampoco contestó, solo se revolvió en su asiento, incómodo.

—Pues esa fue la sensación. No sé explicarlo mejor, ni tampoco ponerle nombre. —Miró directamente a Mario—. Lo siento —se burló, a lo que yo me reí.

—Joder, pero eso es… —A pesar de que le había costado decir algo, Mario aún no sabía muy bien cómo hacerlo—. ¿Y por qué nunca lo intentaste? No sé, quizás…

—Se nota que no conoces a mi hermano —le interrumpí—. ¿Has oído todo eso que ha contado? Pues Nacho nunca se dio cuenta de

nada. Vive en su mundo. Está feo que yo lo diga, pero es muy poco perspicaz.

—¿Tú crees? —preguntó Julia—. Porque durante un tiempo pensé que solo se hacía el sueco para no complicarse la vida, lo cual entiendo…

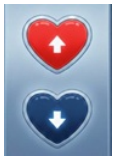
No contesté ni dije nada más, dejé que ambos sacaran sus propias conclusiones mientras yo les escuchaba. A mí también me costaba pensarlo a veces. Vale, mi hermano no era descendiente de Sherlock Holmes, ni Julia había hecho el cruce de piernas de *Instinto básico* delante de él, pero me costaba pensar que nunca hubiera notado nada, ni lo más mínimo, cuando la historia se había arrastrado tantos años.

Me sentí orgullosa de Julia, no solo por estar conociendo a alguien, sino por ponerle palabras a todo lo que había pasado después de tanto tiempo. Poder tener una conversación abiertamente sobre ello era, sin duda, un paso digno de reseñar. Y Julia lo había conseguido.

La noche acabó con los tres saltando de un tema a otro, aunque Mario se las ingenió lo suficientemente bien para que sus trapos sucios no se pusieran a lavar, y, por supuesto, lo último que escuché de ambos antes de irme fue un: «¡No esperes! ¡Coge tú las riendas!», entre otras frases motivadoras, haciéndome sentir como si acabara de salir de una cita con un *coach* motivacional.

Me sentí de clase media-alta ese día, así que me pillé un taxi que me llevara directa a casa, y porque no podía pagarle un extra para que me arropara en la cama, si no, lo hubiera hecho. Me metí en el ascensor, pensando en las tonterías y verdades que había escuchado esa tarde, y cuando se abrieron las puertas en mi planta, no salí, sino que decidí subir un piso más.

Capítulo 19



—¡Lara! ¿Qué haces aquí?

Estaba adormilado, con la ropa de dormir puesta y el pelo revuelto.

—¿A Nacho le ha picado un mosquito y ha ido al hospital otra vez? ¿O se te ha ido la luz? —bromeó.

Había muchas maneras de empezar una conversación que se suponía sería trascendental en mi vida, una de esas que abren o cierran capítulos y novelas enteras, esas que el escritor piensa, escribe y borra una y otra vez, y al final sigue sin estar contento con el resultado. Había muchas maneras…, y yo escogí una que podría entrar en el *top ten* de las peores.

—¿Te acuerdas de cuando nos fuimos de vacaciones a Málaga y me empeñé en conducir una moto de agua y acabé en el puesto de socorro de la playa?

Trató un poco en procesar lo que le estaba hablando.

—Sí, puedes ser la primera persona a la que se le escapa la moto y hacerse una contractura. —Se rio.

—Pues esto es igual —dije, ignorándole.

—No entiendo lo que quieres decir. ¿Te has hecho una contractura?

—No, que aunque sepa que va a salir mal, estoy aquí, dispuesta a escucharte.

Por un momento pensé que se había quedado dormido o me había mandado a pastar y me había dejado hablando sola. Le había pillado desprevenido. O no se esperaba que fuera a él, o porque era un viernes de madrugada, cualquiera sabe.

Se apartó a un lado y entró para que le siguiera, cosa que hice sin pensar.

—¿Estás borracha? Te preferiría sobria.

Negué.

—Solo cansada.

—Entonces, ¿por qué no lo dejamos para mañana?

—No, que a ti te va a dar tiempo a pensártelo e inventarte algo, y como yo lo piense, no vuelvo.

—¿Inventarme algo? —preguntó, sentándose a mi lado en el sofá. Había traído dos cervezas. Yo no tenía intención de probar la mía—. ¿No crees que he tenido tiempo suficiente para eso?

—No es lo mismo estudiar cuando no sabes la fecha del examen que cuando la sabes —me defendí.

Sonrió con humor.

—Si no supiera lo que eres capaz de soltar cada vez que estás nerviosa, pensaría que has dejado Madrid sin una gota de alcohol.

Por el silencio mutuo que reinaba en aquel salón, empecé a pensar que acorralar a tu ex a horas intempestivas no había sido la mejor idea del mundo, porque ninguno de los dos parecía estar muy dispuesto a hablar. Llegó el momento en el que estaba tan tensa que creía que mi próxima parada sería el fisioterapeuta de urgencia: me iba a convertir en una contractura con piernas. De hecho, si me hubiera levantado demasiado rápido, me hubiera partido como una rama seca. Creía que Álex, al que apenas había mirado desde que se

había sentado a mi lado, estaría en una situación similar. Cuando me atreví a mirarle para comprobar mi teoría, nada más lejos de la realidad.

Estaba relajadamente tumbado de costado hacia el otro lado, apoyado en el brazo del sofá y con los ojos cerrados. Mi primer instinto fue irme silenciosamente y dejarle dormir; el segundo, arrancarle la cabeza. Mis manos fueron más rápidas que mis pensamientos. Antes de hacer nada mínimamente coherente, le estaba zarandeando. Se incorporó de inmediato, como si lo hubieran pillado de siesta en jornada laboral.

—¡¿Cómo te puedes quedar dormido?! ¿No eres tú quien intentaba arrastrarme el otro día después de ir al hospital?

Tardó un poco en ubicarse; los minutos de sueño le habían cundido bastante.

—Pensaba invitarte a cenar al día siguiente. Estaba demasiado cansado. ¿No sabes que todos tenemos derecho a prepararnos un examen? —preguntó con sarcasmo, trayendo de nuevo mi metáfora a colación—. Estoy muy cansado, he estado trabajando mucho estos días —se quejó.

Miré su improvisado escritorio, que parecía igual o más desastroso que la última vez que lo vi. Sabía que Álex entendía aquel caos, siempre había tenido una organización «peculiar», que parecía hecha solo para que él la entendiera. Le miré, buscando algún rastro de mentira, de que hubiera estado tirado en el sofá en vez de trabajando, como si realmente importara.

—¿Lo de tener nuestra foto de fondo de pantalla es porque te ha dado pereza cambiarla o…?

Dejé ese «o…» en el aire, porque ni quería ni sabía cómo terminar aquella osada pregunta. Por el silencio, temí que estuviera hablando sola de nuevo. Cuando me volví, pude darme cuenta de que me

estaba mirando fijamente. Unos segundos después, retiraba la mirada, sin darme la oportunidad de intentar adivinar por qué lo hacía de esa forma.

—Lo vi de casualidad la otra vez, no es que estuviera cotilleando ni nada… —me vi forzada a explicar—. Seguro que en tus viajes no has cogido mucho el ordenador, o simplemente estás acostumbrado a tenerla y no te has dado ni cuenta de que seguía ahí.

¿Estaba intentando aliviar su tensión o convencerme a mí misma?

Nunca le había visto esa ni ninguna otra foto mientras estábamos juntos, pero albergaba la esperanza de que no lo recordara. O no sé, no sé qué esperaba.

—Nada de eso, quería tenerla ahí.

En mi autoengaño de querer pensar que aquello no significaba absolutamente nada, me lo seguí repitiendo una y otra vez, lo cual me dio fuerzas para que no se me quedaran las palabras atascadas en la garganta.

—¿Y a tu… futura mujer no le molestaba?

Estuve a punto de llamarla «prometida», pero la palabra siempre me había sonado muy cursi y muy a la americana.

Volvió a mirarme un momento, sorprendido, y luego se levantó, yendo de aquí para allá, sin una tarea concreta en la mente. Tal vez la tarea era poner la mayor distancia posible entre nosotros.

—Había olvidado lo fuerte que empiezas las conversaciones cuando estás decidida.

Se rascó la nuca. Yo seguía pensando que solo estaba luchando para no quedarse dormido. ¿De verdad esto es una buena idea o…?

Tras unos momentos de silencio, que se alargaron demasiado en el tiempo y en los que estuve a punto de tirarme por la terraza para rebajar la tensión, oí la voz de Álex.

—Desde aquella conversación en el balcón, lo he estado pensando y… Siento mucho haberme ido. —Carraspeó—. No es que me arrepienta de haberme ido. He vivido cosas increíbles que siempre había querido hacer, pero siento mucho haberme ido así, que te hayas quedado con esa versión, en la que a mí no me resultó difícil tomar la decisión, en la que no te consulté ni te di oportunidad de hacer otra cosa. —Se me formó un nudo en la garganta tan denso y tan real que tenía la sensación de que no me pasaba bien el aire—. No quiero que pienses que para mí fue fácil, ni que te dejé sin opciones.

—¿No lo hiciste? —pregunté suspicaz.

Se masajeó el cuello, incómodo.

—No estoy seguro. Creo que nos quedamos esperando a que el otro hiciera algo.

—Ambos lo hicimos —le repliqué, algo más encendida—. Si tenías esa sensación, ¿por qué no me cogiste el teléfono? ¿Preferías que pensara que no te importaba lo más mínimo? ¿O qué esperabas que iba a pasar?

—No podía pensar más allá de lo que estaba pasando. ¿Querías que te llamara para decirte eso? ¿Para decirte que no había podido confrontarlo porque tenía sentimientos extremos? Quería vivir esa experiencia, pero tampoco quería dejarte.

—Lo que hiciste fue mucho más cruel. —Incluso en penumbra, vi lo que le incomodó mi respuesta—. ¿No pensaste que… volverías?

Tragó saliva. Aunque no era mi intención, sentía que le estaba acorralando con cada palabra. ¿No era necesario? ¿No había que tener conversaciones incómodas para seguir adelante? Un mes atrás, una semana atrás, incluso unas horas atrás, no habría pensado lo mismo. En ese momento era crucial. Era cerrar las

heridas o desangrarme de una vez. Tenía la determinación de que no podía seguir viviendo a medias.

—¿Hubieras preferido que te dejara esperando? ¿Y si no volvía? Te quitaba la posibilidad de conocer a alguien, de seguir… Me iba sin fecha de vuelta. ¿Lo habrías hecho?

«De seguir, de conocer a alguien».

—¿No será, más bien, que te quitabas a ti mismo esas posibilidades? —La pregunta podía ser agresiva, pero mi tono no lo era. ¿Por qué callar lo que pensaba?—. No quiero que suene a que te estoy reprochando lo de… esa chica. Sigo pensando que es algo que hiciste por y para ti, sin tenerme en cuenta, y con el tiempo lo has ido disfrazando de otra cosa para sentirte mejor.

No sabía si me estaba pasando o no, pero necesitaba decirlo, y no por hacerle daño, que de verdad no quería, sino porque lo que callaba me estaba haciendo daño a mí, y estaba harta de no tenerme en cuenta a mí misma. Eché de menos poder ver su expresión nítidamente, pero se había vuelto hermético, y la semioscuridad no ayudaba en absoluto.

—No voy a decirte que yo haya estado llorando por las esquinas todo este tiempo, ni que para ti haya sido más o menos difícil, pero tú sí seguiste, y creo que precisamente lo hiciste así, para no cerrarte a esa posibilidad. Y ahora piensas otra cosa. Por lo que sea, las razones no importan.

Masculló algo entre dientes, que me sonó a «Sí importan». Antes de que pudiera preguntarle, repitió la pregunta que yo había dejado sin contestar.

—Entonces, ¿me hubieras esperado si te lo hubiera pedido?

Me imaginé a mí misma en ese momento, retrocediendo en el tiempo; qué hubiera hecho, cómo hubiera actuado, y no tuve dudas de que lo hubiera aceptado. Probablemente, me hubiera sentado

mal y no lo habría llevado bien, tal vez no hubiera podido soportar el camino y hubiéramos roto antes de su vuelta, quién podía adivinarlo, pero estaba segura de que aquello no hubiera sido el fin de la relación para mí. Había renunciado a muchas cosas por estar con Álex, cosas pequeñas, casi insignificantes, pero necesarias para estar en una relación sana. No más que él. Simplemente, ambos habíamos aceptado limar pequeñas cosas de nosotros mismos, de nuestro día a día, para que funcionara, para tener una relación sólida y sana. Para formar una vida juntos.

Sí, hubiera aceptado.

—¿Qué más da eso ahora? —pregunté con una risita forzada, negándome a responder, lo que en sí ya era una respuesta—, si ya no podemos volver atrás.

Su resoplido me decía que a él sí le importaba; él sí quería saberlo, así que tiré de toda mi fuerza para ir contra mis propios deseos y darle lo que quería.

—Sí, te hubiera esperado.

El silencio se hizo tan denso que casi podía tocarlo, oprimiéndome y volviéndome pequeña. No podía moverme bien, como si el aire hubiera tomado forma sólida. Casi pude ver cómo mi respuesta caía físicamente sobre él, de forma pesada, real, haciéndole sentir culpable por algo que ya no estaba en sus manos ni en las mías. A pesar de todo, yo no quería eso para él, así que quise intentar aliviar esa carga.

—Eso no significa que hubiera salido bien. Tal vez, uno o ambos no hubiéramos podido con ello; las relaciones a distancia son duras… No sé lo que querías oír, y aunque parezca que solo me humillo a mí misma, sí, yo lo hubiera hecho si hubiera tenido la oportunidad. Aunque no tuvieras fecha para volver.

Cuando creía que se había momificado en su lugar, tras otro eterno silencio que ninguno de los dos rompía, se despegó de su sitio y comenzó a rebuscar en un cajón hasta que encontró lo que buscaba. Un cenicero, un mechero y un paquete de tabaco a medio terminar. Lo puso toda en la mesa y se sentó a mi lado con poca delicadeza.

Me ofreció uno y lo cogí.

Cuando lo tuve cerca, me sentí mal, porque pude ver que le había hecho daño. Mal, no arrepentida. Cada vez que estaba cerca de ello, me repetía que era necesario. Necesario para que ambos pudiéramos cerrar esa puerta y no volverla a abrir. Miré el reloj: pasaba de las tres de la mañana y el sueño no me había llamado; me sentía en estado alerta e indefensa al mismo tiempo.

Soy una contradicción con piernas.

Cuando iba a la mitad del cigarro y viendo que él seguía mudo, decidí sacar el tema que sabía que le encantaba. Y a mí también, porque no hay nada mejor que escuchar a alguien que te importa hablar de lo que le apasiona. Porque sí, Álex me seguía importando. En presente. Si no, ¿qué hacía yo a esas horas en su casa, enfrentándome a todo lo que no quería para intentar pasar página?

—¿Por qué no me hablas de tus viajes? Tu Instagram no lo has actualizado, pero el otro día vi fotos fantásticas en tu mesa.

Miré al escritorio inconscientemente. Expulsó el humo con parsimonia y me miró socarrón. Su humor había cambiado en un segundo.

—¿Mirabas mi Instagram?

—Al principio, sí. Como no subías nada, lo dejé —confesé—. Aunque cuando te volví a ver, Mario lo hizo por mí.

—Por supuesto —se burló.

—Venga, cuéntame —insistí, viendo que no arrancaba.

—Yo te cuento qué ha sido de mi vida en este tiempo, y después me cuentas tú.

Le señalé el reloj de mi muñeca.

—Ya veremos, que quiero dormir en algún momento.

Se rio.

—Es que tú tienes que quitarme el sueño, no puedes venir a cualquier otra hora del día como una persona normal.

—Lo normal es sobrevalorado y aburrido. —Me acomodé en el sofá—. Arranca, soy toda oídos.

Y lo hizo, vaya que lo hizo. Y confirmé lo que ya he dicho: no hay nada mejor que escuchar a alguien hablar de su mayor pasión. Tuve la sensación de viajar por el mundo a través de su regalo. No todo había sido bonito, pero ahora hasta las malas anécdotas le parecían motivo para reírse. Y a mí también. Por el camino había hecho amigos, y el equipo de tres que habían formado para el trabajo se había convertido en una pequeña familia. Cada uno era de un país, y al principio tenían la sensación de que ni siquiera podían comunicarse en condiciones. De alguna manera, por la necesidad humana de crear lazos cuando estás fuera de tu zona de confort, lo consiguieron. Confesó que había echado de menos la sensación de tener una casa, un sitio al que volver, porque lo perdió cuando se marchó.

—Quizás tienes razón, y el tiempo haya distorsionado la forma de ver las cosas. De ambos. Sé que hubo momentos en los que eché de menos con tanta claridad mi vida anterior que era una presión en el pecho. Echaba de menos tener una casa, volver a la nuestra: te echaba de menos a ti.

—Y mis historias mundanas —acoté, recordando aquella época en la que antes de que cerrara la puerta, ya le estaba contando algún cotilleo, alguna noticia o alguna queja.

Sonrió, estaba recordando lo mismo.

—La verdad es que el repartidor se liara con la de recepción en el cuarto de atrás me sigue pareciendo insuperable.

—¿Verdad que sí? Yo aún no lo supero. Y no sabes lo que sigue… ¡Ahora tienen un hijo! ¡Ella dejó a su novio por él! ¿Te lo puedes creer? —le dije, dándole un golpe en el brazo.

—Increíble —susurró, medio riendo.

—Te lo perdiste —le acusé, bromeando—. Tú por ahí, haciendo lo que te apasiona, sin saber el final del mejor *salseo* de mi oficina. No sé cómo has podido vivir sin saberlo todo este tiempo.

—Me perdí muchas cosas, sí.

Ahí estaba de nuevo, la mirada perdida, la mandíbula bien cerrada y la misma intensidad que si hubiera vuelto de la guerra de Vietnam.

—Anda, sigue, que te veo melodramático de nuevo —me burlé, a lo que él enarcó una ceja.

Siguió un poco más. No llevaba un orden concreto, iba de un lugar a otro, sin perder el hilo en ningún momento. Me sorprendía que fuera algo caótico narrando, ya que esa siempre he sido yo. Soy la típica persona que, para contarte una historia de veinte segundos, tiene que contarte otras tres antes para ponerte en contexto, y lo acaba alargando varios minutos innecesariamente. No me molestaba, podía escucharle el resto de la noche sin parpadear y sin intervenir.

—En Chile estuvimos bastante tiempo. El canadiense que nos acompañaba tuvo algunos problemas burocráticos, y nos quedamos estancados unos meses. Allí conocí a… —Me miró de reojo antes de seguir, como si me estuviera advirtiendo de lo que venía— Amanda. Era muy alegre y vibrante. Vivía cerca de donde nos hospedábamos, y nos ayudaba cada vez que lo necesitábamos.

Amanda.

—Nos enseñó muchas cosas, y nos hizo nuestra estancia más llevadera, porque, de verdad, cuando nos dimos cuenta de que íbamos a estar tanto tiempo atascados allí, no nos aguantábamos entre nosotros. Estábamos insoportables. —Asentí sin mirarle, aunque él lo hacía de vez en cuando—. Gracias a ella, pudimos seguir trabajando, y los días se hacían más cortos.

A medida que hablaba, se me iba anudando más y más la cuerda que se había instalado en mi estómago.

—Cuando empezamos a planear marcharnos, Amanda dijo que no podíamos irnos sin ver el desierto de Atacama, porque allí se veía el mejor cielo del mundo. Yo lo había estado evitando hasta el momento, porque… era algo que quería hacer contigo.

Intenté que no se me notara lo que me estaba causando escucharlo.

—¿Y cómo es? Descríbemelo.

Abrió la boca para hablar, pero se detuvo y cogió otro cigarro. Se lo encendió y me dijo:

—Prefiero que lo veas tú misma.

Fruncí el ceño.

—¿Cuándo voy a ir yo a Chile? —Él se encogió de hombros.

—Podemos ir juntos, como planeamos, o… puedes ir con alguien más. Seguro que tu trío preferido estaría dispuesto.

—No sé. Julia puede, pero Mario es muy tiquismiquis; no sé si podría soportarlo de viaje.

El humor, aunque fuera malo y sin gracia, era la mejor estrategia defensiva que conocía. Le vi sonreír sin muchas ganas. Nada de lo que hubiera ocurrido en esa habitación me hubiera preparado para lo que seguía. Y es que escuchar a Álex, con el que había soñado una vida perfecta, más de las que podía contar, al que había

considerado mi mejor compañero, hablar de otra persona en esos términos era doloroso. Incluso ahora. ¿Era una señal de que no lo había superado? ¿Te recuperabas de algo así alguna vez? O simplemente vagabas, esperanzada en que el tiempo lo curaría, cuando solo lo atenúa. Te acostumbras y sigues porque no tienes otra opción, pero la espina sigue clavada ahí, muy hondo.

Álex siguió contándome cómo se construyó su relación. Fue rápido, porque al parecer tenían tantas cosas en común que no les parecía una locura. Incluso cuando él salió de Chile, esas cosas que los habían unido seguían ahí, y eso se tradujo en que con ella no tuvo problemas en lanzarse a hacer aquello que conmigo no quiso intentar. ¿No era lo que necesitaba oír para saber que yo no había significado para él lo mismo que él para mí? Seguí escuchando. El nudo que siempre estaba ahí se apretó tanto que hubo un momento en el que creí que no me daría tiempo a llegar al baño para vomitar. Amanda era una chica aventurera y extrovertida, que siempre tenía una sonrisa y que podía sacar lo bueno de cualquier situación. Me la imaginaba guapa, libre, casi como si estuviera en una película. Solo faltaba una escena en la playa con ella corriendo y el pelo al viento. Lo de casarse empezó como una broma entre ambos que cobró fuerza. Solo llevaban unos meses, habían vivido a distancia, y cuando ella pudo liberarse de sus cargas y continuar el viaje con ellos —porque sí, se unió a ellos—, surgió la idea. Apenas estaba entrando en cómo se les ocurrió la romántica y descabellada idea de casarse en algún pueblo perdido de Argentina cuando yo llegué a otra conclusión muy distinta: no podía seguir escuchando, aunque ya estuviera cerca del final.

Me levanté sin previo aviso, interrumpiendo su relato, quedándome parada en mitad del salón. Mis piernas habían sido más rápidas y aún no había pensado ninguna excusa.

—Voy al baño.

Me fui directa a la puerta, eché el cerrojo y me senté en el váter. No podía escuchar ni una sola palabra más. Me aparté el pelo de la cara y me masajeé el puente de la nariz, apoyando los codos en las piernas. Me sentía como si fuera a explotar. O como si me estuviera resquebrajando. ¿Por qué me seguía doliendo? ¿Y por qué parecía ser la única gilipollas de los dos que no podía soportarlo?

«Porque con ella ha hecho lo que conmigo no quiso intentar», me repetí.

Inspiré hondo y me enfrenté al espejo. Tenía los ojos húmedos, y el poco maquillaje que aún llevaba encima estaba corrido. Me lavé la cara, sin importarme que me pudiera dejar peor aspecto del que tenía. Necesitaba despejarme antes de salir de nuevo.

Tenía agarrada la manilla, reuniendo fuerzas y tranquilidad para abrirla, cuando oí su voz al otro lado de la puerta.

—Lara, ¿todo bien?

No. Nada está bien.

—¿Lara?

—Sí, todo… —Sacudí la cabeza. Estaba realmente sobrepasada, y no creía que tardara en llorar—. No me encuentro bien, creo que es mejor que me vaya.

Oí un suspiro hondo.

—¿Me abres la puerta?

Lo hice, pero solo para pasar deprisa por su lado y buscar mis cosas. Al estar en penumbra, solo alumbrados por la lámpara pequeña que Álex acababa de encender, no veía ni recordaba dónde las había puesto.

—¿Dónde…?

—¿No quieres escuchar el final?

Miré nerviosamente a todas partes, como si pretendiera escabullirme por una ventana en vez de por la puerta principal. Tragué saliva.

—Ya la conozco: al final no te casaste por lo que sea, y acabaste el trabajo. Una vida muy interesante, la verdad. No me sorprende que te fueras sin pensarlo dos veces… ¡Oh, ahí está mi bolso!

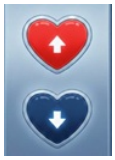
—Lara.

No sé si fue el tono, la forma de decirlo o cierto poder que tenía sobre mí que yo no conocía. Paré todo lo que estaba haciendo para mirarle, porque su voz me atraía como un imán. Estaba parado en mitad del salón, con las manos en los bolsillos del pantalón gris, mirándome fijamente.

—¿Qué?

—¿No me vas a dejar contarte el final?

Capítulo 20



A medida que cumplía años, me daba cuenta de varias cosas.

Las madrugadas las cargaba el diablo, claramente. Eso de fiestas inolvidables, divertidas y memorables eran un mito. Bueno, sí existían, el problema era el después, cuando te levantabas con los ojos pegados, la boca seca y la miseria y el remordimiento torturándote la conciencia. Lo peor es que ni siquiera había sido una fiesta. Inolvidable, desde luego, sí había sido.

Lo que estaba claro es que eso de hablar como personas adultas para cerrar capítulos y poder seguir era mentira o un arma de doble filo que yo no había sabido utilizar, porque desde que hablé con Álex con la intención de deshacer la presión que tenía debido a la situación, lo cierto era que sentía que en lugar de bajar había subido. Literalmente, creía que me estaba saliendo humo por las orejas. Al día siguiente de aquella madrugada, aguanté la jornada laboral como pude y, sin mediar palabra, agarré cuatro cosas y me mudé a casa de Julia unos días, como cuando éramos más jóvenes y nos enfadábamos con el mundo. Preguntó un par de veces, sin tragarse la excusa de que echaba de menos nuestra adolescencia, pero terminó por dejarlo estar. Mario se nos unió una de las noches entre semana para una cena, y pactamos el acuerdo tácito de que no hablaríamos de nada importante aquella noche. Era lo bueno de

estar rodeado de amigos que podían hacer un paréntesis en el tiempo y a la madurez que conlleva para, simplemente, estar juntos y lamerse las heridas en silencio.

—Bueno, también podemos hacerle una cenita. O, mejor aún, pedimos que nos traigan algo a casa, y así no nos pringamos —sugirió Mario.

Aguanté una sonrisa. Ya sabía yo que aquel arranque de euforia de un miércoles cualquiera iba a acabar con «mejor hacemos lo de siempre». Sinceramente, organizar una fiesta era horrible y estresante. No mucho antes de esa frase de Mario, nos habíamos comprometido firmemente a organizar una fiesta de cumpleaños para Nacho. Si seguíamos hablando del tema, probablemente, se quedaría en una felicitación por WhatsApp.

—Qué cutre eres… —se quejó Julia—, aunque la verdad es que me parece bien.

—¿En mi casa? —propuse, rindiéndome.

Porque yo también me había bajado de la nube de pasar una noche como en *Sexo en Nueva York.*

Aún con ese bajo nivel de celebración, lo dejamos todo para el último día, es decir, para el día del cumpleaños, el viernes. Julia se arrepintió de ser tan vaga, y al final se encerró conmigo (y trajo a Mario a rastras con ella) a inundarme la cocina y hacer algo decente y casero para los 34 años que cumplía mi hermano. Se habían pasado por el supermercado y habían decidido hacer temática mexicana. ¿Traían gorros y todo? Sí. Y lo que es peor, tequila. ¿Cómo podían hacer eso cuando ya todos habíamos pasado los 30? ¿No sabían que una vez pasada esa edad, un chupito equivalía a una semana de cama y cuatro de arrepentimiento? ¡Era de cultura popular!

—Aquí hay mucha comida —dije de pronto—. ¿Habéis invitado a vuestros *chorbos* y no me habéis dicho nada?

—*¿Chorbos?* —preguntó Mario sin levantar la vista de lo que estaba haciendo—. ¿En serio?

Me encogí de hombros mientras me comía la enésima aceituna.

—Hemos contado con que tú ibas a comer por dos —bromeó Julia —. De todas formas, Alba también va a venir —dijo Julia—. Al menos, le dije a Nacho que la invitara. Yo le dije a Toni que se pasara más tarde si quería, cuando nos fuéramos de copas.

—Ah, ¿que vamos a ir de copas también? ¿A la calle? ¿Con gente? ¿Y el frío?

—Sí, no te lo habíamos dicho para que no pusieras todas esas pegas —volvió a hablar Mario.

Resoplé indignada.

—¿Y tú? ¿Has invitado a Mara o…?

Me miró de tal manera que me callé antes de terminar la frase. Nota mental: Mario no estaba para bromas esa noche.

—¿Y tú? ¿A cuál de los dos has invitado? —me preguntó de vuelta con tono sarcástico.

Achiné los ojos.

—Cuánta maldad.

Terminar de poner la música y la decoración fue la excusa perfecta para escabullirme. Pasado un tiempo de una charla más relajada y con menos pullas entre nosotros, llegó el cumpleañero. Solo. Y con una cara de funeral y un aura de pesimismo que no cabía en el piso.

—¿Y esa cara? ¿Tan mal te sienta cumplir años?

Resopló en mi dirección y no se tomó la molestia de contestarme. Mario y Julia se lanzaron a darle un abrazo y felicitarle, lo que le hizo

esbozar una ligera sonrisa de compromiso. Cuando terminaron, llegó mi turno.

—Felicidades, hermano mayor. —Le di un abrazo—. ¿Cómo es que has venido solo? ¿Dónde está Alba?

Esta vez no rodó los ojos ante mi segunda impertinencia de la noche, sino que apretó la mandíbula y me dio una sonrisa forzada nada agradable.

—He tenido compasión de ti. Sé que luego van a venir los acompañantes, y no quería que te sintieras como una violinista.

Imité su sonrisa.

—Muy considerado.

Una vez sentados a la mesa, con Mario haciendo una tan currada como estúpida presentación de cada plato que habíamos hecho, Nacho se relajó notablemente. Casi parecía que lo que fuera que le hubiera puesto de mal humor antes de venir había desaparecido por completo. Julia y Mario tenían razón al decir que yo comería por dos, pero no fui la única. Al final de la cena, solo faltaba escuchar la explosión de los botones de los pantalones para confirmar la teoría.

—Estaba todo muy bueno —nos felicitó Nacho—, por lo que intuyo que Lara no ha participado demasiado. Bien hecho.

Mis amigos no tardaron en reírle la gracia. Cuando yo estaba más que dispuesta a replicar con cualquier tontería, Mario se levantó de la silla, interrumpiendo la enésima e inmadura pelea de hermanos de la noche.

—¡Hora de los regalos!

Julia sonrió socarrona, llevándose su bebida a los labios.

—Yo que tú, sacaba el tequila antes que los regalos.

Eso me arrancó una sonrisa a la par que una punzada de culpabilidad, porque era cierto que los regalos eran algo… especiales.

—Venga, seguro que le van a gustar.

Tal y como predijo Julia, la cara de Nacho fue un poema y, aunque no habíamos sacado el tequila aún, nos reímos bastante. Nacho se levantó justo después y buscó el alcohol él mismo. Cuando lo puso en mitad de la mesa, temí más que a una inspección de Hacienda. Tuve que pasar por ese mal trago —nunca mejor dicho—, dos veces: la primera, para brindar por el cumpleañero; la segunda, porque se empeñaron en grabar un vídeo en el que saliéramos uno a uno para el recuerdo. A mí aquello me recordaba la mítica frase de Paloma Cuesta: «Las caras, Juan, las caras».

Para cuando salimos por la puerta, ya podía prever que aquella noche íbamos a acabar como el rosario de la aurora, pero también que iba a ser divertido. Una ya estaba mayor para dos chupitos de tequila, y el cuerpo lo sabía. Y lo supo mucho mejor cuando me convencieron para entrar en el local con la música más estridente que encontraron. Uno de esos en los que sabes que no encajas, porque le sacas diez años hasta al camarero, y en el que finges conocer de memoria las letras de las canciones que van poniendo, aunque solo te suenan dos. Yo me pasé a la cerveza, despacito y sin prisas, porque si no acabaría vomitando en mis mismos zapatos. Todo ello a pesar de que me llamaron aburrida, porque era la única que no se había atrevido a pedir un cubata. No creo que pasara media hora, tal vez, cuarenta minutos, cuando me empecé a arrepentir profundamente de estar allí: la cerveza aún estaba a más de la mitad, pero mi pelo ya estaba pegado a la nuca; ya me habían derramado tres bebidas y me habían pisado varias veces, y solo pensaba en la forma más digna de hacer bomba de humo y largarme a mi casa. Eso sí, una vez pasada esa fase, me divertí. En algún momento de mi euforia pasajera llegó Toni. Sí, solo Toni. Ni rastro de Alba, y mucho menos de la futura novia a la fuga. Tras

unos minutos de charlas y presentaciones batallando con el volumen de la música —y perdiendo—, me di cuenta de que era un chico majo y guapo, simpático. Más de lo que me hubiera agradado si hubiera estado completamente sobria. Era un buen chico. Era lo que tenía convertirte en alguien extrovertido cuando bebías, aunque fuera poco; de hecho, había ido dos veces al baño, y había hecho tres o cuatro nuevas mejores amigas a las que no volvería a ver. Bailé con todos, me olvidé de lo que no me gustaba del lugar —que eran bastantes cosas—, y tiré de la poca juventud que quedaba, muy escondida, dentro de mí. Parecía ser la única que estaba disfrutando. Nacho había vuelto a la cara larga y la había convertido en algo permanente, aunque a ratos fingía que sí estaba disfrutando. Mario no se despegaba del móvil, y Julia se había retirado a hablar con Toni. Seguían ahí, pero aislados del resto. No sabía muy bien en qué momento me había intercambiado los papeles con ellos, porque hacía un segundo eran ellos los que se divertían, y yo la que pensaba lo bien que se estaría en la cama a esas horas.

La segunda o tercera vez que acudí a la barra, aún de buen humor y bebiendo responsablemente, poco me esperaba que esas buenas vibras fueran tan breves. Al primero que vi, en la otra punta de la barra, mientras la camarera me abría el botellín, fue a Nacho. Estaba más serio que la última vez que le había visto, y hablando con mucha fuerza y ahínco, como si estuviera enfadado. No me sorprendía en absoluto, lo hubiera hecho el verle feliz y montando en unicornio, pero esa había sido su actitud gran parte de la noche. Lo que sí hizo que no me cayese de culo porque estaba apoyada en la barra fue ver a su interlocutor, a quien no me hizo falta mirar dos veces para reconocerle. Tras el *shock* inicial, pagué la cerveza y volví a mi sitio. Iba a gritar a los cuatro vientos la pregunta que tenía en

la punta de la lengua y que me moría de ganas de que fuera contestada. Me arrepentí en el último momento, así que di un trago corto a la amarga bebida y esbocé una sonrisa robótica, quedándome de pie y parada como si hubieran congelado el tiempo. Ni Julia, ni su acompañante o Mario parecían hacerme demasiado caso, ni yo a ellos, o eso pensaba, porque cuando volví a enfocar la vista en mi buen amigo Mario, estaba mirándome fijamente.

—Ya lo has visto, ¿no?

Tragué saliva.

—¿El qué? —Mario bufó, descubriéndome como la malísima mentirosa que era.

—No quería traerle, porque no quiere molestarte más con el asunto, pero tenía que hablar con él. Algo le pasa que no nos quiere contar —dijo refiriéndose a Nacho.

—¿Y no podía esperar a mañana? —me quejé—. ¿Tiene que venir cada vez que yo estoy presente?

Mario se encogió de hombros ante mi repentina niñería. No quería sonar caprichosa, pero empezaba a pensar que Nacho estaba empeñado en traerme a Álex al presente una y otra vez, como quien coge un resfriado en octubre y lo va encadenando hasta junio. Resoplé.

—A ver, ¿por qué se tienen que llevar tan bien? ¿Qué le ha pasado que solo el semidios Álex puede conocer?

Mario volvió a encogerse de hombros, esta vez con una sonrisa socarrona que tapó con su vaso. Me masajeé el puente de la nariz y reflexioné. En el fondo, solo quería continuar con mi comportamiento infantil y quejarme hasta que surtiera algún efecto o me echaran de allí. Superficialmente, sabía que tenía que ser más madura, así que utilicé la técnica del mantra y durante los siguientes minutos me repetí una y otra vez que Álex, además de mi ex, era

amigo de Nacho, y en esos momentos este necesitaba a alguien con quien hablar —y esa persona no podía ser su querida hermana, a quien le debía la vida—, y que el mundo no giraba a mi alrededor.

El mundo no gira a tu alrededor.

Nacho necesita a un amigo con quien hablar, y no a su hermana.

El mundo no…

¿He dicho alguna vez que esa técnica me parece una soberana gilipollez? Como tantas otras. Como mis inservibles velas de relajación o las sesiones de yoga que hago cada tres meses. En realidad, la frecuencia dependía de mi nivel de estrés. Intenté evadirme conociendo un poco más a Toni, mucho más rápido con la lengua y bebiendo que yo. Nacho apareció al cabo de un rato, solo y mirándome como si me estuviera evaluando. Me entraron ganas de gritarle: «¡Sí, os he visto!». Como si fuera una esposa a la que le han sido infiel, y no una hermana. Tuve claro el momento en el que lo supo, porque Mario se acercó a su oído para decirle algo, y ahí volvió a mirarme. Toni me dio un respiro para atacar a Julia. Creo que era el que más pasado iba, y Nacho se acercó con otra cerveza para mí, como ofrenda de paz.

—Entonces, ¿ya le puedo traer?

Rodé los ojos.

—No, mejor sigue escondiéndole detrás de la planta decorativa. —Se rio, ligeramente de mejor humor.

—Como el gato ese que trajiste cuando éramos pequeños, ¿te acuerdas? Lo escondiste en una maceta, porque no te dejaban tenerlo. ¿Cuánto tardaron en descubrirlo? ¿Cinco minutos?

—Era un escondite genial —me defendí.

—No lo es, por eso Álex no está detrás de una planta, sino de la columna. —Señaló justo el pilar que me bloqueaba la vista y, sin poder evitarlo, me reí.

—Sois dos gilipollas.

—Ya me ha dicho que habéis hablado —dijo tras guardar unos segundos de silencio.

—Seguí el consejo de esta gente, traté de tomar las riendas para poder aclararme y… ¿decidir si abro o cierro esa puerta?

—¿Y? ¿Llegaste a alguna conclusión?

Le miré fijamente.

—Sí, que estos dos son muy malos consejeros.

De nuevo sonrió.

Disimulé exitosamente cuando llegó con Álex, le saludé de forma natural, desde lejos, sin acercarme, como si ya supiera que estaba ahí o no me sorprendiera verle. La otra noche no… No sabría decir cómo acabamos; se suponía que ya lo sabía todo y, sin embargo, yo me fui con la sensación de que se nos habían quedado más cosas por decir.

Tras un rato allí, me alegré de que él tampoco tuviera nada que mostrarme esa noche, me ignoraba con facilidad, y yo contenta por ello. En un último punto de energía positiva que me quedaba, estuvimos bailando de nuevo. Hasta con una de mis mejores y nuevas amigas del baño, a quién volví a ver cruzando la pista. En un movimiento involuntario, me quedé frente a Álex, quien justo venía de pedirse una cerveza. Acababa de sacar mis pasos prohibidos, y había girado sobre mí misma de tal forma que más quisieran en cualquier clase de *ballet.*

—¿Conmigo no bailas?

Sí, esas fueron las primeras palabras que me dirigió. Y no sé si fue porque quería hacerlo o porque simplemente quería fingir que no pasaba nada, que Álex era uno más y que su papel en mi vida era ser el amigo confidente de mi hermano. Para qué mentir: yo quería, quería volver a pasar tiempo con él sin pensar en qué había pasado

antes o qué pasaría después. Le cogí de ambas manos e hice que siguiera mi ritmo, que no sabía si era el mismo que el de la música que sonaba, pero era el mío. Nos reímos, bailamos y nos miramos sin segundas intenciones. Como si no pasara nada entre nosotros. Y, a mi pesar, seguíamos teniendo la misma química de siempre; no nos decíamos nada, porque no hacía falta. Aquello era como dedicarnos un homenaje masoquista a nosotros mismos. Ni siquiera estábamos cerca, ni sonaba música lenta, ni estábamos tan pegados que no dejábamos pasar el aire. No hacía falta, la tensión era la misma. Para el resto del mundo éramos solo dos amigos que bailaban con el ritmo de la música.

No nos habíamos dicho ni una palabra, y como si el universo hablara —o tal vez solo estaba de moda esa canción—, sonó esa, esa canción. Esa que él me había enseñado y que yo había aprendido a querer. Esa que habíamos disfrutado, bailado, que nos había acompañado y que, curiosamente, ni siquiera había vuelto a escuchar desde que se fue, dejándome la sensación de que estaba hecha para nosotros. Sonreí más, pero no dije nada, y él tampoco. Disfruté del momento, cerré los ojos en el clímax de la música y, cuando los volví a abrir, la cagué.

—¡Te quiero, Álex!

Sí, lo grité. Y estuve segura de que se me oyó por encima de la música, fuera del local, que lo escucharon mis amigos, toda la calle y Madrid entero. Aunque yo misma me quedé en *shock* con mis palabras y con la sensación de que había parado el mundo con esa sola frase, al menos el mío, no me arrepentí de decirlo. No deseé que me tragara la tierra.

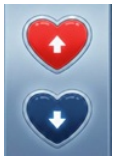
Quiero decir, no en ese momento, solo necesitaba un poco de tiempo.

Álex ni siquiera pareció sorprendido, incluso dudé de que me hubiera oído, lo que solo duró un segundo. Agrandó su sonrisa y en un tono mucho más normal y pausado, en el que casi tuve que leerle los labios para entenderlo, soltó aquello que me carcomería en los siguientes días:

—¿No llevamos queriéndonos cinco años?

Boom.

Capítulo 21



La música se acabó y nos fuimos a casa, yo con el firme pensamiento de que no podía ser más cursi, dar grima y pena al mismo tiempo. Esperaba que la música hubiera sonado lo suficientemente alta para que mi escenita hubiera pasado desapercibida. Por el silencio incómodo de la vuelta, supe que no había sido así. El único que hacía ruido era Nacho, que estaba más borracho que un piojo, y su estado no le había permitido enterarse, al menos, eso pensaba yo. Durante el final de la noche y todo el camino, se pegó a Julia, hablando con incoherencia y agarrándose a sus hombros continuamente. Esta perdía el equilibrio y, por mucho que Álex intentó alejarle y cogerle varias veces, él estaba empeñado en estar con mi amiga. Ella solo ponía cara de circunstancias mientras miraba a Toni, que parecía más fuera de lugar que en toda la noche. Aunque al principio se lo tomó a broma, cuando llegamos a la esquina donde nos separamos, tenía cara de pocos amigos. Conseguimos separarlos a rastras, y eso definió el resto del camino. Lo único bueno que tuvo aquello es que, con tanto jaleo que armaba, ni Álex ni yo tuvimos que rellenar silencios incómodos. Ni decir absolutamente nada.

Llegó el momento de la despedida, que intenté que fuera rápida e indolora, centrando mi atención en el borracho de mi hermano.

—¿Podrás sola con el muerto viviente?

—Ahí se va a quedar —dije, mirándole fijamente. Estaba sentado en una postura muy incómoda y con el cuello hacia atrás, en un ángulo que parecía doloroso, y con la boca abierta de par en par.

—Se va a despertar con una contractura —respondió socarrón, mirándole de la misma manera.

Me encogí de hombros.

—Se lo merecería, por borracho.

—Qué cruel.

Cuando cruzamos miradas, me quise tirar por la ventana. Supe que él no estaba en mejor situación por cómo se metió las manos en los bolsillos, tratando de hacer algo con ellas. Yo, por mi parte, agarré el picaporte de la puerta como si me fuera la vida en ello.

Eres una adulta y puedes resolver esto.

Eres adulta y puedes resolver esto.

Eres una adulta y puedes… Puedes irte a empezar de nuevo a Alaska, porque esto no tiene solución.

—Bueno, pues… me voy —dijo visiblemente nervioso—. Ha sido una noche ¿interesante?

Ni siquiera me molesté en forzar una sonrisa, simplemente me quedé ahí quieta, como si pensara que así no podría verme. Tras unos segundos de silencio incómodo, que se me hicieron eternos, y aún impulsada por la cerveza que había en mi sangre, le solté lo más estúpido que se me ocurrió.

—No tienes que decir nada. De hecho, no tienes que decir nada nunca más. —Se rio—. Lo digo en serio. Durante los tres próximos días estaré escuchando la banda sonora de los payasos.

Arrugó el entrecejo.

—¿Por qué?

—¿Tengo que explicártelo?

Volvió a reírse, esta vez con más ganas, aunque se le notaba cansado. Igual que lo estaría yo si no estuviera más tensa que Eduardo Manostijeras poniéndose las lentillas.

—Ya hablaremos.

—No, de verdad espero que no —insistí, a lo que él sonrió.

—Buenas noches, Lara.

—Ha sido un placer conocerte, vecino —me despedí dramáticamente.

Se fue por las escaleras, llevándose lo que me quedaba de dignidad, y yo cerré la puerta y me fui directa a tirarme a la cama.

Al día siguiente, como venganza para Nacho, que seguía dormido en mi sofá, y para torturarme un poco, desayuné con la dichosa banda sonora. Cuando Nacho salió del baño, con más mala cara que el que ve *Saw* por primera vez, habló:

—¿Por qué…? —Se encogió de hombros, dejando la pregunta inconclusa—. Tienes razón, te mereces esta banda sonora.

Aunque era completamente verdad, me indigné.

—Tú también, hermano.

—Puede que lo llevemos en los genes —respondió, aceptando su derrota.

—Tendremos que hablar con papá y mamá.

Mi consejo de ministros particular, o aquellos que yo llamaba normalmente mis amigos, no tardó en convocarme con urgencia al gabinete de crisis. Y aunque puse bastante empeño —y excusas varias— para no acudir a lo que sería mi propio *guillotinazo,* no me admitieron ninguna y se presentaron ese mismo día. Nacho, al enterarse, se negó a marcharse, aunque lo que debería hacer es enclaustrarse en la cama con un litro de sopa y tres de agua. La edad no perdona ni las resacas.

Julia y Mario se sentaron en el suelo, confrontándonos a mi hermano y a mí, a cual en peor estado. El primero en hablar fue Mario, con una sonrisa perversa en el rostro.

—Queremos más noches de fiesta con los hermanos García —declaró—. No creo que haya nada más divertido que daros una copa y dejaros hacer a vosotros solos. —Acabó con una risita de lo más ofensiva.

—No somos un circo —gruñí.

—Pues esta mañana estabas escuchando la banda sonora de los payasos —dijo Nacho.

—Porque me lo merecía. *Nos* lo merecíamos. Pero ya está, es pasado.

—¿Pasado de ayer? —se burló Mario.

—Pa-sa-do —dije en tono amenazante, separando la palabra en sus tres sílabas—. Y nadie debe hablar de ello nunca más. Tratadlo como si fuera una maldición.

Julia rodó los ojos ante mi exageración.

—¿Y a Álex le vas a pedir lo mismo?

Julia estaba rara. No, no estaba rara, estaba enfadada. Aunque no dijera nada, la conocía lo suficiente para saber por qué apretaba los dientes disimuladamente o por qué tenía la mirada cargada de autoridad. Estaba tensa. Inconscientemente, repasé la noche anterior. Había bebido, pero, para mi desgracia, no lo suficiente para olvidarlo, porque ni siquiera tenía el pretexto de haberme pasado con el alcohol para hacer y decir las tonterías que hice y dije. Solo tuve un subidón de adrenalina, como si fuera invencible, como si esa noche fuera la última de mi vida y, por lo tanto, no tuviera consecuencias. Cuando acabé mi resumen mental, miré inconscientemente a mi hermano, que seguía en su estado de catatonia. Y deduje que no era precisamente yo quien había

molestado a Julia esa noche, pero que compartía apellido con dicha persona. Julia prácticamente no le había mirado ni una sola vez. Deseé haberme dado cuenta antes para preguntarle a mi hermano a solas. Había estado tan ensimismada en mi propia versión de la tragicomedia de aquella noche que no había reparado en lo intenso, por no decir más pesado que el plomo, que estuvo mi hermano. Quitando sus momentos de ausencia con Álex, había pasado el resto del tiempo mirando o dándole la chapa a Julia y, por supuesto, como si fuera algo obvio, ignorando o respondiendo de mala gana a Toni. Cierto era que, al final de la noche, Julia estaba algo más seria, y Toni directamente parecía no querer que nadie le dirigiera la palabra, pero pensaba que era más por la situación de tensión que se había creado que por otra cosa.

Ahora que lo pensaba, ¿qué hacía mi hermano haciendo el gilipollas de esa manera? ¿Por qué actuaba de esa forma?

Carraspeé antes de contestar.

—Ya se lo he pedido. Podría decir que incluso le he suplicado.

—Y yo te creo, hermana —dijo Mario—. Pero sabes que va a pasar. Sí o sí. Es como lo de Lucas: no lo vas a poder evitar por mucho que quieras.

—Tú solo quieres material para reírte de mí —le acusé. Él no se defendió en absoluto, pues no podía.

Mario podría haber seguido picándome, y lo hubiera hecho si no fuera porque su teléfono no paraba de iluminarse. Por el torrente de emociones que bailaba en su cara sabía quién era la autora de esos mensajes. Lo que no me quedaba claro era si eran buenas o malas noticias, porque lo mismo le intuía una sonrisa que le veía el ceño fruncido. Entretanto, Julia seguía con la misma actitud: miraba fijamente a Mario, pero solo porque no quería mirar a ningún otro sitio. Yo estaba dispuesta a dejarlo pasar… y acorralarla otro día,

cuando estuviéramos a solas o, mejor dicho, cuando no estuviera mi hermano. Como siempre, Nacho se encargaba de cavar su propia tumba.

—¿Qué te pasa, Julia? Estás muy seria.

La aludida le dirigió una mirada fugaz, que hubiera servido para fulminarle ahí mismo, y algo más bruscamente de lo que nos tenía acostumbrados, contestó:

—Debe de ser la resaca.

—¿Tanto bebiste? —volvió a preguntar mi hermano, ajeno a que su muerte sería inminente si seguía por ese camino.

—Yo, no. Los hermanos García, sí.

Antes de que Nacho la cagara de nuevo, ella se levantó y se fue al baño. Mi hermano me miró en busca de una explicación. Yo creía que debería mirarse a un espejo.

—A mí no me mires. Yo la lie bien, pero no con ella.

—¿Y yo sí?

Me encogí de hombros, porque sinceramente no lo sabía.

—Eso creo —dijo Mario, dejando el móvil y volviendo al mundo terrenal.

Nacho se quedó con la misma cara, y yo intenté rememorar aquella noche. Mi mundo interior, mi escenita y las cervezas me distrajeron bastante de la realidad y no hice mucho caso a nadie. Recuerdo hablar con Toni, que estaba con la verborrea típica del alcohol, un tipo simpático y atractivo, y que hablaba maravillas de mi Julia. Recuerdo ver a Álex medio escondido detrás de una columna; la escenita posterior, que intenté borrar tan pronto como vino a mi cabeza, y… a mi hermano, que estaba raramente insoportable. Cuando llegó, parecía simplemente preocupado, como si tuviera la cabeza en otro sitio. Sin embargo, el humor de Nacho fue cambiando gradualmente a lo largo de la noche, y aunque al

principio disimulaba lo que fuera que le pasara, para el final estaba sumamente… ¿pesado? Sí, pesado, además de malhumorado. Y no conmigo, ni con mi particular escenita digna de olvidar, sino con Toni y Julia. No prestaba atención a las conversaciones, y estuvo tan encima de la nueva pareja, especialmente del recién llegado, que Toni en algún momento estaba serio y casi borde.

Reflexioné sobre aquella escena, pero no saqué ninguna conclusión.

—Creo que le montaste un buen numerito a Toni.

Mi hermano torció la cabeza y me miró con sorna.

—¿Pongo otra vez la banda sonora de los payasos? —Puse los ojos en blanco.

—Me lo merecería, y tú también. Creo que estuviste muy pesado con Toni. ¿Qué carajo le dijiste?

Nacho se quedó un momento pensando, y se encogió de hombros.

—No me acuerdo de casi nada. Probablemente le di la enhorabuena —miró a la izquierda, claramente mintiendo—, o que la cuidara o algo así.

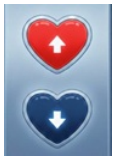
—¿Que la cuidara? —pregunté estupefacta—. ¿Qué es Julia? ¿Una mascota que cambia de dueño? Julia se puede cuidar ella misma perfectamente. No os necesita a ninguno de los dos.

Nacho frunció el ceño e iba a darme la réplica a mi enfado repentino. Mario se cruzó en su camino, en son de paz.

—No fue la mejor noche para los hermanos García. Los demás la disfrutamos mucho —se burló, ganándose que mi hermano y yo nos olvidáramos de nuestra discusión para centrarnos en matarle con la mirada.

Julia salió del baño, con la misma cara y anunciando que se iba. Mario y Nacho la siguieron, y yo me dediqué a vegetar en el sofá.

Capítulo 22



Los siguientes días, en mis momentos más filosóficos, me di cuenta de la fragilidad del equilibrio que había en mi vida. Y no solo en mí misma, sino a mi alrededor. Después de aquella noche, aparentemente normal, pero que dio más de sí que un chicle masticado, todo el mundo parecía haber hecho una huida hacia delante. Mario había desaparecido en combate. Aunque no lo dijera, estaba demasiado encaprichado con Mara para reparar en lo demás. Julia, directamente, no disimulaba su enfado, aunque no creía que lo estuviera realmente, ni me había contado lo que tanto le había mosqueado aquella noche. Nacho, mi hermano, se había concentrado por primera y única vez desde que llegó hacía muchas, muchas semanas, en organizar bien el piso, y en el trabajo. Mencionaba poco a Alba, y se acabaron las visitas esporádicas. Y lo que menos me esperaba de todo: Álex también parecía haber desaparecido. Como si de repente fuera él quien me evitaba. No es que yo le buscara, ni siquiera estaba segura de querer verle. Era saber que de alguna forma habían tornado los papeles, que aquella estúpida escena, que bien podría haber utilizado Nicholas Sparks para uno de sus libros, era una manera muy sutil de echar sal a una herida que no parecía terminar de cicatrizar.

Aquellos días me sentí sola en mitad de una vorágine de emociones. No podía enfadarme, primero, porque tenía que ser lo suficientemente adulta para lidiar con aquello yo sola, y segundo, porque cada uno de los personajes que participaban en mi día a día tenían lo suyo. Entonces, ¿por qué yo era la única que no parecía poder huir hacia delante sin más? Me quedé en la oficina hasta tarde. Era la primera vez que lo hacía en los siete años que llevaba currando allí; cualquier cosa me parecía mejor que esa extraña intranquilidad que me acompañaba a todas partes. Estaba bloqueada, y al mismo tiempo sabía que estallaría en cualquier momento. Al llegar a casa, revisé mi móvil, que estaba más silencioso que nunca. Pensé en hacer algún movimiento; lo descarté y me metí en la cama.

Dejé que pasaran un par de días más antes de salir del atolladero y, antes de plantearme siquiera por qué, estaba dando un paseo con Lucas cualquier tarde de Madrid, con la boca manchada del chocolate de los churros que nos habíamos comprado. Y, para más sorpresa, le había invitado yo.

Se desplomó en un banco, y yo le seguí.

—Puede que esto no sea tan emocionante como tirar hachas…

—No creas. La indigestión que voy a tener esta noche lo será —bromeó, dando otro bocado.

Me pasó una servilleta en un delicado gesto para no decirme que era una cerda, o lo hubiera sido si no fuera porque lo acompañó de un comentario que dio la puntilla:

—Toma, que mi sobrina de cinco años es más limpia que tú.

—Me lo creeré cuando le des chocolate caliente.

Se creó un silencio, no uno incómodo, que la vida cotidiana de Madrid se encargó de llenar.

—Y… ¿qué has hecho este tiempo? ¿Muchas novedades?

Medité la pregunta. Novedades había para aburrir, y al mismo tiempo parecía lo mismo de siempre, como un bucle que se repite una y otra vez.

—Algunas; ninguna demasiado interesante —dije, desviando la mirada.

—¿No son interesantes o no me las quieres contar?

—Ambas —contesté sin vacilar, a lo que sonrió. No era una sonrisa de verdad, sino de resignación—. ¿Y tú? ¿Algo que contarme?

Se encogió de hombros. De repente, el ambiente se había vuelto algo más… ¿triste?

Conocía lo suficiente a Lucas para saber que no lo hacía con mala fe, ni con intención de chantajearme para que confesara mis males. Supongo que a las personas que son más transparentes les decepciona comprobar que el resto no pueden serlo con la misma facilidad.

—La verdad es que… ¿Sabes ese vecino nuevo que hay en mi edificio? —Me miró como si recién hubiera aterrizado un ovni a mi lado—. Has coincido alguna vez con él. Una vez estuvimos los tres en el ascensor, y otra cuando hicimos lo de las hachas y el autocine.

Siguió mirándome de la misma forma, así que me di por vencida.

—Bueno, a lo que voy —continué tensa—: Ese vecino nuevo no es tan nuevo, de hecho, es más viejo que la humedad.

—¿Es mayor?

Rodé los ojos, exasperada por su inocencia.

—No, es viejo en mi vida —aclaré—. Es Álex.

Al principio no se dio cuenta de lo que quería decir. Lucas era transparente pero despistado, y le costaba quedarse con nombres y caras. Pude ver a cámara lenta cómo iba asumiendo mis palabras, descubriendo finalmente lo que quería decir. Su boca formaba una «O» justo antes de decir:

—Oh, ¿Álex es…? ¿Tu ex? ¿El tío ese que se largó?

Asentí, asumiendo que venía un gran monólogo por mi parte que no tenía ningunas ganas de decir. O quizás sí. El caso es que cuando empecé, parecía no querer ponerle fin. Miró al frente, algo confundido, y luego a mí.

—¿Y qué hace aquí?

—Buena pregunta. No lo sé, ni siquiera estoy segura de querer saberlo. Es ambiguo. En teoría no quiere meterse en mi vida, pero no para de interferir en ella de una forma o de otra. En realidad, el mero hecho de que esté aquí ya… lo hace. Es algo con lo que no puedo lidiar. Pero lo tengo superado, ¿eh? Muy superado, de hecho.

Le miré fijamente, esperando a que dijera algo, que hiciera algún gesto, que se fuera o cualquier cosa. No me esperaba lo que vino a continuación: sonrió levemente, elevando únicamente la comisura izquierda en un gesto desenfadado y dijo:

—Debería haberme quedado con su cara. Solo para saber quién tiene la culpa de que tengas pánico al compromiso, a ponerle nombre a las cosas.

—Para eso no te hace falta conocerle, a esa persona la tienes delante. —Frunció el entrecejo, confundido—. Quiero decir: él podía hacer lo que quisiera, pero la culpa de cómo lo gestioné y cómo lo hago ahora es mía, ¿no?

—Supongo —contestó no muy convencido—. Pero no te castigues demasiado por ello. No podemos evitar que lo que hagan los demás nos afecte, ¿no?

No contesté, porque no tenía respuesta buena.

—¿Él quiere… hablar contigo? ¿Ha vuelto por algo en concreto?

Le conté la conversación en la que me dijo lo que había hecho en mi ausencia, aquella que me dolió en el estómago, en el pecho, en

cada parte de mí. Se lo conté con tranquilidad, aunque fuera una pésima idea.

—Y bueno, aún quedan cosas pendientes, pero…

—¿Pero?

—¿Para qué iba a querer yo hablar con mi trauma número uno con piernas? Como no sea para pasarle las facturas de la terapia a la que voy a tener que ir…

Soltó una carcajada, aligerando el ambiente, que parecía haberse quedado silencioso, como si todo Madrid estuviera pendiente de nosotros.

—¿Y no sería más fácil que fueras a terapia con un porqué?

—¿Un porqué?

—Por qué se fue así, por qué nunca te cogió el teléfono, por qué ha vuelto, por qué contigo nunca quiso hacer esas cosas… ¿Soy el único que se muere por saberlo?

—Tú lo que eres es un cotilla —me burlé.

—No me puedes culpar por ser curioso —se defendió.

—Sí, sí que puedo. No sé, Lucas… Para mí fue muy difícil cerrar esa puerta, ¿sabes? Asumir que para él no había sido tan importante, y ¿para qué martirizarme ahora con los porqués?

—Porque, al no saberlo, solo consigues castigarte de otra manera. ¿O me vas a decir que te da igual? No sé, supongo que es difícil, pero creo que te estás complicando más de la cuenta.

Le miré sin hacer ninguna expresión, esperando que dijera algo más.

—Lo que quiero decir es que te vas a fustigar de todas maneras. ¿Por qué no hablar con él y tener un buen motivo para hacerlo, y no solo los que tu mente crea?

—*Touché.*

—¿Lo vas a hacer entonces?

Le eché una mirada matadora.

—Que tengas razón no significa que te vaya a hacer caso. —Se rio —. Lo voy a pensar.

—Lo vas a hacer —dijo totalmente convencido—. Y más te vale contármelo.

La comprensión de Lucas alcanzó límites esa tarde que no había sospechado. Era reconfortante pensar que sabía escuchar sin juzgar y que, le gustara o no lo que oyera, no había ningún tipo de reproches por su parte. Por un momento deseé con cada poro de mi piel enamorarme de él de la misma manera que lo hice de Álex. Pero ¿no era una de esas cosas que solo pasan una vez en la vida?, cuando pierdes la cabeza por alguien, y además es mutuo. Me parecía algo de película. No es que solo pasara una vez, sino que había gente que ni siquiera lo experimentaba. No estaba segura de volver a sentirme de esa manera con el mismo Álex, ¿cómo iba a hacerlo con otra persona?

Era como si hubiera distintos tipos de amor. Es más, creía que había distintos tipos de amor. Y todos me parecían únicos e irrepetibles en cierta manera.

—¿Vamos a tomar algo?

La voz de Lucas me sacó de mi ensoñación.

—Vale, y así me cuentas tus desgracias.

Se rio mientras se levantaba, invitándome a hacer lo mismo.

—Tu vida es casi tan intensa como tú —dijo nada más sentarme a la mesa con las primeras y únicas cervezas que pensaba tomar.

Lo dijo como si lo hubiera estado reflexionando. La duda que cabía era si se trataba de un halago o un insulto.

Por si acaso, me defendí.

—Mira quién habla: el tirador de hachas, don me aburro y me voy a China un fin de semana.

Se carcajeó.

—Fueron cuatro días, y a los Pirineos, no a China. No merece la pena irte a China un fin de semana. Y no fue idea mía, solo me dejé arrastrar. —Dio un sorbo a la cerveza—. ¿Ves la diferencia? Yo lo busco, y tú lo tienes.

—Sí, supongo que soy un drama con piernas, lo pillo. ¿Me estás insultando o halagando? —pregunté sin aguantarme más.

Movió la cabeza de lado a lado.

—Ambas.

Sonrió, y no pude evitar hacer lo mismo, borrando mi ceño fruncido. Hice la pregunta que tenía en la punta de la lengua desde hacía horas: «¿Y tú cómo estás?». Comenzó con un escueto «Bien», y a partir de ahí empezó a dibujar en mi mente parte de su vida con palabras. Dicho de otra forma, se enrolló como una persiana. Su vida no era ni de lejos tan emocionante como la de Álex, pero era relajante y divertido escucharle; convertía cualquier evento en algo emocionante, como si no pudiera concebir la vida de otra manera. Incluso su curro, un taller de mecánica, era a sus ojos una fuente de innumerables aventuras. Él bebía mucho más rápido que yo, aunque, con lo que hablaba, normal que tuviera sed. Yo aún tenía algo más de la mitad cuando él estaba terminando. En mitad de alguna historia empezó a mirar en mi dirección; no a mí, como había estado haciendo toda la noche. Una leve sensación pasó por su cabeza tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de descifrar lo que era. Lucas miraba detrás de mí. La curiosidad por preguntar o por mirar me cosquilleaba en la piel. No tuve que hacer ninguna de las dos cosas.

—¿Qué p…?

—Creo que un conocido tuyo está sentado a la mesa de la esquina.

Contra mi voluntad, no miré, porque estaba justo detrás de mí y no quería ser la más descarada de la historia. Le miré con un interrogante, que él pareció entender perfectamente.

—Mejor que no mires, aunque él no parece tener ningún problema en hacerlo de vez en cuando. —«Ay, dime que no…»—. Es como si hubiera estado con nosotros toda la noche, porque ha ocupado parte de nuestra conversación.

Lo dijo con una sonrisa de medio lado, aunque había cierto tono de amargura en su voz. Cuando solté el aire que estaba aguantando y el nombre que había pensado resonaba en mi mente con mucha más fuerza que antes, suspiré.

—Mierda. No sé cómo no me he acordado…

—¿De qué?

Miré a mi alrededor antes de decirlo, cerciorándome de que estaba en lo correcto.

—Este es el bar donde quedaba para ver a sus amigos.

No despegó la mirada de mí durante unos segundos, ni siquiera cuando murmuró un «¿Seguro que no lo recordaste?», que creía que no oiría y que ni siquiera estaba segura de que fuera una pregunta o una afirmación.

—Pues está con una chica.

No lo repetí en voz alta, pero en mi mente resonó varias veces el eco de esa frase, las dos últimas palabras. Pasaría más tiempo del que percibí, en el que me quedé mirando en algún punto fijo de la mesa, porque Lucas tuvo que llamar mi atención para que volviera en mí.

—¿Todo bien? —preguntó, algo tirante.

Hice mi mejor intento por sonreír.

—Claro, ¿picamos algo? Los nachos de aquí están que te cagas; no literal —bromeé, a lo que él soltó la primera risotada sincera

desde hacía un buen rato.

—Y otra cerveza.

No voy a mentir. Tenía que tirar de toda la fuerza de voluntad que no tenía para no mirar. Estaba por fingir una lesión cervical para que me pusieran un collarín rígido, porque aquello era insoportable, y más si Lucas tardaba tres horas en volver de la barra, que no serían más de dos o tres minutos. Para mí era insoportable.

Lucas estaba mucho más animado después de aquella conversación. Yo era lo suficientemente observadora para saber que, cada tanto tiempo, miraba a Álex. La única interrogante que tenía era si cruzarían miradas entre ellos o se esquivarían mutuamente. Aproveché que Lucas se ofreció a pagar lo que quedaba de cuenta para ir al baño, porque, en mi proposición de mantenerme más recta que una vela, había aguantado tanto que no creía que pudiera andar más allá de dos pasos sin mearme encima. Y eso estropearía mi plan de pasar desapercibida.

—Hola.

Pánico, mi viejo amigo.

—Hola —saludé a Álex, una vez me recuperé del sobresalto, quien se disponía a hacer lo que yo acababa de terminar.

—Te veo bien acompañada.

No veo por qué no tendría que estarlo.

Como era de esperar, rompí la regla de la noche y miré a su mesa, donde me encontré a una guapa chica de melena negra y un bonito perfil.

—Tú también —contesté, intentando que no rebosara la amargura que me había provocado la visión.

Se encogió de hombros.

—Es una colega de trabajo. Hemos coincidido alguna vez en los últimos años. Está de paso por Madrid. —No dije nada, simplemente

me quedé ahí, con la misma cara—. ¿Quieres que te la presente?

Esa pregunta me sonó a regocijo. Me estaba estropeando el poco buen humor que quedaba en mi noche.

—Claro, es lo que más me apetece, que después de tu huida de los últimos días me presentes a una chica que no conozco de nada.

Se pasó una mano por el pelo, ligeramente incómodo.

—Puede que esta vez fuera yo el que necesitaba espacio.

Chasqueé la lengua.

—Bueno, yo nunca te he exigido nada —contesté, claramente a la defensiva. Suspiré violentamente, un poco harta—. No creo que tengas la culpa, ni yo tampoco, pero este tira y afloja tiene que acabar. Porque no tiene sentido que convirtamos lo que tuvimos en esto, en algo absurdo, en el que, si yo avanzo, tú das dos pasos atrás, y viceversa.

Esta vez fue su turno de mantener silencio, aunque no apartó su mirada en ningún momento, la cual ya expresaba lo que estaba a punto de decir.

—¿No crees? —insistí, intentando poner un final.

—Un mal momento no lo define todo. Yo sigo quedándome con lo bueno.

Y sin darme más oportunidad de replicar, abrió la puerta y se metió en el baño.

¿Un mal momento? ¿De cuánto? ¿De dos años? Bonito eufemismo para definir el desastre que creábamos cada vez que estábamos juntos en el mismo espacio-tiempo. De hecho, nosotros mismos éramos el desastre.

Pensé en aporrear la puerta para decírselo, pero preferí dejar la escenita para otro día; ya se me estaba acabando la batería.

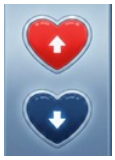
Me uní a Lucas y nos fuimos del local, sin antes echar un último vistazo a la morena que esperaba a Álex en la mesa. Lucas se dio

cuenta, pero no dijo nada, lo cual le agradecí. Me acompañó a casa en metro, aunque yo me bajaba un par de paradas antes de su destino, y fuimos charlando todo el camino. Notaba cómo se me iban cerrando los ojos con el vaivén del vagón, y acabé por apoyar mi cabeza en su hombro. Él dejó de hablar paulatinamente, cada vez más bajo, hasta que se quedó en silencio, como si pretendiera que me quedara dormida. Nada más lejos de la realidad, solo estaba cavilando las palabras que iban a salir de su boca, que, por supuesto, me quitarían el sueño de golpe.

No era consciente que lo que iba a decir iba a romper ese delicado equilibrio del que hablaba anteriormente y que tanto me costaba encontrar.

—¿Recuerdas lo que te dije antes? Eso de que eres muy intensa y todo te llega, pero yo lo busco. —Suspiró suavemente antes de decir —: Pues creo que por eso me gustas. Por eso vuelvo a ti.

Capítulo 23



Diría que me había levantado esa mañana dispuesta a reforzar ese equilibrio que tanto anhelaba. La realidad era que el nivel de drama era tal que lo primero que había hecho ese domingo era ponerme un café delante y buscar pisos. No estaba dispuesta a protagonizar una de esas ridículas películas de terror en las que, desde el minuto uno, se veía que la casa estaba encantada y la familia seguía ahí, diciendo que era normal que los platos se estrellaran solos y su hijo de 5 años jugara con fantasmas de mujeres vestidas de blanco. Solo que en este caso no había fantasmas, había ex. Si la maldición de mi edificio no se iba, me tendría que ir yo. Incluso busqué casas en pueblos de la España vacía. Igual me había equivocado en el concepto de la vida y lo que necesitaba era aire puro, vacas y un huerto ecológico.

Lamentablemente, la vida rural no me terminaba de convencer y yo estaba demasiado anclada en la comodidad de mi barrio y de un alquiler que no había subido con los años y me podía permitir, para irme ahora a la otra punta de Madrid, o peor, mantener la zona, pero compartir piso. La sola idea me daba escalofríos.

Me consolaba pensar que había cosas que sí habían vuelto a la normalidad: la huida de mis amigos parecía haber terminado, y esa misma tarde habíamos quedado los tres. Solo los tres. Sin Álex, sin

Toni, sin Nacho. Los de siempre, contando miserias alrededor de una mesa llena de vasos vacíos. Y, sinceramente, era lo que necesitaba.

Durante todo el camino pensé que la primera reunión después de sus particulares bombas de humo sería extraña. Nada más lejos de la realidad: a los cinco minutos, nuestras carcajadas llenaban el bar. Empezamos repasando lo que nos había llevado hasta allí, como si estuviéramos en mitad de una guerra, y en vez de analizar por qué actuábamos como adolescentes en plena efervescencia hormonal y no como los adultos que éramos, nos echamos a reír.

Todo fatal, pero ¿y las risas que nos pegábamos, qué?

Debería ser nuestro nuevo lema. Lo propondría en la próxima asamblea oficial.

—¿Y lo de tu hermano? ¿Comportándose como un celoso?

—¿Y esta —me señaló Mario, lagrimeando de la risa—, que parecía que la poseyó *Love Actually*?

Nos volvimos a reír; yo, ligeramente más avergonzada.

—La verdad es que fue una noche catastrófica. —Julia suspiró, tintineando con las uñas en el vaso de cristal.

—Teniendo en cuenta que nos va a dar para años de risas, igual no fue tan mala. —Mario no borraba la sonrisa de la cara.

Cuando dejé de mirar el punto fijo en la mesa que me había parecido tan interesante, pregunté:

—Entonces, ¿por qué todos os habéis alejado?

El humor pareció esfumarse, aunque no del todo.

—Necesitábamos tiempo, supongo —respondió Julia—. ¿Tú no?

No lo sé.

—Creo que no me enteré ni de la mitad de lo que pasó allí —contesté sinceramente.

Ambos me miraron como lo que era, una verdadera idiota.

—Bueno, tampoco me sorprende. Eres despistada por naturaleza y además estabas en tu propia burbuja de amor.

El hecho de que Mario lo llamara así me dio escalofríos.

—Vale, sí. Mi hermano estaba insoportable primero, y después borracho, lo cual no es excusa para lo gilipollas que fue, pero ¿qué tenía que ver con Julia? Estaría pesado con todo el mundo, digo yo.

La mencionada agarró su bebida antes de hablar, aunque no le dio un sorbo, sino que se quedó con el vaso a medio camino.

—Porque me veía como a una hermana pequeña a la que tiene que proteger, lo tengo clarísimo. Y me crispaba los nervios.

Lo pensé un instante y, tal y como esperaba, aquello no tenía ninguna lógica.

—Eso no tiene sentido. Nacho es mi hermano mayor, y en su vida ha hecho esa tontería. Tendrá muchas cosas, pero no es un neandertal —le defendí—. Aunque, pensándolo bien…

—Entonces, a lo mejor a Nacho le gusta Julia.

Como ella había decidido beber en ese momento, se atragantó de una forma muy poco elegante. ¿Hay una forma elegante de atragantarse? Si la hay, ella no la encontró.

Tanto Julia como yo teníamos la misma pregunta en la cabeza: «¿Qué carajo dice este ahora?». No pudimos decirla en voz alta, nos limitamos a mirarle con cara de espanto.

—¿Qué pasa? No sería tan raro —insistió Mario.

—No, claro que no —replicó Julia con rapidez—, solo porque se ha venido a Madrid por una chica que no soy yo, y porque ha tenido miles de oportunidades, porque llevo años enamorada de él…, llevaba…

Se corrigió, aunque tarde porque yo ya tenía los ojos abiertos como platos. Mario había dejado la copa a medio camino de su boca para hacer lo mismo.

—Llevaba —volvió a decir.

—No hemos dicho nada —intervino Mario, aunque el tono lo decía todo.

—Es en serio: con Toni estoy muy bien. Nada que ver. Eran cosas de adolescentes, como las que os estáis inventando vosotros ahora —hablaba enfadada, poniéndose cada vez más a la defensiva.

Mario abrió la boca, dispuesto a entrar en su juego, y lo hubiera hecho hasta que la sangre llegara al río si no fuera porque, cuando empezó a sonar su teléfono y comprobó quién era, puso cara de póker y se levantó con una disculpa murmurada.

Julia y yo nos miramos mutuamente. Ella aún seguía cabreada.

—¿Qué? ¿Tú también piensas que estoy enamorada de Nacho?

No pondría la mano en el fuego.

—Yo creo que a Mario le acaba de llamar la novia a la fuga.

Evité darle una respuesta, pero estaba tan poco dispuesta a escuchar lo que no quería que lo aceptó.

—Lo vamos a descubrir en tres, dos, uno…

—Chicas me tengo que ir. Una urgencia en el curro —dijo, con la cara más blanca que un británico recién llegado a España.

—Esa urgencia no tendrá nada que ver con Mara, ¿no?

Apretó la mandíbula y se negó a explicarlo.

—Ya os contaré.

Y así fue como Julia y yo terminamos solas esa tarde.

Nos miramos, en una de esas miradas que lo dicen todo. Sin embargo, ninguna dijimos nada. Nos limitamos a apurar la copa, pedir otra y buscar temas mucho más relajados de los que hablar hasta que se puso el sol.

Camino de la parada de metro, cuando seguíamos hablando de cosas triviales, sin esperarlo, Julia giró la conversación de nuevo o, mejor dicho, volvió atrás.

—¿Sabes quién tiene que saber lo que le pasaba a Nacho?

La miré sin entender.

—¿El Espíritu Santo?

Puso los ojos en blanco.

—Casi. Álex.

Esta vez fui yo la que puso cara de no haber cagado en una semana.

—Pues, si quieres, te paso su número, porque no creo que esté por la labor.

—No te preocupes, ya lo tengo, aunque tú podrías llevarle café un día y preguntarle.

—Claro, y unos pastelitos. Y mientras le pregunto, le abanico con una hoja de palmera.

—No me parece mala idea.

Cuando llegué a casa, muerta y deseando comer algo rápido y meterme en la cama, me encontré las luces encendidas y a mi hermano con una cerveza en el sofá. Después del infarto inicial y de los correspondientes insultos de hermana menor asustada, solté mis cosas en el perchero de la entrada y hablé.

—La llave que te di es para emergencias. —Se encogió de hombros, totalmente impasible ante mi enfado.

—Alba me ha dejado tirado, y he pensado en traerte comida. Como no me abrías, he entrado a esperarte, por si llegabas sin cenar.

Una explicación muy lógica.

Mi estómago rugía en agradecimiento.

—¿Dónde estabas?

—Con Mario y Julia —dije, sentándome a su lado—. Al final, solo con Julia, porque Mario se tuvo que ir. ¿Y tú? ¿Cómo es que Alba te ha dejado tirado?

Se le cambió la cara, pero lo hizo tan sorprendentemente bien que podría haber engañado a cualquiera, menos a mí, que lo conocía mejor que a mí misma.

—No podía venir —respondió, bastante cortante.

Lo suficiente, al menos, para que yo no dijera nada más.

—Bueno, más suerte para mí, que me traes la cena.

Mi espalda estaba a punto de tocar el respaldo del sofá, dispuesta a relajarme, cuando me incorporé *ipso facto.*

—Dime que esta vez no va a aparecer Álex. Ni porque le hayas invitado, ni porque te hayas dejado algo o cualquier historia que os traigáis.

Su silencio me hizo ponerme más tensa, y miré a mi alrededor.

—¿Qué pasa? ¿Está aquí? ¿Escondido debajo del sofá?

Ahí sí que se rio.

—En el baño —bromeó—. Te prometo que no va a aparecer, no por mi culpa, al menos —se excusó. Dio un nuevo sorbo a la cerveza antes de continuar—. ¿Has hablado con él después del numerito?

Álex era como un fantasma en una película de terror: sentía su presencia todo el tiempo, pero no le veía hasta que ya era tarde para mi salud mental.

—Me lo encontré, pero no hablamos mucho. Creo que le asusté un poco.

—Me asusté hasta yo —dijo entre risas.

Le eché la mirada más mortífera de mi repertorio.

—¿Tú? ¿En serio? ¿Con el miedo que dabas esa noche? Sobre todo a Julia, que la tienes contenta. —Desvió la mirada, repentinamente avergonzado—. Creo que esto confirma la teoría que llevo defendiendo tanto tiempo.

—¿Que los dos sois gilipollas?

—Que nunca coincidimos en el espacio-tiempo. Cuando yo doy un paso, él recula; cuándo él avanza, yo ya estoy en la puerta de salida.

Solo tardó un segundo en volver a hablar.

—Me reitero: sois gilipollas.

Dejándome con la palabra en la boca, se retiró a la cocina. Yo cogí el móvil para entretenerme. Le oía trastear mientras yo perdía el tiempo viendo un clip tras otro. No quería que se nos atragantara la riquísima (y ligerísima) lasaña que había recalentado en mi cocina, así que le escuché hablar de su trabajo, del piso y de no sé cuántas trivialidades más mientras se me hinchaba la barriga como un balón.

En un momento de silencio, aproveché para sacar el tema de una forma sutil y discreta.

—A Julia ya se le ha pasado el enfado, por si te interesa.

Ambos estábamos preparados para hibernar cual osos, pero mi hermano hizo un esfuerzo para mirarme totalmente serio.

—Ah, ¿sí? No he querido hablarle mucho, pero le escribiré.

—¿Ansioso por hacerlo?

Volvió a mirarme de la misma forma, indescifrable.

—¿Por qué iba a estarlo?

Me encogí de hombros.

—No sé, tú eres el que sacaste el cavernícola que pareces llevar dentro cuando la viste con Toni. Por cierto, ni siquiera sabía que tenías uno.

—Es porque la trato como mi hermana pequeña. Y Toni no me cayó muy allá.

Lo dijo entre dientes, sin mirarme. Yo no le quitaba ojo.

—Primero: yo soy tu hermana pequeña, y nunca has hecho eso. Y segundo: hablaste con Toni el increíble y eterno periodo de tiempo

de treinta segundos. ¿Y con eso ya sabes que te cae mal?

—Primero: Julia es más inocente que tú. Y segundo: si conocieras a Amanda, ¿no sabrías a los treinta segundos que te cae mal?

Me quedé estupefacta, no solo porque él conociera el nombre de Amanda, sino por la absurda comparativa. Esa vez me vine tan arriba que me salté la chorrada de primero y segundo.

—Julia no es una dama en apuros: ella ya sabe dirigir su vida sola, y muy bien, por cierto. —No estaba segura de que lo hiciera tan bien, pero tenía que defenderla—. Además, Amanda no tiene la culpa de que Álex tenga las neuronas justas para pasar el día. ¿Y por qué comparas a Amanda con Toni? No tiene nada que ver. Álex y yo hemos estado juntos, Julia y tú…

Espera.

Nacho me miró en estado de pánico.

—¿A ti no te…?

—Ni se te ocurra decir una de tus estúpidas teorías en voz alta.

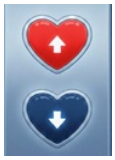
Se levantó a pesar de estar medio muerto en el sofá por la pesada digestión, a pesar de que no pensaba marcharse temprano.

—¿A ti Julia te…?

—Me voy, que mañana tengo que madrugar.

Y sin más se largó, dejándome a puntito del parraque.

Capítulo 24



Del trabajo a casa y de casa al trabajo. Ese era mi nuevo plan y el que estaba cumpliendo los últimos días. Como adulta que era, ya iba siendo hora de centrarme y arreglar todo lo que estaba mal en mi vida. Lo cual sonaba absolutamente maravilloso e ideal si no fuera porque mi tiempo libre lo dedicaba a hibernar en el sofá. No era época de hibernación; estaba sobrepasada. Lo sabía por pequeñas señales, sutiles, que me mandaban mi cuerpo y mi mente, como que dos días atrás había llorado porque se me había derramado el agua en el escritorio. Y hacía cuatro, porque había perdido el metro. ¿Sabes cuando te encuentras en ese fino pero volátil equilibrio y te mantienes ahí aun a sabiendas de que vas a acabar reventando como una palomita en un microondas? Pues yo era la palomita. Y había explotado por un vagón de metro y un vaso de agua.

Seguía contestando mensajes como si nada, y evadía alguna posible quedada o visita con pobres pero eficientes excusas. No quería una intervención, quería fundirme con el sofá hasta que fuéramos solo uno. El caso es que no me sentía triste ni agobiada, estaba como anestesiada. Sabía que en algún momento tendría que salir al mundo real a hacer algo más que trabajar, pero, por ahora no me apetecía hacer nada. No sé cuántos días fueron, porque no los conté. Sé que fueron muchos cuando, voluntariamente y sin que

nadie me lo pidiera, después del trabajo, acudí a comer al bar donde trabajaba mi hermano, cosa que aún no había hecho a pesar de sus miles de sugerencias. El caso es que tras andar el espacio que había entre la parada de metro y el restaurante en cuestión, me sentí como si hubiera salido comprimida de un cajón. Mi hibernación había durado tiempo, sí. Comer sola nunca había sido mi gran pasión, de hecho, era una de esas pequeñas cosas que siempre me habían dado vergüenza hacer, incluso allí, sabiendo que mi hermano estaba en la cocina.

Superé mis prejuicios y me senté donde me indicó el camarero. Le pedí que le dijera a Nacho que estaba allí y que me trajera lo que él me aconsejara, y que no era necesario que saliera. El local estaba bastante bien, decorado con muy buen gusto; no tenía terraza ni demasiadas mesas, pero apenas había alguna libre. Estaba tomándome un refresco, pues no me apetecía alcohol, cuando vi a mi hermano salir de la cocina, con el delantal puesto y quitándose el gorro negro a juego.

Pensaba que vendría a mi mesa, a pesar de que había dicho que no era necesario. Me sorprendió más todavía ver que no se fijaba en mí, sino en una chica de melena larga y negra que acababa de entrar. Le dio un abrazo y un beso rápido.

Alba.

Ambos fueron hacia mí. Él, feliz; ella, un poco más tensa de lo que cabía esperar. Me levanté cuando estaban a punto de llegar a mi mesa.

—Lara, esta es Alba. Alba, mi hermana Lara.

—Mucho gusto —dijo la chica de tez morena y ojos oscuros. Realmente era muy guapa. Me adelanté para darle dos besos, gesto que ella correspondió enseguida.

—Vaya, no sabía que ibais a coincidir hoy, pero me alegro mucho —intervino mi hermano mientras nos sentábamos—. Llevaba suplicando a Lara que viniera hace tiempo, y no sabía que sería hoy.

—¡Nacho! —Se oyó la voz de un compañero, llamándole a gritos.

—Tengo que irme, luego nos vemos.

Se despidió de mi inesperada —muy inesperada— acompañante con un beso rápido y sonoro en la mejilla y nos dejó a solas. Tardé un poco en romper el silencio. Ella parecía igual de tensa, pero no le di importancia. Más que nada, porque estaba conociendo a su cuñada, y eso podía poner tenso a cualquiera. Me habló un poco sobre su vida, su trabajo, e incluso de mi hermano. Tuve la sensación durante toda la conversación de que era yo quien la forzaba a hacerlo. Era una de esas situaciones en la que me sentía obligada a preguntar y hablar, y tirar del carro en general para que la situación no se volviera incómoda. Mientras la escuchaba, había otra cosa que me atormentaba, y es que me resultaba familiar, aunque no lograba ubicarla, lo cual me estaba matando.

En uno de esos momentos en los que el silencio amenazaba de nuevo, se me ocurrió preguntarle directamente:

—Perdona, Alba: ¿nos conocíamos de antes? Es que tu cara me resulta familiar.

Ella me miró unos segundos, evaluando la situación.

—Creo que no, aunque ahora que lo dices… No sé, supongo que estaré confundida. ¿Y qué tal te llevas con tu hermano?

Me sorprendió el cambio de tema en la misma frase. Una vez más, no le di importancia.

—Es un idiota, pero siempre hemos tenido muy buena relación. Me alegra mucho tenerle de vuelta.

—Estoy de acuerdo en que es un idiota, pero uno que merece la pena —bromeó, para acto seguido meterse el tenedor en la boca.

El almuerzo fue perdiendo algo de tensión a medida que iba avanzando, y, para qué mentir, la comida estaba buenísima, lo que ayudaba bastante. Seguimos contándonos algunas cosas superficiales, conversación que fue interrumpida por el sonido de su teléfono. En cuanto vio el mensaje, me dijo que tenía que irse. No me importaba demasiado, podía tomarme el café sola. Avisó a mi hermano. Cuando los vi despedirse en la puerta del local, caí en la cuenta.

Ya sabía de qué conocía a Alba. Ahí se me atragantó el café.

Mi hermano fue hacia mí. Yo sentía cómo se me iba yendo el color de la cara.

—¿Qué tal? ¿Qué te ha parecido?

No recuerdo qué le respondí. Salí de aquel lío como pude y me largué.

Nunca había tenido tantas ganas de ir a currar. Mi trabajo no me disgustaba, tampoco es que fuera cantando chirigotas por el camino, pero no me daba demasiados dolores de cabeza y el ambiente no era desagradable. Era pasable. Pero ese no era el tema. El tema es que me moría de ganas de ver a Juancho, mi compañero. Y no, no me apetecía ligar con él. Es que creía firmemente que él podía salvarme del quebradero de cabeza que tenía desde que había conocido a Alba. Así que, como su departamento y el mío no tenían nada que ver, esperé estratégicamente hasta el descanso para atacarle sutilmente.

—Buenos días.

—Buenos días, Lara. ¿Qué tal?

—Bien, bien. ¿Y tú?

Iba a contestarme, pero yo estaba demasiado impaciente para escuchar cosas que no me interesaban en ese momento. Dejé la

educación y los buenos modales y me lancé a hacer la pregunta disimuladamente.

—Oye, la chica esa que llevaste a la última cena de Navidad… —Me miró de hito en hito, sin entender—. Sí, esa que era muy guapa, con melena y ojos negros, ¿cómo se llamaba?

Miss sutileza era mi apodo.

—¿Te refieres a Alba?

—Sí, esa chica.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó, mirándome curioso con aquellos fríos ojos azules que nada tenían que ver con su personalidad afable y bonachona.

—Nada, es que me pareció verla el otro día por la calle. Ha venido aquí alguna vez también, ¿no?

—Sí, hace un par de semanas se pasó por aquí, porque se me olvidó la comida.

—O sea, ¿que vosotros sois…? ¿Sois…?

—¿Pareja? —Juancho respondió con otra pregunta, algo confundido.

Me cago en todo lo cagable.

—Eso, pareja. ¿Lleváis mucho juntos?

—Casi seis años ya, y tres viviendo juntos.

Se me estaba bajando la tensión por momentos.

—Genial. Me… me alegro mucho.

—¿Gracias? Oye, ¿te pasa algo, Lara?

Pensé en soltarlo todo. Que no me la había cruzado por la calle, sino que había comido conmigo justo después de que mi hermano me la presentara como mi cuñada. Juancho no se lo merecía, o eso creía. Ni mi hermano. Joder, mi hermano va a flipar cuando se entere de que se ha convertido en el protagonista de un culebrón.

Qué pequeño era Madrid cuando pasaban estas cosas, ¿no?

—No, nada, nada. —Cuando abrió la boca para insistir, le interrumpí—. Bueno, me voy, que ya he terminado mi descanso.

—¿Ya? Llevas cinco minutos aquí, ni siquiera te has terminado el café.

Miré el vaso de plástico en mi mano.

—Es que soy muy lenta —me excusé— y ya llevaba un rato por ahí antes de venir aquí. Bueno, adiós, ¿eh? Ten un buen día.

Me senté en mi escritorio y no me despegué de allí en lo que quedaba de jornada.

Eso sí, de camino a casa no paraba de pensarlo. Le estaba poniendo los cuernos a mi hermano. O más bien, mi hermano era el otro. En alguna —más de una— ocasión, no había pensado bien de Alba, pero jamás, jamás, jamás se me habría ocurrido lo que en realidad pasaba.

Joder, hermano, la que has liado.

Me dolía la cabeza de darle vueltas a lo mismo: ¿debería decírselo, o sería meterme donde no me llaman? ¿Me creería, o me cargaría la relación con él? No tengo razones para mentirle, pero es cierto que en ese tipo de situaciones te niegas a verlo. Me iba a explotar la cabeza si no hablaba con alguien.

Mientras cogía el ascensor, busqué en mi teléfono. La primera opción, Julia, no era la persona indicada por lo que arrastraba con mi hermano, así que pulsé el nombre de Mario en la pantalla. Para cuando llegué a mi planta, ya había desistido. No parecía estar disponible.

Allí, en mi puerta, había una imagen que, de no ser porque ya venía infartada, me hubiera hecho llamar a la ambulancia. Álex estaba de cara a mí.

—¿Álex? —pregunté estúpidamente.

—Quería hablar contigo.

Aquello supondría un nuevo ataque al corazón, aunque mi cabeza estaba en otra cosa. No tenía cabida para asumir otras desgracias. Miré la pantalla del móvil: Mario seguía sin dar señales.

—Yo también.

No pudo evitar sorprenderse. Yo también lo haría si estuviera en su lugar.

—¿Tú también? —Asentí, totalmente convencida.

Necesitaba hablar con alguien, aunque fuera él.

—¿Nos tomamos algo en el bar de la esquina?

Me miró vacilante unos segundos antes de aceptar. No podía culparle: si días atrás me hubieran dicho que yo iba a pronunciar esas palabras en su presencia, tampoco lo hubiera creído.

Me mantuve en inquebrantable silencio en el poco tiempo que tardamos. No abrí la boca hasta que estuvimos sentados y llegó el camarero. Mis impulsos solían acabar mal. Idea que se aferró más a mi mente cuando sonó mi móvil. Mario había visto mis llamadas, pero ya era tarde, ya estaba metida en el barro. Lo silencié y di un sorbo a mi bebida fría.

Íbamos a hablar los dos a la vez, de hecho, abrimos la boca al mismo tiempo. Tomé la iniciativa.

—Si tú supieras algo de alguien… —vacilé—, si conocieras un secreto que… —Miré a la nada, carraspeé y volví a comenzar—. He descubierto algo de… alguien.

Premio a la mejor comunicadora del año para Lara…

—Sí, es lo único que me ha quedado claro —respondió entre risas.

Le miré mal y continué rápido, ignorando su ofensiva ironía. Pensé en andarme más aún por las ramas, pero no era lo mío precisamente, así que opté por otra estrategia.

—El caso es que, de casualidad, he descubierto que la novia de un conocido mío le está poniendo los cuernos. Él está ilusionado, y…

—… Y tú no sabes guardar un secreto.

Fruncí el ceño ante tal ofensa.

—Claro que sé.

—Oh, ¿en serio? Será ahora, porque antes eras incapaz de ocultar hasta lo más simple, como un regalo o una cena sorpresa. ¿Te acuerdas cuando…?

—Ya he madurado —le interrumpí.

Murmuró un «seguro» que no se escapó de mis oídos.

—Bueno, déjalo, ya le pediré opinión a otra persona.

Di un trago a mi bebida y agradecí al camarero cuando dejó la primera ronda de platos en nuestra mesa, prácticamente dando por terminada la conversación. Álex dio un bocado y tanteó con sus dedos el botellín. Sabía que estaba pensando algo, pero no pensaba preguntarle.

—Si no tienes mucha confianza con el chico en cuestión, no se lo diría.

Levanté la mirada para clavársela, a pesar de que no estaba interesado en mantenerme el contacto.

—¿Y si la tengo?

Me devolvió la mirada.

—Sinceramente, no creo que sea asunto tuyo.

—Pero…

—¿Pero? —Me mordí la lengua. Sonrió relajado—. Ya tienes decidido que vas a decírselo, ¿no?

Tragué duro.

—Supongo que solo quiero que alguien esté de acuerdo conmigo —confesé—. Eso, y que me acompañe a decírselo. ¿Te ofreces voluntario?

Se rio.

—¿Significa que yo también conozco al cornudo? —Le miré mal y sacó esa media sonrisa que ponía cuando estaba ligeramente incómodo—. Retiro la pregunta, no hace falta que…

—Es Nacho —confesé de pronto.

—¿Nacho? —repitió perplejo, dejando el tenedor de nuevo en su sitio—. ¿Cómo que es Nacho?

Resumí la historia todo lo que pude, incluido cuando me sentí Sherlock Holmes yendo detrás de mi compañero disimuladamente.

—¿Estás segura de que es la misma Alba? Madrid es muy grande para tanta casualidad.

—Segurísima. Entiendo que no es cosa mía, pero ¿cómo me voy a callar esto?

Se echó hacia atrás en la silla.

—No podría callármelo ni yo.

—Gracias —respondí con ironía—. Entonces, ¿qué?

Tardó un poco en contestar. Cuando lo hizo, tampoco fue de mucha ayuda.

—Déjame darle una vuelta, a ver qué se me ocurre —dijo finalmente, ya que no paraba de mirarle, suplicando que tuviera alguna de sus ideas.

Pecando de impaciente, y también con la realidad muy presente, podía prever que aquello iba acabar igual que empezó: con mucha angustia y cero ideas. Tendría que decírselo, y punto. ¿Alguien conocía la mejor fórmula para dar malas noticias? Dudaba que existiera. Una mala sensación me subía desde el estómago hasta la garganta, impidiendo que pasara nada más.

Sentía nerviosismo. También, aunque estuviera feo decirlo, sentía pena por mi hermano, y enfado con Alba. No podía evitarlo. A lo largo de mi vida y la de mi hermano había muchas diferencias,

algunas de ellas casi irreconciliables. Había una que ambos parecíamos llevar en los genes, y era lo poco arriesgados que éramos en el amor. Era una mezcla de mala suerte y poco riesgo. Y para una vez que Nacho se tiraba a la piscina, estaba vacía. Y también estaba enfadada con Alba, porque, qué quieres que te diga, yo podía hacerle de todo a mi hermano, pero solo yo. No conocía su versión, si es que algo la justificaba; tampoco sabría si yo querría conocerla.

—¡Eh! —una mano estaba moviéndose delante de mi cara—, ¿sigues en mi mismo planeta? —Le miré con el ceño fruncido—. ¿Te has quedado en blanco o estabas pensando en un buen sitio donde enterrar a Alba?

Si no te enterré a ti…

—Lo cierto es que es una putada. Se va a llevar un buen palo cuando se entere —continuó.

Asentí. Le estaba escuchando, y al mismo tiempo estaba distraída. Dejé los cubiertos sobre la mesa y me eché hacia atrás, recostándome en la silla.

—¿En qué piensas? —insistió, viendo que no podía sacarme ni una palabra.

—En eso, que es una putada, como tú mismo has dicho. Y, además, muy injusto —aseveré—. Mi hermano no se ha enamorado en su vida, no de esa manera, al menos. Nunca ha corrido riesgos de ese tipo, al punto de venirse a Madrid por ella. Y para una vez que lo hace… No debería haberlo hecho. Si me lo hubiera dicho cuando lo estaba pensando, le hubiera pedido que se lo hubiera tomado con más calma.

—Probablemente, por eso no lo hizo —dijo claramente, aunque en un tono de voz más bajo de lo habitual, como si temiera que me

enfadase. No lo hice, porque era más que posible que esa fuera la razón—. Bueno, ya sabes: el que no arriesga, no gana.

—Eso está muy trillado, yo diría que ya ni se lleva.

Se rio.

—Pero sigue siendo verdad. Es lo que implica arriesgarte: puedes encontrar algo mejor, peor, o directamente no encontrar nada. Puedes sentirte mejor o arrepentirte.

Si hubiera estado más avispada en ese momento, y mi cabeza más abierta a otro tema que no fuera mi hermano y su papel principal en ese culebrón, hubiera entendido que la conversación se estaba yendo por otros derroteros. Es más, lo hubiera hilado con ese «yo también» que respondió cuando le pedí hablar con él tras encontrarle en mi puerta. Exacto, en mi puerta; aún no había caído.

Bebí un sorbo.

—Supongo.

Escribí un «no era nada importante, ya te llamaré» a Mario, que no paraba de insistir por mensajes. Claro que estaba mintiendo. Si no, no me dejaría en paz.

—¿Alguna emergencia por la que salir corriendo?

Lo dijo en un tono de broma que no entendí. Él iba un par de pasos —o más bien, un par de kilómetros— por delante de mí. Álex creía que yo pondría alguna excusa para irme. Yo seguía ajena a lo que se me venía encima.

—Llamé a Mario antes, pero no me lo cogió. Quería saber si estaba todo bien.

—¿Para contarle lo de Alba?

—Claro. No puedo recurrir a Julia, no sé por qué… No quería meterla, de momento. Ya sabes lo que arrastra con mi hermano. —Él asintió, pues en su momento le tuve al tanto de lo que *no* pasaba entre ellos—. No me cogió el teléfono, y entonces apareciste tú.

Estaba bastante desesperada, si no, no estaríamos aquí —me justifiqué, a lo que él sonrió con humor—. A todo esto, ¿qué hacías tú en mi casa? ¿Más olvidos en la compra?

Bromeaba, porque realmente no tenía cabeza para pensar que fuera algo más serio. Pobre e inocente criatura.

—No, ya me diste sal para toda una década. Quería hablar contigo, pero te me has adelantado con tu drama.

Mi intuición me puso un poco en alerta. Como tantas veces hacía, no le hice caso.

—¿Tú también tienes drama?

—Bueno, nunca terminamos nuestra conversación.

Ahí sí que tensé hasta músculos que no sabía que tenía. Era un palo de madera en aquella incómoda silla de bar. Aun así, pensé que estaba disimulando bien, que no había hecho ningún gesto o movimiento que me delatara. Cuando me fijé en su expresión, supe que mi cabeza era transparente. Podía leer todos mis pensamientos arremolinándose como un torbellino.

—¿Qué? ¿Te he cortado la digestión?

Carraspeé, disimulando.

—Tengo entendido que eso es un mito, pero no estoy segura. Puede que yo sea la prueba viva de que no lo es.

Se rio. Y a mí me dio un poco de rabia, porque parecía que para él nunca pasaba nada, nunca nada era demasiado serio, y yo siempre era la que acababa con reflujo y una cita en el fisioterapeuta después de los disgustos. En ese sentido, me daba envidia. Me gustaría tomarme la vida con esa calma de que todo tiene solución, y esa seguridad para saber que tú sabrás cómo actuar. Yo no era bendecida con ese don; él sí.

Se acercó el camarero para preguntarnos si necesitábamos algo más. Pedí la cuenta como acto reflejo.

—¿Eso de pedir la cuenta es una indirecta? —preguntó delante del camarero, que había traído el datáfono.

—Hemos terminado, ¿no? ¿O querías algo más? —pregunté, haciéndome la loca.

No nací para actriz, a pesar de haber estado apuntada a teatro cuando era pequeña, porque se rio sin ningún reparo.

El camino se me estaba haciendo pesado, tal vez porque estaba tan tensa que parecía que cargaba con una armadura de hierro, preparada para una posible batalla en la que saldría herida de nuevo. Álex, en cambio, caminaba con la ligereza de una pluma, lo cual me hacía sentir más estúpida si cabía. Tal vez porque él sabía que tenía las de ganar; tal vez porque él no lo veía de la misma manera que yo. No lo veía como una batalla, sino como una conversación pendiente que nos serviría a ambos para liberarnos de lo que llevábamos dentro, de todo lo que se había enquistado. ¿Qué psicópata lo vería de ese modo?

Solo Álex.

Me despistó que cambiara el camino sin avisar, desviándose a la derecha. En mi fuero interno, esperaba que fuera una de esas situaciones que se quedan en el aire, como tantas otras veces había pasado.

—¿Adónde vas? —pregunté, abriendo la boca por primera vez desde que nos despegamos del bar.

—A por el postre. Puedo, ¿no?

—¿Quieres endulzar el momento antes de darme otro de tus disgustos? —bromeé, poniéndome a su altura.

—Más o menos, sí.

—¿Sigue por aquí la heladería esa que tanto te gustaba?

—Sí, en el mismo sitio.

No dijo nada más. Tampoco hacía falta ser Sherlock Holmes para saber dónde acabaríamos. Nos sentamos a la mesa más alejada e íntima del local, aunque él duró poco, pues se alejó a la barra para pedir. Hizo amago de irse y volvió a mirarme. Por primera vez esa noche, le vi nervioso: no sabía dónde poner las manos.

—¿Te traigo lo de siempre o…?

—Lo de siempre está bien —le corté.

Durante mi vida pocas veces había cambiado los sabores de helado; era una privilegiada que, a muy corta edad, había descubierto los mejores del mundo. ¿Para qué probar más? Álex, sin embargo, era uno de esos bichos raros que cambiaba de sabor cada vez que tomaba uno, alegando que tenía curiosidad por seguir probando. Un desequilibrado, eso es lo que era.

Le esperé con los brazos abiertos cuando le vi regresar con mi tarrina.

—¿De qué lo has pedido esta vez? —pregunté, asomándome al suyo.

—De limón y coco. —Le miré con decepción: no era nada innovador—. No he arriesgado mucho esta vez. Creo que últimamente le he cogido cariño a eso de estar seguro.

No entendí muy bien a qué se refería, y dudaba que quisiera hacerlo.

—¿Quieres probar?

Negué con la cabeza, y él se metió una cucharada del suyo en la boca.

—Solías arrastrarme aquí muchas veces, ¿recuerdas?

Lo preguntó sin retirar la vista de su helado, mareándolo con la cuchara.

—Es la mejor heladería de todo Madrid —dije con la seguridad de quien repartía las estrellas Michelin.

Disimuló una sonrisa.

—Lo dices como si hubieras probado más de tres o cuatro.

No hice caso a su comentario, contestando con naturalidad mientras jugueteaba con la cuchara.

—¿Para qué voy a probar más si ya estoy segura?

Me miró como si acabara de inventar la electricidad o de revelarle alguna verdad absoluta que él no conocía. Yo desvié la mirada, buscando encontrar algo nuevo en el local. No tardé más que unos segundos en reparar de nuevo en él. No sabía quién estaba siendo más intenso. Él había dejado atrás esa preocupación que siempre lo disfrazaba; incluso tuve la tentación de mirar a la puerta, por ver si la había dejado allí. Resultaba imposible saber cuál de las dos actitudes era la de verdad. Me decanté por pensar que él mismo era una mezcla de ambos y que, dependiendo de la situación, una parte ganaba terreno a la otra momentáneamente. Parecía que su mirada me traspasaba, y yo iba sintiendo cómo se abría un agujero en mi pecho. Sé que el aire seguía pasando por mi garganta porque aún estaba viva; el latido de mi corazón me bombardeaba los oídos, y podía notar cómo intentaba escapar de mi pecho. Sentía tenso cada músculo del cuerpo, hasta aquellos que acababa de descubrir. Tenía una sensación de opresión de la boca del estómago a la garganta, y un cosquilleo en la yema de los dedos. Mantenerme sentada sin romperme por completo me suponía todo un reto que no sabía si cumpliría mucho más tiempo.

Así que sí, probablemente yo también estaba siendo intensa. O eso, o me estaba muriendo. Debería haber mirado los síntomas en Google, por si acaso.

Desvió la mirada a la tarrina. Parecía que su mayor objetivo era marear el helado con la cuchara todo lo posible.

—No estoy acostumbrado a pensar que ya conozco lo mejor y que no necesito más opciones.

Si justo ahí, cuando pronunció la última palabra, hubiera sonado la banda sonora de *Titanic,* aquella de Céline Dion, juro que no hubiera desentonado. Aquella era la vida real, y lo único que sonó fue la puerta de la calle, marcando una nueva entrada. No fui capaz de articular palabra los primeros segundos.

Con esas últimas palabras tan fuera de lugar, creo que me planté ante esa sinceridad desbordada que me estaba derritiendo el helado antes de tiempo.

—¿Estás aprovechando que estoy pensando en otra cosa para lanzar indirectas cada treinta segundos, o es cosa mía? —Sonrió para sí—. Ni siquiera te estoy entendiendo bien, y no sé si me gusta. —*Así que, preparada o no, te lo voy a preguntar directamente*—. Toda esa historia de Amanda y de tus viajes…

—Que no me dejaste terminar…

—Creo que ahora mismo solo quiero saber una cosa: ¿por qué volviste?

De vez en cuando, yo también tenía mis momentos de lucidez. Bueno, no sabía si llamarlo exactamente lucidez, ya que nunca estaba segura de si era algo positivo o no. ¿Me hundía más, o era un impulso para seguir a flote? Nunca se sabría.

No sé exactamente cómo explicar lo que pasó a continuación. No sabía si Álex quería hacerse diminuto para escaparse por la primera grieta que estuviera a la vista o si estaba sopesando qué decir. Tal vez era un día de esos que se escondía tras las indirectas, pero no era capaz de enfrentar la situación.

No podía estar más equivocada, y tan solo tardaría unos momentos más en hacérmelo saber.

—Porque creía que me había dejado algo atrás. Y no me equivocaba.

—¿El qué?

—Tú. Nuestra vida juntos.

Juraría que el tiempo se había ralentizado si no fuera porque el helado que quedaba se seguía derritiendo. Inspiré hondo porque tuve la sensación de que, por unos segundos, se me había olvidado hacerlo.

Lo ha dicho. Joder, lo ha dicho.

Le miré, buscando alguna pista que me dijera que estaba mintiendo o que no había dicho lo que yo había oído, que era una especie de delirio por una intoxicación por el helado. ¿Era seguro de que estaba en buen estado? No lo creo. O eso, o alguien saldría con un ramo de flores de alguna esquina. Estaba totalmente segura de ello, solo tenía que fijarme un poco más…

Alejé la tarrina de mí, empujándola al centro de la mesa. De pronto, necesitaba espacio.

Inesperadamente, sentí un picor en los ojos bastante familiar que hacía tiempo, mucho tiempo, que no volvía. Era una sensación de vulnerabilidad que no me gustaba, porque me lo había hecho pasar mal en otro momento. Justamente cuando él se fue. Cuando transcurrieron esos últimos días, y los primeros sin él. Tras lo que yo creía que era superarlo, que no fue más que hacer algo más con mi vida que salir de la cama para trabajar y comprar los víveres necesarios para sobrevivir, ya no lo tenía tan presente. Aunque, cuando menos me lo esperaba, volvía, como un tsunami que empezaba en algún punto de mi cuerpo y lo arrasaba todo, dejándome en el punto de partida otra vez. No quería volver a ese punto de nuevo. Y menos allí. Con él.

Además, ya estaba superado. Superado de verdad. Aunque lo recuerde, porque no tengo amnesia, ya no tiene importancia. Así que hice lo que creía que era mejor: parpadear varias veces para eliminar el picor, enterrar esa vulnerabilidad en algún lugar donde no me molestara y ponerme la armadura, la más resistente y gruesa que tenía en mi repertorio antes de hablar.

—Esta no es buena idea. De hecho, es la peor idea que has tenido en toda tu vida —dije totalmente seria. Iba a hablar, y sabía que no me iba a gustar lo que iba a decir, así que le hice callar—. Te lo digo en serio. ¿Te das cuenta de que solo has vuelto porque te has aburrido de tu emocionante y loca vida? Exactamente lo mismo que hiciste conmigo. —Se encogió un poco—. Apareció algo más brillante delante de ti y, de repente, lo nuestro te resultaba aburrido. Te largaste sin mirar atrás. Y ahora apareces aquí, ¿y qué? ¿Pretendes que yo haga como si nada? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que encuentres algo más interesante que hacer en el culo del mundo y yo me quede otra vez sola y rota? —Lo solté desde lo más hondo de mí, sin pretender que me contestara a alguna de las preguntas. Solo quería sacar lo que tenía enquistado, y no era todo, pero en algún momento tenía que parar para respirar; y, aunque en algunos momentos lo deseaba, yo sabía que no era justo echarle toda la mierda encima, porque yo…—. Sé que yo tampoco estaba en mi mejor momento. Estaba en pleno cambio de empresa, tenía problemas personales, y estaba insoportable. No estaba segura de nada, ni siquiera de mí misma. —Me preparé para confesar algo que nunca había reconocido en voz alta, ni a mí misma—. Lo único de lo que estaba segura era de ti, de lo que teníamos, y sé que no está bien, porque te pasé una responsabilidad que no te correspondía. Supongo que por eso no me comentaste nada hasta que lo tenías

todo decidido, y por qué también, cuando cerraste la puerta, me pareció el fin del mundo.

Durante mi discurso no le perdí de vista en ningún momento. Vi cómo me devolvía la mirada. Yo la desvié en otros, cuando decía algo que le avergonzaba. Esperó por si decía algo más, aunque yo tenía la boca seca. Él suspiró antes de hablar. Esta vez no se lo impedí.

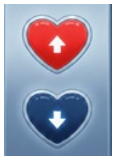
—Es cierto que no estábamos en nuestro mejor momento y que me sentía presionado, aunque no podía decírtelo. No lo entendía demasiado; siempre te lo había podido contar todo sin problemas, nos comunicábamos bien, pero no me sentí capaz de contarte nada. Ni cómo me sentía ni lo que estaba pensando. Creía que empeoraría las cosas. Y sí, hui, y no fue la mejor decisión. Pero no puedes acusarme de que fue porque me crucé con algo mejor que tú. Sabías que llevaba esperando una oportunidad así mucho tiempo. Estaba a gusto en el centro de rescate, sí, pero, joder, era una gran oportunidad. Y no te voy a mentir, lo he disfrutado, muchísimo. No me arrepiento. —Reconozco que sentí que se me clavaba una aguja en el centro del pecho—. También te he echado de menos. Y he pensado mucho en cómo, de todas las opciones que tuve para manejar aquello, escogí la peor.

—Supongo que ambos hicimos cosas mal. Estábamos en distintos puntos. Yo estaba en pleno cambio y solo quería estabilidad, y tú… tenías tu vida en calma, pero querías cambiarlo todo. Tuvimos nuestra oportunidad, y la desperdiciamos.

No tenía ganas de sonreír, y lo hice. Él copió mi gesto.

—Ahora también la tenemos. ¿Vamos a repetir los mismos patrones?

Capítulo 25



La pregunta aún resonaba en el aire y estaba tallada en mi mente. Lo importante no era que se hubieran alineado los astros ni cómo me las había arreglado para esquivarlo durante el camino de vuelta a casa, sino cómo me respondería a mí misma. Por mucho que lo pensaba, no tenía la menor idea, lo que se traducía en que, mientras Mario y Julia hablaban de temas trascendentales, de los cuales no debía perderme ni una coma, estaba ausente.

—¿Y Toni? ¿Qué tal está? —preguntó Mario sin parar de remover el hielo de su bebida. Era casi hipnótico.

—Eso, ¿superasteis ya vuestra primera crisis?

—Bueno…, más o menos.

—¿Aún está con el drama de lo de mi hermano? ¿No es un poco exagerado?

La mirada que me lanzó fue suficiente para arrepentirme de aquellas dos frases antes de terminarlas. Ya, ya sabía que yo era una reina del drama, pero eran cosas totalmente distintas. Con ese gesto supe que Julia no estaba dispuesta a dejar aquella insolencia sin réplica, aunque, por primera vez en mucho tiempo, me alegré de tener un hermano, y de que apareciera justo en ese momento. Julia se calló; no quería sacar ese tema delante de él. Para Nacho no había tenido importancia, lo cual definía perfectamente lo que había

sido su relación a lo largo de los años. Él hacia las cosas con la misma delicadeza que un elefante en una cacharrería, y ella callaba, porque sabía que él no lo consideraba importante.

Tras una tibia conversación de introducción sobre el trabajo, lo caro que estaba todo y temas de *viejóvenes* resentidos con la sociedad por no haber cumplido con lo que le prometieron de pequeños, Nacho, sin saberlo, abrió la caja de los truenos.

—¡Oye! ¡Que no me has dicho nada! ¿Qué te pareció Alba?

¿Habéis visto las típicas máscaras de Halloween con una sonrisa tan siniestra que aparece en las peores pesadillas? Más que una sonrisa, es una mueca grimosa y terrorífica. Si hubiera tenido un espejo delante de mí, estoy segura de que esa era mi expresión cuando, relajadamente, mi hermano me hizo esa pregunta.

—Bien —dije sin dejar de sonreír, aunque me tiraba tanto que dolía.

Mi hermano, el ser con menos capacidad para leer las emociones del resto de los mortales, se quedó con la misma expresión. Por el rabillo del ojo pude ver que Mario y Julia me miraron con sendas expresiones de sorpresa. Una mezcla entre desconfianza y no entender nada.

—Es una chica genial, ¿verdad?

—Sí, bien —repetí con la misma expresión.

Fue tan obvio que hasta Nacho se dio cuenta de que algo pasaba. Frunció el ceño.

—¿Qué te pasa? ¿Te has comido algo en mal estado o qué?

—No, que sí, que me parece bien. Quiero decir que es maja.

Mi hermano insistió un par de veces más. Me agobié, casi podía notar las gotas de sudor bajándome por la nuca de la tensión. Afortunadamente, mis amigos, mucho menos amebas que Nacho, salieron a la batalla y le distrajeron para cambiar el tema. El

problema fue que tampoco escogieron uno mucho mejor, y ahora era Mario el que estaba sudando como si hubiera comido chiles.

—¿Y tú estás bien? Estás como distraído —dijo Julia.

La pregunta iba dirigida directamente a mi amigo, que parecía deslumbrado por unos focos en mitad de la noche.

—Sí, bien.

Nacho miró a Mario y después a mí, varias veces.

—¿Os habéis puesto de acuerdo para no decir más de dos palabras seguidas?

Yo resoplé, y Mario rodó los ojos; justo después dio un largo trago a su bebida. Se avecinaba drama. Drama del bueno.

—Queda poco para la boda de Mara.

Por supuesto.

Como nadie rompía el silencio y yo podría ser más bruta que un bocadillo de magdalenas, lo hice yo.

—Bueno, no es una sorpresa, ¿no? —Sentí la mirada de Julia reprendiéndome instantáneamente—. Quiero decir: sabías la fecha.

Intenté suavizar mi primera frase. Por la cara de Mario, supe que no surtió efecto.

—Sí, pero…

—¿Pero? —repitió Nacho, dejándose llevar por su alma cotilla. Él creía ser uno más del grupo, y ninguno parecía estar molesto por ello.

—Es distinto cuando llega el momento. —Hizo una pausa—. Además, no voy a decir que nos hayamos prometido nada, pero…

Chupito por cada "pero".

—Sí habíamos hablado algo.

Ay, Dios, ilumíname o elimíname

—¿Cómo que habíais hablado algo? —A Julia le faltó poco para saltarle a la yugular, literalmente—. ¿En serio, Mario? ¡Se va a casar!

Ya es bastante feo lo que estáis haciendo para que encima…

—Bueno, si ya lo han hecho, igual no deberían casarse —intervino Nacho—. Yo no podría perdonar unos cuernos.

Le miré fijamente, como si me estuviera dando una señal.

—¿No? ¿No podrías? —insistí, a lo que él negó, ligeramente desorientado por mi repentina intensidad.

—Los cuernos tienen que doler, y se podrían perdonar, pero… ¿y la confianza? Dudo que pudiera recuperarla.

Dios, he cambiado de opinión. Por favor, elimíname directamente.

Mario carraspeó, volviendo a ser —justamente— el centro de la conversación.

—Me encanta que los hermanos aprovechéis para conoceros mejor, pero, si no os importa, necesito algo de luz. Si sigo pensando a solas, acabaré por tirarme de un puente.

—Aquí no hay puentes cercanos —dije yo, totalmente convencida.

Julia sonrió detrás de su copa. A Mario no le hizo mucha gracia.

—Gracias, Lara, eso me es de mucha ayuda.

Rodé los ojos.

—¿Qué quieres que te diga? —me quejé—. Se va a casar. Ya lo sabías. No tenías que haberte metido en ese berenjenal. ¿Qué te planteas? ¿Presentarte en la iglesia a esperar que el cura diga eso de «Si alguien tiene algo que decir…»?

—Creo que la frase no era así —apuntó Julia—. Además, ¿eso se dice de verdad, o es un mito?

Me encogí de hombros como respuesta.

—Chicas —nos llamó Mario, cada vez más exasperado—, no sé lo que me planteo. No sé si hemos llegado a la idea de plantearnos algo siquiera. ¿Tiene sentido?

—No —dijimos los tres al unísono.

A aquello le siguió un silencio solo perturbado por el ruido del resto del bar. Aproveché para fijarme detenidamente en mi amigo, y me dieron ganas de golpearme por no haberlo hecho antes. Las horas nocturnas que no dormía se le acumulaban bajo los ojos, creándole unas ojeras que parecían perennes en su piel. Estaba más pálido de lo habitual, y parecía haber perdido unos kilos que, a ningunas luces, le sobraban. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? El diagnóstico estaba claro: Mario tenía un mal de amores de manual. Y yo había estado demasiado centrada en mí para verlo. Nunca, en los años que le conocía, le había visto así. Y me apenaba de verdad que fuera por una relación que parecía tan imposible para todo el mundo menos para él. ¿No es lo que ocurría normalmente con este tipo de cosas? El protagonista era el último en darse cuenta de que el final estaba cantado desde el minuto uno.

—Yo la quiero. —Por un momento pensé que lo había imaginado. Cuando vi que todos estábamos mirando a Mario y que él parecía férreo en lo que había dicho, supe que no era posible—. Y ella a mí.

El leve suspiro de Julia rebotó en mis oídos como un huracán, aunque había sido casi imperceptible.

—Mario… —dijo Julia, dejando lo que pensaba en el aire.

El aludido la miró. Tampoco le dijo nada. En su lugar hablé yo, haciéndole esa pregunta que, creía, estaba deseando oír.

—¿Tú qué quieres hacer, Mario?

—¿Cómo que qué quiere hacer? —intervino Julia—. No hay nada que hacer, tiene que apartarse.

—No lo sé —murmuró mi amigo—. Hemos hablado tantas veces de esto, y no…, no llegamos a nada. Está asustada. Y yo también —reconoció—. Es la primera vez que… no sé qué hacer.

Si alguien sabía qué respuesta se le podía dar a eso, que apareciera allí en ese momento y la gritara, porque nosotros nos

quedamos estáticos, como si fuéramos parte del mobiliario urbano. Si era totalmente sincera, yo seguía encasillada en la primera reacción que tuve, aquella que gritaba con cada fibra de mi ser: «Sal de ahí». Escuchándole, podía hacerme dudar, y si dudaba yo, ¿cómo no iba a hacerlo él?

—Dice que nos quiere a los dos.

En ese momento sonó un clic en mi cabeza, algo conectó. No ponía cara a Mara, pero teníamos más de una cosa en común. La primera y más obvia: Mario. La segunda, que nuestro nombre solo se diferenciaba en una letra, y la tercera era la más complicada. Y es que ambas estábamos entre dos historias totalmente distintas. Y, joder, yo debería ser la primera en empatizar con ella, en saber lo difícil que es decidirse, y lo complicado que puede llegar a ser sin comerlo ni beberlo. Esa frase, ese «Nos quiere a los dos» me ancló los pies a la tierra. ¿Era posible querer a dos personas de la misma manera? Cada persona es un mundo; en el mío, yo no sería capaz de compartir a alguien de esa manera, pero esa era solo yo, un individuo entre un mar de gente.

—¿Qué pretende entonces?, ¿una relación abierta?

Esa voz fue la de Nacho. Mario, al principio, le despreció por creer que estaba burlándose de él. Al ver que no era así, se quedó muy serio. Aun así, no contestó.

Si en mi mundo no cabe querer a dos personas a la vez…, ¿qué estoy haciendo con Lucas y Álex?

—¿Y si está confundida?

Eso atrajo la atención de Mario, que me clavó la mirada de un modo que no supe si era curiosidad, miedo, enfado. Tal vez, todo.

—¿Y si no quiere a ninguno y solo está confundida? Que encuentres a la que crees que es tu persona y te decepcione, es duro. Las bodas son estresantes. Si ese chico no ha estado a la

altura, al menos como ella esperaba, puede que al conocerte y ver que tú estabas tan implicado hayas sido una especie de ¿sustituto?

Miré a mi alrededor, porque se instauró tal silencio que pensé que me había quedado hablando sola. Julia y Nacho me miraban con cautela. Lo de Mario era distinto, ahora sí estaba realmente enfadado. Y no sabía muy bien por qué.

—¿Qué pasa? ¿Que como tú eres incapaz de decidirte, Mara tiene que ser igual?

Aquello me impactó, no lo voy a negar.

—Quizás eres tú la que no quieres a ninguno, Lara, y quieres extrapolar tu situación a la mía. Solo estás jugando.

Bufé, ahora poniéndome a la altura de su enfado.

—¿Y no será que eres tú el que tiene miedo a no ser más que un pasatiempo para ella? Te has enganchado de alguien que se va a casar, Mario. De alguien a quien le estás preparando la puta boda. Te estás jugando tu puesto de trabajo. Pero sí, la que está jugando soy yo…

—Chicos… —dijo Julia, pero ninguno la escuchamos.

—Al menos yo me he enganchado de algo real. Tú estás fantaseando con un exnovio que te dio la patada y con otro que se cansó de ti después de tres veces. Por algo será.

Respiré hondo antes de contestar. Mario era un buen amigo y estaba pasando un momento difícil, tenso, y, joder, estaba enamorado de un imposible. Y, aunque estuviera pagándolo conmigo, no quería devolvérsela, así que bajé el tono al contestarle.

—Mario, entiendo que estés…

—Deja de decir cómo estamos los demás cuando no sabes ni dónde estás tú.

Volví a respirar.

—Si no estás preparado para recibir una opinión, no sé por qué la pides.

Julia le tocaba el brazo, intentando relajarle; no parecía que se bajara ni un poco de su enfado.

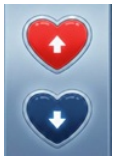
—A ti no se me ocurriría pedirte consejo sobre amor, no te preocupes.

Ahí ya me enfadé. Me enfadé lo suficiente para no intentarlo más.

—Pues, ya sabes, la próxima vez no me llames.

No sabría decir quién fue más bruto o cruel de los dos, porque yo también me había pasado. Sí sé quién se levantó primero.

Capítulo 26



En esos días en los que me sentí más sola que nunca, le di la razón a Mario en varias cosas: la primera, en aquella que dijo de que no sabía estar sola, y la segunda, que no era quién para dar consejos de amor. No me apetecía ver a Julia ni a Nacho, porque sacarían el tema y estaba dolida. Más bien, triste. Me entristecía mucho que Mario pensara esas cosas de mí y que se hubiera tomado tan mal mis palabras. Estaba claro que las buenas intenciones no lo eran todo, y tampoco creía merecerme aquella rabia, como si me hubiera tomado de saco de boxeo para desfogar lo que llevaba dentro. Julia también tenía un papel complicado y me había llamado para intentar suavizar las cosas. Nacho hizo lo mismo —probablemente por petición de mi amiga—, pero no quería hablar de eso, así que les pedí que pararan con el tema.

Decidí explorar un bar que siempre me había llamado la atención, uno de esos pequeños que te pillan de camino y que ves todos los días, pero que nunca entras. Esta vez me senté a una mesa pequeña y pedí una cerveza que no tuve prisa en terminar. Miré el móvil. Julia me había escrito por privado. Desde que pasó aquello, el grupo estaba silencioso. Había pensado en abandonarlo, pero tensaría demasiado la cuerda. Lo curioso es que, cuando abrí el mensaje de Julia, decía: «No hagas caso, sigue enfadado».

Efectivamente, Mario había abandonado el grupo. No me podía creer que una discusión sobre una chica hubiera originado aquello. Mario no era así; yo no era así. El enfado se disipó y fue sustituido por tristeza. Me metí en su conversación y tecleé algunas palabras de disculpa que acabé borrando. Lo hice varias veces, y concluí que no era un buen momento. Como en aquella discusión, las buenas intenciones no son suficientes, así que quizás aquello tampoco valiera de nada si seguía tan enfadado como para abandonar el grupo. Tenía demasiados frentes abiertos, y algunos no me gustaban nada. Ninguno, realmente. El único que parecía darme un respiro, ser una constante, era Lucas, a pesar de las conversaciones sin terminar. Nos seguíamos escribiendo, respetaba mis tiempos y espacios, y no huía, no desaparecía durante días, ni sacaba temas de los que no quería hablar. Era reconfortante tener a alguien así en tu vida, y al mismo tiempo me sentía egoísta porque le arrastraba a mi ritmo. ¿Y si nunca podíamos estar al mismo ritmo? ¿Y si…?

Cuando Nacho me llamó, cogí inmediatamente el teléfono. Aunque era una de esas personas con las que tenía que hablar seriamente y no me apetecía nada, quizás me ayudaría a distraerme. Así que, cuando preguntó dónde estaba, no dudé en invitarle a mi momento de soledad.

En cuestión de minutos lo tenía sentado delante, con una cerveza para cada uno; él, con aspecto cansado, y yo con una sonrisa tirante que casi dolía.

—Julia me ha comentado que la cosa con Mario sigue igual, ¿no? Se le pasará. No fue para tanto. Os enfrascasteis en algo absurdo. No deberías haber insistido, ¿sabes? Él ya sabe eso, pero está enamorado de esa chica.

Fruncí el ceño. Aquello me sentó mal, y lo notó.

—Los consejos no pedidos sientan mal.

—Te lo podrías aplicar entonces —respondí mordaz. Inmediatamente me arrepentí—. Lo siento, sé que me pasé, y sé que él también. Mi intención no fue dar un consejo que nadie me pidió; solo planteé una posibilidad. Además, sí que lo estaba pidiendo. Literalmente, nos estaba preguntando. ¿Qué querías que le dijera sino lo que pienso de verdad?

Nacho era de los que perdonaban rápido. No llegó a enfadarse antes de que me disculpara.

—¿Y no será que Mario tenía parte de razón en que estabas extrapolando tu situación a la de él?

Nacho estaba intentando tirar de toda asertividad y empatía para preguntarme lo que sabía que me incomodaba; aun así, me molestaba.

—La tiene, pero eso no le da derecho a decirme lo que dijo. ¿Tú no crees que Mara no pueda estar confundida entre la decepción de un hombre y la novedad de otro?

Nacho me dio la razón e insistió en que se nos iba a pasar, que una amistad no se iba a acabar por aquello. Yo también lo creía. De lo que no estaba tan segura era de que, si eso pasaba alguna vez, la confianza sería la misma. Esa era la parte más difícil de la decepción: recuperar una confianza dañada. ¿Cómo saber que no va a volver a ocurrir? No lo sabes. ¿Y cómo bajar la guardia ante la incertidumbre? Esa era la parte difícil, y la que yo no estaba segura de poder resolver algún día. Con Mario. Con Álex.

—¿Y Alba? ¿Pasáis ya más tiempo juntos o…?

Dejé la pregunta incompleta, porque la mirada que me lanzó me indicó que se había puesto en guardia. Era curioso cómo mi hermano podía ser tremendamente despistado para todo, pero con Alba siempre estaba con las defensas bien arriba. Como si en el fondo supiera que algo no andaba bien y no quisiera que nadie más

indagara en ello. Dudé si era el momento, pero es jodidamente complicado de saber, y no quería que se enterara por otra persona si Alba no era capaz de decirlo. Ante la respuesta vaga que me dio, apreté el vaso de la segunda cerveza, que seguía casi sin tocar, y fui más directa.

—Tengo que hablar contigo. Sobre Alba.

Por mucho que intentó disimularlo, se puso muy tenso.

—Mira, Lara, sospecho tu opinión sobre Alba, y si esto es…

—No es mi opinión. No te la daría sin pedírmela, aunque tú lo creas. —Mi enfado subía y bajaba como una montaña rusa—. Es algo que confirmé después de conocerla en el restaurante donde trabajas.

Nacho suspiró como si todo aquello le diera pereza.

—¿Qué es lo que crees que sabes?

Hice un esfuerzo por obviar aquel «crees» y seguí. Le conté todo, desde mi sensación cuando la conocí hasta mi conversación con Juancho, mi compañero de trabajo.

Nacho mantuvo la misma expresión de principio a fin, lo cual no fue muy esperanzador.

—Lara, sé que no te gustó cómo empezó esto y lo rápido que fue, pero ya somos mayorcitos y…

—Nacho, no me lo estoy inventando —le corté—. Mira.

Lo que hice a continuación era algo que suponía que iba a pasar. Abrí mi Instagram y busqué el de Juancho. A pesar de que no era muy activo, serviría: tenían una foto reciente juntos. Era Alba claramente, aunque no aparecía etiquetada. No hice ningún comentario irónico sobre el tema, que solo haría sangre. Nacho seguía sujetando mi móvil, mirando la foto fijamente.

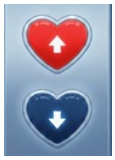
—Puede ser antigua o… —No dije nada—. Es cierto que esto encajaría con algunas cosas… —Seguí sin decir nada—. Tengo que

irme.

Su nombre se me quedó en la punta de la lengua. No me dio tiempo ni a llamarle antes de que dejara mi móvil en la mesa de malas formas y se largara de allí.

Lo que tenía aquella frase tan manida de «coger el toro por los cuernos» era que no se veían las consecuencias.

Capítulo 27



Julia no había tenido un buen día. Esa fue la razón principal por la que había aceptado verla; incluso la invité a cenar en su bar favorito. Uno que a mí no me gustaba tanto y que a ella le pirraba. Me contó algunas cosas que le habían pasado en los últimos días. Evitó mencionar a Mario, aunque podía leer en su cara las ganas que tenía de hacerlo, y suspiraba cada tres frases aproximadamente. Yo aproveché para contarle el papelón que me había tocado con Nacho, lo cual la sorprendió, aunque no tanto como debería.

—Había algo raro en lo de Alba… —Asentí—. Qué injusto, ¿eh? Lo que yo hubiera dado porque tu hermano hiciera algo mínimamente parecido por mí; lo hace por otra, y le pasa esto.

Contuve mi sorpresa al oír a Julia hablar tan tranquila de mi hermano, e hice lo mismo con esa sensación desagradable de saber cómo se estaba sintiendo. Pues, aunque ya no éramos nada, me había invadido el mismo sentimiento cuando supe lo de Álex y Amanda.

—Supongo que Alba no esperaba que Nacho liara todo esto. Lo vería como una aventura de verano de la que Juancho nunca se iba a enterar. La verdad, no la puedo culpar. A mí casi se me caen los pantalones cuando me contó por qué había venido. —Rio—. ¿Y Toni? No has vuelto a hablar de él. Al menos, a mí.

Últimamente tenía el don de la oportunidad, porque cada frase que salía de mi boca provocaba una tensión, a veces esperada, y otras, como esta, no.

—No estoy muy segura. Desde la noche que Nacho se puso pesado, las cosas no están igual. Es como si me hubiera explotado la burbuja.

—¿Por la borrachera de mi hermano? Hombre, estaba muy pesado contigo y Toni, pero tampoco es para eso…

—No es por él, sino por la reacción posterior de Toni. —Arrugué el entrecejo mientras me metía una patata en la boca—. Tengo más de treinta años, y él también. Sé que hay cosas que no importan cuando tienes veinte, pero ahora sí que me importan. Sinceramente, tengo ganas de algo estable, bonito, y que me haga la vida fácil; no quiero ni salvar a nadie, ni suplicar ni complicarme la vida. Y Toni no parece cumplir eso. Apenas me hablaba, utilizando el silencio como un castigo, como si yo tuviera la culpa de que Nacho estuviera poseído aquella noche. No sé qué le dio. El caso es que no me gustó nada esa reacción, porque, vale, fue molesto, pero ni era para tanto ni yo tenía la culpa. De hecho, yo también me enfadé con Nacho. Me dio la sensación de que Toni me culpaba, y que, además, me tenía que perdonar la vida. Sé que llevamos muy poco tiempo saliendo y que llevo mucho tiempo sola y puede parecer exagerado, pero, joder, si se pone así por eso, ¿cómo será cuando pase algo serio de verdad? Me da la impresión de que no sabe comunicarse, y que además tiene una gestión emocional muy infantil. La verdad, quizás en otro tiempo, en la que era más inmadura y pensaba que tenía que servir a todo el mundo, me hubiera agarrado a él, porque no creo que sea mal chico; pero ahora ya sé que no quiero ni tengo por qué salvar a nadie. Y tampoco es mi responsabilidad cambiar lo que no va a ningún lado. Cada uno es responsable de sí mismo. Y

aunque nadie es perfecto, todo el mundo tiene derecho a rectificar, pero Toni no lo ha hecho en ningún momento.

Guau.

Y esa exclamación no venía de que me sorprendiera que se hubiera liado aquello por una noche de borrachera, sino de saber que mi amiga no se conformaba con menos de lo que merecía. Y no parecía dudar un segundo cuando de ello se trataba. Cualquiera podría pensar que llevar tanto tiempo sola, sumado a su timidez, le podía hacer conformarse con cualquiera que pasara, pero Julia no era así. Ella se daba su valor y expulsaba aquello que no merecía la pena. Siguió picando de las tapas que habíamos pedido como si nada, y a mí se me cayó la comida del tenedor. Dio un sorbo a su copa de vino, que se había empeñado en pedir. Al mío, que estaba casi intacto, le di un sorbo también.

—Entonces, ¿ya no estáis saliendo?

Julia levantó la mirada.

—No. Ahora está insistiendo él, a pesar de que le he dicho que no lo haga. Creo que piensa que lo que quiero es que se arrastre, pero yo ya no tengo quince años para eso. Preferiría que lo dejara estar.

—Ojalá yo tuviera todo tan claro como tú —murmuré.

Un pensamiento en voz alta que prácticamente había llegado antes a mi boca que a mi mente. Julia, en esa noche que parecía segura de cada palabra que salía de ella, no perdió la oportunidad.

—Pues yo creo que no estás tan perdida como piensas —dijo, y volvió a coger su tenedor—. Si te pararas a pensarlo, lo deducirías pronto.

—¿Tú lo sabes antes que yo? Porque muchas veces confío más en ti que en mí, así que, si lo sabes, suéltalo.

Dejó escapar una risa.

—No seas tonta. Para desenredar un nudo, por muy grande y apretado que esté, solo hay que empezar por un extremo. A ver, vamos a empezar por uno de ellos. ¿Tú quieres a Lucas?

Me eché hacia atrás en el asiento, y el vino que al principio no quise pedir ya no me pareció tan mala idea. Lucas era todo lo que estaba bien. Me hacía sentir cómoda, apagaba todo el ruido, y casi podía notar cómo se iba toda la negatividad acumulada. Era original, respetuoso, y alguien a quien no querías dejar escapar, de una forma u otra. Y ese era el problema para mí: la forma en la que quería que Lucas se quedara en mi vida. No me costaba compartir lo que me pidiera, excepto cuando me pedía que lo quisiera de una forma que no… podía. Es como si no cupiera en mí de esa forma.

Tal vez porque ese espacio ya estaba ocupado.

—Le quiero. Es imposible no hacerlo. Es…, es amor. Pero creo que hay distintos tipos de amor. Sé que puede que no vuelva a sentir nada como con Álex, porque nadie será igual que él. El problema es que yo tampoco quiero sentir eso de nuevo si no es con él. Y joder, está aquí. Está en el puto piso de arriba. Apenas estaba dejando de sangrar por las heridas cuando le vi en el ascensor. Ya había pasado tiempo, joder, dos años, pero todo fue tan… vibrante para mí, y me sentí tan mal por cómo acabó que nunca terminaba de sanar. Tú sabes lo que es eso, Julia, aunque no sea exactamente igual. Tú sabes lo que es que tu mundo sea alguien y que te des cuenta de que no estás más que de paso en el suyo.

Mi amiga asintió levemente, con los labios apretados.

—Lo sé, por eso también sé que no es buena idea cuando eso pasa, hacer de alguien tu mundo entero.

Asentí antes de continuar.

—El caso es que yo siempre me escudaba en eso, en que tenía que olvidarle, porque lo que sentí no fue correspondido. Y ahora

viene, coincidimos en ese puto ascensor, me dice que no fue así, y vuelve a ponerlo todo patas arriba.

—¿Y por qué no le escuchas? A lo mejor es cierto. —No dije nada. Julia pareció entenderlo al momento—. Entiendo que tengas miedo: te has construido tu propia defensa, y ahora te la puede destrozar con dos frases. Pero, si no lo haces, estarás siempre en el limbo, con ese «¿y si…?» que te impide avanzar. —Asentí, y se me cayeron dos lágrimas con el gesto, que limpié enseguida—. Y, por cierto, con Lucas también deberías hablar. Es un buen chico, y le quieres, aunque sea de una forma distinta.

—Tengo que hablar con mucha gente, y eso no me gusta. No me gusta nada.

Reí, y ella me acompañó.

—Sí, porque no creas que voy a dejar que me tengáis dividida por una gilipollez. Y si no lo arregláis, os encierro en una habitación y me quedo con el que sobreviva. —Ahí me reí más fuerte, espantando la tristeza—. Voy a pedir más vino, y me da igual que digas que no.

Había accedido a verla a esa noche, no antes, por temor a más reproches. Quería mimarla, y resultó que fue ella la que me mimó. Yo invité a la cena, y ella me compró mi helado favorito y me arrastró a su casa a dormir y ver una película; otra vez, como en los viejos tiempos. A pesar de que ella siempre había sido la fuerte de las dos, yo creía que la protegía. Confundí su soledad elegida con debilidad, y es difícil expresar lo mucho que me avergonzaba de ello. Puso una solución a cada uno de mis problemas, y me dijo que, aunque había una cola de gente que se iba a salir de Madrid de todas las personas con las que tenía que hablar, no tenía por qué ser esa noche.

Julia tenía razón en que no me pudo sentar mejor. Me tuvo que dejar el pijama y la ropa del día siguiente para trabajar, porque la mía la había manchado antes de cruzar la puerta de mi casa. Hoy no quise quedarme en la oficina más tiempo del necesario, aunque mi cabeza seguía enredada. Estuve a punto de marcar el número de Nacho, pero la voz de Julia retumbó en mi cabeza, dándome uno de sus sabios consejos: «Espacio, dale espacio». Yo misma lo había pedido en muchas ocasiones, así que se lo daría. En lo que no pude contenerme fue en escribirle a Lucas. La seguridad que Julia me había infundido y que no sabía que había perdido por el camino aún me duraba.

Hoy no tengo nada
original que proponerte,
pero podemos tomarnos
algo. Termino en media hora

Quise decirle que no siempre tenía que tirar de planes inesperados, porque su mera compañía ya era valiosa, pero me limité a enviarle la dirección de un bar al que habíamos ido alguna vez y que le pillaba cerca. Llegamos casi al mismo tiempo, porque yo acababa de sentarme cuando le vi cruzar la puerta. Estaba guapo, aunque tenía aspecto cansado. Lucas tenía ese punto que, aunque podía considerarse infantil, yo prefería decir inocente, porque no había demostrado ser inmaduro. Tal vez cuando me hizo *ghosting.* La verdad es que yo le gané en inmadurez.

—¿Qué tal tu día?

—Bien, aunque cansado. Ayer me arrastraron los del curro para una cerveza, y no sé cuántas fueron. Una, desde luego, no.

Me reí, porque era cierto que su aspecto de cansado me recordaba a alguna vez que le había visto de resaca.

—Bueno, un día más, y es fin de semana.

—Uno y medio quizás, porque no sé si tendré que ir el sábado por la mañana —se quejó.

—¿Y eso? ¿Le pusiste la zancadilla al jefe ayer, o qué?

La conversación siguió con algunas cosas triviales de los últimos días. Se le notaba la resaca, porque apenas probó la cerveza. Acabó suplicándome que le cambiara el refresco que yo había pedido, a lo que accedí porque daba pena verlo. Me mordí la mejilla interna, ya que quería ponerme seria, si bien temía las consecuencias.

—Tenemos que hablar —le dije, casi susurrando.

—Si no hubiera pensado que era por eso, te hubiera pedido que quedáramos mañana. Algo me dice que no son buenas noticias para mí.

—Lucas, es que… no quiero que te quedes con la sensación de que te he utilizado, porque te juro que no es así. No esperaba que volvieras, ni tampoco Álex.

—¿Es porque has vuelto con Álex entonces?

Me apresuré a contestar, porque estaba serio, no enfadado. Podía ver esa primera idea de sentirse utilizado casi como si fuera transparente, y no quería que tuviera esa percepción, no se lo merecía.

—No. Con Álex hay muchas cosas que aclarar, pero no es mi intención volver con él. Solo quiero saber su versión para poder…, no sé, ¿cerrarlo? Yo estaba muy enamorada de Álex, estaba totalmente segura de que era el amor de mi vida; todavía lo estoy, y, joder, es difícil cuando te dice que lo que te habías montado para protegerte es mentira. Quiero saberlo para poder seguir.

Lucas asintió levemente, pero seguía muy serio.

—¿Y tan segura estás para hablar conmigo antes que con él?

Hundí los hombros, como si hubiera algo de mucho peso sobre ellos. El peso de no estar explicándome bien.

—No es eso —repetí—. Es que no quiero que me esperes. Lucas —le dije—, me comentaste una vez que tu valor no oscilaba por lo que pensaran los demás. Yo quiero añadir algo más, y es que no debes ser mi segunda opción. Ni la mía, ni la de nadie, y por eso quería hablar primero contigo, porque no quiero que pienses que cuando Álex se vaya de mi vida, correré a ti porque eres lo que me queda.

Lucas apretó los labios. No me dio la sensación de que estuviera enfadado, tampoco dijo nada que liberara el peso que yo sentía. No tenía por qué hacerlo.

—Supongo que pensaría exactamente eso —murmuró.

Nos quedamos callados. Acaricié el vaso de cerveza que antes era suyo y que apenas había tocado.

—Imagino que piensas que es una tontería o que soy muy dependiente de él, pero no es así. Yo…

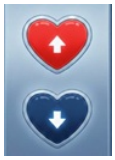
—No pienso eso, no te preocupes. Entiendo que tengas que aclarar lo que pasó, y te agradezco que no me hagas esperarte.

Aquella frase me alivió tanto que estaba casi segura de que había dejado escapar todo el aire en un suspiro audible. No fue suficiente. Había un deje de decepción en sus ojos que, podría jurar, no me estaba imaginando. Lucas no se merecía eso, tampoco que yo fingiera algo que no iba a pasar en ese momento. Algo me faltaba con él, o me sobraba. Quizás era algo relacionado con él, conmigo o con que todo mi pecho estuviera ocupado. Ocupado no solo por lo que sentí con Álex, sino por el resentimiento y la tristeza de lo que vino después.

Lucas no me acompañó de vuelta a casa. Internamente lo agradecí, aunque me supo muy amargo. Se excusó en que estaba

cansado, lo cual era evidente. Pensé que ya no quería pasar más tiempo conmigo. Aun así, hizo un esfuerzo por dejarme cerca, porque no quería que volviera a hacer tanto trayecto sola. Yo tenía ganas de perderme. Perderme de verdad. Quise arrancarme esa dependencia que sentía de mi historia con Álex, quería soltarlo todo hasta quedarme vacía para poder empezar de nuevo de una vez por todas. Joder, tenía la sensación de haberme roto tantas veces intentándolo por el camino que, aunque Álex me devolviera aquella parte de mí que se quedó con él, aunque encontrara las piezas sueltas, no volverían a encajar entre sí.

Capítulo 28



El tiempo parecía pasar a cámara lenta y, al mismo tiempo, tan rápido como si fuera una broma macabra. Julia me había asaltado en casa con el juramento de que no me libraría de esta bajo ningún concepto. Se acabó el rollo de la paciencia y el darme tiempo. Había cosas que debía atajar, y había una que ella quería solucionar en aquel momento. Sinceramente, pensaba que me arrastraría a ver a Mario, a hablar con él, a pedirnos perdón mutuamente, cansada de tener que dividirse en dos. Lo que hizo me sorprendió, porque me llevó a casa de Nacho, mi hermano.

—Vamos a hablar con él —ordenó mientras recorríamos los últimos pasos antes de llegar al edificio donde vivía. Lo sabía ella mejor que yo—, porque hace un par de días que no me contesta, y empieza a preocuparme.

La miré con cierto aburrimiento.

—A mí no me ha escrito ni una vez desde hace más tiempo, Julia. Bueno, contestado, porque yo sí lo he intentado.

En el fondo, yo también estaba un poco cansada de tener que ir detrás de él. Era mi hermano mayor, aunque, en muchas ocasiones, parecía el pequeño.

—A mí sí —replicó sin ninguna maldad—, pero ya lleva dos días que no. ¿No te parece raro?

Emití un resoplido. Nos cruzamos con un vecino. Julia, ni corta ni perezosa, subió las escaleras.

—Julia, yo creo que es mejor que habléis vosotros, ahora que parecéis tener más… ¿confianza? No sé si me querrá ver.

Julia paró en un rellano para mirarme.

—Tú no tienes la culpa de lo que hizo Alba.

—Se tiende a matar al mensajero.

—Pues que madure, que ya es hora —se quejó, haciéndome sonreír—. Además, ya estamos aquí.

Llamó.

—Oh, hola, David, ¿qué tal?

Un chico de mi altura más o menos, de cara redonda, sonrisa simpática y ojos algo rasgados la saludó, y después me miró a mí.

—Ella es Lara, la hermana de Nacho. ¿Anda por aquí?

Saludé al chico, al compañero de piso de mi hermano, con un gesto de la cabeza casi imperceptible. Estaba demasiado sorprendida con la familiaridad con la que Julia preguntaba, se relacionaba y movía por aquel lugar que yo veía por primera vez en mi vida. Estaba tan desubicada que me quedé arrinconada mientras Julia y David hablaban con toda confianza. Unos momentos después, que para mí fueron eternos, Julia me indicó que fuéramos por el pasillo a la que suponía que era la habitación de Nacho. Mi amiga dio un toque en la puerta. Siendo sinceros, hubiera sido lo mismo si no lo hubiera hecho, porque, inmediatamente, la misma mano rodeó el pomo y la abrió. Durante un segundo, mi retorcida mente me llevó al pensamiento de qué pasaría si estaba con Alba, si finalmente sí había podido perdonarla y llevaban dos días de reconciliación. No fue así. La habitación estaba en completa oscuridad, las persianas bajas y las cortinas echadas. Se podía intuir un bulto debajo de las mantas que, se suponía, era mi hermano. Y había otra cosa. Otra cosa me

impactó cuando Julia abrió la puerta completamente con toda la confianza, antes de que Nacho levantara la cabeza…

—Joder, Nacho, aquí huele a cueva. Pero a cueva en la que se ha secuestrado a gente para hacer *crossfit* sin parar desde el dos mil diez. Qué asco más grande. ¡Me pican los ojos! —grité sin ningún pudor.

Oí la carcajada de Julia, y pude intuir que Nacho se incorporaba y fruncía el ceño. Julia corrió las cortinas, levantó la persiana y abrió la ventana. Después se puso una mano en la boca: le estaba dando una arcada.

—Perdón, eh, es que —arcada— soy muy sensible a los olores. No huele tan mal…

No terminó la frase, porque tuvo que elegir entre eso y sacar la cabeza por la ventana.

—Por Dios —gemí—. Creía que tu época de pajas y adolescente que no se ducha tan a menudo como debería ya había pasado, hermano.

—¡Me ducho todos los días! —se quejó, pero sonó como ese hermano del que hablaba—. He tenido unos días malos y de mucho curro, y… no me ha dado tiempo a limpiar. Lo siento.

Esas dos últimas palabras, esa disculpa, medio sonrojado por haber dejado de lado su papel de adulto, no iba dirigida a mí, ni mucho menos, sino a mi amiga, que ya había vuelto a meter la cabeza y estaba sonrojada por las arcadas.

—No te preocupes, no es para tanto. Es que soy sensible.

No, es que aquí huele a muerto.

No quise hacer más sangre. Nacho asintió, no muy convencido.

—Si me dais unos minutos, arreglo esto.

—El resto del piso está bastante decente, no te preocupes —insistió Julia—. ¿Por qué mejor no te vistes y nos vamos a que nos

dé el aire? Sobre todo a ti. Seguro que te hace falta salir de la cama y de los fogones.

Julia era tremendamente encantadora cuando se lo proponía. Nos íbamos a ir al salón mientras le esperábamos, pero le pedí a Julia que saliéramos para encenderme un cigarro. Julia me miró raro, porque no me había visto fumar en años, pero no dijo nada.

—¿Cómo tienes tanta confianza con Nacho de repente?

Julia me miró de una manera que lo decía todo. Ni ella ni yo queríamos hablar de eso; tampoco quería sacar otros temas que podían ser incluso peores. Se encogió de hombros.

—Yo siempre me he llevado bien con tu hermano, a pesar de todo. Hubo un tiempo en el que pensé que, si no le tenía como yo quería, era mejor no tenerle. No sé, volver a verle aquí lo removió todo, y me di cuenta de que sí le quería de esta forma.

No quise preguntar si era porque se había dado cuenta o porque solo podía conformarse con esa forma de querer.

—Lucas no me quiere así. Y yo no creo que quiera a Álex de ese modo.

Ella cambió el peso de pie, en un gesto de incomodidad.

—Lo de Lucas es muy reciente, y de todas formas esa soy yo, mi forma de pensar, y no tiene por qué ser la de él ni la tuya. Solo tú puedes saber eso, y sí, te puede doler lo de Lucas; solo te quedaría aceptarlo.

Asentí, convencida de que estaba cargada de verdad.

—¿Tú crees que…?

La pregunta quedó en el aire, porque Nacho llegó, ya más presentable y con una expresión más relajada. Al menos cuando miraba a Julia, porque cuando lo hacía conmigo, solo veía una especie de recelo que no entendía bien. Esperé hasta que estuvimos en un café, con una taza delante, para abrir la boca.

—Entonces, ¿qué?

No fue mi pregunta más elocuente. No hicieron falta más de esas dos palabras para que supieran a qué me refería.

—Tiene novio desde hace seis años —lo dijo de carrerilla, como un suspiro—. Y no, no estaban en crisis, ni lo están, no se han engañado nunca, y no pretendía dejarle cuando me conoció. Pero… —lo que sea que fuera a decir lo desterró antes de hacerlo—. El caso es que no se esperaba… encontrarme. Así lo dijo: encontrarme. Tiene costumbre de irse todos los años a un viaje con sus amigas, y nunca había pasado nada. Y, aunque se sintió mal, decidió dejarlo así. No quería destruir lo que tenía por una aventura con alguien a quien no volvería a ver.

—No contaba con volver a verte —murmuró Julia, más para ella misma que para nosotros.

Nacho asintió.

—Ni yo a ella. Nada de esto estaba previsto. —Julia intentó sonreír, porque lo dijo mirándola a ella. No le salió bien, y Nacho le retiró la mirada—. Por eso, al principio estaba tan esquiva; primero, porque no se lo esperaba, y después, porque tenía que ocultarlo. Nunca se había visto en una situación así, y no sabía cómo manejarla. Le pregunté por qué se le pasó el *shock* de verme aquí, por qué no me lo dijo o por qué no dejó de hablarme cuando yo seguía en Astorga. Y me dijo que se dio cuenta tarde, que no lo había parado porque yo le gustaba, y que no pensaba que esto fuera a pasar; más tarde, no lo hizo simplemente porque sí le gustaba, y con todo lo que ha pasado, se ha planteado seriamente dejarle para estar conmigo. De hecho, me pidió que no la dejara, que de verdad quería estar conmigo.

Los momentos en los que mi hermano mantuvo silencio, me imaginé de todo, desde que había rechazado su propuesta hasta que

me dijeran que se iban a casar dentro de un rato. Lo que sí me quedaba cada vez más claro es que mientras el resto del mundo parecía fluir con normalidad, los hermanos García también fluíamos, pero entre desgracia y desgracia. Todas de primer mundo, eso sí.

—¿Y? —pregunté impaciente. No pude evitarlo.

—No puedo. No puedo empezar algo basado en una mentira. Necesito que haya confianza, y la he perdido. No quiero criticar sus decisiones, ni machacarla con ello. Ella sabrá lo que pudo o no pudo hacer, yo no estaba en sus zapatos, pero no me imagino un futuro con ella sin acordarme de esto. Tal vez me arrepienta, pero, joder, es que si estaba tan segura de su relación… Siempre he pensado que sería incapaz de perdonar unos cuernos, pues con Alba me lo he planteado seriamente. No es el hecho en sí, es la confianza, que se ha esfumado.

Nacho parecía realmente compungido, afectado. No me gustó verle así, pero sí que no tuviera problema en mostrar aquella parte más vulnerable de él, la que se para a pensar de verdad, a tomar decisiones meditadas, y no simplemente a dejar que el tiempo pase o a ignorar lo que tuviera delante como si estuviera ciego.

Julia adelantó su mano para ponerla sobre la de él, en un gesto tan íntimo que tuve ganas de mirar a otro lado.

—Has hecho bien. Cualquier cosa que hubieras decidido lo hubiera estado. —Asentí con convicción.

Susurró un «gracias» mirando la mano de Julia sobre la suya antes de levantar sus ojos hacia mí.

—Siento mucho haberte hecho el vacío. No tienes la culpa: me enfadaba pensar que habías explotado mi burbuja. Ya sé que no es culpa tuya… —«Matar al mensajero»—. No pude evitarlo. Ya no, ya he vuelto en mí —terminó sonriendo.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Te vas a quedar aquí?

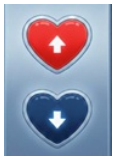
Nacho dudó ante mi pregunta, lo cual me pareció curioso, porque en su respuesta no había rastro de ella.

—Creo que sí. Bueno, no lo creo; sí, me voy a quedar. Esta ciudad me sigue agobiando, pero, por lo menos, voy a darle la oportunidad hasta que acabe el contrato de alquiler. Si entonces sigo sin encontrarme aquí, me voy.

—Me alegro. Me alegro de tener a mi hermano aquí.

—Yo también —contestó. De nuevo, no me miraba a mí.

Capítulo 29



Los sobresaltos eran mejor de uno en uno. Y, como había tenido algunos de esos últimamente, sentía mi batería social más que agotada. Sin embargo, a pesar de que aún me quedaba más camino del que estaba dispuesta a admitir, sentía que estaba consiguiendo deshacer aquella maraña de hilos en la que se había convertido mi vida. Había escogido un extremo, y había comenzado a tirar, tal y como me había aconsejado Julia, a la que, a estas alturas, tendría que ponerle un sueldo como gestora emocional. Lamentablemente, la vida me daba poca tregua últimamente, y el universo o aquello de los hermanos García y las desgracias me empujaron sin darme un respiro. Y no fue porque mi hermano, que seguía siendo ciego para lo que quería, me enviara directamente a la boca del lobo ¿sin pretenderlo? No fue porque un día se le olvidara la puta cabeza en cualquier sitio, ni porque tuviera que ir al piso de Álex a por su jodido cargador, porque él estaba en el trabajo, sin apenas batería, y de repente no encontraba otra solución ni podía vivir sin el móvil; no fue por nada de eso. Fue porque, cuando Álex me abrió la puerta de par en par sin esperar que fuera yo, vi que tenía las cajas cerradas y listas para llevárselas a quién sabe dónde.

Y todo por un jodido cargador sin el que Nacho no podía vivir. Podía haberle llevado el mío. Podía habérselo pedido a un

compañero de curro, al chico con el que vivía, podrían haber pasado muchas cosas en las que ni él ni yo habíamos caído. Pero no. Porque lo siguiente que tenía que enfrentar era saber que Álex se largaba. Otra vez. Su sola presencia había desatado una ola de tormentas en mi vida, y ahora se marchaba para dejarme lidiar con todo eso.

—Lara, ¿por qué no pasas?

Me costó responder. Le pedí el cargador antes de que aquello se me viniera encima. No había acabado la frase cuando se me empezó a ir el color de la cara. No me atrevía a responder: temía desbordarme antes de que saliera algún sonido de mi boca. Así que ahí estábamos, yo, como una presa de río, conteniéndome, intentando que aquello no se viniera abajo, y él mirándome como si eso ya hubiera pasado, como si ya lo estuviera viendo. Mi primera intención fue decir «Solo necesito el cargador» en voz alta, e irme de allí. Entonces, ¿no sería como repetir lo de la primera vez?, porque no era lo suficientemente fuerte para verle marcharse otra vez. Yo era capaz de muchas cosas, y esto no iba a ser menos.

Pasé. Y aproveché que no me miraba para intentar tapar las grietas que amenazaban con resquebrajarme.

—¿Te vas?

Era más que evidente, pero quería que me lo dijera, que saliera de su boca. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón de andar por casa que llevaba.

—En unos días.

Esta vez me aseguré de estar mirándole a los ojos antes de hablar.

—No vas a volver…

Lo sabía, porque él nunca iba tan cargado de equipaje para unos pocos días; solo lo vi en esa situación una vez. No necesitas una pila de libros o una lámpara para fotografiar en ninguna parte del

mundo; ni él duraba tanto tiempo en los lugares a los que iba para asentarse. Esperaba un sí, un no, incluso algo más enrevesado, no lo que dijo.

—¿Tengo dónde volver?

Imaginé la barrera que yo había puesto entre nosotros como un muro alto, y sus palabras como una grieta que lo rasgaba desde el inicio hasta el final. No lo sabía, no sabía si Álex tenía dónde volver, pero sí tenía claro que no quería que se marchara. Así no, no hasta que yo deshiciera el nudo.

—Voy a enviar todo esto a casa de mis padres, hasta que… no sé, vea qué puedo hacer. —No dije nada, así que él siguió—. Lo siento, Lara. Ha surgido de pronto. Pensaba decírtelo, no me iba a ir sin más. Y no sabes lo arrepentido que estoy ahora mismo de no haberlo hecho antes, porque sé que, peor que lo descubras así, solo hubiera sido que vieras el piso vacío. Si Nacho me hubiera dicho lo del cargador…

—Te lo ha dicho, pero tenías el teléfono apagado.

Miró el teléfono, que estaba cargando en una esquina del salón.

—No sé qué prisa tiene con el puto teléfono que de repente no puede estar una tarde sin…

—Lara —me paró—. Lo siento.

—No tienes que… —No terminé la frase—. Joder. Sí, sí tienes que sentirlo —dije, alejándome, poniendo distancia física—. Tienes que sentirlo, porque me estás haciendo lo mismo. Estás poniendo todo patas arriba por tu interés. ¿Por qué tuviste que volver la primera vez? —Me llevé las manos a la cara. Aunque estaba perdiendo el control, no quería que lo viera, y cuando las quité, ya veía lo que quería ocultar—. ¿Por qué no fuiste a otro sitio? Sé que para ti fue fácil, pero yo soy muy lenta, ¿sabes? —Sonrió sin ganas—. No había terminado de sanar cuando te vi en aquel puto ascensor, y

pidiéndome sal. ¿Quién coño pide sal después de dos años sin verse?

—Es que no tenía —susurró.

—Joder.

Me di la vuelta. Sentía que lo que había mantenido a raya me estaba atropellando por momentos, y no quería. No se merecía que me mostrara así ante él, que tenía toda su puta vida en una caja. Me cogió suavemente de las muñecas, como si fuera algo que no se atreviera a hacer, despejándome la cara.

—Sé que crees que tú siempre sentiste más que yo, que tú me querías más que yo a ti, y que eras dependiente de mí. La realidad es que supe desde el momento en el que te hice reír por primera vez que nunca en mi vida iba a volver a sentir lo que estaba sintiendo. —Hizo una pausa, como si anhelara ese momento—. Y se ha cumplido. No me dejaste decirte por qué nunca llegué a casarme con Amanda, y era por eso. Porque, por más que busqué y lo intenté, no era lo mismo. Y puede que no sepa muchas cosas sobre mí, pero esto sí lo sé, y es que hay cosas que solo quiero hacer contigo.

No supe qué decir, pero sí quise dejar espacio, me deshice de su agarre y me alejé.

—Voy a matar a Nacho por hacerme venir a por ese puto cargador.

Él se rio, pero no era algo alegre.

—Lara —me llamó—, siempre me has dicho que yo decidí por los dos, que no te di la oportunidad. Esta vez sé lo que quiero, ¿qué quieres tú?

—Desenredar el nudo.

—Puedo esperarte.

—No sé cuánto voy a tardar.

—Tengo tiempo.

Esas dos palabras fueron suficientes para que todo en mí fuera liviano, como si de pronto no quedara ningún resquicio de las tormentas que me habían estado torturando.

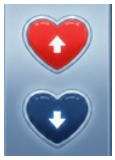
—Pues abre una cerveza.

De nuevo rio; yo no. Me estaba enredando de nuevo, en el miedo, en la desconfianza; me enredaba en el pasado que nos unía, y en el presente que nos estaba separando de nuevo. Volví a sentir ese ardor en el pecho, esa vulnerabilidad que parecía no haberse ido del todo, esa necesidad de querer tenerle cerca, atado a mí, cuando él no quería que nos quisiéramos de esa manera. ¿Cómo se enfrentaba eso? ¿Cómo se superaba esa desconfianza? ¿Ese miedo?

Me levanté agobiada, con la mirada fija en la puerta de salida. «Me iré, y que le den por culo a Nacho y a su cargador; a Álex y a sus viajes». Me tomé los pasos con calma, como si estuviera tratando de rememorar mi alrededor, mis sensaciones, para que, cuando alguna vez nos volviéramos a cruzar, si es que lo hacíamos, lo recordara con todo lujo de detalles.

Entonces me tropecé.

Capítulo 30



Era una de las pocas cajas que no estaba cerrada con cinta. Se había dado prisa en hacer el equipaje. Estaba entreabierta y no pude evitar fijarme en algo que estaba en esa abertura. Era un sobre con mi nombre y mi dirección. Sin ningún pudor, pero con el mismo agujero en el pecho, lo cogí, como si fuera mi derecho tenerlo. Debajo había otro, y otro, y otro. Había muchos, y estaban todos cerrados y listos para enviar. Pero yo nunca recibí ninguna carta. Miré a la puerta de la cocina. Álex parecía estar guardando algunos utensilios antes de volver, así que me armé de valor y rasgué un sobre. Un folio estaba pulcramente doblado en su interior. Cuando lo desdoblé, no esperaba lo que vi. Esperaba una carta entera, llena de explicaciones. Lo que encontré solo era una frase que me valía más que todo eso:

Querida Lara:
Te echo de menos.

Y una fecha en la esquina. Una semana después de que se fuera. Abrí otra carta.

Querida Lara:

Esto es impresionante, pero lo disfrutaría mucho más si supiera que tengo un lugar donde volver contigo.

La semana siguiente. Abrí otra.

Querida Lara:

Me remuerde la conciencia pensar en la última vez que te vi, en que no me despedí. Me intento justificar pensando que lo hice por ti; pero sé que, en el fondo, el que no pudo soportar la idea de decirte adiós fui yo.

Tragué para que no se me salieran las lágrimas antes de abrir otra más.

Querida Lara:

No me arrepiento de aprovechar esta oportunidad. Tampoco puedo evitar pensar en todo lo que he perdido, como si, por hacer esto, hubiera perdido la otra versión de mi vida, la otra versión de mí, la que quiere pasar toda la vida contigo.

Joder.

Querida Lara:

Iremos a Atacama en algún momento, a ver el cielo estrellado. Y creo que no quiero. Hay cosas que solo quiero hacer contigo.

Paré un momento. Sentía el corazón ir demasiado rápido. Había muchas cartas. Cuando levanté la vista, con algunas en la mano, vi a Álex apoyado en el marco de la puerta, mirándome. No podía saber en qué estaba pensando, si estaba enfadado por ser una cotilla, si estaba conmocionado porque las hubiera visto.

—Hay una por semana del tiempo que me fui. Puedes abrirlas, pero tienes para rato.

No dije nada, porque no sabía qué saldría de mi boca.

¿Cómo se superaba la desconfianza que sentía? La respuesta la tenía en el fondo de mi mente y emergía con cada palabra que había leído. Probando, arriesgando, volviendo a ponerlo todo en juego otra vez. Me pasé una mano por debajo de los ojos, para limpiar lo que se había desbordado, y lo intenté de nuevo. Estaba intentando tirar de la cuerda y, por cómo se deshacía lo que apretaba tanto mi pecho, funcionaba. Para cuando tuve el otro extremo del hilo en mis manos, supe lo que quería, aunque no sabía si se me iba a conceder.

Me senté en el sofá, repentinamente agotada, y, aunque lo había dicho en broma, Álex me trajo una cerveza abierta que dejé sin tocar en la mesita.

—¿Qué se supone que tienes que responder cuando el amor de tu vida te dice eso?

Álex me miró muy serio, dejando su cerveza de lado también.

—Aún no te lo he dicho todo, no lo vas a encontrar ahí. Aquella noche me dijiste que me querías, y lo dijiste como si fuera algo nuevo. Para mí sonó a casa. A hogar. Yo nunca he dejado de quererte. Y estoy seguro de que puede pasar el tiempo que sea, puedes rechazarme, y no haré nada por evitarlo, porque sé que será lo que quieres hacer, pero no hará que deje de quererte ni que haya cosas, lugares y momentos que guarde solo para ti.

Lo dijo mirándome a los ojos, aunque yo ya no podía verle bien. Lo dijo sin tocarme, aunque yo tenía la sensación de tenerle en todas partes, como si pudiera acariciarme con las palabras que salían de su boca. Me estaba liberando de esas cadenas que sentía,

de toda la culpa, de lo que creía que había hecho mal; me estaba liberando de la sensación de dependencia.

—Quiero quedarme contigo, pero quiero que seas feliz conmigo, y sobre todo con lo que haces. Vete —dije, y esa palabra me quemó.

Pude ver la decepción en sus ojos. Yo no había acabado.

—Pero no envíes tus cosas a casa de tus padres, solo un piso más abajo.

Entonces sonrió.

—Aunque no tengo ni idea de cómo lo vamos a hacer —dije, echando mi cabeza sobre su hombro, relajándome.

—Yo tampoco —susurró, dándome un beso en el pelo—, pero estoy dispuesto a que lo averigüemos juntos.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, abrazados, enredados en la semioscuridad. Se podría pensar que no era una reconciliación. Era más que eso, era el reencuentro de dos personas que llevaban demasiado tiempo anhelándose y que ahora podían disfrutarlo. Tanto que el primer beso tardó en llegar. Y fue exactamente como sentirse en casa. Volver a casa después de un largo viaje. Mis miedos, mis dudas, mis pensamientos catastróficos, todo eso se deshizo con ese primer beso. Al fin veía el otro extremo del hilo. Al fin había deshecho el nudo. Me monté en su regazo, sintiendo que me derretía allí donde me tocaba. No fue el beso más apasionado que nos habíamos dado, fue el más urgente, el más lento, el que más saboreé. Perdimos la noción del tiempo, y ya no estaba segura de nada más, salvo que quería estar ahí, justo donde estaba, que quería estar con él, y que pasara lo que tuviera que pasar. Esta vez, de verdad. No más miedos. No más pensar en un futuro que ni él, ni yo, ni nadie teníamos garantizado.

Era el momento de vivir de verdad.

El timbre tuvo que sonar dos veces antes de oírlo, y una tercera antes de que me quitara de encima y Álex se levantara ligeramente malhumorado. No lo mostró demasiado, pero por como tardó en levantarse, no dijo ni una sola palabra y resopló dándome la espalda, supe que lo estaba y me reí. Se volvió para mirarme mal, y reí más aún.

Abrió la puerta de mala gana y se encontró nada más y nada menos que con Nacho, que, entre conversación y conversación, beso y beso, había terminado el turno. Miré el reloj. Era medianoche. Me sentí como si acabara de salir de un agujero de espacio-tiempo.

—Tío, ¿mi hermana no ha venido o qué? Le pedí que…

Nacho era Nacho, así que no esperó invitación para entrar ni respuesta. Entró, y punto. Solo paró cuando me vio, y me señaló con una sonrisa estúpida.

—¡Lo sabía! Le dije a Julia que iba a funcionar.

Algo, no sé el qué, le había dicho lo que quería saber. Me tomé el lujo de suspirar, como si estuviera sacando conclusiones precipitadas.

—Nacho, no…

—Tienes el pintalabios corrido. Y el rímel. La verdad es que estás hecha un asco, como aquella vez que llegaste a casa después de «ir al cine con Julia» —hizo las comillas con los dedos—, así que no te atrevas a negarlo.

—Tenía diecisiete años, Nacho.

—O sea que sí, ¿la has oído? —Le dio un golpe a Álex en el hombro, como si él lo estuviera descubriendo también ahora.

Después de algunas risas y bromas que habría de soportar durante bastante tiempo, y de adueñarse de la cerveza que yo no había tocado, confesó que lo del cargador era mentira, pero que temía que Álex me contara lo de su marcha demasiado tarde, o no

se atreviera, y, aunque Julia le había dicho que no lo hiciera, que nos dejara a nuestro ritmo, él contestó que entonces nos íbamos a jubilar todos y tres generaciones más antes de que eso pasara, porque aparentemente, éramos como una carrera de caracoles.

—¿Ves? Ochenta y cuatro por ciento de batería. —Se rio—. ¿Cómo voy a usar el móvil en el curro si apenas tengo tiempo de rascarme?

—Bueno, vale, muy bien, te nombraremos casamentero del año. ¿Contento?

Nacho estaba lejos de sentirse ofendido.

—Lo contaré en el discurso de boda, que el amor triunfó gracias a mí.

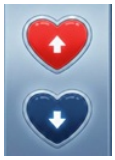
—Sí, hermano, te pondremos una calle. Cállate ya —dije, tirándome en el brazo del sofá.

Solo hubo que aguantar sus chistes y decir que era el mejor hermano del mundo que jamás haya existido y existirá antes de que se fuera.

Luego nos quedamos solos.

Y nos reconciliamos de verdad.

Capítulo 31



Julia había venido a casa a que le contara los detalles que mi hermano no pudo contarle por teléfono. Yo le había concedido su deseo. Su sonrisa se ensanchaba a medida que hablaba. Aunque había pasado gran parte de mi vida con ella, ahora era extraño, porque faltaba alguien, y ese pensamiento me entristecía. Seguía teniendo un sentimiento negativo cuando recordaba lo que había pasado y cómo habíamos tratado la situación después. Julia evitaba tocar el tema, porque era lo suficientemente comprensiva, aunque, como era normal, lo seguía viendo, y debía ser agotador. Fue al baño, y en esos minutos que tardó, le sonó el pitido del móvil tres veces.

—¿Tienes un amante? —le grité.

—Míralo, anda, a ver quién es.

Era Nacho. Parecía una broma del universo.

—Es Nacho. Que si vais al cine el finde. ¿Desde cuándo vais al cine?

Julia apareció abrochándose el botón del vaquero, muy tranquila.

—Pues no sé. No hemos ido nunca. ¿Desde ahora?

Se sentó a mi lado, justo donde estaba antes.

—¿Estáis quedando? Quedando en plan…, tú sabes. Citas.

Julia parpadeó, confundida.

—¿No?

Suponía que no tenía que sonar como una pregunta, pero así lo hizo.

—No, no estamos saliendo —se corrigió—. Estamos viéndonos; él está solo aquí. —«Bueno, solo, solo…»—. Y nos hacemos compañía.

Medité lo que decir a continuación. Pensé en advertirla sobre lo que podía significar que volvieran a una dinámica en la que él se subía a la parra y ella se enamoraba hasta las trancas de nuevo. Le di una vuelta y… concluí que yo no era nadie, y ellos eran mayorcitos para decidir por sí mismos.

—¿Tú estás bien?

Se tomó su tiempo en contestar, y al final sonrió con confianza.

—Sí, estoy bien.

La conversación se volvió mucho más distendida. Entre risa y risa conseguimos elegir una película, que era el plan inicial. La realidad es que ninguna de las dos podríamos decir de qué iba, porque estábamos demasiado ocupadas siendo felices por un rato, o casi.

—¿Sabes que hoy ha sido la boda de Mara?

—Mario debe de estar bastante mal —lamenté. Y aun más el hecho de que no pudiera estar con él.

Julia asintió y dio un sorbo a su bebida.

—No me ha cogido el teléfono en estos días. Tengo la mala costumbre de rodearme de gente que son como un erizo: en cuanto pasa algo, se cierran en banda.

Tuve ganas de reír, pero no lo hice.

—No me voy a sentir ofendida por eso.

Esbozó una sonrisa tonta.

—Solo me gustaría que no apartarais a la gente que os quiere en los malos momentos. De hecho, estáis en esta situación precisamente por eso. Y por cabezones.

—Lo sé.

Nos distrajimos con el sonido del timbre. Esperaba la visita de Álex, o Nacho, o los dos, pero, desde luego, no que Mario se hallara al otro lado como si lo hubiéramos invocado, y con aspecto de haber cruzado tres montañas para llegar hasta allí.

—Hola.

—Hola —le contesté sin salir de mi asombro.

Tenía un aspecto demasiado demacrado, con unas ojeras oscuras y hundidas que ensombrecían todo su ser. Es increíble lo que una sola persona entre millones, la incorrecta, puede hacerte.

—He ido a buscar a Julia. No estaba, y pensé que… que estaría aquí.

Julia se alzó desde el sofá.

—Estoy aquí, Mario.

Julia no se levantó, no se acercó. Quería ver qué pasaba sin su intervención.

—¿Quieres pasar? —ofrecí, a lo que él asintió con fuerza. Dejó su chaqueta y se sentó.

Se sentó en el lugar que solía ocupar. Fui a la cocina a buscarle algo de beber, y cuando volví, tenía los hombros hundidos de la tristeza, echado hacia delante. Al verle, lo que había pasado entre nosotros me pareció una nimiedad tan tonta que no cabía en mi cabeza que hubiéramos estado separados tanto tiempo, así que le abracé por la espalda, con la suerte de que no derramó el botellín de cerveza, porque el abridor estaba en la mesa. Al principio se quedó tieso como una tabla, tanto que temí que me rechazara, pero me agarró el brazo y subió la otra mano, todo muy suavemente; hasta que se levantó de una vez para devolverme el abrazo de verdad.

—Lo siento mucho —dije. Me adelanté un segundo antes de que él dijera lo mismo.

—No te merecías que te hablara así, porque en realidad no pensaba eso. Solo estaba frustrado y cabreado, y…

—Siento que mi intento de ayudarte te lo tomaras como un ataque. Nunca lo pretendí, pero es cierto que tampoco me pediste consejo.

El abrazo debió de durar más de lo socialmente estipulado, porque Julia, que lo veía todo desde el sofá, nos interrumpió.

—¿A mí no me vais a abrazar por el tiempo y los disgustos que me habéis dado?

Lo hicimos, y cuando volvimos a ser adultos funcionales y no un mar de lágrimas y risas, Mario comenzó a hablar.

—Mara se ha casado hoy. Tenía que haber estado, porque he sido el que lo he organizado y forma parte de mi trabajo… Lo cierto es que acabo de ducharme después de estar todo el día entre la cama y el sofá. Le dije a mi jefa que me había despertado con una gastroenteritis horrible, hasta le di detalles para que fuera más creíble. —Julia y yo pusimos cara de asco—. Esa, esa cara debió de poner ella, porque me cortó y me dijo que iría otra compañera. Joder, es que… no he podido. Su rechazo ya ha sido bastante duro como para tener que verla pasar por el altar.

Vi perfectamente que contenía la respiración y soltaba el aire de golpe antes de continuar. Apretaba las manos entre sí, evidenciando lo que le estaba costando tener aquella conversación, sacar lo que llevaba dentro.

—Le pedí que no lo hiciera, que nos diera una oportunidad. No me contestó con palabras, sino que lo ha hecho sin más. Creo que, en el fondo, lo nuestro no ha tenido ninguna importancia para ella, tal vez se sienta culpable, no lo sé. Me refiero a que yo sí creí que podíamos tener una oportunidad, y no ha sido mutuo. Y me siento tan imbécil de sentirme mal por ello, de haber perdido la cabeza de esta forma…

Podría haber perdido mi trabajo, podría haberlo jodido, pero bien. A mí y a ella. ¿Cómo se me pudo ocurrir que lo dejaría todo por mí? ¿Y por qué me siento tan mal de que no lo haya hecho?

—Porque la quieres —dijo Julia—. Y aunque sepas que es casi imposible, has esperado hasta el último momento, hasta que has perdido la esperanza.

—No es algo propio de mí —se quejó.

—Que no sea razonable no significa que no lo quieras. Todos perdemos la cabeza alguna vez —dije, y él asintió.

Lo único que podía hacer ahora era lamerse las heridas y mejorar poco a poco. Para eso, nada mejor que una tarde entre amigos, sin interrupciones. Por eso, cuando Álex me escribió si podía pasarse por casa, le contesté que no y le expliqué brevemente lo que ocurría.

Cuando levanté la vista, Julia estaba introduciendo el tema que yo tendría que detallar de nuevo más tarde.

—Entonces, ¿estás con Álex?

En lugar de responder directamente, le conté lo que se había perdido. Desde Lucas hasta la jugada de Nacho. Y, joder, parecía que había pasado una eternidad desde que hablaba así con él, desde que podía contarle todo, así que me fui emocionando cada vez más, mientras Mario me miraba con atención, como siempre hacía. Cuando puse punto final a mi narración, me recordó por qué éramos amigos, por qué nunca habíamos dejado de serlo.

—Cualquier cosa que hubieras decidido está bien. Me alegro de que hayas sido capaz de recuperar la confianza en ti misma para hacerlo.

A Mario le quedaba un largo camino para sanar, a todos en aquella habitación, aunque parecíamos tener un punto de partida.

Al día siguiente, en cuanto abrí los ojos, me fui a casa de Álex, dispuesta a desayunar juntos.

—¿Vienes en pijama? ¿No vas a intentar impresionarme con tus mejores galas, ya que estamos al principio de la relación? —se burló.

—Tú estás en pijama.

—Porque no me has avisado, si no, habría sacado el traje del armario.

Desayunar, desayunamos, pero solo después de arrancarnos la ropa y redescubrirnos el uno al otro. Luego le hablé de lo que ocurrió con Mario y de cómo le había echado de menos. No me había dado cuenta de que me miraba como si estuviera viendo su película favorita por primera vez, como a una obra de arte. Tenía esa misma expresión que cuando hablaba de su trabajo, de lo que le apasionaba. Yo era su ser favorito para fotografiar, no tenía ninguna duda de ello.

Por primera vez no me pregunté cómo podía obviar lo que no me gustaba de mí misma, porque entendí que él no lo ignoraba, simplemente ganaba todo lo que sí le gustaba de mí; tal y como a mí me pasaba con él.

Me sentí fuerte cuando bajamos todas las cajas al piso que volvía a ser nuestro.

Me sentí fuerte el día que nos despedimos por unos meses para que él pudiera seguir viviendo aquello que le apasionaba.

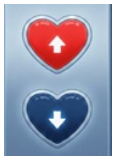
Me sentí fuerte cuando no me sentí encadenada a él, y cuando no le corté las alas.

Me sentí fuerte al despedirme, deseándole que se llenara de aventuras para contarme.

Y, mucho más, cuando tiempo después aterricé en Chile y él me estaba esperando. Cuando vimos aquel cielo estrellado que salpicaba

el cielo de Atacama y cumplimos algunas de esas cosas que solo queríamos hacer juntos.

Epílogo



No sé qué número de brindis era, pero rompimos las copas. ¿Daba mala suerte? Esperaba que no, porque acababa de comprometerme para, lo que esperaba, fuera para siempre. Álex y yo habíamos pasado por el altar un año después de aquella tormenta. Cuando me lo pidió, le salté encima; después le pregunté si no era poco tiempo.

—¿Poco tiempo? ¿Desde cuándo estás contando? Yo lo hago desde que te vi la primera vez.

Así que sí, pasamos por el altar, o por el ayuntamiento, mejor dicho, porque fue una boda sencilla, en la que Nacho y Julia habían sido los testigos. Y, joder, nunca había imaginado cómo sería aquel día para mí; no podía ser más perfecto. Prometí a mi familia que iríamos a Astorga y que les dejaría celebrarlo como quisieran, pero que ese día era mío, nuestro. Y nada nos apetecía más que celebrarlo con aquellos que nos habían aguantado todo el camino. Fuimos a comer a un bar que nos gustaba, donde empalmamos la comida con el café y las copas. No pudo ser una celebración más bonita ni más simple.

Llevar una relación a distancia no es fácil, y no fue menos complicado por querernos: todas las veces que le despedía, pensaba en lo brillante que volvía y en cómo ambos ganábamos libertad y confianza en cada paso que dábamos.

Mario también se recuperó a sí mismo, con paciencia. Un día borró el número de Mara, aunque no había vuelto a llamarla. No la volvió a mencionar en ninguna conversación. Y el primer día de su nueva etapa sonrió de verdad. Lo cierto era que no le guardaba rencor, no le deseaba nada malo, a pesar de que le había hecho daño; él mismo se lo había hecho al embarcarse en algo así. Daba igual, porque había sabido volver a ser él, un poco más agrietado, pero él.

Mi hermano miraba a Julia como cuando estás hasta las trancas: le brillaban los ojos cuando ella reía a carcajadas, y estaba pendiente de cualquier movimiento que hacía, no porque pensara que fuera a romperse, sino porque no quería perderse ni uno solo de sus gestos. Mi hermano parecía ahora el adolescente, y Julia se habría vuelto loca si le hubiera pasado eso hacía unos años. Sin embargo, mi amiga prefería que todo fuera a fuego lento, que aquello no se convirtiera en otra ida de olla de Nacho, así que iban sin prisas, disfrutando de lo que aún no conocían el uno del otro. Y no me podía parecer más bonito. No me podía emocionar más pensar que ella, la que siempre había considerado parte de mi familia, lo fuera a ser en algún momento.

Despegué la vista de mis amigos. Algo me atrajo a mirar a lo lejos, a la acera de enfrente. El universo parecía divertirse a veces, y otras se divertía a tu costa. Al otro lado de la calle, caminando de la mano de una mujer, estaba Lucas. Era la misma de siempre, la misma con la que le había visto alguna vez, una chica bonita que siempre parecía sonreír, al menos cuando estaban juntos. Ninguna de las veces anteriores, Lucas me había saludado. Yo le respetaba, porque sabía que necesitaba su espacio y que tal vez no me quisiera en su vida, de ninguna forma, ni como conocida. Cuando tomas una decisión importante, como cuando le cerré la puerta en aquel bar,

también te despides de esas otras versiones de ti que podían haber sido y no serán.

Le miraba con nostalgia, creyendo que no me vería o que, si lo hacía, me ignoraría, como en los otros encuentros fortuitos. Como digo, al universo le gusta hacer favores de vez en cuando, y algo hizo que me mirara directamente. Se quedó serio un momento y, de repente, levantó una mano, sonriéndome.

Parecía decirme que, después de tanto tiempo, «todo estaba bien».

Le devolví el saludo, sonriente. Y luego volví a mirar a la gente que estaba en mi mesa.

Pensé que realmente sí, todo estaba bien: ya no había nudo que deshacer.

Agradecimientos

A mi editora, Ade, y todo el equipo que tiene detrás y que hace todo esto posible.

A mi familia.

A mis amigos, los primeros y los más recientes.

A los que creen en mí y me acompañan en el camino.

A ti, que estás leyendo esto.

A todos los que buscan un refugio en las palabras y viven mil vidas a través de ellas.

A todos los que se atreven y a los que aún no.

Gracias, una vez más, por haberme acompañado en esta nueva novela.

Nos vemos pronto.

Biografía de la autora



Cristina Aleixandre es el seudónimo bajo el que firma Cristina González, nacida el 17 de febrero de 1993 en Écija, Sevilla. Estudió enfermería en la Universidad de Cádiz por lo que, actualmente, reparte su tiempo entre escribir y la enfermería. Su lugar de residencia ha cambiado mucho en los últimos años y aún no ha encontrado el lugar al que atarse para siempre. Nunca deja de lado su pequeña obsesión con la saga Harry Potter ni sus otras pasiones: viajar, los animales y encontrar un hueco para ver las puestas de sol.

Durante su adolescencia, descubrió su amor por los libros y comenzó a cultivar su pasión por las letras, escribiendo pequeños relatos e historias que publicaba en plataformas como Wattpad, donde su primera obra superó las 13.000 lecturas. Desde entonces, cuando empezó leyendo novelas románticas y de fantasía, las letras le han acompañado durante todas las etapas de su vida, pero no fue hasta 2020 cuando se animó a enviar su primer manuscrito. Y ni siquiera ahí, se imaginó que en 2022 llegaría su debut literario en el género de New Adult con su obra titulada Musas publicada por Click Ediciones. En 2024 llega su segunda novela Querida abril, también publicada por Click Ediciones.

Actualmente, trabaja en nuevos proyectos que espera puedan salir a la luz próximamente y es bastante activa en redes sociales.

Dónde encontrarla:

Instagram: Cristina.Aleixandre
Wattpad: CristinaAleixandre

El ascensor y otros desastres amorosos
Cristina Aleixandre

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Cristina Aleixandre, 2026

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración/fotografía de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-08-31636-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

www.planetadelibros.com/editorial/click-ediciones/94

Otros títulos de Click Ediciones

Musas
Cristina Aleixandre

Querida Abril
Cristina Aleixandre

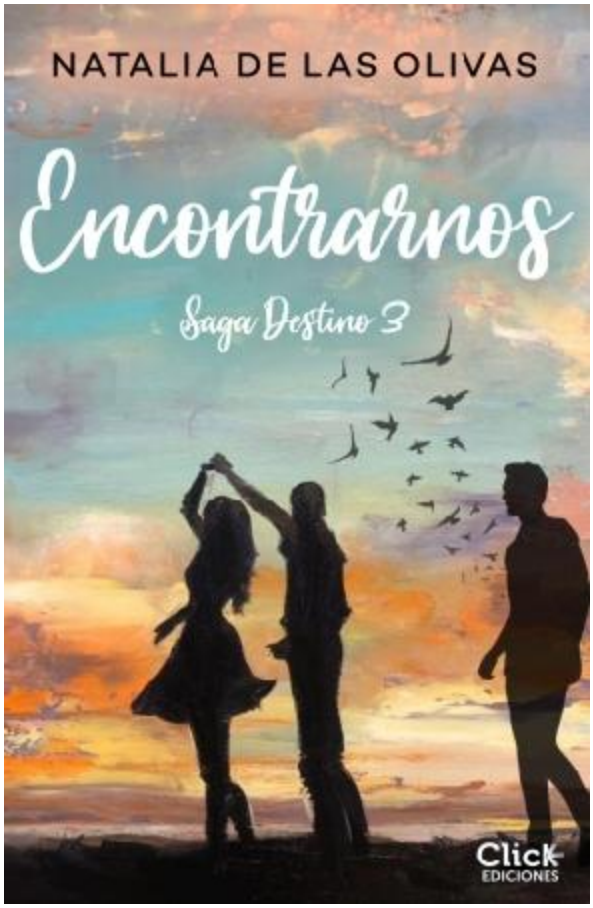
Tú y yo nunca seremos una casualidad
Quela Miranda

Mil estrellas y tú
Carla Vega

Contra ti

Moruena Estríngana

El sueño de la estrella
Leire Ibáñez de Gauna



Encontrarnos

Olivas, Natalia de las
9788408317647
260

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Este libro es para ti si alguna vez entendiste que amar también es elegir quedarse… incluso después de perderlo todo.

Irina ya no huye.
Ya no duda.
Ahora tiene que aprender a vivir con lo que duele… y con lo que siempre fue verdad.

Este libro no va de elegir entre dos amores.
Va de sobrevivir al duelo.
De aceptar que amar también implica despedirse.
Y de entender que el destino no siempre te quita… a veces te devuelve lo que nunca dejó de ser tuyo.

Encontrarnos es un romance donde el amor no borra el dolor, pero lo acompaña.
Donde perderlo todo es la única forma de encontrarse de verdad.

Si te gustan los libros que te hacen llorar sin pedir perdón,
los finales que no son fáciles, pero sí honestos,
y las historias que se quedan contigo mucho después de cerrar el libro,
este final es para ti.

Natalia de las Olivas cierra esta trilogía con una maestría emocional capaz de romper al lector y, al mismo tiempo, ofrecerle consuelo. Un final de trilogía que duele, sana y se queda contigo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Sólo por hoy te llamaré Alfa

G. Calvario, Jesi
9788408316190
430

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El control era su refugio. Yo, su peligro.

Hayden ha aprendido a sobrevivir entre normas que buscan domesticarlo. Pero en un mundo donde el instinto dicta jerarquías y

el poder político impone silencios, seguir el corazón puede ser la más peligrosa de las rebeliones.

Loan, alfa dominante y figura pública, sabe que ceder a sus emociones podría destruirlo. Sin embargo, cuando la lealtad se enfrenta al deseo, la línea entre el deber y la pasión se vuelve demasiado delgada.

Entre oficinas cargadas de secretos, noches que arden y promesas que podrían costarlo todo, ambos descubrirán que amar no es someterse, sino desafiar lo imposible.

Una historia intensa, oscura y emocionalmente adictiva sobre el control, la libertad y la fuerza de los sentimientos que nadie puede gobernar.

Jesi G. Calvario escribe con la honestidad de quien no teme al deseo, ni a la herida. Su prosa afilada y emocional da una vuelta de tuerca al Omegaverse, llevándolo a un terreno tan adictivo como real.

Segundo volumen de una trilogía provocadora, elegante y profundamente humana: Trilogía Alfa.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La chica de pelo rojo en Escocia y en el mundo entero

T. Hernández, Iris

9788408320708

420

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un internado lleno de reglas. Una profesora dispuesta a romperlas todas.

¿Quién me iba a decir que acabaría siendo profe en un internado de Escocia, rodeada de castillos, lluvia y demasiados chicos? Lo que no sabía es que ese lugar estaba lleno de reglas… Y de tentaciones imposibles de ignorar.

Yo vine buscando una oportunidad y, sin querer, me metí en un lío de los buenos. Solo quería dar clase, no convertirme en la protagonista de un auténtico drama escocés.

Prepárate para sorpresas y un poco de caos romántico en medio de los paisajes más verdes y lluviosos que hayas visto jamás. Una historia de amor juvenil, divertida y apasionante, que mezcla choques culturales y el vértigo de vivir algo tan prohibido como inolvidable.

La autora construye con soltura una tensión romántica vibrante, combinando conflicto ético y emoción juvenil en un escenario evocador que potencia cada latido de la historia.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un te amo estival

Estríngana, Moruena
9788408309130
230

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La única mujer que no pudo tener… era la única que nunca quiso perder. Amar no es fácil. Olvidar, menos.

Opal lleva toda su vida huyendo del amor… y del sexo. Marcada por una infancia dura y demasiados miedos heredados, ha aprendido a protegerse del mundo, incluso de sí misma. Lo único que le da calma es Kenneth, su mejor amigo desde la adolescencia. Lo que nadie sabe es que lleva años enamorada en silencio. Lo que Kenneth esconde aún más profundamente es que él también la ama… pero cree que nunca será suficiente para ella.

Años de tensión no resuelta, deseos contenidos y silencios que gritan se rompen tras
un beso. Y con él, toda la vida que habían construido juntos empieza a tambalearse.

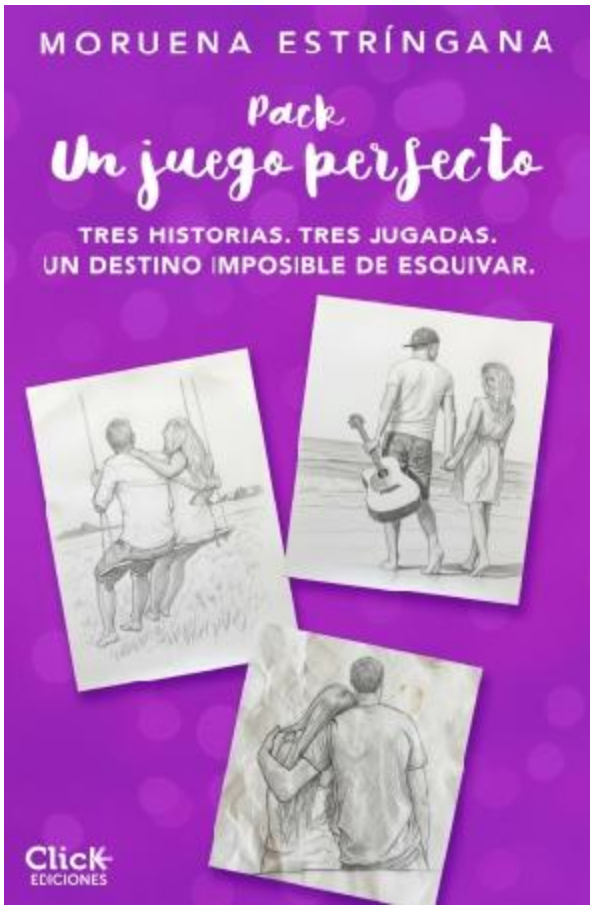
Ahora, si quieren tener una oportunidad, tendrán que enfrentar sus heridas, sus pasados... y dejar de esconderse. Porque el amor no siempre es un refugio. A veces es un salto al vacío.

¿Y si la única forma de sanar es dejar que alguien vea tu herida abierta?

Una novela intensa, adictiva y emocional, donde el amor y el deseo no entienden de reglas. Porque a veces el corazón encuentra su hogar donde menos te atreves a mirar.

Moruena Estríngana convierte el amor en una montaña rusa emocional tan adictiva como honesta. Su prosa desnuda emociones sin miedo y demuestra por qué es una de las voces más sólidas de la romántica en España.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Pack trilogía Un juego perfecto

Estríngana, Moruena

9788408319115

1000

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tres historias. Tres jugadas. Un destino imposible de esquivar.

Tres historias. Tres parejas. Tres partidas donde el corazón es la única ficha que no se puede controlar.
En *El Juego Perfecto* nada es casual: el amor se cruza con el miedo, las decisiones pesan más que los errores y cada protagonista deberá enfrentarse a su mayor rival… él mismo. Pasión, segundas oportunidades, deseo contenido y relaciones que empiezan como un juego pero terminan cambiándolo todo.

Porque cuando el corazón entra en juego, no existe la estrategia perfecta.

La autora domina la tensión emocional y el deseo contenido con una intensidad que convierte cada escena en un pulso irresistible entre corazón y piel.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada